



LEWIS CARROLL

*Alicia en el País de las Maravillas*  
*Al otro lado del espejo*



a v a t a r e s



Lectulandia

Diálogos insólitos, situaciones extrañas y un aire de magia absolutamente real impregnan las aventuras de Alicia.

Si *Alicia en el País de las Maravillas* nació por causalidad de los relatos fantásticos que Lewis Carroll improvisaba para tres niñas, *Al otro lado del espejo* narra el viaje a un país hecho a modo de tablero de ajedrez, al que llega Alicia después de cruzar el espejo. Para adaptar el mundo a la mente infantil de las tres hermanitas Liddell —Alicia, Lorina y Edith—, Carroll prescinde de prejuicios y utiliza un humor cruel y lleno de ingenio con el que burlarse de los convencionalismos y tradiciones de la sociedad inglesa, y a la postre de cualquier sociedad...

Los elementos con que juega la narración no se apartan de lo que Alicia puede ver en su vida cotidiana o en sus libros, pero la imaginación eleva a emblema irracional la lógica, convirtiendo las aventuras de Alicia en uno de los primeros ejemplos de libertad absoluta de la mente, que encadena su lógica a partir de unos presupuestos que no la tienen. Así, mostrando el envés de los valores aceptados, Carroll se adentra por un territorio de sueños donde no hay más fantasmas que la verdad desnuda de sus apariencias y de sus mentiras.

Lewis Carroll

**Alicia en el País de las  
Maravillas.  
Al otro lado del espejo**

**Valdemar: Avatares - 29**

ePub r1.0

Titivillus 29.09.2025

Título original: *Alice's Adventures in Wonderland* (1865); *Through the Looking-Glass, and What Alice found there* (1871)

Lewis Carroll, 1998

Traducción: Mauro Armiño, 1998

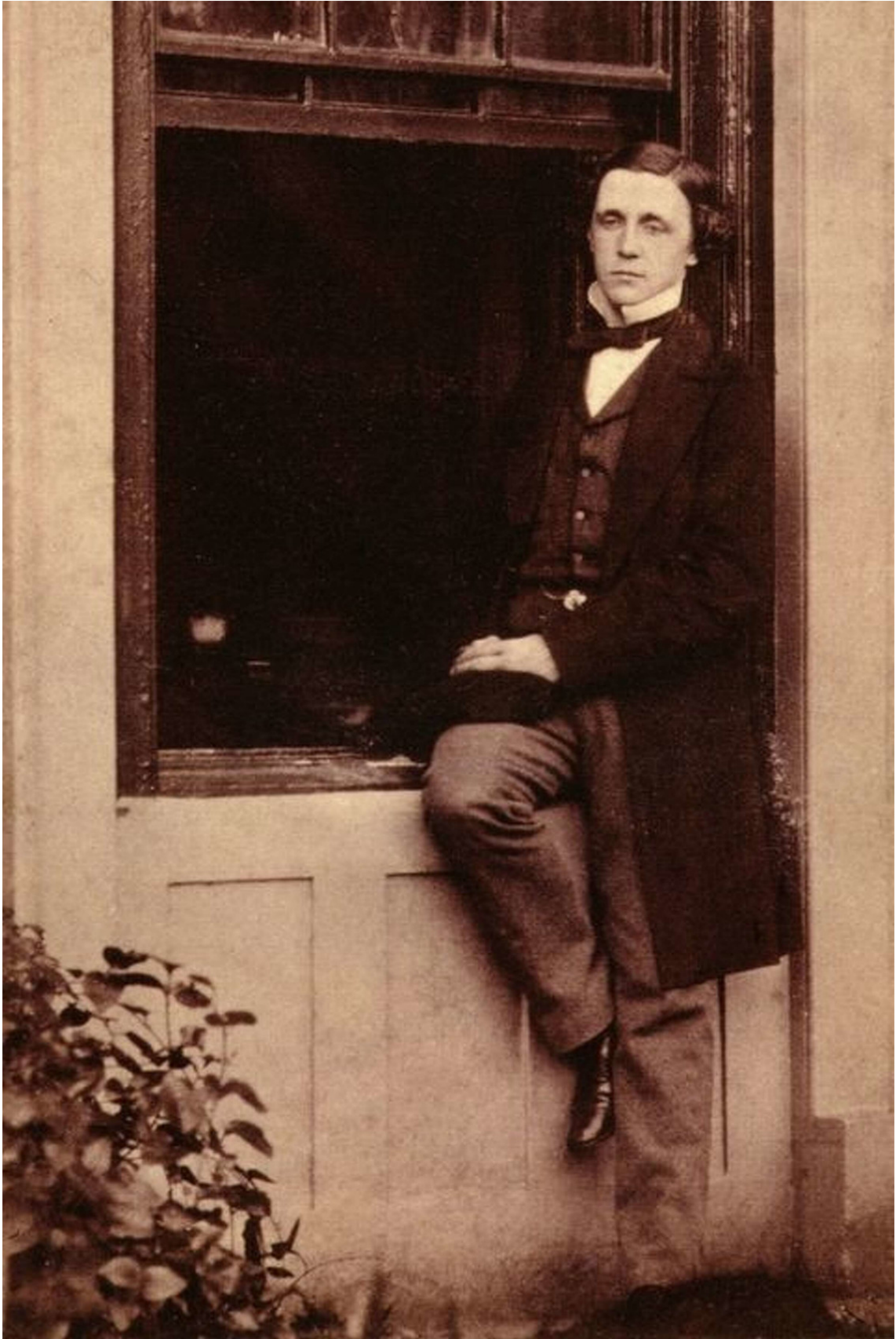
Ilustraciones: John Tenniel

Ilustración de cubierta: Arthur Rackham

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1





Lewis Carroll



Alice Liddell, la niña que inspiró el personaje de Alicia, disfrazada como mendiga.



Edith, Ina y Alice Liddell

Hay una frase de Charles Baudelaire que nadie mejor que Lewis Carroll ejemplifica: «... los artistas más inventivos —dice el autor de *Las Flores del Mal*—, los más sorprendentes, los más excéntricos en sus concepciones, son a menudo hombres cuya vida está serena y minuciosamente ordenada». Y eso era Charles Lutwidge Dodgson, que utilizó para firmar sus obras literarias los compuestos de sus nombres de pila: Lutwidge-Lewis y Dodgson-Carroll: Lewis Carroll, anónimo y gris profesor de matemáticas, gran aficionado a la fotografía, al teatro y a las niñas, de las que siempre estuvo rodeado en su madurez. Hijo de un pastor protestante, nació el 27 de enero de 1832 en Daresbury, población inglesa a unos diez kilómetros de Warrington, en el Lancashire.

De esa infancia campestre poco puede decirse; pero hay un hecho que las investigaciones psicoanalíticas sobre Alicia y sobre su autor han puesto de relieve: los once hijos del reverendo Dodgson, y entre ellos por supuesto nuestro autor, eran, todos, zurdos y tartamudos. El primero de esos «defectos» —así se consideraba en la época y así todavía hoy lo consideran muchas familias— sería motivo de la obsesión por la inversión que se aprecia en Carroll, sobre todo en *Al otro lado del espejo*, y en el poema *Jerigóndor*, cuya primera estrofa, escrita al revés, exige un espejo para su lectura.

Esta obsesión por la inversión llevará a Carroll a extremos sorprendentes, sobre todo en su madurez, pero siempre relacionados con la infancia, lugar de todas las inversiones. Tenemos, por ejemplo máximo, los paisajes en que la reina de *Al otro lado del espejo* se duele de una herida que está a punto de producirse, de una sangre que sale de la yema de su dedo antes de sufrir el pinchazo con el alfiler del broche. O esta carta escrita por Carroll a su amiguita Nelly Bowman en orden invertido:

D. L. C. Quiere te que tío tu. Nieto su a destinarla a obligada visto hayas te que y, años 80 u 70 durante olvidado hayas le que pena qué: él por afecto gran tu sorprende me no y, encantador viejo un era. Hacerlo debido has él por también y, *abuelo* mi era época aquella en vivido había que «Dodgson Tío» único él.

Nacimiento mi de antes mucho ocurrió esto pero. «Dodgson Tío el para bonita cosa una hacer a voy», comenzar lo al dijiste te tú que, nada dijera me ella que sin, comprendido he, naturalmente, y: años muchos hace hecho habías lo que contado ha me ella. ¡Isa dicho ha lo me! ¿Destinada estaba quién a sabido he cómo sabes? ¡Conserva se bien qué y! ¡Abuelo mi para confeccionado habías que sillón de funda bonita la dado haberme parte tu por gentil qué!, Nelly querida mi.

La tartamudez le impidió recibir las órdenes mayores. Porque Dodgson, después de graduarse en el Christ Church College de Oxford, recibió en 1861 las órdenes de diácono, pero no las superiores por la imposibilidad que tenía para predicar; tampoco era mucho su interés, por otro lado, hacia el oficio religioso de su padre, aunque eso sí, Dodgson fue un perfecto hombre de virtudes protestantes. A esa tartamudez se atribuye también otra de las características de su escritura: el empleo de las «palabras-maletín» o mezcla de palabras, o palabras con doble significación: el caso más claro está en el título de su célebre poema *La caza del Snark*: esta última palabra era un compuesto, según declaraciones del propio Carroll, de *snake* (=serpiente) y *shark* (=tiburón), cuyo resultado era un monstruo mitológico y fantástico; su nombre en castellano, siguiendo analógicamente la composición del término inglés, sería: «La caza del serprón» o «sertiburón».

Esos dos «defectos» quizá constituyen las notas personales más características de este reverendo diácono protestante, profesor de matemáticas que, gracias a su obsesión por las niñas, nos dejó uno de los personajes más maravillosos que ha creado la literatura universal: el de Alicia, y uno de los textos donde opera, con profundidad hasta entonces desconocida, una herramienta que la literatura del siglo xx empleará en sus vanguardias: el *nonsense*, el absurdo.

Pocos hechos significativos hay en su vida: durante su juventud, pasa las vacaciones haciendo revistas para sus amigos y familiares, revistas manuscritas, con pequeñas historias por episodios, como demuestran algunas conservadas por la familia: *Useful and Instructive Poetry* («Poesía útil e instructiva») que escribió hacia 1845, a la que siguieron otros periódicos también manuscritos: *La revista de la Rectoría*, *La Cometa*, *El botón de rosa*, *La Estrella*, *El Fuego Fatuo*, *Misch-Masch* y *El paraguas de la Rectoría*, cuya salida data de 1849. Al año siguiente ingresa Dodgson en el Christ Church de Oxford, donde vivirá hasta su muerte, es decir, durante cuarenta y siete años; luego, como «*master of the House*» a partir

de 1855, año precisamente en el que aparece un nuevo decano, el doctor Liddell, padre de Alicia Liddell.

En 1857 Dodgson alcanzaría el puesto de Profesor titulado de la Universidad después de haber trabajado en la biblioteca: desde su mesa de trabajo como sub-bibliotecario, Charles Dodgson podía ver jugar, en el jardín colindante, a las hijas de los Liddell, entre ellas Alicia, que contaba entonces tres o cuatro años. En ese momento se establece una amistad apacible de muchos años con las niñas, hasta que éstas superan la edad de la pubertad y desaparecen de la vida de Carroll: otras de la vecindad van ocupando el lugar que en su afecto dejan las que, alcanzada determinada edad, parten hacia la realización de su madurez. Años tranquilos y felices, de paseos con las niñas por los campos o por el río: en uno de éstos nace precisamente *Alicia en el País de las Maravillas*, como indica el poema que abre el libro.

Pero dentro de esa apacibilidad se producen hechos curiosos: su amistad con el poeta Tennyson, su diaconado en 1861, sus conferencias absurdas, como una pronunciada en noviembre de ese mismo año titulada «¿Dónde empieza el día?», que planteaba el problema de la siguiente forma: Si un hombre viaja alrededor del mundo a velocidad suficiente para que el sol esté siempre sobre su cabeza, y si sale un lunes al mediodía, al cabo de veinticuatro horas está en el punto de partida, donde ese día ahora resulta llamarse martes. El problema a dilucidar era: «¿En qué momento de su viaje cambia de nombre el día?». Otra de sus pasiones favoritas consistía en plantear problemas matemáticos con trampa, por ejemplo, el enunciado de la pared: «Si 5 hombres necesitan tres días para levantar una pared de 10 metros de altura, ¿cuánto tiempo necesitarán 300.000 hombres para levantar la misma pared?».

El 4 de julio de 1862 se produce un hecho capital: en su diario encontramos la siguiente anotación:

Seguido el río hasta Godstow con las tres pequeñas Liddell; hemos tomado el té a orillas del agua y no hemos vuelto a Christ Church hasta las ocho y media... En esta ocasión les he contado una historia fantástica titulada «Las aventuras subterráneas de Alicia», que me he propuesto escribir para Alice.

Por suerte tenemos la versión que la propia Alice Liddell dio mucho más tarde —convertida ya en Mrs. Reginald Hargreaves— del punto de partida del libro, explicado en el poema-prólogo de *Alicia en el País de las Maravillas*:

La mayoría de las historias del señor Dodgson nos fueron explicadas durante las excursiones que hacíamos con él por el río hasta Nuneham o Godstow, cerca de Oxford. Mi hermana mayor, convertida luego en Mrs. Skene, era «Prima», yo era «Secunda» y mi hermana Edith era «Tercia». Creo que el principio de Alicia nos lo contó una tarde de verano en que el sol quemaba tanto que tuvimos que poner pie en tierra en medio de los prados del camino de vuelta, abandonando la barca para refugiarnos en el único trozo de sombra que pudimos descubrir, que se encontraba bajo una hacina de heno recién cortado. Fue allí donde las tres le hicimos la habitual petición: «Cuéntenos una historia», y así empezó el cuento deliciosamente inmortal. De vez en cuando, para hacernos rabiar —y quizá porque realmente estaba cansado—, el señor Dodgson se paraba de pronto, diciendo: «Esto es todo hasta la próxima vez». ¡Ah!, pero ahora es la próxima vez, exclamábamos las tres a un tiempo; y tras algunos esfuerzos de persuasión la historia se reanudaba todavía más bonita. Otro día, me parece, la historia empezó en la barca, y el señor Dodgson, en la mitad misma del relato, pretendió, entre las más vivas muestras de desaprobación por nuestra parte, que tenía que acostarse inmediatamente.

Ese día empezó la redacción de las aventuras de Alicia, en un pequeño cuaderno que el mismo Carroll ilustraba: en Navidad su manuscrito, caligrafiado con excelente letra y adornado con dibujos del autor, le fue regalado a Alice Liddell. Fueron los niños quienes hablaron a sus padres de la posible publicación, que tendría lugar el 4 de julio de 1865: el primer ejemplar salido de la imprenta fue para Alice Liddell, el segundo para la princesa Beatriz. Contenía el libro editado dibujos de un ilustrador famoso en la época, Tenniel, con quien Carroll mantuvo disputas, discusiones y disgustos, por no gustarle su trabajo: El meticuloso Carroll tenía en su cabeza los originales fantásticos de sus personajes, y las criaturas de Tenniel, salvo la de Tentetieso (Humpty Dumpty) en la segunda parte, no acordaban con las que bullían en su cabeza. Hubo, además, problemas de composición con las imágenes: el 4 de julio de 1865 Alicia recibía el primer ejemplar de la obra, pero no de la primera edición. Se habían hecho antes dos mil ejemplares cuya difusión fue impedida por Dodgson: se rogó a varios suscriptores que ya habían recibido el libro que lo devolvieran, y muchos lo hicieron; esos ejemplares de la primera edición —que hoy se cotizan a precios fabulosos—, fueron repartidos a las bibliotecas de diversos hospitales por Carroll.

En la fecha citada se inicia para *Alicia en el País de las Maravillas* una de las carreras más sorprendentes que ha tenido un libro en la historia. Cuento infantil en principio, había de convertirse en lectura para jóvenes y mayores, en bandera bajo la que se ampararon las vanguardias desde el

surrealismo hasta el absurdo, en campo de investigación de los símbolos del psicoanálisis, pues hasta la aparición de Alicia nunca se había accedido a esa región del subconsciente infantil que mezcla realidad y fantasía, hechos palpables y hechos imaginados, hasta formar una amalgama perfecta de «realidad», por más absurda que parezca.

En el origen está, aunque sea descender a detalles extraliterarios, la pasión de un diácono protestante por las niñas, y, en concreto, por una, Alice Liddell, de la que al parecer estuvo realmente enamorado y a la que según algunos propuso matrimonio por mediación de sus padres. En ese año de 1865 se produjo, sin que conozcamos los motivos, un distanciamiento entre Carroll y la familia Liddell, que ensombreció el humor del escritor: sirvan de testimonio dos versos del poema introductorio de *Alicia al otro lado del espejo*:

*Ya no veo tu mirada radiante  
ni oigo el estallido de tu risa argentina*

Una nota de Stuart Dodgson Collingwood, referida a un libro póstumo de Carroll, *Tres puestas de sol*, habla también, en la biografía de su tío Charles Dodgson, de la amargura que invadió en un momento dado su vida: «Es imposible leer este pequeño volumen sin sentir la impresión de que la sombra de alguna desilusión oscureció la vida de Lewis Carroll... Pero los que le amaron no desearon alzar el velo que cubre los secretos santificados por la muerte, y, además, ¿para qué? No hay que emplear la simpatía en llorar sobre tristezas que ya no existen y cuyo recuerdo incluso quizá él mismo ha olvidado en medio de la primera alegría de poseer nuevas y más elevadas facultades».

A partir de ese año, Carroll, rodeado de una pléyade de amigas-niñas, va escribiendo sus tratados matemáticos: *Tratado elemental de los Determinantes* (1867), varios textos sobre Euclides, la segunda parte de Alicia, *Al otro lado del espejo*, cuyo título le fue sugerido por el doctor Liddon, con quien viajó en 1867 hasta Rusia, dejándonos un diario de viaje con anotaciones de gran interés. Carroll pretendía titularlo «Detrás del espejo y lo que Alicia vio allí», pero por último se decidió por *Through the Looking-Glass, and What Alice found there: Al otro lado del espejo (o A través del espejo)*, y lo que Alicia encontró allí, que saldría de las prensas en 1871, con ilustraciones nuevamente de Tenniel, que había colaborado a trancas y barrancas.

A partir de este momento Dodgson se vuelca en sus trabajos de investigación matemática, con juegos lógicos, reglas de juegos para periódicos, problemas de lógica simbólica, etc., que alterna con escritos jocosos sobre la vida del College, del que en 1881 fue nombrado «conservador», una vez que renunció al profesorado, con una aburrida novela, *Silvia y Bruno*, con algunos breves trabajos en torno a su personaje de Alicia, y con un poema célebre, *La caza del Snark*. Sus últimos años transcurren en dedicación exclusiva a la lógica, obsesionado también por las reglas de cálculo acelerado: en 1896 aparecía *Lógica simbólica, parte I, elemental*, que constituye su última publicación; dos años más tarde, 1898, el 14 de enero, moría de bronquitis el creador de Alicia.

\* \* \*

El ciclo de Alicia es una obra de amplia envergadura: no consta sólo de *Alicia en el País de las Maravillas* y su continuación, *Al otro lado del espejo*, aunque esos dos títulos sean los ejes del mundo aliciano: giran en torno a ellos otros textos que conviene enumerar aunque sólo interesen a los estudiosos del tema. En primer lugar, el texto primigenio, *Las aventuras de Alicia bajo tierra*, que realmente constituyen el guión del que arranca el texto definitivo de *Alicia en el País de las Maravillas*. Dado el éxito del personaje, Carroll hubo de escribir una versión infantil, *Alicia contada a los niños*, y unas páginas explicativas de los caracteres de los personajes, *Alicia en la escena*.

Las páginas de *Alicia en el País de las Maravillas* y *Alicia al otro lado del espejo* son, en resumidas cuentas, el «todo Alicia», aquellas que constituyen la médula de la narración carrolliana y de ese mito del absurdo lógico que es *Alicia*, convertida, con el paso del tiempo y gracias a las vanguardias, en un monumento al sueño, a la potencia onírica del ser humano, capaz de rechazar lógicamente la lógica y desprenderse con razón de las ataduras más férreas de la razón: ahí está la virtud mágica de Alicia: su *sin-sentido* tiene un sentido: rechazo de la armadura racional, fácilmente sustituible, y con los mismos resultados, por otra armadura no menos lógica, asentada en la libertad de relación entre palabras e ideas.

Porque esta relación del absurdo y la lógica, que tan sorprendente parece cuando leemos Alicia, es algo que todos establecemos

cotidianamente. El ejemplo más palmario puede sacarse de nuestra existencia diaria, aplicado al campo científico de las matemáticas: sabemos y operamos constantemente con que cinco y siete son doce. Póngase cualquier otro número o cantidad; y si, a alguien la suma le diera trece, rápidamente acudiríamos a él con el varapalo por haberlo hecho mal: hay unas normas que establecen un edificio lógico, donde cada piso, cada ventana, cada puerta están lógicamente ordenados, fuertemente obligados a ser como son y nada más que como son. Pero todo ese edificio tiene una base de barro: cinco y siete son doce sólo, y únicamente, porque todos nos hemos puesto de acuerdo para admitir que uno más uno sean dos. Esto último es un axioma, es decir, algo que no está demostrado, y que todos aceptamos como válido. A partir de esa aceptación, el edificio se sostiene férreamente, la razón no puede salirse un ápice de sus normas.

Sin embargo, hay otras geometrías y aritméticas distintas a la euclidiana o decimal: los matemáticos operan a partir de otros presupuestos que nos parecen absurdos, pero que son igual de científicos: en vez de admitir diez guarismos, 0, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, y 9, a otras teorías matemáticas les basta con cuatro; hay axiomas que, lo mismo que la geometría euclidiana acepta uno más uno igual a dos, afirman y aceptan que uno más uno es igual a cero, y a partir de ese axioma alzan su castillo de naipes. Porque todo ese mundo científico de números es un mazo de cartas: si se le quita la base se desmorona, no hay nada que se sostenga.

Este ejemplo basado en la geometría y la matemática no está fuera de lugar: no hemos de olvidar que Lewis Carroll, antes que escritor de historias, fue un profesor de matemáticas que pasó la mayor parte de su vida obsesionado por problemas lógicos, por juegos en que la razón se quitaba a sí misma la razón, etc. Y el creador de *Alicia* partió para su relato de una base semejante: nuestra base decimal de lógica aplicable a la vida cotidiana nos dice que una niña, por breve y endeble que sea su tamaño, no puede penetrar por una madriguera de conejo ni puede menguar, acortarse o alargarse desmesuradamente por efectos de unos caramelos mágicos.

Pero si en vez de rechazar ese punto de partida aceptamos que la realidad puede interpretarse desde otros fundamentos, en base de dos por ejemplo (aquella que postula que uno más uno es igual a cero), entonces Alicia puede hablar con los animales, reducirse a su tamaño; los soldados que acompañan a los reyes pueden ser naipes de baraja y una oruga puede

tranquilamente estar fumando sobre una seta. Ése es el juego que abre posibilidades nuevas a la capacidad imaginativa de la mente humana: no hay una base exclusiva de captación de la realidad; como los matemáticos, podemos trasladarnos a otro espacio donde las normas sean diferentes, aunque tan válidas y lógicas como eran las que nos han designado siempre como líneas maestras del mundo y de nuestra actuación en él.

Alicia es, por tanto, una realidad en otra base distinta a la cotidiana que obliga al hombre a unos ritos y gestos aprendidos desde tiempos inmemoriales, aunque vayan perfeccionándose: ¿es perfección nuestros ritos si los comparamos con los de los griegos de la Hélade? ¿No puede ser sólo simple manierismo lo nuestro? Y ese punto de partida nuevo abre cauces a posibilidades distintas, sorprendentes, como reconocieron todas las vanguardias artísticas de principios del siglo xx. El comportamiento de Alicia, como el de muchos niños antes de ser «domados» por la «educación», ¿no es una *razón salvaje*? Sus aspavientos, ¿no son acaso la libertad de una máquina que crea sus leyes propias cuando alguien la ha puesto en funcionamiento?

Ahí es precisamente donde radica el problema: las máquinas que se rigen por sí mismas son peligrosas porque pueden construir un mundo nuevo, tan válido como éste, pero que resulte como su envés, como el negativo de esta cosa que nosotros hoy llamamos vida. ¿No planea sobre la cibernética y los últimos adelantos de la ciencia la amenaza de la sublevación de las máquinas, de la rebelión de los robots? ¿Que se nieguen a obedecer al código de órdenes y, provistos de energía autónoma, dotados de una capacidad de inteligencia mil veces superior a la de un solo hombre, se independicen del creador para producir una vida distinta a la de ordenadores y computadoras esclavizados? Ejemplos semejantes los estamos viendo, y admitiendo como posibilidad, en la literatura y el cine de ciencia ficción: el ordenador potentísimo de *2001: Una odisea en el espacio*, la célebre película de Stanley Kubrick, llegaba a constituir un microcosmos autónomo con posibilidad de rebelarse e independizarse, de dirigir a sus creadores en vez de ser dirigido por ellos.

Ésa es la posibilidad peligrosa de Alicia; o mejor dicho, esa posibilidad de otros mundos ordenados de forma distinta es lo que vislumbró Carroll en medio de sus juegos de lógica; Alicia se convierte así en el peón de un modo de libertad, en la punta de lanza de un rechazo de la ordenación cósmica tal como la contemplamos: en esa ordenación cósmica el núcleo,

desde nuestro punto de vista humano, lo formaría, precisamente la sumisión del hombre a las secuelas de la historia, con unos comportamientos heredados, que no aceptan siquiera retoques, por más leves que sean: porque el cosmos del hombre es su sociedad; el otro es tarea de geógrafos, y ciencia que no atañe a la que realmente interesa al individuo: su relación y simbiosis en la pequeña aldea, y no en la aldea mundial, que a cada uno nos rodea: el microcosmos en que vivimos cotidianamente.

No es absurdo, por tanto, lo que Alicia propone; o lo es para quien siga aferrado a la base decimal aprendida, a esos desechos que los tres mil años de historia conocida nos han legado: sumisiones y represiones a cambio de unas migajas de confort. A eso apuntaban precisamente las pintadas que en el París de mayo del 68 aludían a Alicia: el último de los sueños libertarios de nuestra sociedad no podía dejar de rendir un homenaje a la heroína con quien se inicia, de forma tajante, la «desatadura», el desprendimiento del dictador que más tiempo ha reinado sobre la civilización humana: la razón.

Si la afirmación de ésta fue un logro en la época de Descartes, que zanjaba con un mundo supersticioso, de pesadilla y de superpotencia de un mito mágico, la religión hecha de miedos ante el desconocimiento que el hombre tenía entonces de su entorno, de las relaciones que lo gobernaban, ahora que todo está explicado, medido, sopesado, algo nos dice que hay en el hombre otras potencias aún inexploradas: basta buscarlas partiendo de una base distinta al «Pienso luego existo» de Descartes.

La lección fue aprendida por las vanguardias artísticas; y al filo del 1900 va a estallar el mayor cohete aliciano: pintura, literatura, poesía y teatro, arrancan de puntos de partida que no tienen en cuenta los intereses de la razón lógica y buscan otras dimensiones a la lógica de la razón. Carroll y Alicia habían sido los predecesores, como también Rimbaud y el conde de Lautréamont, el marqués de Sade y las pinturas negras de Goya, los relatos terroríficos de Edgar Allan Poe, escritos muchos de ellos bajo efectos de drogas como el alcohol o el opio, y las «flores del mal» que crecieron en el jardín de otro cultivador de paraísos artificiales, Charles Baudelaire. Entre estos y otros muchos, Carroll, llevando de la mano a la pequeña Alicia, avanza en primera fila hacia un futuro donde el hombre explore todas las dimensiones de su razón y de su sinrazón.

Mauro Armiño

## Nota sobre la edición

El texto seguido para la traducción es el fijado por la última edición (1897) hecha en vida de Lewis Carroll. No se ha incluido el fragmento eliminado por el autor de su manuscrito, tal vez por indicación de su ilustrador John Tenniel, conocido como *The wasp in a wig* (La avispa empelucada) y encontrado en 1977.

En las notas que figuran al final del libro, he anotado sobre todo, de la forma más escueta posible, los abundantes juegos de palabras con que Carroll sazona su texto. Por lo demás, he revisado mi traducción de *Alicia en el País de las Maravillas*, publicada en 1983, aceptando alguna solución propuesta por Francisco Torres Oliver, como la sustitución de «langosta» por «bogavante», evidente si admitimos las ilustraciones de Tenniel.

Agradezco a Torres Oliver su permiso para reproducir su versión del galimatías lingüístico que Carroll organiza en su poema *Jabberwocky*, (*Jerigóndor*); me pareció inútil tratar de organizar un nuevo poema disparatado a base de palabras-maleta y sin sentido, con resultados que no supondrían hallazgo alguno; sea su reproducción aquí un homenaje de reconocimiento a las horas y horas que le costó dar con algo parecido al disparate carrolliano. También he preferido utilizar soluciones aceptables de otros traductores para bautizar a Tweedledum y Tweedledee («Tarará y Tararí», según Ramón Buckley) y a Humpty Dumpty («Tentetieso» en Torres Oliver) en vez de rebuscar posibilidades que no me habrían parecido tan acertadas.

# Bibliografía Mínima

## General

Sidney Herbert Williams y Falconer Madan: *A Handbook of the Literature of the Rev. C. L. Dogson*, Oxford University Press, 1931.

Roger Lancelyn Green: *The Lewis Carroll Handbook* [versión puesta al día de la última reimpresión de *A Handbook of the Literature of the Rev. C. L. Dogson*, Oxford University Press, 1931], Oxford, 1962.

Denis Crutch: *Lewis Carroll Handbook* [puesta al día del libro de Lancelyn Green], Folkestone, Kent, 1979.

Edward Guiliano: *Lewis Carroll: an Annotated International Bibliography*, University Press, Virginia, 1980.

## Obras de Lewis Carroll

*The Complete Works of Lewis Carroll*, al cuidado de A. Woolcott, Londres, 1939.

*The Annotated Alice*, al cuidado de Martin Gardner, Londres, 1960.

*The Diaries of Lewis Carroll*, presentados por Roger Lancelyn Green, 2 vols. Cassell & Co, Londres, 1953 [reproducción facsímil por Greenwood Press, Westport, Connecticut, 1971].

*The wasp in a wig*, presentado por Martin Gardner, The Lewis Carroll Society of North America, Nueva York, 1977.

*The Letters of Lewis Carroll*, ed. de Morton N. Cohen y Roger Lancelyn Green, 2 vols. Macmillan & Co, Londres, 1979.

### **Traducciones españolas**

*Las aventuras de Alicia en el País de las Maravillas - A través del espejo y lo que Alicia encontró allí*. Traducción, apéndice y notas: Ramón Buckley, Ediciones Generales Anaya, Madrid, 1984.

*Alicia anotada*, ed. de Martin Gardner, traducción de Francisco Torres Oliver, Madrid, 1984.

*Alicia en el País de las Maravillas*, traducción de Mauro Armiño, Editorial Edaf, Madrid, 1983.

*Alicia a través del espejo*, traducción de Luis Maristany, Barcelona, 1981.

# Cronología de Lewis Carroll

1832. Charles Lutwidge-Lewis Dodgson-Carroll nace el 27 de enero en Daresbury, aldea situada a diez kilómetros de Warrington (Lancashire), de cuya parroquia es pastor su padre.

1843. Traslado de la familia a Croft, en el Yorkshire, donde su padre es nombrado rector. Al año siguiente Lewis Carroll será enviado a Richmond, a su primera escuela.

1846. Ingreso de Carroll en la escuela pública de Rugby, de la que conservará un amargo recuerdo: «No podría decir que recuerdo mi vida en el colegio con el menor sentimiento de placer, ni que cualquier consideración terrena pueda decidirme a pasar otra vez por unos años semejantes». Durante las vacaciones se divierte componiendo revistas literarias, manuscritas, que leían los visitantes de la rectoría de Croft. La primera, *Useful and Instructive Poetry* («Poesía útil e instructiva»), data aproximadamente de 1845; duró seis meses y fue seguida, con intervalos variables, por otras tituladas *La Revista de la Rectoría*, *La Cometa*, *El Botón de rosa*, *La Estrella*, *El Fuego fatuo*, *El paraguas de la Rectoría*, que iba ilustrada con dibujos que recuerdan a los de Edward Lear (*Book of Nonsense*), muy famoso entonces, y *Misch-Masch*.

1850. Inscripción en mayo en el Christ Church, de la Universidad de Oxford, donde ingresa efectivamente en 1851. Muerte súbita de la madre.

1853. Charles Dodgson obtiene una beca de estudios; al año siguiente se licencia en letras.

1855. Es nombrado «*Master of the House*» por el nuevo decano, el Dr. Liddell (padre de la que poco más tarde ha de inspirarle su personaje de Alicia). Es nombrado sub-bibliotecario en febrero de 1855: desde su despacho puede ver el jardín donde las tres hijas mayores del decano, Lorina, Alice y Edith Liddell, juegan: Alice tiene en ese momento tres o cuatro años. Entonces se inicia la amistad de Carroll con las niñas, a las que llevará de paseo, a excursiones por los alrededores de Oxford, por el río, etcétera.

1856. Comienza a dar cursos regulares en el Christ Church y a colaborar en *The Comic Times*, revista rival de la famosa *The Punch*; pasa luego a *The Train*, donde aparece uno de sus poemas más conocidos: *Hiawatha's Photographing*. Empieza a firmar con el pseudónimo de Lewis Carroll, elegido por el director de *The Train* entre cuatro propuestos por el escritor. Asiste en junio a una representación de *Un cuento de invierno*, de Shakespeare, donde admira por primera vez a la actriz Ellen Terry, que había de convertirse en una de sus mejores amigas. También en ese mismo año conoce al poeta Tennyson y a John Ruskin; al año siguiente conocerá a Thackeray.

1856-1861. Apasionamiento por la fotografía: sus modelos son preferentemente las niñas amigas. Recibe el diaconado, que no le impide llevar su vida regular de laico. No trató de avanzar por el camino de la jerarquía religiosa, debido en parte a su tartamudez.

1862. Se interesa por el ocultismo y se convierte en miembro de la «Sociedad Psíquica»: en un relato, *Fantasmagoría*, cuenta sus relaciones con un fantasma charlatán y bromista. El 4 de julio se produce el hecho definitivo de su vida: en su diario anota el paseo por el río Isis con las tres Liddell, a quienes cuenta las aventuras de Alicia bajo tierra; esa noche emprende la redacción del libro *Alicia en el País de las Maravillas*, que tuvo varios títulos previos.

1865. La casa Macmillan acepta publicar *Alicia*; Carroll, temiendo ser gravoso para la firma, edita el libro a cuenta del autor con el sello Macmillan. Por motivos que desconocemos, Carroll y los Liddell se distancian.

1867. Muerte del reverendo Dodgson, archidiacono en Ripon. Carroll dirá que su muerte había sido la mayor desgracia de su vida.

1874-1876. Publica con su verdadero nombre varias obras de matemáticas, y con el de Lewis Carroll su poema *La caza del Snark*.

1880. Abandona bruscamente la pasión por la fotografía.

1881. Renuncia a la enseñanza en el Christ Church.

1882. Es elegido «*curator*» (= administrador responsable) del colegio, puesto en el que permanecerá nueve años.

1885. Versión abreviada de Alicia para los niños muy pequeños.

1886. Publica en facsímil el manuscrito original de Alicia, *Las aventuras de Alicia bajo tierra*.

1891. Tras una larga separación vuelve a ver a Alice Liddell, convertida en Mrs. Hargreaves.

1894. Concluye *Symbolic Logic*, cuya primera parte publica con su nombre auténtico.

1898. A primeros de enero, un vulgar constipado degenera en bronquitis. El creador de Alicia muere el 14 de enero.

**A**venturas  
de **A**licia  
en el **P**aís  
de las **M**aravillas

*En la tarde dorada del estío  
ociosos navegamos por el agua;  
llevan unos bracitos los remos  
que apenas sus manitas abarcan  
y que en vano guiarnos pretenden  
donde nosotros deseamos.*

*¡Ay, qué crueles las Tres! En esta hora,  
bajo un cielo propicio para el sueño,  
pedirme que les cuente una historia  
cuando mi aliento ni soplar puede  
la pluma más leve. ¿Qué puede mi voz  
ligera, frente a tres lenguas juntas?*

*Prima lanza imperiosa el mandato  
formal: «Que empiece sin tardar»;  
Secunda muy amablemente espera  
«que el cuento no tenga pies ni cabeza»,  
mientras Tercia interrumpe el relato  
cada dos por tres a preguntar.*

*Y pronto, hecho de nuevo el silencio,  
las tres su cabeza dejan ganar  
por el mundo de extraña maravilla  
que una niña soñando va a cruzar  
charlando con pájaros y animales...  
Allí ellas creen que se encuentran ya.*

*Siempre que el pobre cuentista quería,  
seco ya el polvo de su fantasía,  
dejar el cuento para el otro día  
y descansar diciendo: «Mañana seguiré»,  
las tres dichosas voces le decían:  
«Mañana es ya».*

*Nació así el País de las Maravillas:  
así uno tras otro los raros sucesos  
surgiendo fueron;  
y ahora el cuento acabó.  
La barca hacia casa nos devuelve  
felices bajo el sol.*

*Acepta, Alicia, la infantil historia  
y ponla con tu delicada mano  
donde duermen los sueños infantiles,  
a la memoria unidos, cual secas flores  
que un día ya lejano recogiera  
un peregrino en muy lejana tierra.*

# Capítulo I

## Por la Madriguera del Conejo



Carroll<sup>[1]</sup>



Carroll





Alicia empezaba a hartarse de estar sentada al lado de su hermana en la orilla del río y sin nada que hacer: una o dos veces había echado una ojeada al libro que su hermana estaba leyendo, pero no tenía estampas ni diálogos. «Y ¿para qué sirve un libro sin estampas ni diálogos?», pensó Alicia.

Por eso, estaba dándole vueltas en la cabeza (dentro de lo posible, porque el calor del día adormecía y llenaba de torpor sus sensaciones) a si valdría la pena levantarse y recoger margaritas para trenzar con ellas una cadeneta, cuando de pronto un Conejo Blanco de ojos rosas pasó corriendo a su lado.

En aquello no había nada *excesivamente* particular; ni tampoco le pareció a Alicia *excesivamente* fuera de lo normal oír al Conejo decirse a sí mismo: «¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Voy a llegar tarde!» (cuando más tarde volvió a pensar en este episodio, a Alicia se le ocurrió que habría debido asombrarse, pero en aquel momento le pareció completamente

natural); pero cuando el Conejo sacó un reloj del bolsillo de su chaleco, y lo miró y echó a correr de nuevo, Alicia se puso en pie de un brinco, al cruzar por su mente como un rayo la idea de que nunca había visto un conejo con un bolsillo de chaleco, y menos aún con un reloj que sacar de ese bolsillo; muerta de curiosidad, echó a correr tras él por el campo, justo a tiempo de verlo desaparecer en una ancha madriguera debajo del seto.

Un momento más tarde Alicia se metía tras él, sin pensar ni por asomo cómo se las arreglaría para salir de allí.

Durante un trecho la madriguera avanzaba recta como un túnel, y luego se hundía bruscamente, tanto que Alicia no tuvo tiempo siquiera de pensar en detenerse antes de encontrarse cayendo en un pozo muy profundo.

O el pozo era muy profundo, o ella caía muy despacio; lo cierto es que, mientras descendía, le sobró tiempo para mirar alrededor y preguntarse qué iba a pasar. Primero intentó mirar hacia abajo para ver dónde iba a parar, pero estaba demasiado oscuro para distinguir nada; luego se fijó en las paredes del pozo y reparó en que estaban cubiertas de aparadores y estanterías; aquí y allá vio mapas y cuadros colgados de escarpías. Al pasar, cogió un tarro de uno de los estantes; llevaba una etiqueta que ponía «MERMELADA DE NARANJA», pero, para gran desilusión suya, estaba vacío: no quiso tirar el tarro por miedo a matar a alguien que se encontrara debajo, así que se las arregló para dejarlo en uno de los aparadores cuando pasaba delante de él mientras caía.

«Vaya —pensó Alicia para sus adentros—, después de una caída como ésta, ya no me importará caerme por las escaleras. ¡Qué valiente pensarán que soy en casa! ¡Sí, aunque me cayese desde lo alto del tejado, no rechistaría siquiera!». (Cosa que probablemente sería verdad).

Y caía, caía y caía. ¿No iba a terminar *nunca* de caer? «Me gustaría saber cuántos kilómetros he caído ya —dijo en voz alta—. Debo estar llegando al centro de la tierra. Vamos a ver: el centro tal vez esté a unas cuatro mil millas de profundidad...». (Como puede verse, Alicia había aprendido unas cuantas cosas de este género en la escuela, y, aunque no era aquélla la mejor oportunidad para demostrar sus conocimientos, como allí no había nadie que la oyese era un buen ejercicio repetir las) «... Sí, ésa es más o menos la distancia..., pero entonces me pregunto a qué Latitud o Longitud he llegado». (Alicia no tenía ni idea de qué eran la

Latitud ni la Longitud, pero pensó que eran unas palabras hermosísimas para decirlas).

Pronto continuó: «Me pregunto si no estoy cayendo todo recto *atravesando* la tierra entera. ¡Qué divertido sería salir entre esas gentes que andan con la cabeza abajo, y que son los *antipatas*<sup>[1]</sup>!, creo...». (Esta vez se alegró de que nadie *estuviera* escuchándola, porque no le sonaba del todo que aquella palabra fuera la correcta); «... bueno, tendré que preguntarles cuál es el nombre de su país. “Por favor, señora, ¿es esto Nueva Zelanda o Australia?”». (Y mientras hablaba ensayó una reverencia. ¡Imaginaos cómo se hace una *reverencia* mientras vais cayendo por el aire! ¡Pensad de qué forma os las apañaríais!). «¡Y qué niña *ignorante* pensarán que soy por preguntar! No, más vale no preguntar: quizá lo vea escrito en alguna parte».

Y caía, caía, y caía. Como no tenía otra cosa que hacer, pronto empezó Alicia a hablar de nuevo: «Esta noche Dinah me echará en falta, seguro». (Dinah era la gata<sup>[2]</sup>). «Espero que se acuerden de su escudilla de leche a la hora del té. ¡Querida Dinah! ¡Cómo me gustaría que estuvieses aquí abajo conmigo! Puede ser que no haya ratones en el aire, pero siempre podrías cazar algún murciélago, ya sabes que se parecen mucho a un ratón. Me pregunto si comen murciélagos los gatos». En este momento Alicia empezó a sentirse adormilada, y siguió diciéndose como en sueños: «¿Comen los gatos murciélagos? ¿Comen los gatos murciélagos?». Y de vez en cuando: «¿Comen los murciélagos gatos?»<sup>[3]</sup>, porque, incapaz de responder a ninguna de esas preguntas, como veis, lo mismo daba hacer una u otra. Notó que estaba quedándose dormida, y acababa de empezar a soñar que iba de paseo cogida de la mano de Dinah y que le preguntaba con toda seriedad: «Y ahora, Dinah, dime la verdad: ¿te has comido alguna vez un murciélago?», cuando de pronto, ¡pumba!, ¡paf!, fue a dar sobre un montón de ramas y hojas secas, y la caída se acabó.

Alicia no se había hecho el menor daño y, al momento, estaba en pie de un salto; miró hacia arriba: encima de su cabeza todo estaba oscuro; delante, había un largo pasadizo, y el Conejo Blanco todavía estaba a la vista, metiéndose por él a todo correr. No había tiempo que perder, Alicia corrió como el viento, justo a tiempo de oírle decir cuando el Conejo doblaba un recodo: «¡Por mis orejas y mis bigotes, se me está haciendo muy tarde!». Estaba a punto de pillarle pero, cuando ella dobló el recodo,

el Conejo había desaparecido: se encontró en un vestíbulo largo y bajo, que iluminaba una hilera de lámparas colgadas del techo.

Alrededor del vestíbulo había puertas, pero todas cerradas; y después de haberlo recorrido de punta a punta, bajando por la derecha, subiendo por la izquierda y probando en todas las puertas, Alicia regresó entristecida al centro del vestíbulo preguntándose cómo lograría salir de allí.

De pronto se encontró ante una mesita de tres patas, toda de cristal macizo: no había nada encima, salvo una minúscula llavecita de oro, y lo primero que pensó Alicia fue que aquella llave tal vez debía abrir alguna de las puertas del vestíbulo; pero, ¡ay!, o las cerraduras eran demasiado grandes, o la llave demasiado pequeña, porque lo cierto es que no pudo abrir ninguna. Sin embargo, cuando lo intentaba por segunda vez, descubrió una cortina baja en la que hasta entonces no se había fijado, y tras ella había una puertecita de unas quince pulgadas de alto: probó la llavecita de oro en la cerradura y, para gran alborozo suyo, encajaba.



Alicia abrió la puerta y vio que daba a un pasadizo pequeñísimo, no mucho más ancho que una ratonera; poniéndose de rodillas divisó, al final del pasadizo, el jardín más hermoso que jamás hayáis visto. ¡Cuánto deseaba salir de aquel oscuro vestíbulo y pasear entre aquellos macizos de brillantes flores y aquellas frescas fuentes! Pero ni siquiera podía pasar la cabeza por la abertura de la entrada. «Y aunque consiguiera pasar la cabeza —pensó la pobre Alicia—, de qué poquito me serviría sin los hombros. ¡Ay, cómo me gustaría poder plegarme como un telescopio! Si supiera por dónde empezar, tal vez podría». Pues, como veis, últimamente habían ocurrido tantas cosas extraordinarias que Alicia empezaba a pensar que sólo unas pocas eran realmente imposibles.

Parecía inútil esperar junto a la puertecita, y por eso volvió hacia la mesa con la vaga esperanza de encontrar otra llave o por lo menos un libro de instrucciones para plegarse una misma como los telescopios: esta vez halló encima de la mesa un pequeño frasquito, «que, desde luego, antes no estaba aquí», dijo Alicia, y alrededor del cuello del frasquito había una etiqueta con la palabra «BÉBEME» bellamente impresa en letras mayúsculas.

Quedaba muy bonito decir «Bébeme», pero la prudente y pequeña Alicia no iba a hacerlo sin más ni más. «No, primero miraré a ver si en alguna parte pone *veneno* o no», dijo; porque había leído varios cuentos deliciosos sobre niños que habían acabado quemándose, y que habían sido devorados por fieras salvajes, y otras cosas desagradables, y todo por no haber *querido* recordar los sencillos consejos que sus amigos les habían dado; por ejemplo, que un atizador al rojo quema si se tiene demasiado tiempo en las manos; y que si os hacéis en el dedo un corte muy profundo con un cuchillo, generalmente el dedo sangra; y tampoco se le olvidaba que si



bebéis demasiado de una botella donde pone «veneno», es casi seguro que antes o después os haga daño.

Sin embargo, en el frasco no ponía «veneno», por lo que Alicia se aventuró a probarlo; y como lo encontró muy agradable (en realidad sabía a una especie de mezcla de tarta de cerezas, flan, piña, pavo asado, caramelo y tostadas con mantequilla), muy pronto se lo bebió todo.

\*                    \*                    \*                    \*                    \*  
                  \*                    \*                    \*                    \*  
\*                    \*                    \*                    \*                    \*

—¡Qué sensación más curiosa! —dijo Alicia—. Debo estar encogiéndome como un telescopio.

Y así era: ahora sólo medía diez pulgadas de alto, y su cara resplandeció al pensar que ya tenía el tamaño adecuado para pasar por la puertecilla hasta aquel precioso jardín. Sin embargo, esperó primero unos minutos para ver si seguía menguando todavía, porque estaba algo preocupada. «Porque, ya veis, podría acabarme del todo, como una vela. Y me pregunto cómo sería entonces». Trató de imaginar a qué se parece la llama de una vela cuando se apaga, pues no recordaba haber visto nunca una cosa así.

Al cabo de un rato, viendo que no pasaba nada más, decidió entrar en el jardín acto seguido. Pero, ¡ay, pobre Alicia! Cuando llegó a la puerta reparó en que había olvidado la llavecita de oro, y cuando volvió a la mesa en su busca se encontró con que no podía alcanzarla; la veía con toda claridad a través del cristal, e hizo lo imposible por trepar por una de las patas de la mesa, pero era demasiado resbaladiza, y, cuando se sintió agotada de tanto intentarlo, la pobre cosita se sentó y se echó a llorar.

«¡Vamos, que llorar de esta manera no sirve de nada! —se dijo Alicia en tono bastante severo—. Te aconsejo que dejes de hacerlo ahora mismo». Por regla general se daba bonísimos consejos (aunque rara vez los seguía) y a veces se regañaba con tanta severidad que se le saltaban las lágrimas; recordaba incluso que una vez había intentado darse un tirón de orejas por hacer trampas en una partida de croquet que jugaba consigo misma; porque a esta curiosa niña le gustaba fingir que era dos personas:

«Pero ahora no sirve de nada —pensó la pobre Alicia— pretender ser dos personas. Porque apenas si queda de mí lo suficiente para hacer *una* digna de ese nombre».

No tardó en caer su mirada sobre una cajita de cristal que había debajo de la mesa: la abrió y encontró en ella un pastelillo pequeñísimo, en el que la palabra «CÓMEME» estaba bellamente escrita con pasas. «Bueno, me lo comeré, dijo Alicia, si me hace crecer, podré alcanzar la llave; si me hace menguar, podré colarme por debajo de la puerta; pase lo que pase entraré en el jardín; ¡poco me importa lo que ocurra!».

Dio un mordisquito, y se dijo muy ansiosa para sus adentros: «¿Hacia dónde? ¿Hacia dónde?», poniendo la mano encima de la cabeza para ver en qué sentido se producía el cambio; y quedó completamente sorprendida al darse cuenta de que seguía con el mismo tamaño. Esto es, por supuesto, lo que suele ocurrir cuando comemos un pastel, pero Alicia estaba tan acostumbrada a esperar que sólo ocurrieran cosas extraordinarias que le pareció de lo más soso y estúpido que la vida siguiera por el camino normal.

Así pues, se concentró en la tarea y en un abrir y cerrar de ojos acabó con el pastel.



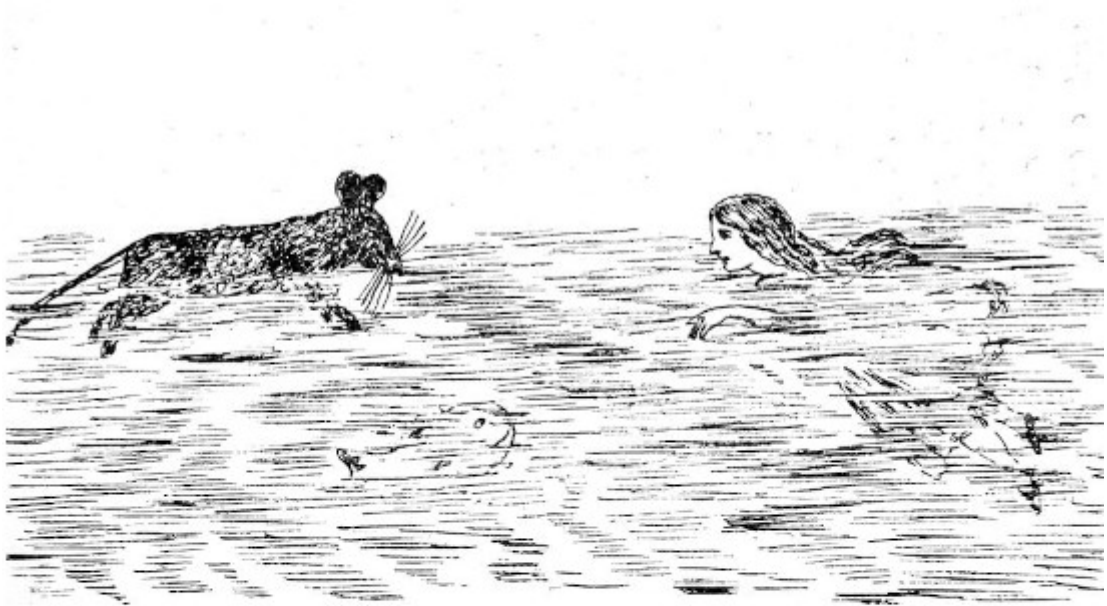
## Capítulo II

### El charco de lágrimas



Carroll





Carroll

«¡Qué curiosoque y curiosoque!<sup>[1]</sup> —exclamó Alicia (estaba tan sorprendida que, en ese instante, se olvidó por completo de hablar correctamente)—. ¡Ahora resulta que me estiro como el mayor telescopio que nunca haya existido! ¡Adiós, pies míos!». (Porque, cuando miró hacia abajo, a sus pies, le pareció que casi se perdían de vista, de lo mucho que se iban alejando). «¡Ay, pobres piececitos! ¡Me pregunto quién os pondrá ahora los zapatos y las medias! Seguro que yo no podré. Estaré demasiado lejos para ocuparme yo misma de vosotros. Tendréis que arregláros las lo mejor que podáis...». «Pero debo ser amable con ellos —pensó Alicia—, no vaya a ser que se nieguen a ir donde yo quiera. Vamos a ver: les regalaré unas botinas nuevas todas las Navidades».

Y siguió haciendo planes sobre cómo se las arreglaría. «Tendré que mandárselas por un mensajero —pensó—. ¡Qué divertido debe ser enviar regalos a los pies de una misma! ¡Y qué raras parecerán las señas!

*A Don Pie Derecho de Alicia.  
Felpudo de la chimenea,*



*Junto al guardafuego,  
(con el cariño de Alicia)*

¡Dios mío! ¡Cuántos disparates digo!».

En ese mismo instante su cabeza chocó contra el techo del vestíbulo; resulta que ahora tenía más de nueve pies de altura; inmediatamente cogió la llavecita de oro y echó a correr hacia la puerta del jardín.

¡Pobre Alicia! Lo único que pudo hacer fue tumbarse de costado y mirar hacia el jardín con un solo ojo; pero las esperanzas de pasar al otro lado eran menores que nunca; así que se sentó en el suelo y empezó a llorar otra vez.

«Debería darte vergüenza —se dijo Alicia—, una chica tan grande como tú (ahora sí que podía decirlo con motivo) llorando de esa manera. Te ordeno que dejes de llorar ahora mismo». Pero no hizo caso a la orden, derramando cubos de agua hasta que se formó todo alrededor un enorme charco de unas cuatro pulgadas de hondo y que llegaba hasta la mitad del vestíbulo.

Al cabo de un rato oyó a lo lejos un ruido de pisadas, y se apresuró a secarse los ojos para ver quién venía. Era el Conejo Blanco que estaba de vuelta, espléndidamente vestido, con un par de guantes blancos de cabritilla en una mano y un amplio abanico en la otra; llegaba trotando con mucha prisa y murmurando para sus adentros mientras se acercaba: «¡Oh, la Duquesa, la Duquesa! Se pondrá hecha una furia si la hago esperar». Tan desesperada se sentía Alicia que estaba dispuesta a pedir ayuda a quien fuese; por eso, cuando el Conejo pasó cerca, empezó a decirle en voz baja y tímida: «Por favor, señor...». El Conejo se sobresaltó mucho, soltó los guantes blancos de cabritilla y el abanico y se escabulló en la oscuridad lo más deprisa que pudo.



Alicia recogió el abanico y los guantes y, como en el vestíbulo hacía mucho calor, se puso a abanicarse mientras seguía diciendo: «¡Ay, Dios mío! ¡Hoy qué raro es todo! ¡Y ayer todo era tan normal! Me pregunto si habré cambiado durante la noche. Espera que pienso: ¿*era* yo la misma al levantarme esta mañana? Creo recordar que me he sentido algo distinta. Pero si no soy la misma, la siguiente pregunta es: ¿Quién diablos soy yo? ¡Ay, *ése es* el gran rompecabezas!»». Y empezó a pensar en todas las niñas que conocía que fueran de su misma edad, para ver si se había cambiado por alguna de ellas.

—Estoy segura de no ser Ada —dijo—, porque lleva en el pelo unos rizos larguísimos, y los míos no se rizan para nada; y estoy segura de que no puedo ser Mabel, porque yo sé muchas cosas y ella, bueno, ella no sabe casi ninguna. Además, *ella es* ella y yo *soy yo*, y ¡ay, Dios mío, qué lío! Probaré a ver si sé todas las cosas que solía saber. Veamos: cuatro por

cinco doce, y cuatro por seis trece, y cuatro por siete... ¡Ay, Dios mío!..., a este paso nunca llegaré a veinte. De todos modos la tabla de Multiplicar no importa mucho; probemos con la Geografía: Londres es la capital de París, y París es la capital de Roma, y Roma..., no, estoy segura de que todo eso está mal. He debido cambiarme por Mabel. Intentaré recitar *Ved al ágil cocodrilo...*; —cruzó las manos sobre el regazo como si estuviera diciendo la lección, y empezó a recitar, pero su voz sonaba ronca y extraña, y las palabras no eran las que solían ser:

*Ved al ágil cocodrilo  
que con su cola lustrada  
echa las aguas del Nilo  
en sus escamas doradas.*

*Vedle cómo abre los dientes,  
¡qué alegría cuando bebe  
y abre a los pequeños peces  
su boca sonriente!<sup>[2]</sup>*

—Estoy segura de que no son las palabras exactas —dijo la pobre Alicia, y sus ojos volvieron a inundarse de lágrimas mientras continuaba—: después de todo, debo ser Mabel, y tendré que ir y vivir en esa casita miserable, y no tendré juguetes con que jugar, y, ¡ay, cuántas lecciones que aprender! ¡No, estoy completamente decidida: si soy Mabel, me quedaré aquí! Será inútil que asomen la cabeza y digan: «Anda, sube, querida». Me limitaré a mirar hacia arriba y a decir: «Entonces, ¿quién soy? Decídmelo primero, y si me gusta ser esa persona, subiré; si no, me quedo aquí abajo hasta que sea alguna otra...». Pero, Dios mío —exclamó Alicia con un repentino y nuevo brote de lágrimas—, ¡cómo me *gustaría* que alguien se asomara! ¡Estoy tan *cansadísima* de estar aquí completamente sola!...

Al decir esto bajó los ojos a sus manos, y quedó sorprendida porque, mientras hablaba, se había puesto uno de los pequeños guantes blancos de cabritilla del Conejo. «¿Cómo *puedo* haberlo hecho? —pensó—. Debo estar menguando otra vez». Se levantó y fue hasta la mesa para medirse por ella, y descubrió que, por lo que podía suponer, ahora tenía unos dos pies de altura, y que estaba menguando a toda velocidad; no tardó en adivinar que la causa era el abanico que tenía en la mano, así que lo soltó a toda prisa, justo a tiempo de evitar desaparecer por completo.

—De buena me he librado —dijo Alicia, bastante asustada por su repentina transformación, pero muy contenta de sentirse viva todavía—. Y ahora, ¡al jardín!, —y echó a correr a toda velocidad hacia la puertecilla; pero, ¡ay!, la puertecita estaba otra vez cerrada, y la llavecita de oro estaba sobre la mesa de cristal como antes—. Y ahora las cosas están peor que nunca —pensó la pobre niña—, porque nunca he sido tan pequeña como ahora, ¡nunca! Y declaro que todo está demasiado mal, ¡de veras!

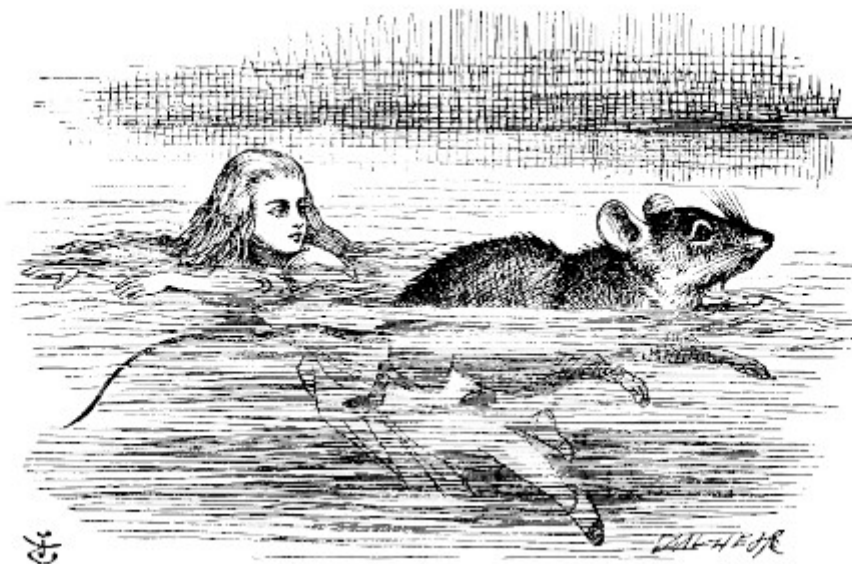
Cuando decía estas palabras, su pie resbaló, y un momento después, ¡plaf!, se encontró metida hasta la barbilla en agua salada. Lo primero que pasó por su cabeza fue que, sin saber cómo, había caído al mar... «Y en este caso puedo volver a casa en tren», se dijo a sí misma (Alicia sólo había estado una vez en su vida a la orilla del mar, y había llegado a la conclusión general de que, a cualquier parte que uno vaya de las costas inglesas, encuentra gran número de cabinas de baño<sup>[3]</sup>, unos cuantos niños haciendo hoyos en la arena con palas de madera, luego una hilera de hotelitos de alquiler y, detrás de ellos, una estación de ferrocarril). Sin embargo, pronto se dio cuenta de que estaba en el charco de lágrimas que ella misma había derramado cuando tenía nueve pies de altura.



—¡Ojalá no hubiera llorado tanto! —dijo Alicia mientras nadaba dando vueltas, tratando de encontrar una salida—. Supongo que ahora recibo mi castigo, ahogándome en mis propias lágrimas. ¡Seguro que *será* un accidente extraño! ¡Pero hoy resulta todo tan extraño!

Justo entonces oyó que había algo chapoteando cerca, en el charco, y nadó en aquella dirección para ver qué era: al principio pensó que se

trataría de una morsa o de un hipopótamo, pero luego recordó lo pequeña que ahora era, comprendiendo acto seguido que sólo se trataba de un ratón que, como ella, había resbalado.



«¿Servirá de algo dirigirle la palabra a este ratón? —pensó Alicia—. Aquí abajo es todo tan extraordinario que nada me extrañaría que hablase; de todos modos, nada pierdo por intentarlo». Y empezó así:

—Oh, Ratón, ¿conoces el camino para salir de este charco? Estoy cansadísima de nadar dando vueltas, oh, Ratón. —(Alicia pensó que ésos serían los términos más apropiados para dirigirse a un ratón; jamás hasta entonces había hecho nada parecido, pero recordaba haber visto en la Gramática Latina de su hermano: «Un ratón, de un ratón, al ratón... un ratón... ¡oh, ratón!»). El ratón la miró con curiosidad, y a Alicia le pareció incluso que le guiñaba uno de sus ojillos, pero no dijo nada.

«Quizá no entienda inglés —pensó Alicia—. Me figuro que es un ratón francés que llegó aquí con Guillermo el Conquistador». (Porque a pesar de sus conocimientos de historia, Alicia no tenía una noción demasiado clara de cuándo había ocurrido nada). Así pues, empezó de nuevo:

—*Où est ma chatte?*, —que era la primera frase de su gramática francesa. El Ratón dio de repente un brinco fuera del agua, y pareció que todo él temblaba de espanto—. Ay, le ruego que me perdone —exclamó rápidamente Alicia, temiendo haber herido los sentimientos del pobre animal—. ¡Se me olvidó por completo que a usted no le gustan los gatos!

—¡No me gustan los gatos! —gritó el Ratón con voz chillona y apasionada—. ¿Te gustarían a *ti si* tú fueras yo?

—Bueno, quizá no —dijo Alicia en tono conciliador—, no se enfade por eso. Aunque me gustaría poder presentarle a nuestra gata Dinah; creo que se enamoraría usted de los gatos sólo con verla. Es tan tranquila y tan adorable —continuó Alicia, a medias para sus adentros, mientras nadaba perezosamente en el charco—, y ronronea con tanto primor cuando se sienta junto al fuego, lamiéndose las patitas y lavándose con ellas la cara..., y es una cosa tan suave y tan deliciosa de mecer..., y caza tan bien ratones... ¡Ay, discúlpeme! —exclamó Alicia de nuevo, porque esta vez el Ratón se había erizado por completo, y ella estuvo segura de haberle ofendido realmente—. Si no le gusta, no hablaremos más de ella.

—¡Nosotros, nosotros no volveremos a hablar! —gritó el Ratón, que temblaba hasta la punta de la cola—. ¡Cómo si fuera yo el que se empeña en hablar de ese tema! Nuestra familia siempre *odió* a los gatos: ¡son unos bichos viles, bajos y vulgares! ¡No quiero volver a oír otra vez esa palabra!

—No volveré a hacerlo —dijo Alicia apresurándose a cambiar de conversación—. ¿A usted..., a usted le gustan... los perros? —El Ratón no contestó, y por eso Alicia continuó llena de ansiedad—: Hay cerca de nuestra casa un perrito que me gustaría enseñarle. Un pequeño terrier de ojos brillantes, ¿sabe?, y con un pelo marrón largo y todo lleno de rizos. Y corre a buscar las cosas cuando se las tiras, y sabe ponerse a dos patas para pedir la comida..., y muchas otras cosas, tantas que no recuerdo ni la mitad de ellas; y es de un granjero, ¿sabe?, y dice que le ayuda mucho y que no lo vendería ni por cien libras. Dice que le mata todas las ratas y... ¡Ay, Dios mío! —exclamó Alicia en tono lastimero—, me temo que he vuelto a ofenderle, —porque el Ratón se alejaba de su lado nadando lo más rápidamente que podía y produciendo a su paso gran agitación en el agua del charco.

Por eso Alicia le llamó en tono muy suave:

—¡Ratoncito querido!, vuelve aquí, y no hablaremos nunca más de gatos ni de perros si no te gustan.

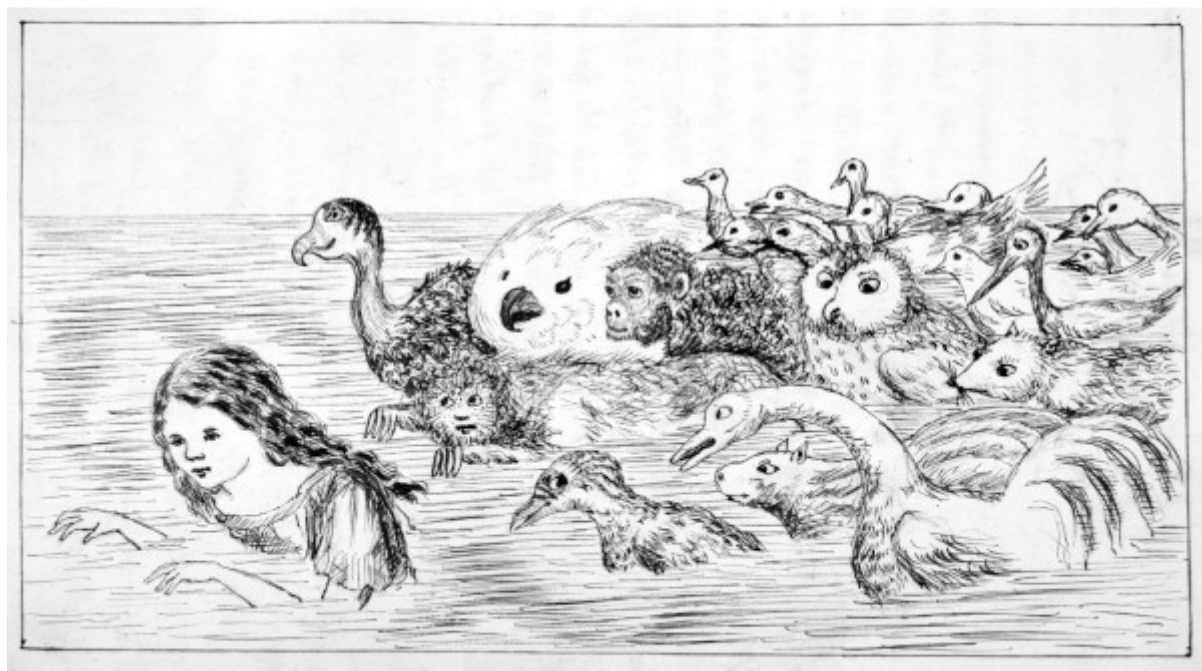
Cuando el Ratón oyó esto, dio media vuelta y nadó despacio hacia ella: su cara estaba completamente pálida (de cólera, pensó Alicia), y dijo en voz baja y temblorosa:

—Vamos a la orilla, y te cuento mi historia; así comprenderás por qué odio a los gatos y a los perros.

Salieron del charco justo a tiempo, porque estaba llenándose de pájaros y de los demás animales que se habían caído en él: había un Pato, un Dodo, un Lory y un Aguilucho<sup>[4]</sup>, y varias otras extrañas criaturas más. Alicia encabezó la marcha y toda la banda se puso a nadar hacia la orilla.

# Capítulo III

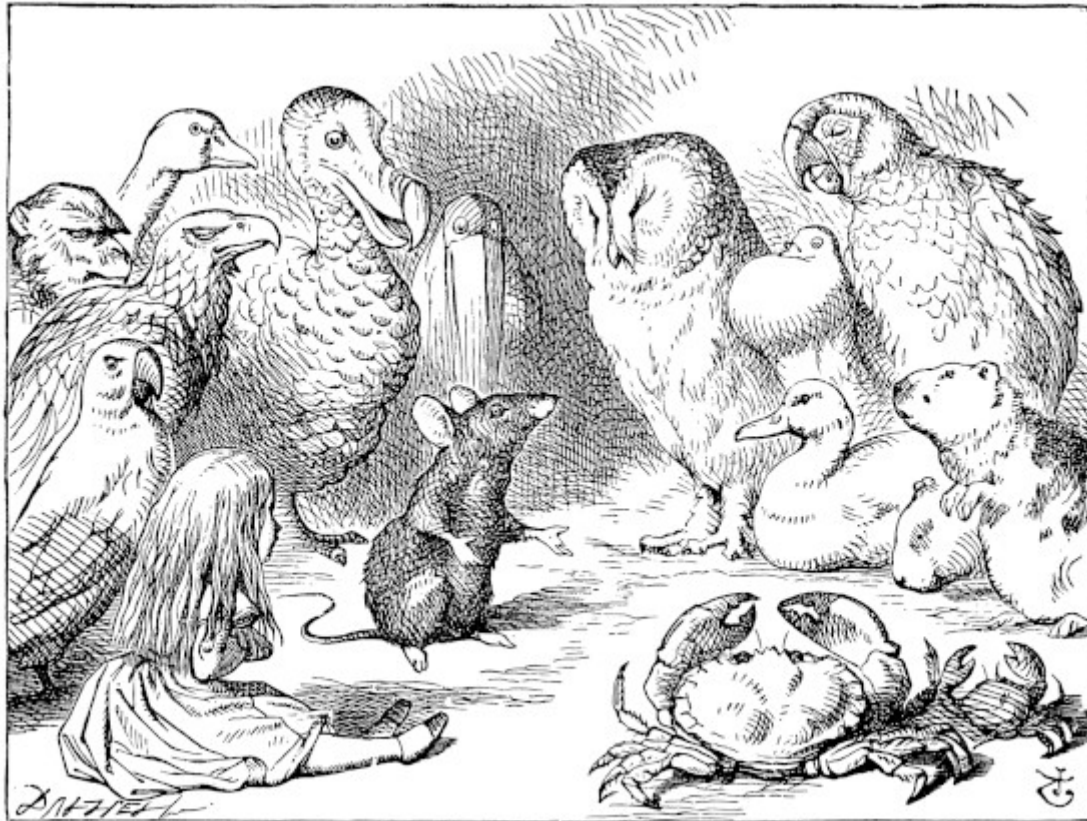
## Una carrera de Comité y una historia con cola<sup>[1]</sup>



Carroll



Carroll



Era extraño, desde luego, el aspecto de aquel grupo reunido en la orilla: las aves con sus plumas a rastras, los demás animales con su pelaje pegado al cuerpo, y todos empapados, de mal humor e incómodos.

El primer problema era, por supuesto, cómo secarse; discutieron el tema, y al cabo de unos minutos Alicia estaba convencida de que lo más natural del mundo era encontrarse hablando familiarmente con ellos, como si los conociera de toda la vida. Por cierto, que Alicia mantuvo una larga discusión con el Lory, que terminó por enfurruñarse y se limitó a decir: «Soy más viejo que tú y debo saberlo mejor», pero Alicia no estaba dispuesta a admitirlo sin saber su edad, y como el Lory se negó en redondo a decirle los años que tenía, no hubo más que decir.

Finalmente, el Ratón, que parecía ser persona de autoridad entre ellos, gritó: «Sentaos todos y escuchadme. En seguida haré que estéis secos». Se sentaron todos enseguida en un amplio corro, con el Ratón en el centro. Alicia, llena de ansiedad, clavó en él los ojos, porque estaba segura de que pillaría un buen resfriado si no se secaba cuanto antes.

—¡Ejem! —dijo el Ratón dándose aires de importancia—. ¿Estáis todos preparados? ¡Es la cosa más seca que conozco! Silencio alrededor, por favor. «Guillermo el Conquistador, cuya causa fue apoyada por el papa, no tardó en ser reconocido por los ingleses, que necesitaban caudillos y que en los últimos tiempos se habían acostumbrado a la usurpación y a la conquista. Edwin y Morcar, condes de Mercia y de Northumbria»...

—¡Brrr!... —exclamó el Lory con un escalofrío.

—Perdón —dijo el Ratón, frunciendo el ceño pero con mucha cortesía—. ¿Has dicho algo?

—¡Qué va! —contestó inmediatamente el Lory.

—Pensé que habías dicho algo —dijo el Ratón. Y prosiguió—: «Edwin y Morcar, señores de Mercia y de Northumbria, se decidieron por él; y hasta Stigand, el patriótico arzobispo de Canterbury, lo encontró oportuno».

—Encontró, ¿qué? —dijo el Pato.

—Encontró *lo* —contestó el Ratón algo enfadado—; supongo que sabes lo que *lo* quiere decir.

—Sé de sobra lo que *lo* quiere decir cuando *yo* encuentro algo —dijo el Pato—; generalmente *lo* es una rana o un gusano. La pregunta es: ¿Qué encontró el arzobispo?

El Ratón ignoró la pregunta y se apresuró a continuar:

—«Lo encontró oportuno, y con Edgar Atheling fue al encuentro de Guillermo para ofrecerle la corona. La conducta de Guillermo fue al principio moderada. Pero la insolencia de sus normandos...». ¿Cómo te encuentras ahora, querida? —prosiguió volviéndose hacia Alicia mientras hablaba.

—Más mojada que nunca —dijo Alicia en tono melancólico—, no parece que así me seque nada de nada.

—En ese caso —dijo solemnemente el Dodo irguiéndose sobre sus patas—, propongo que levantemos la sesión y ahora mismo adoptemos remedios más enérgicos.

—¡Habla en inglés! —dijo el Aguilucho—. No entiendo el significado de la mitad de esas palabras largas, y, lo que es más, tampoco creo que tú lo sepas —y el Aguilucho agachó la cabeza para ocultar una sonrisa; algunos otros pájaros soltaron risas sofocadas que, sin embargo, se oyeron.

—Lo que iba a decir —dijo el Dodo en tono ofendido—, es que para secarnos lo mejor sería hacer una carrera de *comité*.

—¿Qué es una carrera de Comité? —dijo Alicia; no es que le importara mucho, pero el Dodo había hecho una pausa como si pensara que *alguien* debía hablar, y nadie parecía dispuesto a decir nada.

—Bueno —dijo el Dodo—, la mejor manera de explicarlo es hacerla.

(Y como a vosotras os puede divertir probar algún día de invierno, os contaré cómo la organizó el Dodo).

Primero trazó una pista de carrera, más o menos circular, («la forma exacta importa poco», eso dijo), y, luego, todos los presentes fueron colocándose aquí y allá, a lo largo de la pista. No hubo «un, dos, tres, ya», sino que empezaron a correr cuando se les antojaba y se paraban cuando les venía en gana, de modo que no era fácil saber cuándo acababa la carrera. Sin embargo, después de estar corriendo poco más o menos media hora, y ya estaban completamente secos otra vez, el Dodo gritó de repente: «La carrera ha terminado», y todos se apelotonaron a su alrededor jadeando y preguntando: «Pero ¿quién ha ganado?».

El Dodo no podía contestar a esta pregunta sin haberla madurado, y pasó mucho tiempo con un dedo en la frente (la postura en que normalmente suele verse a Shakespeare en los retratos), mientras el resto aguardaba en silencio. Por fin el Dodo dijo:

—*Todos* hemos ganado, y *todos* debemos recibir los premios.

—Pero ¿a quién le toca dar los premios? —preguntó rápidamente un coro de voces.

—Pues a *ella* por supuesto —dijo el Dodo señalando a Alicia con un dedo; y todos los asistentes se amontonaron inmediatamente alrededor de Alicia, gritando sin orden ni concierto:

—¡Los premios! ¡Los premios!

Alicia no tenía la menor idea de lo que debía hacer, y, desesperada, metió la mano en el bolsillo y sacó una caja de confites (por suerte, no le había entrado el agua salada), que repartió a su alrededor como premios. Había exactamente uno para cada uno.

—Pero también ella debe tener un premio —dijo el Ratón.

—Claro —replicó el Dodo muy serio—. ¿Qué más tienes en el bolsillo? —continuó volviéndose hacia Alicia.

—Sólo un dedal —dijo Alicia en tono entristecido.

—Déjamelos —dijo el Dodo.

Todos se agolparon otra vez alrededor suyo mientras el Dodo le presentaba solemnemente el dedal, al tiempo que decía: «Te rogamos que aceptes este elegante dedal», y cuando hubo acabado este breve discurso, todos aplaudieron.

Alicia pensó que todo aquello era bastante absurdo, pero la miraban tan serios que no se atrevió a reírse; y, como no se le ocurría nada que decir, se contentó con hacer una inclinación y coger el dedal con el mayor aire de solemnidad que pudo.

Lo siguiente era comerse los confites: aquello provocó cierto ruido y confusión, porque los pájaros grandes se quejaban de que no podían saber siquiera a qué sabían, y los pequeños se atragantaban y había que darles palmadas en la espalda. Sin embargo, terminaron por comérselos, y de nuevo se sentaron todos en círculo y pidieron al Ratón que les contara algo.

—Me has prometido contarme tu historia, ¿te acuerdas? —dijo Alicia—, y por qué odias a los G y a los P —añadió en un susurro, temiendo que se ofendiera otra vez.

—¡La mía es una historia larga y triste como mi cola!<sup>[1]</sup> —dijo el Ratón volviéndose hacia Alicia y suspirando.

—Es, desde luego, una cola larga —dijo Alicia contemplando asombrada la cola del Ratón—; pero ¿por qué la llamas triste?

Y, mientras el Ratón hablaba, ella seguía dándole vueltas en la cabeza, por lo que la idea que se hizo de la historia fue algo parecido a esto:

Furia dijo  
a un ratón,  
al que en su  
casa encontró:  
«Vayamos a  
juicio los dos.  
Voy a denun-  
ciarte *a ti*.  
Vamos, no  
acepto  
negativas.  
Debemos  
tener un  
juicio porque  
en realidad  
esta mañana no  
tengo nada  
que hacer».  
Dijo el ratón  
al perrillo:  
«Tal pleito,  
querido señor,  
con ningún  
jurado ni juez,  
serviría de nada».  
«Yo seré juez  
y jurado».  
Dijo el  
astuto  
y viejo  
Furia:  
«Yo veré  
toda la  
causa y a  
muerte  
te conde-  
naré<sup>11</sup>».



—No estás atendiendo —le dijo el Ratón a Alicia muy serio—. ¿En qué estás pensando?

—Le pido perdón —dijo Alicia muy humildemente—; creo que ya ha llegado usted a la quinta curva.

—Lo *dudo* —gritó el Ratón con acritud y muy furioso.

—¿Un nudo?<sup>[1]</sup> —dijo Alicia, siempre dispuesta a mostrarse útil y mirando llena de ansiedad a su alrededor—. ¡Déjeme ayudarle a deshacerlo!

—No lo permitiré —dijo el Ratón, que se puso de pie y se alejó andando—: Me insultas con tantas sandeces.

—Ha sido sin querer —imploró la pobre Alicia—; es que, ¿sabe?, se le ofende con tanta facilidad...

El Ratón se contentó con gruñir como respuesta:

—Por favor, vuelva y termine su historia.

Después, Alicia se calló, y todos los demás se unieron a ella coreando:

—Sí, por favor —pero el Ratón se limitó a mover la cabeza con impaciencia y echó a caminar un poco más deprisa.

—¡Qué pena que no quiera quedarse! —suspiró el Lory tan pronto como hubo desaparecido. Y una vieja Cangreja aprovechó la oportunidad para decirle a su hija:

—¡Ay, querida, que esto te sirva de lección para no perder nunca la calma!

—¡Cierra la boca, mamá! —dijo la joven Cangreja en tono áspero—. Eres capaz de acabar con la paciencia de una ostra.

—Me gustaría que estuviera aquí nuestra Dinah, de veras que me gustaría —dijo Alicia en voz alta sin dirigirse a nadie en particular—. ¡Pronto le habría hecho volver!

—¿Y quién es Dinah, si se me permite la pregunta? —dijo el Lory.

Alicia, siempre dispuesta a hablar de su favorita, contestó entusiasmada:

—¡Dinah es nuestra gata, y no podéis imaginaros lo bien que caza ratones! ¡Ah, cuánto me gustaría que la vieseis persiguiendo a los pájaros! ¡Se come un pajarito en un santiamén!

Estas palabras provocaron notable conmoción entre los presentes. Algunos pájaros huyeron en el acto; una vieja Urraca empezó a envolverse cuidadosamente en su plumaje, diciendo:

—De veras, tengo que irme a casa; el aire de la noche no le sienta bien a mi garganta.

Y un Canario llamó a sus crías con voz temblorosa:

—Vamos, queridos, ya es hora de que estéis en la cama.

Con diversos pretextos, todos se marcharon y no tardó Alicia en quedarse sola.

«Ojalá no hubiera hablado de Dinah —se dijo a sí misma en tono melancólico—. Aquí abajo no parece gustarle a nadie, aunque estoy segura de que es la mejor gata del mundo. Ay, querida Dinah, me pregunto si volveré a verte nunca más». Y entonces la pobre Alicia se echó a llorar de nuevo porque se sintió muy sola y desanimada. Poco después, sin

embargo, oyó otra vez un leve rumor de pasos a lo lejos, y alzó vivamente los ojos con la esperanza de que el Ratón hubiese cambiado de opinión y volviese a terminar su historia.



Carroll

# Capítulo IV

## El Conejo envía a un pequeño Bill<sup>[1]</sup>



Carroll



Carroll

Era el Conejo Blanco, que volvía con lento trote y mirando ansiosamente a su alrededor mientras avanzaba, como si hubiera perdido algo; y Alicia le oyó que murmuraba para sí: «¡La Duquesa! ¡La Duquesa! ¡Ay, mis pobres patitas! ¡Ay, mi piel y mis bigotes! ¡Me mandará ejecutar, tan cierto como que los hurones son hurones! Lo que me pregunto es ¿dónde *puedo* haberlos dejado caer?». Alicia adivinó inmediatamente que estaba buscando el abanico y los guantes blancos de cabritilla, y también se puso, con la mejor voluntad, a buscarlos a su alrededor; pero no los encontraba por ninguna parte..., todo parecía haber cambiado desde que cayera en la charca, y el gran vestíbulo, junto con la mesa de cristal y la puertecilla, se había evaporado completamente.

No tardó el Conejo en ver a Alicia, que seguía buscando de acá para allá, y le gritó en tono irritado:

—¡Eh, Mary Ann! ¿Qué *estás* haciendo aquí afuera? ¡Corre a casa ahora mismo, y tráeme un par de guantes y un abanico! ¡Hala, deprisa!, —y Alicia se asustó tanto que echó a correr inmediatamente en la dirección que le señalaba, sin intentar siquiera explicarle que se había equivocado.

«Me ha tomado por su criada —se dijo mientras corría—. ¡Qué sorpresa va a llevarse cuando descubra quién soy! Pero será mejor que le lleve su abanico y sus guantes, si es que los encuentro». Mientras se decía esto, llegó ante una linda casita en cuya puerta había una brillante placa de metal con el nombre «W. CONEJO» grabado encima. Entró sin llamar y corrió escaleras arriba con miedo a toparse con la auténtica Mary Ann, y a que la echaran de la casa antes de haber encontrado el abanico y los guantes.

«¡Qué raro resulta —se dijo Alicia— estar haciendo recados para un conejo! ¡Supongo que, después de esto, no tardará mucho Dinah en mandarme hacerle los suyos!». Y empezó a imaginarse la clase de cosas que podrían ocurrir: «¡Señorita Alicia! ¡Venga aquí inmediatamente, y prepárese para el paseo!». «¡No tardo ni un minuto, señorita! Es que tengo

que vigilar la ratonera hasta que Dinah vuelva, y cuidar de que los ratones no salgan». «¡Aunque no creo —continuó Alicia— que permitan a Dinah seguir viviendo en la casa si empieza a dar órdenes a la gente de esa manera!».

Mientras tanto, había encontrado el modo de llegar a una habitacioncita muy arreglada con una mesa delante de la ventana, y sobre ella (como esperaba) un abanico y dos o tres pares de minúsculos guantes blancos de cabritilla: cogió el abanico y un par de guantes, y estaba a punto de dejar la habitación cuando su mirada cayó sobre una botellita que había junto al espejo. Esta vez no había ninguna etiqueta con las palabras «BÉBEME», pero sin embargo la destapó y se la llevó a los labios. «Estoy segura de que pasará *algo* interesante —se dijo— si como o bebo cualquier cosa; así que ahora mismo voy a ver qué hace esta botella. ¡Espero que me haga crecer un montón otra vez, porque estoy bastante harta de ser una cosa tan pequeñita!».

Y eso fue lo que pasó, y mucho antes de lo que esperaba: cuando todavía no se había bebido la mitad de la botella, sintió que su cabeza daba contra el techo, y hubo de inclinarla para no romperse el cuello. Inmediatamente dejó la botella, diciéndose: «Ya es bastante... Espero no seguir creciendo... Tal como estoy, ya no puedo ni salir por la puerta... Ojalá no hubiera bebido tanto...».

¡Ay! Era demasiado tarde para desear eso. Siguió creciendo y creciendo, y muy pronto hubo de ponerse de rodillas en el suelo: un instante después no había habitación suficiente siquiera para estar de rodillas, y probó a tumbarse con un codo contra la puerta y el otro brazo doblado alrededor de la cabeza. Pero seguía creciendo, y como último recurso sacó un brazo por la ventana, metió un pie por la chimenea, y se dijo: «Pase lo que pase, ahora ya no puedo hacer nada. ¿Qué será de mí?».



Por suerte para Alicia, el mágico botellín había surtido todo su efecto, y ella dejó de crecer; aun así, su posición era muy incómoda, y, como no parecía que hubiera la menor posibilidad de salir del cuarto, no es de extrañar que se sintiera muy desgraciada.

«Era mucho más agradable estar en casa —pensó la pobre Alicia—, allí no estaba una creciendo y menguando todo el día, ni recibiendo órdenes de ratones y conejos. Casi deseo no haberme metido por la madriguera..., y sin embargo..., sin embargo..., ya ves, ¡qué curioso es este tipo de vida! ¡Me pregunto qué *puede* haberme ocurrido! Cuando solía leer cuentos de hadas, imaginaba que estas cosas nunca ocurrían, y aquí estoy, metida en una. Deberían escribir un libro sobre mí, claro que deberían hacerlo. Cuando sea mayor, yo misma escribiré uno..., ¡pero si ya soy mayor! —añadió en tono lastimero—, al menos, *aquí* no hay espacio para ser más grande».

«Pero entonces —pensó Alicia—, ¿nunca me haré mayor de lo que soy ahora? En cierto sentido sería un consuelo... no ser nunca una mujer mayor y vieja... pero entonces... ¡jo, tener que estar siempre aprendiendo lecciones! ¡Ay, eso sí que no me gustaría!».

«Qué tonta eres, Alicia —se contestó—. ¿Cómo vas a poder estudiar aquí lecciones? Si apenas hay sitio para ti, y no queda espacio para los libros».

Y así continuó, diciéndose primero las preguntas y luego las respuestas, y manteniendo de este modo una verdadera conversación; pero al cabo de unos minutos oyó una voz de fuera, y se detuvo para escuchar.

—¡Mary Ann, Mary Ann! —decía la voz—. ¡Tráeme los guantes ahora mismo!

Luego llegó un leve rumor de pasos en la escalera. Alicia supo que era el Conejo que venía en su busca y se echó a temblar de tal modo que hacía estremecerse toda la casa, porque se le había olvidado por completo que ahora era mil veces mayor que el Conejo y que no había razón para tenerle miedo.

No tardó el Conejo en llegar a la puerta y en tratar de abrirla; pero como la puerta se abría hacia dentro, y el codo de Alicia estaba puesto con fuerza contra ella, la tentativa resultó un fracaso. Alicia le oyó decirse a sí mismo: «¡Entonces daré la vuelta y entraré por la ventana!».

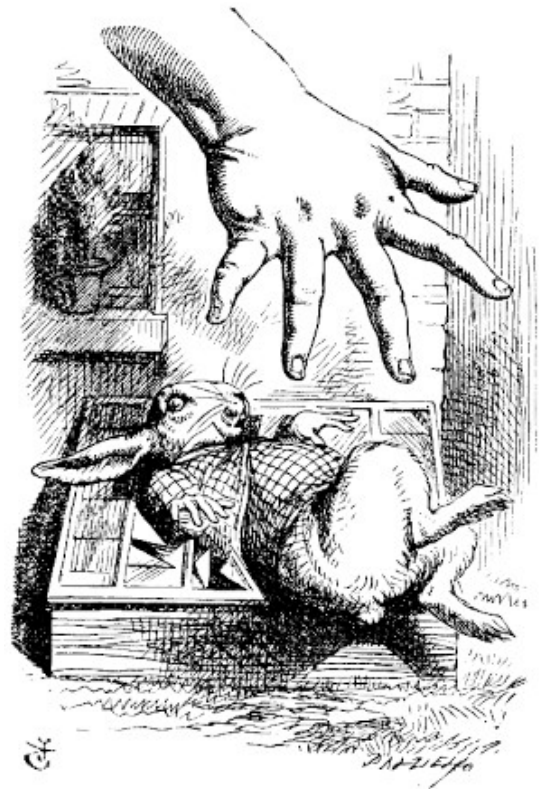
«¡Eso sí que no!» —pensó Alicia, y, tras esperar hasta que le pareció oír al Conejo justo debajo de la ventana, sacó repentinamente la mano y dio un manotazo en el aire como si quisiera atrapar algo. No atrapó nada, pero oyó un breve chillido y una caída y un estrépito de cristales rotos, de lo que dedujo que muy posiblemente el Conejo se había caído en un semillero de pepinos, o algo parecido.

Inmediatamente llegó una voz irritada, la del Conejo:

—¡Pat, Pat! ¿Dónde estás?

Y luego una voz que Alicia nunca había oído hasta entonces:

—¡Aquí!, ¿dónde voy a estar? Cavando manzanas, señorita.



—¡Cavando manzanas, por supuesto! —dijo el Conejo furioso—. ¡Ven, ven aquí y ayúdame a salir de esto! (Ruido de más cristales rotos).

—Ahora, dime, Pat, ¿qué es lo que hay en la ventana?

—Pues un brazo, señoría. (Él pronunció «brazo»).

—¡Brazo, pedazo de ganso! ¿Quién ha visto nunca un brazo de ese tamaño? ¡Si ocupa toda la ventana!

—Cierto que ocupa toda la ventana, señoría, pero a pesar de todo es un brazo.

—Bueno, sea lo que sea, ahí no pinta nada; vete y quítalo.

Luego hubo un largo silencio, y Alicia sólo pudo oír de vez en cuando cuchicheos como: «Señoría, de veras, esto no me gusta nada, nada de nada». «¡Haz lo que te digo, cobarde!». Y finalmente ella sacó otra vez el brazo, y dio otro manotazo como para atrapar algo en el aire. Esta vez se oyeron *dos* leves chillidos, y más ruidos de cristales rotos. «¡Cuántos semilleros de pepinos debe de haber! —pensó Alicia—. Me pregunto qué harán ahora. En cuanto a quitarme de la ventana, sólo deseo que lo *consigan*. Estoy segura de que no me divierte quedarme aquí más tiempo».

Permaneció atenta durante un rato sin oír nada; por fin le llegó el ruido de unas ruedecillas de carrito, y el sonido de muchas voces hablando todas al mismo tiempo. Pudo distinguir estas palabras: «¿Dónde está la otra escalera?». «Pero si yo sólo tenía que traer una; la otra la tiene Bill... Bill, ¡tráela a aquí, muchacho!...». «¡Aquí, apoyadlas contra ese rincón!...». «No, primero hay que atarlas..., así no llegarían ni a la mitad...». «¡Bah!, será suficiente, no seas pesado...». «¡Aquí, Bill, agárrate a esa cuerda!...». «¿Aguantará el tejado? ¡Cuidado con esa teja suelta!...». «Eh, que se va a caer. ¡A tierra!». (Un fuerte estrépito)... «Bueno, ¿quién ha sido?...». «Creo que ha sido Bill...». «¿Quién va a bajar por la chimenea?...». «Yo, para nada..., tú...». «Ni hablar, yo tampoco... Que baje Bill...». «¡Bill, ven aquí! ¡El amo dice que tienes que bajar por la chimenea!».

«¡Vaya! O sea que es Bill el que tiene que bajar por la chimenea —se dijo Alicia—. ¡Parece que a Bill le cargan con todo! No me gustaría estar en su lugar por nada del mundo; esta chimenea es estrecha, seguro, pero *creo* que podré dar un puntapié».

Bajó todo lo que pudo su pie dentro del hogar de la chimenea, y esperó hasta oír a un animal pequeño (no podía adivinar de qué clase era) arañar y rozar la chimenea por dentro, muy cerca de ella; entonces, diciéndose: «Éste es Bill», largó un fuerte puntapié, y esperó a ver qué pasaba.

Lo primero que oyó fue un coro general: «¡Ahí va Bill!». Luego, la voz del Conejo sola: «¡Cogedle los que estáis en el seto!». Luego silencio, y luego otra confusión de voces: «¡Sosténle la cabeza!... Ahora un trago... No lo ahoguéis... ¿Qué tal, viejo? ¿Qué te ha pasado? ¡Cuéntanoslo todo!».

Por fin se oyó una vocecita débil y chillona: («Ése es Bill» —pensó Alicia). «Bueno, casi no lo sé..., no quiero más, gracias; ya estoy mejor..., pero me encuentro demasiado aturdido para contaros..., sólo sé que algo parecido a una caja de resorte me ha dado un golpe, y he salido por los aires como un cohete...».

—Así ha sido, viejo —dijeron los demás.

—Tenemos que prenderle fuego a la casa —dijo la voz del Conejo; y Alicia gritó a más no poder:

—Si lo hacéis, os echaré a Dinah.

Inmediatamente se hizo un silencio de muerte, y Alicia pensó para sus adentros: «¡Me pregunto qué *harán* ahora! Si tuvieran sentido común, quitarían el tejado». Uno o dos minutos más tarde empezaron a moverse de nuevo, y Alicia oyó gritar al Conejo: «Para empezar, con una carretada tendremos bastante».

«Una carretada... ¿de *qué?*», pensó Alicia; pero no estuvo mucho tiempo en la duda, porque un instante después una granizada de piedrecillas repicó contra la ventana, y algunas le dieron en la cara. «Tengo que acabar con esto», se dijo, y gritó hacia el exterior:

—Será mejor que no lo volváis a hacer —y entonces se produjo otro silencio de muerte.

Alicia notó con cierta sorpresa que las piedras se convertían en pastelillos cuando llegaban al suelo, y en su cabeza nació una idea



luminosa: «Si como uno de estos pastelillos —pensó—, seguro que me hará cambiar *algo* de tamaño; y como ya es imposible que siga creciendo, supongo que me hará menguar».

Así que se tragó uno de los pastelillos, y quedó encantada al ver que empezaba a disminuir inmediatamente. Tan pronto como fue lo bastante pequeña para pasar por la puerta, salió corriendo de la casa y se encontró con una multitud de pequeños animales y pájaros esperando fuera. La pobre lagartija, Bill, estaba en medio, sostenido por dos conejillos de Indias que le daban de beber de una botella. Todos se abalanzaron hacia ella cuando apareció; pero Alicia echó a correr a toda velocidad y no tardó en hallarse a salvo en un espeso bosque.

«Lo primero que he de hacer —se dijo Alicia mientras vagaba por el bosque— es crecer hasta recuperar mi tamaño normal; y lo segundo hallar la manera de entrar en ese bonito jardín. Creo que es el mejor plan».

Parecía desde luego un plan excelente, y a la vez claro y sencillo; la única dificultad estaba en que no tenía ni la menor idea de cómo ponerlo en práctica; y mientras miraba llena de ansiedad entre los árboles, un pequeño ladrido que resonó justo encima de su cabeza le hizo levantar los ojos.

Un enorme cachorro estaba mirándola con sus grandes ojos redondos, y alargando tímidamente una pata, trataba de tocarla: «¡Ay, pobrecito!» —dijo Alicia en tono zalamero, y trató de silbarle con todas sus fuerzas; pero seguía dándole un miedo terrible la idea de que podía estar hambriento, en cuyo caso lo más probable es que se la comiese a pesar de toda su zalamería.



Casi sin darse cuenta, recogió una ramita y se la tendió al cachorro; entonces el cachorro dio un brinco con las cuatro patas al aire, con un gañido de alegría, y se abalanzó hacia el palito como si fuera a destrozarlo; entonces Alicia se escabulló detrás de un gran cardo para evitar que la tirase al suelo; y en el instante en que asomó por el otro lado, el cachorrillo se abalanzó otra vez contra el palito, cayendo patas arriba en su prisa por cogerlo; pensando entonces que era como jugar con un caballo percherón, y temiendo quedar aplastada bajo sus patas en cualquier momento, Alicia dio la vuelta otra vez al cardo; el cachorro inició entonces una serie de breves acometidas contra el palito, corriendo un poco hacia delante y un mucho hacia atrás, ladrando mientras tanto roncamente, hasta que por fin

se sentó a cierta distancia jadeando, con la lengua fuera de la boca y los grandes ojos medio cerrados.

Alicia creyó entonces que era el momento adecuado de escaparse; salió inmediatamente y echó a correr hasta quedar exhausta y sin aliento, y hasta que los ladridos del perro sonaron débiles a lo lejos.

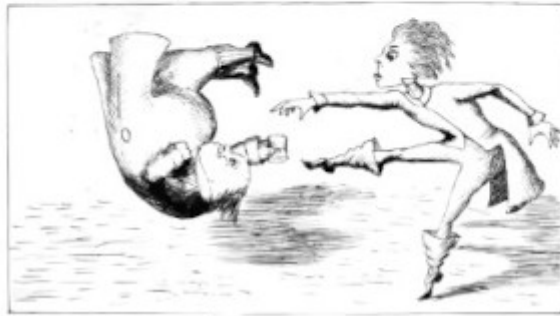
—¡Y sin embargo era un perrito monísimo! —dijo Alicia mientras se apoyaba contra un ranúnculo para descansar y se abanicaba con una de las hojas—. ¡Cuánto me habría gustado enseñarle trucos, de haber tenido el tamaño apropiado para hacerlo! ¡Ay, casi me olvido de que tengo que seguir creciendo! ¿Cómo voy a arreglármelas? Supongo que debería comer o beber; pero la gran cuestión es: ¿Qué?

Ésa era desde luego la gran cuestión: ¿Qué? Alicia vio a su alrededor flores y briznas de hierba, pero nada que le pareciese bueno para comer o beber en aquellas circunstancias. Había una enorme seta que crecía a su lado, casi de su mismo tamaño; y después de mirar debajo, a los lados y por detrás, se le ocurrió que bien podía mirar y ver qué había encima de la seta.

Se puso de puntillas y atisbó por encima del borde de la seta; sus ojos toparon inmediatamente con los de una gran Oruga azul que, sentada en lo alto con los brazos cruzados, fumaba tranquilamente un largo narguile, sin prestar la menor atención ni a ella ni a cualquier otra cosa.

# Capítulo V

## El Consejo de una Oruga<sup>[1]</sup>



Carroll



Carroll



Alicia y la Oruga se contemplaron mutuamente durante un rato en silencio; por fin, la Oruga retiró el narguile de la boca y se dirigió a ella con voz lánguida y soñolienta.

—¿Quién eres *tú*? —dijo la Oruga.

No era éste un principio alentador para una conversación. Alicia contestó con cierta reserva:

—Yo..., yo... ahora no sé muy bien, señor..., pero sí sé quién *era* cuando me levanté esta mañana; me parece que he debido cambiar varias veces desde entonces.

—¿Qué quieres decir? —dijo la Oruga en tono severo—. ¡Explícate<sup>[1]</sup>!

—Me temo, señor, que no puedo explicarme *a mí misma* —dijo Alicia—, porque yo ya no soy yo, como podrá ver.

—No, yo no veo nada —dijo la Oruga.

—Mucho me temo que no puedo explicárselo con mayor claridad —respondió Alicia muy cortés—, porque, para empezar, ni yo misma

puedo entenderlo; y cambiar tantas veces de tamaño en un solo día es muy desconcertante.

—No lo es —dijo la Oruga.

—Bueno, quizá a usted no se lo haya parecido hasta ahora —dijo Alicia—; pero cuando tenga que volverse crisálida..., y eso le pasará algún día, ¿sabe?... y luego mariposa, seguro que le parecerá un poco raro.

—Pues no —dijo la Oruga.

—Bueno, quizá *sus* sentimientos sean diferentes —dijo Alicia—; yo sólo sé que para *mí* sería muy raro.

—¡Para ti! —dijo la Oruga desdeñosamente—. Y ¿quién eres *tú*?

Esto los devolvía al principio de la conversación. A Alicia le irritaba un poco oír a la Oruga responder con unas observaciones *tan* cortantes, y estirándose cuanto pudo dijo muy seria:

—Me parece que es *usted* quien debería decirme quién es primero.

—¿Por qué? —dijo la Oruga.

Era otra pregunta que la ponía en apuros; y como no se le ocurrió ninguna buena razón, y la Oruga parecía estar de un humor *muy* desagradable, le dio la espalda para irse.

—¡Vuelve aquí! —le gritó la Oruga—. ¡Tengo algo importante que decir!

Aquello sonó más prometedor, desde luego. Alicia dio media vuelta y regresó.

—Domina tu mal genio —dijo la Oruga.

—¿Eso es todo? —respondió Alicia disimulando su rabia lo mejor que pudo.

—No —dijo la Oruga.

Alicia pensó que, como no tenía nada mejor que hacer, podía esperar; quizá, después de todo, le dijera algo que valiese la pena escuchar. Durante unos momentos la Oruga soltó bocanadas de humo sin decir nada, pero terminó por descruzar los brazos, se quitó otra vez la boquilla de la boca y dijo:

—¿Así que crees que has cambiado?

—Eso me temo, señor —dijo Alicia—; no puedo recordar las cosas como antes... y no conservo el mismo tamaño ni diez minutos seguidos.

—¿*Qué* cosas no puedes recordar? —le preguntó la Oruga.

—Pues he intentado recitar «Ved a la laboriosa abeja...», pero me salió completamente distinto —contestó Alicia en tono muy melancólico.

—Recita «Viejo está usted, padre Guillermo» —dijo la Oruga.  
Alicia juntó las manos y empezó:

*«Viejo está, padre Guillermo —dijo el joven—,  
y tiene el pelo ya muy cano.  
Aunque siempre anda cabeza abajo...  
¿le parece a su edad eso sensato?».*



*«Cuando era joven —contestó éste al hijo—,  
tuve miedo de dañarme el seso;  
y ahora, seguro de no tenerlo,  
¿por qué no andar así si así lo quiero?».*

*«Viejo está usted —como ya dije antes—,  
y se ha vuelto horriblemente gordo;  
sin embargo ¿puede explicarme cómo  
de una voltereta el umbral atraviesa?».*



*«Cuando era joven —replicó el anciano  
sacudiendo sus canas—, todos los miembros  
hice más ágiles usando este unguento.  
A un chelín la caja ¿quiere comprarme dos?».*

*«Viejo está usted, y sus dientes no mascan  
como no sea manteca rancia,  
¿cómo entonces se comió usted con hueso,  
pico y patas, toda entera la gansa?».*



*«Cuando era joven aprendí las leyes  
y con mi esposa discutí los casos;  
las fuerzas que así ganaron mis encías  
el resto de mi vida me han durado».*

*«Viejo está usted y nadie supondría  
la agudeza de sus pícaros ojos.  
¿Cómo puede hacer equilibrios así  
con una anguila en la nariz?».*



«A tres preguntas ya te respondí.  
¡Basta —dijo el padre—, menos humos!  
Tus sandeces y bobadas ya me hartan.  
Si no te marchas... ¡Largo de aquí!».<sup>[2]</sup>

—No lo has dicho bien —dijo la Oruga.

—Me temo que no está *del todo* bien —dijo Alicia tímidamente—; algunas palabras han salido cambiadas.

—Está mal de cabo a rabo —dijo decidida la Oruga, y se produjo un silencio de varios minutos.

Fue la Oruga la primera en hablar:

—¿Qué tamaño te gustaría tener? —preguntó.

—Bueno, no soy muy exigente en eso del tamaño —replicó inmediatamente Alicia—; sólo que no me gusta andar cambiando tan a menudo, ¿sabe usted?

—Yo *no sé* —contestó la Oruga.

Alicia no dijo nada: nunca en su vida le habían llevado la contraria, y sintió que empezaba a perder la calma.

—¿Ahora estás contenta? —dijo la Oruga.

—Bueno, me gustaría ser *un poco* más alta, señor, si a usted no le importa, porque tener tres pulgadas me hace sentirme tan desgraciada...

—Pues a mí me parece que es una altura muy buena —dijo la Oruga furiosa, estirándose cuanto pudo mientras hablaba (medía exactamente tres pulgadas de alto).

—¡Pero es que yo no estoy acostumbrada! —alegó la pobre Alicia en tono lastimero. Y pensó para sus adentros: «¡Ojalá no se ofendiesen con tanta facilidad todos los bichos...!».

—Ya te acostumbrarás con el tiempo —dijo la Oruga, y, llevándose el narguile a la boca, se puso a fumar otra vez.

En esta ocasión, Alicia esperó pacientemente a que aquel ser volviese a hablar. Un minuto o dos más tarde, la Oruga se quitó el narguile de la boca, bostezó una o dos veces y se desperezó. Luego se bajó de la seta, y se adentró en la hierba, limitándose a decir mientras caminaba:

—Un lado te hará crecer, y el otro lado te hará menguar.

«¿Un lado de *qué*? ¿El otro lado de *qué*?» —pensó Alicia.

—De la seta —dijo la Oruga, como si le hubieran hecho la pregunta en voz alta; y un momento después había desaparecido de la vista.

Alicia se quedó pensativa contemplando la seta durante un minuto, tratando de distinguir cuáles eran sus dos lados; y, como era completamente redonda, le resultó una cuestión difícilísima. Sin embargo, terminó por extender sus brazos alrededor de la seta cuanto pudo, y rompió con cada mano un trocito del borde.

«Y ahora, ¿cuál es cuál?» —se dijo a sí misma, y mordisqueó un poco del trozo de la mano derecha para probar el efecto. Inmediatamente sintió un violento golpe en la parte inferior de la barbilla: ¡había chocado con sus pies!

Se llevó un buen susto con aquel cambio repentino, pero comprendió que no había tiempo que perder porque estaba menguando a toda velocidad; así que se puso a comer en el acto del otro trozo. Su barbilla estaba tan apretada contra sus pies que apenas había espacio para abrir la boca; pero al final lo consiguió, y se las arregló para tragar un mordisco del trozo de la mano izquierda.



—¡Vaya, por fin tengo libre la cabeza! —dijo Alicia en tono de satisfacción, que se convirtió en alarma un momento después, cuando se encontró con que sus hombros estaban donde no podía hallarlos: al mirar hacia abajo, todo lo que podía ver era un cuello inmensamente largo que parecía surgir como un tallo de un mar de hojas verdes que se extendía allá lejos, por debajo de ella.

—¿Qué podrán ser todas esas cosas verdes? —dijo Alicia—. ¿Y a dónde se *han* ido mis hombros? ¡Ay, pobres manos mías! ¿Cómo es que no puedo veros? —Las movía mientras hablaba, pero no parecía obtener más resultado que un ligero temblor entre las distantes hojas verdes.

Como parecía que no había ninguna posibilidad de llevarse las manos a la cabeza, intentó bajar la cabeza a las manos, comprobando con gran alegría que su cuello podía girar fácilmente en todas las direcciones, como una serpiente. Acababa de conseguir curvarlo hacia abajo con un gracioso zigzag, y estaba a punto de meterlo entre las hojas, que resultaron no ser otra cosa que las copas de los árboles bajo los que había estado deambulando, cuando un agudo silbido la hizo echarse hacia atrás a toda prisa: una gran paloma se había lanzado contra su cara y la golpeaba violentamente con sus alas.

—¡Víbora! —chilló la Paloma.

—No soy una víbora —dijo Alicia indignada—. ¡Déjame en paz!

—Víbora, por segunda vez —repitió la Paloma, aunque en tono menos decidido, y añadió con una especie de sollozo—: He probado todos los medios, y ninguno parece que sirva con ellas.

—No tengo la menor idea de qué estás hablándome —dijo Alicia.

—He probado en las raíces de los árboles, he probado en las orillas de los ríos, he probado en los setos —prosiguió la Paloma sin hacerle caso—. Pero a esas víboras ¡no hay medio de tenerlas contentas!

Alicia estaba cada vez más desconcertada, pero pensó que de nada serviría hablar antes de que la Paloma hubiese terminado.

—¡Como si no fuera ya bastante lata empollar huevos! —dijo la Paloma—. ¡Encima hay que estar vigilando a las víboras noche y día! ¡No he podido pegar ojo en las tres últimas semanas!

—Siento mucho que tenga usted tantas molestias —dijo Alicia, que estaba empezando a comprender.

—Y justo cuando consigo el árbol más alto del bosque —continuó la Paloma alzando la voz hasta el chillido—, justo cuando ya pensaba que, por fin, me había librado de ellas, tienen que bajar culebreando desde el cielo. ¡Asco de víboras!

—Pero si *no soy* una víbora —dijo Alicia—. Yo soy una..., soy una...

—Bueno, ¿*qué* eres tú? —dijo la Paloma—. Puedo darme cuenta de que estás intentando inventar algo.

—Yo..., yo soy una niñita —dijo Alicia con muchas dudas recordando el número de cambios por los que había pasado ese día.

—¡Vaya historia! —dijo la Paloma en tono del más profundo desprecio—. En toda mi vida he visto muchas niñitas, pero *ninguna* con un cuello como ése. ¡No, no! Eres una víbora y es inútil que lo niegues. Supongo que ahora vas a decirme que nunca has probado un huevo.

—Sí, huevos sí *he* probado —dijo Alicia, que era una niña muy sincera—; pero es que las niñas comen huevos lo mismo que las víboras.

—No lo creo —dijo la Paloma—; pero si así fuera... entonces son una clase de víboras; es todo lo que tengo que decir.

Era ésta una idea tan nueva para Alicia que se quedó sin habla durante un minuto o dos, que dieron a la Paloma la oportunidad de añadir:

—Estás buscando los huevos, *lo sé* de sobra; y siendo así, ¿a mí qué más me da que seas una niñita o una víbora?

—Pues *a mi sí* me da, y mucho —contestó Alicia rápidamente—; y resulta que no estoy buscando huevos, y si los estuviera buscando no serían los *de usted*: no me gustan crudos.

—Bien, entonces lárgate —dijo la Paloma en tono de mal humor mientras volvía a instalarse en su nido. Alicia se agachó entre los árboles como pudo, porque el cuello se le enredaba continuamente entre las ramas y a cada momento tenía que pararse para desenredarlo. Al cabo de un rato recordó que todavía sostenía los trozos de seta en las manos, y se puso a la faena con mucho cuidado, mordisqueando primero el uno y luego el otro, creciendo unas veces y menguando otras, hasta que logró recuperar su estatura habitual.

Hacía tanto tiempo que no se había acercado a su tamaño normal que, al principio, se sintió algo extraña; pero al cabo de unos minutos se habituó y empezó a hablar consigo misma como de costumbre: «Bueno, ya se ha cumplido la mitad de mi plan. ¡Qué desconcertantes son todos estos cambios! ¡No estar nunca segura de lo que vas a ser dentro de un momento! De todos modos, he recuperado mi tamaño normal; ahora lo siguiente es entrar en ese hermoso jardín...; me pregunto cómo puedo conseguirlo». Mientras decía esto, llegó de improviso a un claro en el que había una casita de unos cuatro pies de altura. «Quienquiera que viva ahí —pensó Alicia—, no puedo presentarme con *este* tamaño: se morirían del susto». Así que empezó a mordisquear de nuevo el trozo de la mano derecha, y sólo se aventuró a acercarse a la casa cuando vio reducida su estatura a nueve pulgadas.

# Capítulo VI

## Cerdo y Pimienta



Carroll



Durante uno o dos minutos se quedó contemplando la casa, y estaba preguntándose qué iba a hacer cuando de pronto salió corriendo del bosque un lacayo de librea... (supuso que era un lacayo porque iba de librea: de otro modo, si lo hubiera juzgado por la cara le habría tomado más bien por un pez), y golpeó enérgicamente la puerta con los nudillos. Le abrió otro lacayo de librea, de cara redonda y grandes ojos de sapo; y Alicia observó que los dos lacayos llevaban pelucas empolvadas y rizadas en la cabeza. Sintió gran curiosidad por saber qué era lo que ocurría y salió un poco del bosque para escuchar.

El Lacayo-Pez empezó sacando debajo del brazo una gran carta, casi tan grande como él mismo, y se la tendió al otro diciéndole en tono solemne: «Para la Duquesa. Una invitación de la Reina para jugar al

croquet». El Lacayo-Sapo repitió en el mismo tono solemne, pero cambiando un poco el orden de las palabras: «De la Reina. Una invitación para la Duquesa para jugar al croquet».

Luego, ambos se hicieron una profunda reverencia y los rizos se les enredaron.

Alicia se rió tanto con esto que tuvo que meterse corriendo en el bosque por miedo a que la oyeran; y, cuando volvió a asomarse, el Lacayo-Pez se había ido, y el otro estaba sentado en el suelo cerca de la puerta, mirando estúpidamente al cielo.

Alicia se acercó llena de timidez a la puerta y llamó:

—Es del todo inútil llamar —dijo el lacayo—, y ello por dos razones: primera, porque yo estoy del mismo lado de la puerta que tú; segunda, porque dentro están armando tanta bulla que nadie podría oírte. —Y realmente, dentro estaban armando un jaleo extraordinario: aullidos y estornudos constantes, acompañados de vez en cuando por un gran estrépito, como si un plato o una olla se hicieran añicos.

—Por favor —dijo Alicia—, dígame entonces cómo puedo entrar.

—Llamar a la puerta podría tener algún sentido —continuó el Lacayo sin hacerle caso— si la puerta estuviese entre nosotros dos. Por ejemplo, si tú estuvieras *dentro*, podrías llamar, y entonces yo podría dejarte salir, ¿entiendes? —No dejaba de mirar al cielo mientras hablaba, cosa que a Alicia le pareció de muy mala educación.

«Pero quizá no pueda evitarlo —se dijo para sí misma—; tiene los ojos tan cerca de la coronilla. De cualquier modo, podría contestar a las preguntas».

—¿Cómo puedo entrar? —repitió en voz alta.

—Yo estaré sentado aquí hasta mañana —comentó el Lacayo.

En ese momento se abrió la puerta de la casa, y del interior salió volando un gran plato que iba derecho a la cabeza del Lacayo; no hizo más que pasar rozándole la nariz, e ir a romperse en mil pedazos contra uno de los árboles que había a sus espaldas.

—... o quizás hasta pasado mañana —prosiguió el Lacayo en el mismo tono, como si no hubiera pasado nada.

—¿Cómo puedo entrar? —volvió a preguntar Alicia en tono más alto.

—¿*Tienes* que entrar necesariamente? —dijo el Lacayo—. Ésa es la primera cuestión, ¿sabes?

Lo era, sin duda; sólo que a Alicia no le gustó que se lo dijeran. «Realmente es espantosa —murmuró para sus adentros— la manera que tienen de discutir todos estos bichos. ¡Es como para volver loco a cualquiera!».

El Lacayo pareció pensar que aquélla era una ocasión magnífica para repetir su comentario con variaciones:

—Estaré sentado aquí unas veces sí y otras no, días y días.

—Pero yo, ¿qué debo hacer? —dijo Alicia.

—Lo que se te antoje —dijo el Lacayo, y se puso a silbar.

—Es inútil hablar con él —dijo Alicia desesperada—; ¡es completamente idiota! —Y abrió la puerta y entró.

La puerta daba directamente a una amplia cocina que estaba toda llena de humo: la Duquesa se hallaba sentada en el centro, en un taburete de tres patas, acunando a un niño; la cocinera se inclinaba sobre el fuego, removiendo un gran caldero que parecía estar lleno de sopa.

«La verdad es que hay demasiada pimienta en esa sopa» —se dijo Alicia lo mejor que le permitieron los estornudos.

Había demasiada pimienta, desde luego, en el aire. Hasta la Duquesa estornudaba de vez en cuando; y por lo que se refiere al niño, estornudaba y chillaba alternativamente sin parar. Las únicas criaturas que *no* estornudaban en la cocina eran la cocinera y un enorme gato que estaba tumbado al lado del hogar y que sonreía de oreja a oreja.



—¿Podría decirme —preguntó Alicia con cierta timidez, porque no estaba muy segura de que fuera de buena educación que hablara ella la primera—, por qué sonrío así su gato?

—Es un gato de Cheshire —dijo la Duquesa—, y es por eso. ¡Cerdo!

Dijo esta última palabra con una violencia tan repentina que Alicia pegó un brinco; pero no tardó en darse cuenta de que se lo había dicho al niño, y no a ella; así que, recobrando el ánimo, prosiguió:

—No sabía que los gatos de Cheshire estuvieran siempre sonriendo; en realidad, no sabía que los gatos *pudieran* sonreír.

—Pueden todos —dijo la Duquesa—, y la mayoría lo hace.

—Yo no sé de ninguno que lo haga —dijo Alicia con mucha cortesía, y satisfecha de haber podido entablar conversación.

—No es mucho lo que sabes —dijo la Duquesa—, eso es lo que parece, de veras.

A Alicia no le gustó nada el tono de este comentario, y pensó que lo mejor sería iniciar algún otro tema de charla. Mientras trataba de encontrar uno, la cocinera apartó el caldero de sopa del fuego, e inmediatamente se dedicó a tirar todo lo que encontraba a su alcance contra la Duquesa y el

niño: lo primero fueron las tenazas y el atizador, luego siguió un chaparrón de cazos, cacerolas y platos. La Duquesa no pareció darse cuenta, aunque algunos la alcanzaron; y el niño chillaba abajo con tanta fuerza, ya desde antes, que era completamente imposible decir si los golpes le hacían daño o no.

—*Por favor*, tenga cuidado con lo que hace —gritó Alicia saltando de un lado para otro, medio muerta de miedo—. ¡Ay!, cuidado con su *preciosa* nariz —porque un cazo de dimensiones extraordinarias rozó la nariz del niño y a punto estuvo de arrancársela.

—Si cada cual se metiera en sus propios asuntos —dijo la Duquesa con un gruñido ronco—, el mundo giraría bastante más deprisa de lo que lo hace.

—*No* sería desde luego ninguna ventaja —dijo Alicia, muy contenta de tener ocasión de mostrar algunos de sus conocimientos—. ¡Vaya lío que se armaría con los días y las noches! Ya sabe que la tierra tarda veinticuatro horas en dar una vuelta alrededor de su eje.

—Hablando de hachas<sup>[1]</sup> —dijo la Duquesa—, que le corten la cabeza.

Alicia miró con bastante ansiedad a la cocinera, para ver si tenía intención de cumplir la orden; pero la cocinera estaba muy ocupada removiendo la sopa y no pareció hacer caso, por lo que continuó:

—*Creo* que son veinticuatro, ¿o son doce? Yo...

—*A mí* no me vengas con cuentas —dijo la Duquesa—. Nunca he podido soportar los números. —Y empezó a mecer de nuevo al niño, cantándole mientras una especie de canción de cuna, y propinándole una violenta sacudida al final de cada verso.

*Riñe fuerte a tu pequeño,  
dale fuerte si estornuda;  
él por molestar lo hace,  
porque sabe que importuna.*

CORO

(Al que se unían la cocinera y el niño)

*¡Huy! ¡Huy! ¡Huy!*<sup>[2]</sup>

Mientras la Duquesa cantaba la segunda estrofa de la canción, zarandeaba al niño violentamente arriba y abajo, la pobre criaturita aullaba de tal forma que Alicia a duras penas lograba oír las palabras:

*Riño fuerte a mi pequeño,  
fuerte le doy si estornuda,  
porque soporta valiente  
la pimienta que importuna.*

CORO

*¡Huy! ¡Huy! ¡Huy!*

—Ven, puedes acunarlo un poco si quieres —le dijo la Duquesa a Alicia, lanzándole el niño por los aires mientras hablaba—. Tengo que ir a prepararme para jugar al croquet con la Reina —y salió a toda prisa de la habitación. Cuando salía, la cocinera le tiró una sartén, pero falló por muy poco.

Alicia cogió al niño no sin apuros, porque la criatura tenía una forma bastante extraña y sacaba los brazos y las piernas en todas las direcciones, «igual que una estrella de mar» —pensó Alicia. La pobre criaturita jadeaba como una máquina de vapor cuando lo cogió en brazos, y se doblaba y retorció una y otra vez de tal modo que, durante uno o dos minutos, se las vio y se las deseó para sostenerlo.

Tan pronto como encontró el modo adecuado de acunarlo (tenía que plegarlo en una especie de nudo, y luego sujetarlo con fuerza por la oreja derecha y el pie izquierdo para impedir que se deshiciera el nudo), salió con él fuera: «Si no me llevo a este niño conmigo —pensó Alicia—, seguro que lo matan en un día o dos: ¿no sería un crimen dejarlo ahí dentro?». Pronunció estas últimas palabras en voz alta, y la criatura respondió con un gruñido (para entonces ya había dejado de estornudar).

—No gruñas —le dijo Alicia—, ésa no es la mejor manera de expresarte.

El niño gruñó de nuevo, y Alicia miró llena de ansiedad su cara para ver si le ocurría algo. No había duda de que tenía una nariz *muy* respingona, mucho más parecida a un hocico que a una verdadera nariz; además, sus ojos eran pequeñísimos para un niño; total, que a Alicia no le gustó el aspecto de aquella criatura. «Quizá sea sólo que estaba llorando» —pensó, mirándole otra vez los ojos para ver si había en ellos lágrimas.

No, no había lágrimas.

—Si es que estás volviéndote un cerdo, querido —dijo Alicia muy seria—, te advierto que no quiero saber nada de ti. ¡Así que cuidadito! —La pobre criaturita soltó un quejido (o un gruñido, era imposible decir qué), y siguieron un rato en silencio.

Precisamente, Alicia no había hecho más que empezar a preguntarse: «Y ahora, ¿qué voy a hacer con esta criatura si la llevo a casa?», cuando él se puso a gruñir de nuevo con tal violencia que ella le miró la cara muy asustada. Esta vez no podía haber *ningún* error: ¡no era ni más ni menos que un cerdo! Y entonces comprendió que sería completamente absurdo seguir llevándolo en brazos por más tiempo.

Así pues, dejó a la criaturita en el suelo, y se sintió aliviada viéndole trotar tranquilamente hacia el bosque. «Si hubiera

crecido —se dijo—, habría sido un chico terriblemente feo; pero como cerdo, creo que será un cerdo precioso». Y se puso a pensar en otros niños que conocía y que podrían estar muy bien como cerdos; justo cuando estaba diciéndose «¡ojalá supiera cómo transformarlos...!», se asustó un poco al ver al Gato de Cheshire en la rama de un árbol, a unos pocos pasos.

El Gato se limitó a sonreír cuando vio a Alicia. «Parecía de buen carácter» —pensó ella. Pero tenía unas uñas muy largas y muchísimos dientes, por lo que decidió que lo mejor sería tratarle con respeto.

—Minino de Cheshire —empezó a decir en tono tímido, porque no estaba del todo segura de que ese nombre le gustara; sin embargo el gato amplió más su sonrisa: «Bueno, parece que le está gustando», pensó Alicia, y prosiguió—: ¿Podrías decirme, por favor, qué camino debo tomar desde aquí?

—Eso depende en gran medida de adónde quieras llegar —dijo el Gato.

—No me preocupa mucho adónde... —dijo Alicia.

—En ese caso, poco importa el camino que tomes —dijo el Gato.





—... con tal de que llegue *a alguna parte* —añadió Alicia a modo de explicación.

—Puedes estar segura de que llegarás a alguna parte —dijo el Gato— siempre que camines mucho rato.

Alicia se dio cuenta de que no había nada que oponer a esta respuesta, de modo que probó con otra pregunta:

—¿Qué clase de gente vive por aquí?

—En *esa* dirección —dijo el Gato haciendo una vaga señal con la pata derecha—, vive un Sombrerero; y en *aquella* —añadió señalándola con la otra pata—, vive una Liebre de Marzo. Puedes visitar al que quieras: los dos están locos<sup>[3]</sup>.

—Pero si no quiero andar entre locos —observó Alicia.

—Me parece difícil que puedas evitarlo —dijo el Gato—; aquí todo el mundo está loco. Yo estoy loco. Tú estás loca.

—¿Cómo sabes que estoy loca? —preguntó Alicia.

—Debes de estarlo —dijo el Gato—, de otro modo no habrías venido aquí.

Alicia pensó que eso no era prueba suficiente; sin embargo, prosiguió:

—¿Y cómo sabes que tú estás loco?

—Para empezar —dijo el Gato—, los perros no están locos, ¿estás de acuerdo?

—Supongo que no —dijo Alicia.

—Bien —prosiguió el Gato—, entonces verás que un perro gruñe cuando está furioso, y mueve la cola cuando está contento. Y yo, por el contrario, gruño cuando estoy contento y muevo la cola cuando estoy furioso. Luego estoy loco.

—Yo llamo a eso ronronear, no gruñir —dijo Alicia.

—Llámalo como te dé la gana —dijo el Gato—. ¿Vas a jugar hoy al croquet con la Reina?

—Me gustaría mucho —dijo Alicia—, pero todavía no me han invitado.

—Allí me verás —dijo el Gato, y desapareció.

No le sorprendió demasiado a Alicia, porque empezaba a acostumbrarse a que pasaran cosas raras. Mientras estaba mirando el lugar donde había estado el Gato, éste volvió a aparecer de repente.

—Dicho sea de paso, ¿qué ha sido del niño? —dijo el Gato—. Casi se me olvida preguntarlo.

—Se convirtió en un lechón —dijo Alicia muy tranquila, como si la vuelta del Gato fuera completamente natural.

—Estaba seguro de que lo haría —dijo el Gato, y desapareció otra vez.

Alicia aguardó un poco, con la esperanza de volver a verle, pero el Gato no reapareció; y, al cabo de uno o dos minutos, echó a andar en la dirección en que, según le había dicho el Gato, vivía la Liebre de Marzo. «Ya conozco sombrereros —se dijo—; la Liebre de Marzo será mucho más interesante, y, como estamos en mayo, quizá no esté loca furiosa... por lo menos no estará tan loca como en marzo». Y cuando decía esto miró hacia arriba, y allí estaba otra vez el Gato sentado en la rama de un árbol.

—¿Dijiste lechón o pichón?<sup>[4]</sup> —preguntó el Gato.

—Dije lechón —contestó Alicia—; y me gustaría que no aparecieras y desaparecieras tan de golpe: ¡me mareas!

—De acuerdo —dijo el Gato, y en esta ocasión desapareció muy despacito, empezando por la punta de la cola y terminando por la sonrisa, que se quedó un rato después que el resto hubo desaparecido.

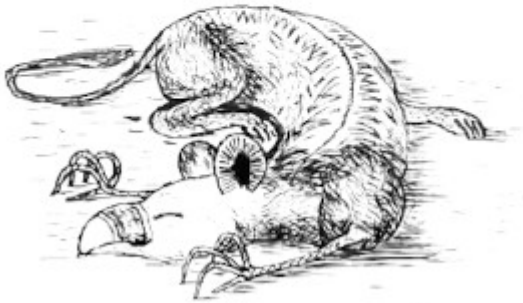
«Bueno, he visto muchas veces un gato sin sonrisa —pensó Alicia—. ¡Pero una sonrisa sin gato!... Es la cosa más curiosa que he visto en mi vida».



No tuvo que andar mucho para llegar frente a la casa de la Liebre de Marzo; pensó que aquélla debía ser la casa, porque las chimeneas tenían forma de orejas y el tejado estaba forrado de piel. Era una casa tan grande que decidió no seguir acercándose sin haber mordisqueado antes un poco del trocito de seta de su mano izquierda, y haber alcanzado una altura de dos pies aproximadamente; así y todo, se dirigió hacia la casa con bastante timidez diciéndose: «¿Y si a pesar de todo estuviera loca furiosa? Casi habría sido mejor haber ido antes a ver al Sombrero».

# Capítulo VII

## Una Merienda de Locos



Carroll

Frente a la casa, había una mesa puesta bajo un árbol, y la Liebre de Marzo y el Sombrero estaban tomando allí el té; entre ellos había sentado un Lirón, completamente dormido, al que los otros dos usaban de cojín, apoyando uno de los codos en él y hablando por encima de su cabeza: «Debe ser muy incómodo para el Lirón —pensó Alicia—; aunque, como está dormido, supongo que no le importa».

La mesa era grande, pero los tres se habían apiñado muy juntos en una de las esquinas:

—¡No hay sitio! ¡No hay sitio! —gritaron cuando vieron acercarse a Alicia.

—¡Esto está *lleno* de sitio! —dijo Alicia indignada, y se sentó en un amplio sillón en un extremo de la mesa.

—¿Quieres un poco de vino? —dijo la Liebre de Marzo en tono conciliador.

Alicia miró por toda la mesa, pero allí no había más que té.

—No veo vino por ninguna parte —observó.

—Es que no lo hay —dijo la Liebre de Marzo.

—Entonces no es muy cortés de su parte ofrecerlo —dijo Alicia indignada.

—Tampoco lo ha sido de la tuya sentarse sin ser invitada —dijo la Liebre de Marzo.

—No sabía que la mesa fuera *suya* —dijo Alicia—; está puesta para muchos más de tres.

—Necesitas un corte de pelo —dijo el Sombrero, que había estado contemplando a Alicia un buen rato con mucha curiosidad, y esas fueron sus primeras palabras.

—Y usted debería aprender a no hacer observaciones personales —dijo Alicia en tono algo severo—; es de muy mala educación.

El Sombrero abrió desmesuradamente los ojos al oír aquello; pero sólo *respondió*:

—¿En qué se parece un cuervo a un pupitre?

«Vaya, parece que vamos a divertirnos —pensó Alicia—. Me gusta que empiecen jugando a las adivinanzas...».

—Creo que podría adivinarlo —añadió en voz alta.



—¿Quieres decir que crees poder encontrar la solución? —dijo la Liebre de Marzo.

—Exactamente —dijo Alicia.

—Entonces deberías decir lo que quieres decir —añadió la Liebre de Marzo.

—Es lo que hago —se apresuró a replicar Alicia— ¡o por lo menos..., por lo menos quiero decir lo que digo!... Viene a ser lo mismo, ¿no?

—¡Qué va a ser lo mismo! —dijo el Sombrero—. Si así fuera, podrías decir que «veo lo que como» es lo mismo que «como lo que veo».

—También podrías decir —añadió la Liebre de Marzo— que «me gusta lo que tengo» es lo mismo que «tengo lo que me gusta».

—También podrías decir —añadió el Lirón, que parecía hablar dormido—, que «respiro cuando duermo» es lo mismo que «duermo cuando respiro».

—*Es lo mismo para ti* —dijo el Sombrerero, y en este punto la charla se interrumpió; el grupo guardó silencio durante un minuto, mientras Alicia pensaba en todo lo que podía recordar sobre cuervos y pupitres, que no era mucho.

El Sombrerero fue el primero en romper el silencio:

—¿A qué día del mes estamos? —dijo volviéndose hacia Alicia: sacó su reloj del bolsillo y se puso a mirarlo con aire preocupado, sacudiéndolo de vez en cuando y llevándoselo al oído.

Alicia estuvo pensando un poco, y luego dijo:

—A cuatro.

—¡Dos días de retraso! —suspiró el Sombrerero, y añadió mirando enfadado a la Liebre de Marzo—. Te dije que no le sentaría bien la mantequilla al mecanismo.

—Era mantequilla de la *mejor* —replicó humildemente la Liebre de Marzo.

—Sí, pero seguro que con la mantequilla se han colado migas de pan —gruñó el Sombrerero—; no debías haberla puesto con el cuchillo de cortar el pan.

La Liebre de Marzo cogió el reloj y lo miró con aire melancólico; luego lo hundió dentro de su taza de té y volvió a mirarlo; pero no se le ocurrió nada mejor que repetir su primer comentario:

—Bah, era mantequilla de la *mejor*.

Alicia había estado mirando por encima del hombro de la Liebre con cierta curiosidad:

—¡Qué reloj más divertido! —observó—: Marca los días del mes y no marca las horas.

—¿Por qué habría de hacerlo? —masculló el Sombrerero—. ¿Te dice acaso tu reloj los años?

—Claro que no —replicó Alicia en el acto—, pero es porque estamos en el mismo año mucho tiempo.

—Precisamente eso es lo que le ocurre al *mío* —dijo el Sombrerero.

Alicia quedó terriblemente desconcertada. La apostilla del Sombrerero no parecía tener sentido, y sin embargo era gramaticalmente correcta<sup>[1]</sup>.

—No acabo de entenderle —dijo con la mayor amabilidad posible.

—¡El Lirón ha vuelto a dormirse! —dijo el Sombrerero, y vertió un poco de té caliente sobre su hocico.

El Lirón sacudió la cabeza molesto, y dijo sin abrir los ojos:

—Claro, claro, es precisamente lo que yo iba a decir.

—¿Ya has adivinado la adivinanza? —preguntó el Sombrerero volviéndose de nuevo hacia Alicia.

—No, y me rindo —contestó Alicia—. ¿Cuál es la respuesta?

—No tengo ni la más remota idea —confesó el Sombrerero.

—Ni yo —dijo la Liebre de Marzo<sup>[2]</sup>.

Alicia suspiró cansada:

—Creo que podrían ustedes aprovechar mejor el tiempo en vez de malgastarlo con adivinanzas que no tienen respuesta —les dijo.

—Si conocieses el Tiempo tan bien como yo —dijo el Sombrerero—, no hablarías de malgastarlo como si fuera una cosa. Es una persona.

—No entiendo lo que quiere decir —contestó Alicia.

—Naturalmente que no —dijo el Sombrerero, moviendo la cabeza con aire despectivo—. Estoy seguro de que ni siquiera has hablado nunca con el Tiempo.

—¡Quizá no! —contestó Alicia con cautela—, pero sé que tengo que marcar el tiempo cuando aprendo música<sup>[3]</sup>.

—Ah, eso lo explica todo —dijo el Sombrerero—. El Tiempo no soporta que lo marquen como si fuera ganado. Pero si estuvieras a buenas con él, él podría hacer casi todo lo que tú quisieras con el reloj. Por ejemplo, supón que tus clases empiezan a las nueve de la mañana: no tienes más que susurrar una insinuación al Tiempo para que las agujas empiecen a girar en un santiamén. ¡La una y media, hora de comer!

(«¡Cómo me gustaría que lo fuera ahora!» —murmuró para sí la Liebre de Marzo).

—¡Sería realmente grandioso! —dijo Alicia pensativa—; pero entonces no tendría apetito, ¿sabe?

—Al principio quizá no —dijo el Sombrerero—, pero podrías quedarte en la una y media cuanto quisieras.

—¿Es eso lo que *usted* hace? —preguntó Alicia.

El Sombrerero movió la cabeza con tristeza:

—No, por desgracia no es eso —replicó—. Nos peleamos en marzo..., justo antes de que *ella* se volviera loca —dijo apuntando con su cucharilla de té a la Liebre de Marzo—: ocurrió durante un gran concierto que dio la Reina de Corazones, en el que yo canté:



*¡Tiembla, tiembla, pequeño murciélago!  
Qué andarás haciendo ahora.*

¿Conoces por casualidad la canción?

—Algo parecido he oído — dijo Alicia

—Como sabes —prosiguió el Sombrerero—, continúa así:

*Vuela, vuela por encima del mundo,  
como una bandeja de té en el cielo.  
Tiembla, tiembla...<sup>[4]</sup>*

En ese momento el Lirón se estremeció y empezó a cantar dormido: «Tiembla, tiembla, tiembla, tiembla», y siguió así tanto tiempo que tuvieron que darle pellizcos para que parase.

—Bueno, pues nada más acabar la primera estrofa —continuó el Sombrerero—, la Reina dio un salto y se puso a chillar: «¡Está matando el tiempo! ¡Que le corten la cabeza!».

—¡Qué terrible salvajada! —exclamó Alicia

—Y desde entonces —prosiguió el Sombrerero en tono sombrío—, no quiere hacer nada de lo que le pido. Ahora siempre son las seis.

Una brillante idea se abrió paso en la mente de Alicia:

—¿Es ésa la razón de que haya aquí tantos cubiertos de té? —preguntó.

—Sí, ésa es —dijo el Sombrerero suspirando—; aquí siempre es la hora del té, y entre té y té no tenemos tiempo para lavar las cosas.

—Supongo entonces que se dedican a pasar de un sitio a otro alrededor de la mesa —dijo Alicia.

—Eso mismo —dijo el Sombrerero—, a medida que se ensucian las tazas.

—¿Y qué pasa cuando llegan de nuevo al principio? —se atrevió a preguntar Alicia.

—¿Por qué no cambiamos de tema? —les interrumpió bostezando la Liebre de Marzo—. Éste ya me está cansando. Propongo que la señorita nos cuente un cuento.

—Me temo que no sé ninguno —dijo Alicia bastante alarmada por la propuesta.

—¡Entonces que lo haga el Lirón! —exclamaron los dos al mismo tiempo—. ¡Despierta, Lirón! —y le pellizcaron por los dos lados a la vez.

El Lirón abrió lentamente los ojos:

—No estaba dormido —dijo con una voz ronca y débil—. He oído todo lo que habéis dicho, amigos.

—Cuéntanos un cuento —dijo la Liebre de Marzo.

—Anda, por favor —pidió Alicia.

—Y de prisa —añadió el Sombrerero—, o te volverás a dormir antes de acabarlo.

—Había una vez tres hermanitas —empezó el Lirón a toda prisa—, que se llamaban Elsie, Lacie y Tillie<sup>[5]</sup>, y que vivían en el fondo de un pozo...

—¿Y de qué se alimentaban? —dijo Alicia, muy interesada siempre por las cuestiones de comida y bebida.

—¡Se alimentaban de melaza! —dijo el Lirón, después de pensar uno o dos minutos.

—No podían vivir de eso, ¿sabe? —observó Alicia con delicadeza—; habrían enfermado.

—Por eso estaban *tan* enfermas —dijo el Lirón.

Alicia trató de imaginarse cómo sería aquel modo tan extraordinario de vida, pero le desconcertaba demasiado; así que continuó:

—Pero ¿por qué vivían en el fondo de un pozo?

—Toma un poco más de té —le dijo la Liebre de Marzo a Alicia, muy seria.

—Si todavía no he tomado nada —replicó Alicia en tono ofendido—, no puedo tomar un poco más.

—Querrás decir que no puedes tomar *menos* —dijo el Sombrerero—; es mucho más fácil tomar *más* que nada.

—A *usted* nadie le ha pedido su opinión —contestó Alicia.

—¿Quién está haciendo ahora observaciones personales? —preguntó triunfalmente el Sombrerero.

Como Alicia no supo qué contestarle, se sirvió un poco de té y pan con mantequilla y, volviéndose al Lirón, repitió la pregunta:

—¿Por qué vivían en el fondo de un pozo?

El Lirón se tomó otra vez uno o dos minutos para pensarlo, y luego dijo:

—Era un pozo de melaza.

—Eso no existe —empezó a decir Alicia muy furiosa, pero el Sombrerero y la Liebre de Marzo exclamaron: «¡Chiss, chiss!», y el Lirón observó en tono desabrido:

—Si no eres capaz de ser educada, será mejor que termines tú el cuento.

—No, por favor, siga —dijo Alicia humildemente—. No volveré a interrumpirle. Tal vez, puede que exista *uno*.

—Uno *sí* —dijo el Lirón indignado. Pero accedió a seguir—: Así pues, las tres hermanitas... estaban aprendiendo a sacar<sup>[6]</sup>...

—¿Y qué sacaban? —preguntó Alicia, que ya se había olvidado por completo de su promesa.

—Melaza —dijo el Lirón sin pensárselo esta vez.

—Quiero una taza limpia —le interrumpió el Sombrerero—, ¡tenemos que corrernos un puesto!

Y se cambió de sitio, seguido por el Lirón: la Liebre de Marzo se corrió hasta el puesto del Lirón, y Alicia, de mala gana, ocupó el de la Liebre de Marzo. El Sombrerero era el único que había salido ganando con el cambio, mientras que Alicia estaba mucho peor que antes, porque la Liebre de Marzo acababa de derramar la jarra de la leche en su plato.

Alicia no quiso ofender otra vez al Lirón, por lo que empezó con mucha cautela:

—Pues no lo entiendo. ¿De dónde sacaban la melaza?

—Puedes sacar agua de un pozo de agua —dijo el Sombrerero—, por lo tanto imagino que puedes sacar melaza de un pozo de melaza, ¿no, estúpida?

—Pero si estaban *dentro* del pozo —dijo Alicia al Lirón, sin darse por enterada del último comentario.

—Claro que estaban dentro —dijo el Lirón—, y bien dentro<sup>[7]</sup>.

Esta respuesta dejó tan confusa a la pobre Alicia que permitió al Lirón proseguir un rato sin interrupciones.

—Estaban aprendiendo a dibujar —prosiguió el Lirón, bostezando y frotándose los ojos porque empezaba a tener mucho sueño—, y dibujaban toda clase de cosas..., todo lo que empieza con M...

—¿Por qué con M? —preguntó Alicia.

—¿Y por qué no? —dijo la Liebre de Marzo.

Alicia se calló.

Mientras, el Lirón ya había cerrado los ojos y daba cabezadas; pero, al pellizcarle el Sombrerero, volvió a despertarse soltando un breve chillido, y continuó:

—Todo lo que empieza con M, como matarratas, mariposas, memoria, y mucho... Ya sabéis, como cuando se dicen cosas como «mucho más que menos»... ¿Has visto alguna vez algo tan impresionante como un mucho bien dibujado<sup>[8]</sup>?...

—La verdad, ahora que me lo preguntas —dijo Alicia muy confusa—, no creo...

—Entonces, cállate —dijo el Sombrerero.

Esta muestra de grosería era más de lo que Alicia podía soportar. Se levantó muy indignada y se alejó; el Lirón se quedó dormido en el acto, y ninguno de los otros dio la menor señal de enterarse de la marcha de Alicia, a pesar de que se volvió una o dos veces, medio esperando que la llamaran; la última vez que los vio estaban intentando meter al Lirón dentro de la tetera.



—¡De cualquier modo, bah, *ahí* no volveré nunca! —dijo Alicia mientras buscaba su sendero en el bosque—. ¡Es el té más estúpido que he visto en mi vida!

Nada más decir esto, se fijó en que uno de los árboles tenía una puerta por la que se podía entrar en el árbol: «Esto sí que es curioso —pensó—. Bueno, hoy todo es muy curioso. Creo que puedo entrar por las buenas». Y entró.

Una vez más volvió a encontrarse en el largo vestíbulo y junto a la pequeña mesa de cristal. «Esta vez lo haré mejor» —se dijo a sí misma, y empezó por coger la llavecita de oro y abrir la puerta que daba al jardín. Luego se puso a mordisquear la seta (se había guardado un trocito en el bolsillo) hasta que su tamaño se redujo a un pie de altura; y *entonces...* se encontró por fin en el hermoso jardín, entre los brillantes macizos de flores y las frescas fuentes.

# Capítulo VIII

## El Campo de Croquet de la Reina



Carroll

Había un gran rosal junto a la entrada del jardín; las rosas que en él crecían eran blancas, pero había tres jardineros pintándolas, muy afanosos, de rojo. Alicia pensó que aquello era muy raro, y se acercó para mirar; precisamente cuando llegaba junto a ellos oyó decir a uno:

—¡Eh, Cinco, ten cuidado, que me estás salpicando de pintura!



—No he podido evitarlo —dijo Cinco en tono de mal humor—. Siete me ha dado un codazo.

Ante lo cual Siete levantó la vista y dijo:

—Ésta sí que es buena, Cinco. Siempre echando la culpa a los demás.

—Y tú mejor harías callándote —dijo Cinco—. Ayer mismo le oí decir a la Reina que merecías que te cortaran la cabeza.

—¿Por qué? —dijo el que había hablado primero.

—Eso a ti no *te* importa, Dos —dijo Siete.

—Claro que *le* importa —dijo Cinco—, y se lo voy a contar: fue por llevarle a la cocinera bulbos de tulipán en vez de cebollas.

Siete tiró la brocha al suelo y nada más empezó a decir: «Vaya, de todas las cosas injustas...» —sus ojos se posaron en Alicia, que estaba mirándolos, y se detuvo en el acto; los otros también se volvieron a mirar, y los tres hicieron una profunda reverencia.

—¿Podrías decirme por qué estáis pintando esas rosas? —dijo Alicia con cierta timidez.

Cinco y Siete no dijeron nada, pero miraron a Dos. Dos empezó en voz baja:

—Verá usted, señorita, lo cierto es que aquí tenía que haber sido un rosal *rojo*, pero pusimos uno blanco por equivocación; y si la Reina se entera, seguro que nos corta la cabeza a todos, ¿sabe? Como puede ver, señorita, hacemos lo que podemos antes de que venga para...

En ese momento Cinco, que había estado mirando preocupado la otra punta del jardín, gritó:

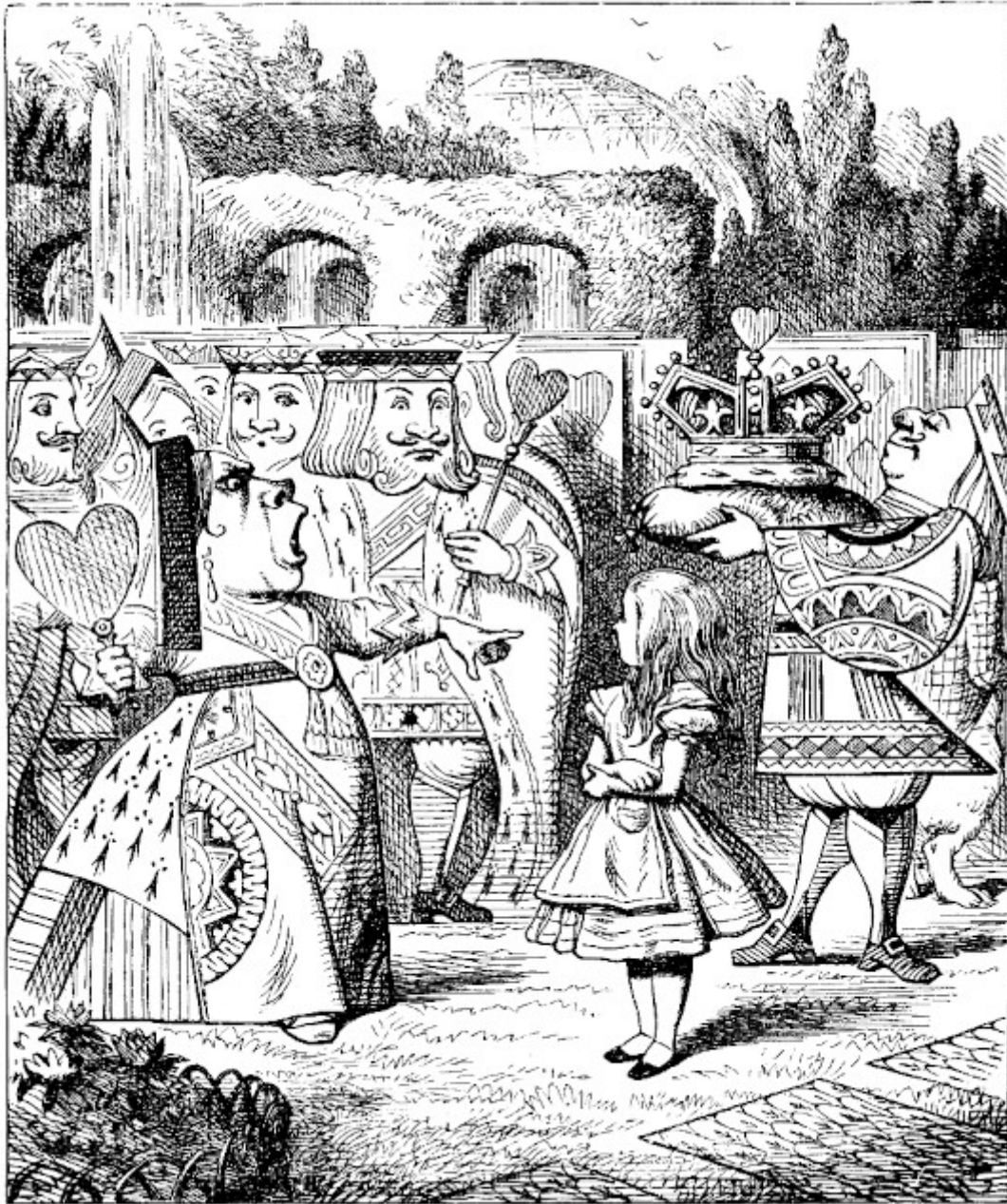
—¡La Reina, la Reina! —y al instante los tres jardineros se tiraron de bruces al suelo. Se oía un murmullo de muchos pasos, y Alicia se volvió para mirar alrededor, ansiosa por ver a la Reina.

Primero llegaron diez soldados cargados de bastos; todos eran como los tres jardineros, rectángulos y planos, con las manos y los pies en las esquinas; luego llegaron diez cortesanos, todos adornados con diamantes<sup>[1]</sup> y que caminaban de dos en dos, como los soldados. Detrás venían los príncipes, que eran diez; estas encantadoras criaturitas venían saltando alegremente, cogidas de la mano, por parejas, y adornados con corazones. Después venían los invitados, Reyes y Reinas en su mayoría, y entre ellos Alicia reconoció al Conejo Blanco, que hablaba sin parar y muy nervioso, respondiendo con una sonrisa a cuanto se decía; pasó a su lado sin fijarse en ella. Luego venía la Sota de corazones, trayendo la corona del Rey sobre un cojín de terciopelo escarlata; y, cerrando la gran procesión, venían EL REY y LA REINA DE CORAZONES.

Alicia se preguntó si debía o no tirarse de bruces al suelo como los tres jardineros, pero no recordaba que le hubieran hablado nunca de tal protocolo para un cortejo; «y además, ¿para qué sirve un cortejo —pensó—, si la gente tiene que tirarse boca abajo, y se queda sin verlo?». Así que se quedó donde estaba, y esperó.

Cuando el cortejo llegó a la altura de Alicia, se pararon todos y la miraron, y la Reina dijo con severidad:

—¿Quién es ésta? —Se lo preguntó a la Sota de Corazones, que se limitó a inclinarse y a sonreír por toda respuesta.



—¡Idiota! —dijo la Reina moviendo de un lado para otro la cabeza, muy impaciente; y, volviéndose hacia Alicia, añadió—: ¿Cómo te llamas, niña?

—Me llamo Alicia, con la venia de Su Majestad —dijo Alicia con mucha cortesía; pero agregó para sus adentros—: «Bueno, después de

todo, no son más que un mazo de cartas. ¡No hay por qué tenerles miedo!».

—¿Y quiénes son éstos? —dijo la Reina señalando a los tres jardineros que estaban tendidos alrededor del rosal; porque como se habían tirado bocabajo, y el dibujo de sus espaldas era el mismo que el del resto de las cartas, como comprenderéis, no podía saber si eran jardineros, soldados, cortesanos, o tres de sus propios hijos.

—¡Y yo qué sé! —dijo Alicia sorprendida de su propio valor—. No es asunto *mío*.

La Reina se puso roja de cólera, y tras lanzarle durante un momento una mirada de bestia salvaje, chilló:

—¡Qué le corten la cabeza..., que se la corten!

—Tonterías —dijo Alicia en voz alta y decidida, y la Reina guardó silencio.

El Rey puso la mano sobre el brazo de la Reina, y tímidamente dijo:

—Ten en cuenta, querida, que es sólo una niña.

La Reina se apartó de su lado furiosa, y le dijo a la Sota de Corazones:

—¡Dales la vuelta!

La Sota así lo hizo, muy cuidadosamente, con un pie.

—¡De pie! —chilló la Reina con voz estridente y estrepitosa, e inmediatamente los tres jardineros dieron un brinco y empezaron a hacer reverencias al Rey, a la Reina, a los príncipes y a todo el mundo.

—Ya está bien —gritó la Reina—, me estáis mareando; —y luego, volviéndose hacia el rosal, añadió—: ¿Qué *estabais* haciendo aquí?

—Con la venia de Su Majestad —dijo Dos, en tono humildísimo e hincando una rodilla en tierra mientras hablaba—, intentábamos...

—¡*Ya* lo veo! —dijo la Reina, que mientras tanto había estado examinando las rosas—. ¡Que les corten la cabeza! —Y el cortejo continuó su marcha, mientras tres soldados se quedaban detrás para ejecutar a los desventurados jardineros, que corrieron hacia Alicia en busca de protección.

—No os cortarán la cabeza —dijo Alicia, y los metió en una gran maceta que había allí cerca. Los tres soldados dieron vueltas buscándolos durante uno o dos minutos, y luego, tranquilamente, se marcharon tras los demás.

—¿Les habéis cortado la cabeza? —gritó la Reina.

—¡Sus cabezas han desaparecido, con la venia de Su Majestad!  
—gritaron a modo de respuesta los tres soldados<sup>[2]</sup>.

—¡Está bien! —chilló la Reina—. ¿Sabes jugar al croquet?

Los soldados se callaron mirando en dirección a Alicia, pues la pregunta era evidentemente para ella.

—Sí —gritó Alicia.

—¡Entonces, ven! —rugió la Reina, y Alicia se unió a la comitiva, preguntándose qué iba a pasar ahora.

—¡Vaya día!... ¡Es un día espléndido! —dijo una tímida voz a su lado. Caminaba al lado del Conejo Blanco, que contemplaba su cara lleno de quietud.

—Espléndido, sí —contestó Alicia—. ¿Dónde está la Duquesa?

—¡Chiss, chiss! —dijo el Conejo en voz baja y con tono angustiado. Echó una mirada llena de ansiedad por encima del hombro mientras hablaba, y luego se puso de puntillas, pegó su boca al oído de Alicia y susurró—: ¡Está condenada a muerte!

—¿Por qué? —dijo Alicia.

—¿Has dicho «¡Qué lástima!»? —preguntó el Conejo.

—No, no he dicho eso —dijo Alicia—, no creo que sea ninguna lástima. He dicho: «¿Por qué?».

—Le dio un tortazo a la Reina en las orejas —empezó a decir el Conejo. Alicia soltó una risita—. Chiss, calla —susurró el Conejo asustado—. Puede oírte la Reina. Mira, es que la Duquesa ha llegado con mucho retraso y la Reina ha dicho...

—Ocupad vuestros puestos —gritó la Reina con voz de trueno, y todo el mundo echó a correr en todas las direcciones, tropezando unos con otros; sin embargo, al cabo de uno o dos minutos consiguieron ocupar sus puestos y empezó el juego.

Alicia pensó que nunca hasta entonces había visto un campo de croquet tan curioso: estaba todo lleno de hoyos y montículos, las pelotas de croquet eran erizos vivos, los mazos flamencos, también vivos, y los soldados tenían que doblarse apoyando las manos y los pies en el suelo para hacer de arcos.

La mayor dificultad con que Alicia se encontró al principio fue el manejo de su flamenco: consiguió poner el cuerpo debajo de su brazo con cierta comodidad, con las patas colgando, pero, por regla general, justo cuando conseguía enderezarle delicadamente el cuello y estaba a punto de



golpear con su cabeza al erizo, al flamenco *le daba* por volverse y mirar a Alicia con una expresión tan asombrada que la niña no podía contener la risa; y cuando conseguía bajarle de nuevo la cabeza y se disponía a empezar de nuevo, era desesperante ver que el erizo se había desenrollado y se alejaba arrastrándose; por si fuera poco, generalmente había un hoyo o un montículo en el camino por donde quería empujar al erizo; y como los soldados doblados estaban siempre levantándose y trasladándose a otras partes del campo, Alicia no tardó en llegar a

la conclusión de que aquél era realmente un juego muy difícil.

Todos los jugadores jugaban a la vez, sin esperar su turno, discutiendo constantemente y peleándose por los erizos; al cabo de poquísimo tiempo la Reina montó en cólera y se puso a patalear y a chillar: «¡Que le corten a ése la cabeza!» y «¡Que le corten a ésa la cabeza!» a cada instante.

Alicia empezó a sentirse muy incómoda: cierto que aún no había tenido ninguna pelea con la Reina, pero sabía que podía producirse en cualquier momento, «y entonces —pensó—, ¿qué será de mí? Aquí son terriblemente aficionados a cortarle la cabeza a la gente: ¡Lo que me maravilla es que todavía quede alguno vivo!».

Estaba buscando alguna forma de escapar, y preguntándose si podría alejarse sin que la vieran, cuando contempló una extraña aparición en el aire: al principio quedó desconcertada, pero tras mirarla uno o dos minutos comprendió que era una sonrisa, y se dijo: «Es el Gato de Cheshire; ahora tendré a alguien con quien charlar».

—¿Qué tal te va? —dijo el Gato tan pronto como tuvo boca bastante para hablar.

Alicia esperó a que aparecieran los ojos, y entonces le saludó con la cabeza: «Es inútil hablarle —pensó—, hasta que no lleguen las orejas, o al menos una». Al cabo de un momento apareció toda la cabeza, y Alicia

soltó el flamenco y se puso a explicarle cómo era el juego, muy contenta de tener alguien que la escuchara. El Gato pareció pensar que ya había una parte suficientemente visible de su persona, y no apareció nada más.

—No creo que jueguen sin hacer trampas —empezó a decir Alicia en tono bastante quejoso—, y discuten tanto todos que ni siquiera puede una oírse hablar..., además de que no parece que haya ninguna regla en particular; y, si las hay, nadie las hace caso..., y no puedes hacerte idea de lo molesto que resulta que todas estas cosas estén vivas; por ejemplo, el arco que tengo que atravesar ahora está paseando por el otro extremo del campo... ¡Y hace un momento le habría propinado un buen golpe al erizo de la Reina de no ser porque escapó al ver llegar al mío!

—¿Qué te parece la Reina? —dijo el Gato en voz baja.

—No me gusta nada —dijo Alicia—, está tan extremadamente... —En ese preciso momento se dio cuenta de que la Reina estaba justo detrás de ella escuchando, por lo que continuó—: ... segura de ganar que no merece la pena seguir jugando.

La Reina sonrió y prosiguió su camino.

—¿A quién le *estás* hablando? —dijo el Rey acercándose a Alicia y mirando hacia la cabeza del Gato con mucha curiosidad.

—A un amigo mío..., al Gato de Cheshire —dijo Alicia—; permítame que se lo presente.

—No me gusta nada su aspecto —dijo el Rey—; sin embargo, puede besarme la mano si quiere.

—Mejor no —observó el Gato.

—¡No seas impertinente, y no mires así! —dijo el Rey, que se puso detrás de Alicia mientras hablaba.

—Un gato puede mirar a un Rey<sup>[3]</sup> —dijo Alicia—. Lo he leído en algún libro, pero no recuerdo en cuál.

—Bueno, hay que echarlo de aquí —dijo el Rey con aire decidido, y llamó a la Reina, que pasaba en ese momento—: Querida, me gustaría que mandarás echar a ese gato.

La Reina sólo tenía una forma de resolver las dificultades, grandes o pequeñas:

—¡Que le corten la cabeza! —dijo sin volverse siquiera.

—Yo mismo buscaré al verdugo —dijo el Rey impaciente, y se alejó a toda prisa.

Alicia estaba pensando que podría volver al juego y ver cómo iba cuando oyó la voz de la Reina a lo lejos, chillando furiosa. Ya había oído sentenciar a muerte a tres de los jugadores por haberse adelantado de turno, y no le gustaba nada el giro que empezaban a tomar las cosas, porque reinaba tal confusión en el juego que no sabía cuándo era su turno o cuándo no era. Así que se fue a buscar su erizo.

El erizo estaba enzarzado en una pelea con otro erizo, cosa que a Alicia le pareció una oportunidad excelente para golpear al uno con el otro: la única dificultad era que su flamenco se había ido a la otra punta del jardín, donde Alicia podía verlo intentando desesperadamente volar para encaramarse en un árbol.

Antes de que lograra atrapar su flamenco y traerlo de vuelta, la pelea había terminado, y los dos erizos habían desaparecido. «No tiene la menor importancia —pensó Alicia—, porque todos los arcos se han marchado de esta parte del campo». Así pues, se lo colocó debajo del brazo para que no volviera a escaparse, y regresó a charlar un rato con su amigo.

Cuando llegó donde estaba el Gato de Cheshire, quedó sorprendida al encontrar una gran multitud reunida en torno suyo: había una pelea entre el verdugo, y el Rey y la Reina, que hablaban al mismo tiempo mientras los demás permanecían completamente callados y parecían sentirse muy incómodos.

En el momento en que apareció Alicia, los tres apelaron a ella para que resolviera la discusión; le repitieron sus argumentos, aunque, como todos hablaban a la vez, le resultó muy difícil comprender exactamente lo que decían.



El verdugo alegaba que no podía cortarse la cabeza si no existía un cuerpo del que cortarla; que él nunca había hecho nada parecido hasta entonces y que no iba a empezar a hacerlo a estas alturas de *su* vida.

El Rey decía que cualquier cosa que tuviera cabeza podía ser decapitada, y que ya estaba bien de tonterías.

La Reina aducía que si no se solucionaba aquello inmediatamente mandaría ejecutar a todo el mundo. (Este último comentario era lo que había puesto tan seria e inquieta a toda la asamblea).

A Alicia no se le ocurrió cosa mejor que decir:

—Es de la Duquesa; mejor sería preguntárselo a *ella*.

—Está en la cárcel —le dijo la Reina al verdugo—. Tráela aquí, —y el verdugo echó a correr como una flecha.

La cabeza del Gato empezó a esfumarse en el momento en que se fue, y cuando volvió con la Duquesa había desaparecido por completo; así que el Rey y el verdugo se pusieron a correr buscándole por todas partes, mientras el resto de los asistentes volvían al juego.

# Capítulo IX

## Historia de la Tortuga Artificial<sup>[1]</sup>



Carroll





Carroll



Carroll

—No sabes cuánto me alegra volver a verte —dijo la Duquesa pasando afectuosamente su brazo bajo el de Alicia; y se pusieron a pasear juntas.

Alicia se alegró mucho de encontrarla de tan buen humor, y pensó que tal vez fuera sólo la pimienta lo que la puso tan furiosa cuando se encontraron en la cocina.



«Cuando yo sea Duquesa —se dijo a sí misma (aunque en tono de no hacerse muchas esperanzas de serlo)—, no tendré en mi cocina *ni un solo*

grano de pimienta. La sopa puede pasarse sin ella. Quizá sea la pimienta lo que calienta los cascos de la gente —prosiguió muy contenta por haber descubierto una receta nueva—, y el vinagre, que los vuelve tan agrios..., y la manzanilla, que los amarga... y... y el alfeñique<sup>[1]</sup> y el resto de cosas parecidas que hacen a los niños tan dulces. Me gustaría que la gente lo supiera, porque entonces no serían tan tacaños con los dulces».

Mientras, se había olvidado por completo de la Duquesa, y se sobresaltó un poco al oír su voz murmurarle al oído:

—Estás pensando algo, querida, y se te olvida hablar. No puedo decirte ahora la moraleja que se deduce de tal hecho, pero no tardaré en recordarla.

—Puede que no tenga ninguna moraleja —se aventuró a comentar Alicia.

—¡Calla, niña! —respondió la Duquesa—. Todo tiene su moraleja, sólo que hay que encontrarla —y mientras decía esto se apretaba más contra Alicia.

No era precisamente tenerla tan cerca lo que más podía agradar a Alicia: primero, porque la Duquesa era *muy* fea; y segundo, porque tenía la estatura justa para apoyar la barbilla en el hombro de Alicia, y era una barbilla desagradablemente puntiaguda. Pero como tampoco quería ser grosera, aguantó lo mejor que pudo.

—Parece que ahora la partida va mejor —dijo Alicia para alimentar un poco la conversación.

—Así es —replicó la Duquesa—, y puede sacarse la moraleja siguiente: «Oh, es el amor, es el amor, el que hace marchar el mundo alrededor».

—Alguien dijo —susurró Alicia— que marcharía mejor si cada cual se ocupara de sus asuntos.

—Bueno, viene a ser lo mismo —dijo la Duquesa, clavando su pequeña y puntiaguda barbilla en el hombro de Alicia, mientras añadía—: Y la moraleja de *esto* es... «Cuida del sentido, y los sonidos se cuidarán por sí mismos».

«Qué manía de sacarle moraleja a todo» —pensó Alicia.

—Apuesto a que te preguntas por qué no paso el brazo alrededor de tu cintura —dijo la Duquesa después de una pausa—; pues porque tengo mis dudas sobre el carácter de tu flamenco. ¿Quieres que haga la prueba?

—A lo mejor le da un picotazo —replicó Alicia con cautela, sin la menor gana de hacer el experimento.

—Muy cierto —dijo la Duquesa—: los flamencos y la mostaza, los dos pican. Y la moraleja es: «Pájaros de igual plumaje, juntos vuelan».

—Pero si la mostaza no es un pájaro —observó Alicia.

—Correcto, como siempre —dijo la Duquesa—. ¡Qué manera tan clara tienes de plantear las cosas!

—*Creo* que es un mineral —dijo Alicia.

—Claro que lo es —afirmó la Duquesa, que parecía dispuesta a decir que sí a todo cuanto saliera de los labios de Alicia—. Cerca de aquí hay una gran mina de mostaza. Y la moraleja es: «La mina es tuya, y la tuya es mía»<sup>[2]</sup>.

—¡Ah, ya sé! —exclamó Alicia, que no había escuchado el último comentario—. Es un vegetal. No lo parece, pero lo es.

—Estoy completamente de acuerdo contigo —dijo la Duquesa—; y la moraleja es: «Sé lo que quieres parecer»; o para decirlo más sencillamente: «Nunca te imagines diferente de lo que pueda parecer a los demás; que lo que eras o habrías podido ser no fuera diferente de lo que habías sido que habría podido parecerles diferente».

—Creo que lo entendería mejor —dijo Alicia con mucha delicadeza— si lo viera por escrito. Tal como lo dice usted, me resulta imposible seguirlo.

—Eso no es nada comparado a como podría decirlo, si quisiera —contestó la Duquesa en tono satisfecho.

—Le ruego que no se moleste en decir cosas tan largas —dijo Alicia.

—Bah, no es molestia —dijo la Duquesa—. Te regalo todo lo que he dicho hasta ahora.

«¡Vaya regalito tan barato! —pensó Alicia—. ¡Menos mal que la gente no suele hacer regalos como ése en los cumpleaños!» —pero no se atrevió a decirlo en voz alta.

—¿Otra vez estás pensando? —preguntó la Duquesa, incrustándole de nuevo su puntiaguda barbilla.

—Tengo derecho a pensar —contestó Alicia en tono seco, porque empezaba a estar algo enfadada.

—Precisamente el mismo derecho —dijo la Duquesa— que un cerdo a volar, y la mo...

Pero en ese instante, para gran sorpresa de Alicia, la voz de la Duquesa se apagó en medio de su palabra favorita, «moraleja», y el brazo que tenía pasado entre los suyos empezó a temblar. Alicia levantó la vista y encontró delante a la Reina con los brazos cruzados y el ceño fruncido como presagio de tormenta.

—Hermoso día, Majestad —empezó a decir la Duquesa en voz baja y temblorosa.

—Te lo advierto por última vez —rugió la Reina, pateando el suelo mientras hablaba—; tú o tu cabeza debéis desaparecer, y en el acto, en un santiamén. ¡Tú eliges!

La Duquesa eligió, y desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

—Sigamos con el juego —le dijo la Reina a Alicia, que estaba demasiado asustada para decir algo; pero la siguió lentamente al campo de croquet.

Los demás invitados habían aprovechado la ausencia de la Reina para tumbarse a la sombra; sin embargo, nada más verla volvieron al juego mientras la Reina se limitó a advertirles en tono lacónico que el menor retraso les costaría la vida.

Durante todo el tiempo que duró el juego, la Reina no dejó de discutir con los demás jugadores ni de gritar: «¡Que le corten a ése la cabeza! ¡Que le corten a ésa la cabeza!». Los soldados agarraban a los sentenciados, y, como es lógico, tenían que dejar de hacer de arcos, por lo que al cabo de media hora o así ya no quedaban arcos, y todos los jugadores, menos el Rey, la Reina y Alicia, estaban bajo custodia con una sentencia de ejecución.

Entonces la Reina, sin aliento, abandonó la partida y le dijo a Alicia:

—¿Has visto ya a la Tortuga Artificial?

—No —dijo Alicia—. Ni siquiera sé lo que es una Tortuga Artificial.

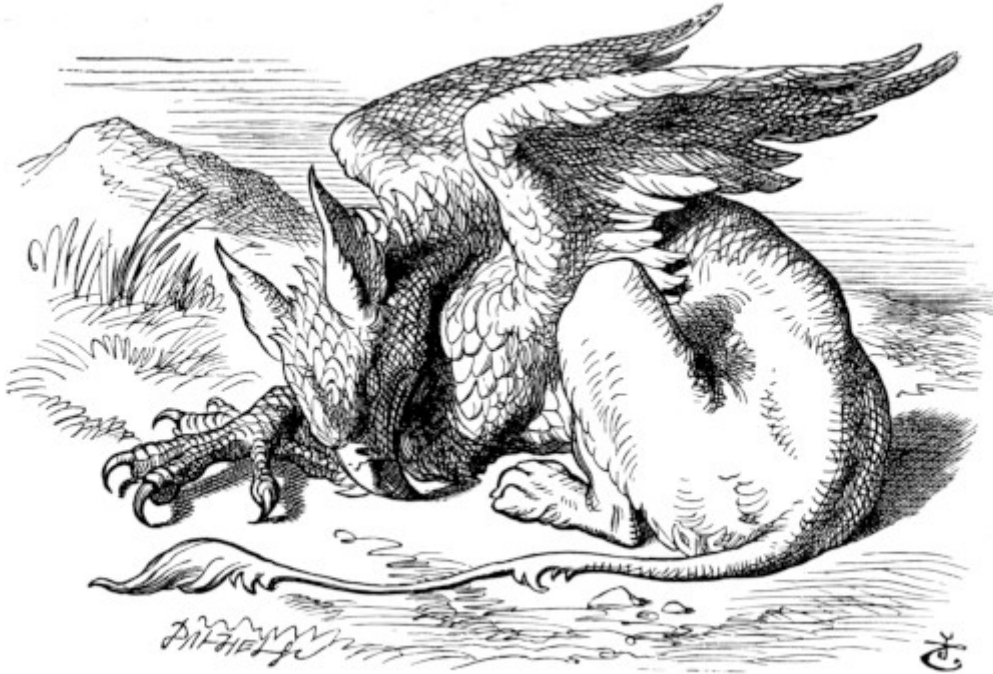
—Es con lo que se hace la sopa de Tortuga Artificial —dijo la Reina.

—Nunca he visto una, y tampoco he oído hablar de ella —confesó Alicia.

—Entonces ven —dijo la Reina—, y así te contará su historia.

Cuando se alejaban, Alicia oyó decir al Rey en voz baja dirigiéndose a toda la reunión: «Quedáis todos perdonados». «¡Vaya, *eso está* mejor!» —se dijo Alicia, porque le daba mucha pena el gran número de ejecuciones que ordenaba la Reina.

No tardaron en encontrarse con un Grifo, que estaba tumbado y profundamente dormido al sol. (Si no sabéis lo que es un Grifo, mirad el dibujo).



—¡Arriba, holgazán! —dijo la Reina—, y lleva a esta señorita a ver la Tortuga Artificial para que oiga su historia. Yo tengo que regresar para asistir a unas ejecuciones que he ordenado —y se marchó dejando a Alicia sola con el Grifo. El aspecto de aquella criatura no le gustaba demasiado, pero pensó que, en resumidas cuentas, no era más peligroso quedarse a su lado que seguir a la feroz Reina; así que esperó.

El Grifo se incorporó y se frotó los ojos; luego se quedó mirando a la Reina hasta que se hubo perdido de vista; y, luego, empezó a hacer gorgoritos de risa.

—¡Qué gracioso! —dijo el Grifo, a medias para sí y a medias para Alicia.

—¿Qué es lo gracioso? —preguntó Alicia.

—Pues *ella* —respondió el Grifo—. Todo es imaginación suya: verás, nunca ejecutan a nadie. ¡Vamos!

«Aquí todo el mundo dice “vamos” —pensó Alicia mientras echaba a andar tranquilamente detrás del Grifo—. ¡En mi vida me han dado tantas órdenes!».

No tuvieron que caminar mucho para ver a lo lejos a la Tortuga Artificial sentada, triste y solitaria, en un pequeño saliente de roca; y cuando se acercaron, Alicia pudo oírla suspirar como si se le partiera el corazón. La compadeció profundamente.

—¿Qué pena sufre? —le preguntó al Grifo, y el Grifo contestó casi con las mismas palabras de antes:

—Todo es imaginación suya: verás, no sufre ninguna pena. ¡Vamos!

Así pues, llegaron donde estaba la Tortuga Artificial, que los miraba con los ojos arrasados en lágrimas, pero sin decir nada.

—Te presento a esta joven señorita —dijo el Grifo—, que quiere conocer tu historia.

—Se la contaré —dijo la Tortuga Artificial con voz profunda y cavernosa—. Sentaos los dos, y no digáis una palabra hasta que haya terminado.

De modo que se sentaron, y nadie habló durante unos minutos. Alicia pensó: «No sé cómo va a terminar *alguna vez* su historia si no la empieza». Pero aguardó llena de paciencia.



—Érase una vez —dijo por fin la Tortuga Artificial lanzando un profundo suspiro—, en que yo era una Tortuga de verdad.

A estas palabras le siguió un larguísimo silencio, sólo roto por alguna ocasional exclamación de «¡Hjckrrh!» lanzada por el Grifo, y los incesantes sollozos de la Tortuga Artificial. Alicia estaba a punto de levantarse y decir: «Gracias, señora, por su interesante historia», pero no dejaba de pensar que la Tortuga *tenía* algo más que decir; así que permaneció sentada sin rechistar.

—Cuando éramos pequeñas —continuó la Tortuga Artificial por fin, más tranquila, aunque sollozando todavía un poco—, íbamos a la escuela al mar. El maestro era una vieja Tortuga... a la que llamábamos Galápagos<sup>[3]</sup>.

—¿Por qué le llamaban Galápagos si no lo era? —preguntó Alicia.

—Le llamábamos Galápagos porque nos enseñaba —dijo enfadada la Tortuga Artificial—; realmente eres muy estúpida.

—Debería darte vergüenza hacer preguntas tan tontas —añadió el Grifo, y acto seguido ambos permanecieron en silencio, mirando a la pobre Alicia que estaba deseando que se la tragara la tierra. Finalmente el Grifo dijo a la Tortuga Artificial:

—Adelante, vieja. No vamos a pasarnos todo el día con tu historia, —y la Tortuga prosiguió con estas palabras:

—Sí, íbamos a la escuela del mar, aunque quizá no lo creas...

—Yo no he dicho nada —le interrumpió Alicia.

—Sí lo has dicho —dijo la Tortuga Artificial.

—¡Cierra el pico! —añadió el Grifo, sin dar tiempo a que Alicia abriera la boca. La Tortuga Artificial continuó:

—Teníamos la mejor de las educaciones..., de hecho íbamos a la escuela todos los días.

—*También yo voy todos los días a la escuela* —dijo Alicia—, no hay que presumir tanto por eso.

—¿Con clases extras? —preguntó la Tortuga Artificial algo ansiosa.

—Claro —dijo Alicia—, aprendemos francés y música.

—¿Y lavado? —dijo la Tortuga Artificial.

—Por supuesto que no —dijo Alicia indignada.

—Ah, entonces no es realmente una buena escuela —dijo la Tortuga Artificial en tono de gran alivio—. En cambio, en la *nuestra*, al final de las facturas había «francés, música y *lavado... extra*».

—No debía hacerles demasiada falta —dijo Alicia— viviendo en el fondo del mar.

—Yo no pude estudiarlo —dijo la Tortuga Artificial con un sollozo—. Seguí sólo las clases normales.

—¿Y cómo eran? —preguntó Alicia.

—Lectura y Escritura para empezar, por supuesto —contestó la Tortuga Artificial—, y luego las distintas ramas de la Aritmética: Ambición, Distracción, Feificación e Irrisión<sup>[4]</sup>.

—Nunca he oído hablar de Feificación —se atrevió a decir Alicia—. ¿Qué es?

El Grifo levantó sus dos zarpas de la sorpresa:

—¡Cómo! ¡Nunca ha oído hablar de feificación! —exclamó—. ¿Supongo que sabes qué es bonificar?

—Sí —dijo Alicia con muchas dudas—, significa... hacer... algo... más bonito.

—Bueno —continuó el Grifo—, pues si no sabes lo que es feificar entonces eres tonta de remate.

Alicia no *tuvo* ánimo suficiente para seguir haciendo preguntas sobre el asunto, así que se volvió hacia la Tortuga Artificial y dijo:

—¿Qué otras cosas aprendían?

—Bueno, pues había Histeria —contestó la Tortuga Artificial, contando las asignaturas con sus aletas—: Histeria antigua y moderna, con Mareografía y Bidujo... El profesor de Bidujo era un viejo congrio que solía ir una vez a la semana: *él* nos enseñó Bidujo, Reboce y Tintura al Poleo.

—Y *eso* ¿qué era? —preguntó Alicia.

—Bueno, no puedo hacerte una demostración —contestó la Tortuga Artificial—; estoy demasiado anquilosada. Y el Grifo nunca lo aprendió.

—No tenía tiempo —dijo el Grifo—. Pero iba a clase de Clásicos. Aquél sí que era un cangrejo viejo.

—Nunca fui a su clase —dijo la Tortuga con un suspiro—; enseñaba Risa y Llanto<sup>[5]</sup>, según solía decir.

—Cierto, muy cierto —dijo el Grifo suspirando a su vez; y los dos animales escondieron las caras entre sus patas.

—Y ¿cuántas horas al día duraban sus lecciones? —preguntó Alicia, con prisa por cambiar de tema.

—Diez horas el primer día —contestó la Tortuga Artificial—; nueve el siguiente, y así sucesivamente.

—¡Qué horario más curioso! —exclamó Alicia.

—Por esa razón se llaman cortas<sup>[6]</sup> —observó el Grifo—; porque día a día se acortan.

Era ésta una idea completamente nueva para Alicia, y la estuvo meditando un poco antes de hacer el siguiente comentario:

—Entonces el undécimo día debía ser vacación.

—Claro —dijo la Tortuga Artificial.

—Y ¿qué hacían entonces el duodécimo día? —preguntó Alicia impaciente.

—Basta de hablar de clases —la interrumpió el Grifo en tono muy cortante—. Ahora cuéntale algo sobre los juegos.

# Capítulo X

## La Contradanza del Bogavante<sup>[1]</sup>

La Tortuga Artificial lanzó un profundo suspiro y se pasó el dorso de una aleta por los ojos. Miró a Alicia e intentó hablar, pero durante uno o dos minutos los sollozos ahogaron su voz:

—Como si se le hubiera atragantado un hueso —dijo el Grifo; y empezó a sacudirla y a darle palmadas en la espalda. Por fin la Tortuga Artificial recuperó la voz, y con las lágrimas corriéndole por las mejillas continuó:

—No debes haber vivido mucho bajo el mar... («Desde luego que no», dijo Alicia)..., y quizá nunca te presentaron un bogavante... (Alicia empezó a decir: «Una vez probé...», pero se contuvo rápidamente y dijo «No, nunca»)... por eso no puedes hacerte ni la más remota idea de lo divertida que es una Contradanza de Bogavantes.

—La verdad es que no —dijo Alicia—. ¿Qué clase de baile es ése?

—Bueno —dijo el Grifo—, primero te pones en una hilera a lo largo de la orilla...

—Dos hileras —gritó la Tortuga Artificial—; focas, tortugas, salmones, etcétera; luego, una vez que has barrido todas las medusas del sitio...

—Cosa que a veces suele llevar bastante tiempo —interrumpió el Grifo.

—... avanzas dos pasos.

—¡Cada uno con un bogavante por pareja! —exclamó el Grifo.

—... Por supuesto —dijo la Tortuga Artificial—, avanzas dos pasos, se forman las parejas...

—Cambio de bogavantes, y te retiras en el mismo orden —continuó el Grifo.

—Luego, ¿sabes? —prosiguió la Tortuga Artificial—, lanzas los...

—¡Los bogavantes! —gritó el Grifo dando un brinco en el aire.

—... al mar, lo más lejos que puedas.

—¡Y a nadar tras ellos! —chilló el Grifo.

—Luego vuelves hacia tierra, y así termina la primera figura —dijo la Tortuga Artificial, bajando repentinamente la voz; y los dos animales, que habían estado dando saltos como locos durante todo ese rato, volvieron a sentarse con aire triste y tranquilo, y miraron a Alicia.

—Debe ser un baile muy bonito —dijo Alicia tímidamente.

—¿Te gustaría ver un poco? —preguntó la Tortuga Artificial.

—Mucho, de veras —contestó Alicia.

—Venga, probemos con la primera figura —le dijo la Tortuga Artificial al Grifo—. Podemos hacerlo sin bogavantes, ¿sabes? ¿Quién de los dos canta?



—Canta tú —dijo el Grifo—. A mí se me ha olvidado la letra.

Y empezaron a bailar solemnemente, dando vueltas y más vueltas alrededor de Alicia, pisándole los pies cada vez que pasaban demasiado cerca, y llevando el compás con sus patas delanteras mientras la Tortuga Artificial cantaba triste y lentamente:

*«¿Quieres correr más?», dijo una pescadilla a un caracol.*

*«Viene detrás un delfín, que en la cola me ha pisado.*

*Mira las tortugas y langostas, que rápidas avanzan*

*y llegan a la playa: ¿Quieres unirte a la danza?*

*Sí, no, sí, no, ¿quieres unirte a la danza?*

*No, sí, no, sí, ¿no quieres unirte a la danza?».*

*«Ni imaginar puedes lo delicioso que ha de resultar cuando te cojan y lancen, con bogavantes, al mar».*

*Mas contestó el caracol: «¡Demasiado lejos!». Y miró de refilón diciendo que muchas gracias, pero al baile no se unió.*

*No quería, no podía, no quería, no podía, no quería unirse a la danza.*

*No quería, no podía, no quería, no podía, no podía unirse a la danza.*

*«¡Qué importa lo lejos que sea!», contestó su escamosa amiga.*

*«¿No sabes que otra playa hay también en la otra orilla?*

*Cuanto más lejos de Inglaterra, más cerca de Francia estarás.*

*Querido caracol, no temas, y con nosotros únete a la danza.*

*Sí, no, sí, no, ¿quieres con nosotros unirte a la danza?*

*No, sí, no, sí, ¿no quieres unirte a la danza?».<sup>[1]</sup>*

—Gracias, es un baile muy interesante de contemplar —dijo Alicia, contenta de que por fin hubiera terminado—; y también me ha gustado mucho esa curiosa canción de la pescadilla.

—Ah, las pescadillas —dijo la Tortuga Artificial—, son... ¿las habrás visto, naturalmente?

—Sí dijo Alicia, las he visto a menudo en la cen... —y se calló de repente.

—No sé dónde puede estar eso de *cen* —dijo la Tortuga Artificial—, pero si las has visto con tanta frecuencia sabrás desde luego cómo son.

—Creo que sí —replicó Alicia pensativa—. Tienen la cola en la boca... y están cubiertas de pan rallado.

—Te equivocas en lo del pan rallado —dijo la Tortuga Artificial—; el pan rallado desaparecería con el agua del mar. Pero sí tienen las colas en la boca; y es porque... —en ese momento la Tortuga Artificial bostezó y cerró los ojos—. Cuéntale tú el porqué y todo eso —le dijo al Grifo.

—Es porque también *quisieron* ir a bailar con los bogavantes. Por eso las arrojaron al mar. Y su caída duró mucho tiempo. Por eso se agarraron

firmemente la cola con la boca. Y por eso luego no pudieron soltarla. Eso es todo...

—Gracias —dijo Alicia—, es muy interesante. Antes nunca supe tantas cosas sobre las pescadillas.

—Si quieres puedo contarte muchas más —dijo el Grifo—. ¿Sabes por qué se llaman pescadillas?

—Nunca se me había ocurrido pensarlo —dijo Alicia—. ¿Por qué?

—*Tiene que ver con botas y zapatos* —replicó el Grifo en tono muy solemne.

Alicia quedó completamente desconcertada:

—¡Con botas y zapatos! —repetía atónita.

—Vamos a ver, ¿con qué limpian *tus* zapatos? —dijo el Grifo—. Quiero decir que cómo les sacan tanto brillo.

Alicia se miró los zapatos y pensó un poco antes de responder:

—Creo que se limpian con negro de betún.

—Pues debajo del mar —continuó el Grifo con voz solemne— botas y zapatos se limpian con blanco de pescadilla<sup>[2]</sup>. Ahora ya lo sabes.

—¿Y de qué está hecho? —preguntó Alicia en tono de gran curiosidad.

—De lenguados y anguilas<sup>[3]</sup>, por supuesto —replicó el Grifo algo impaciente—; cualquier quisquilla lo sabe y podría decírtelo.

—Si yo hubiera sido la pescadilla —dijo Alicia, que todavía estaba dándole vueltas a la canción—, le habría dicho al delfín: «¡Haz el favor de marcharte! No *te* queremos con nosotras».

—Estaban obligadas a llevarle con ellas —dijo la Tortuga Artificial—; ¡ningún pez sensato va a ninguna parte sin un delfín!

—¿De veras? —dijo Alicia en tono de gran sorpresa.

—Claro —dijo la Tortuga Artificial—, porque si un pez viene a *verme* y me dice que sale de viaje, yo le preguntaría: «¿Con qué delfín?».

—¿No querrás decir «Con qué fin»<sup>[4]</sup>? —preguntó Alicia.

—Quiero decir lo que digo —replicó la Tortuga Artificial en tono ofendido. Y el Grifo añadió:

—A ver, oigamos ahora alguna de *tus* aventuras.

—Podría contar mis aventuras..., empezando por esta mañana —dijo Alicia con cierta timidez—; no merece la pena empezar desde ayer, porque entonces yo era una persona distinta.

—Explícanos todo eso —dijo la Tortuga Artificial.

—¡No y no! Las aventuras primero —dijo el Grifo impaciente—; con las explicaciones se tarda siempre un tiempo espantoso.

De modo que Alicia empezó a contarles sus aventuras desde el momento en que vio por primera vez al Conejo Blanco. Al principio se puso algo nerviosa porque aquellos dos bichos se le acercaban mucho, uno por cada lado, y abrían los ojos y las bocas de un modo *enorme*, pero fue cobrando ánimo a medida que hablaba. Sus oyentes estuvieron muy tranquilos hasta que llegó a la parte en que le recitaba: «Viejo está, padre Guillermo» a la Oruga, y las palabras le salieron todas al revés; entonces la Tortuga Artificial respiró profundamente y dijo:

—¡Qué curioso!

—Sí, es lo más curioso del mundo —dijo el Grifo.

—Le salía todo diferente —repitió la Tortuga Artificial pensativa—. Me gustaría que lo intentase ahora y que nos recite algo. Dile que empiece, —y miró al Grifo como si creyera que éste tenía algún tipo de autoridad sobre Alicia.

—Ponte de pie y recita «Es la voz del haragán» —dijo el Grifo.

«Estos animales no hacen más que dar órdenes y obligarte a repetir las lecciones —pensó Alicia—. Igual que si estuviera en la escuela». Sin embargo, se puso de pie y empezó a recitar; pero tenía la cabeza todavía tan invadida por la Contradanza de los Bogavantes que apenas si se daba cuenta de lo que estaba diciendo; y la letra resultaba muy rara.



*Es la voz del bogavante; la he oído declarar:*

*«Muy morena me has tostado, debo mi pelo endulzar».*

*Lo que un pato con los párpados, hace él con la nariz  
pues se ajusta los botones y también el cinturón,  
y con la nariz los dedos endereza en los zapatos.*

*Cuando la arena está seca, alegre como un pinzón,*

*de los escualos habla en despectivo tono;  
mas cuando la marea sube y está cerca el tiburón  
su voz devuelve un tímido y estremecido son.<sup>[5]</sup>*

—Es distinto de lo que yo solía recitar cuando era niño —dijo el Grifo.

—Bueno, yo nunca lo había oído antes —dijo la Tortuga Artificial—, pero suena a disparate a una legua.

Alicia no dijo nada; se había sentado con la cara entre las manos preguntándose si *alguna vez* volvería a ocurrirle algo normal.

—Me gustaría que me la explicasen —dijo la Tortuga Artificial.

—No puede explicarla —dijo el Grifo rápidamente—. Continúa con los siguientes versos.

—Pero ¿y eso de los dedos? —insistió la Tortuga Artificial—. ¿Sabes cómo *podía* enderezarlos con la nariz?

—Es la primera posición del baile —dijo Alicia; pero estaba totalmente desconcertada, y deseaba cambiar de tema de conversación.

—Continúa con los versos siguientes —repitió el Grifo impaciente—; empiezan así: «Yo pasé por su jardín».

Alicia no se atrevió a desobedecer, aunque estaba segura de que todo le saldría mal, y continuó con voz temblorosa:

*Yo pasé por su jardín, y con un ojo contemplé  
al Búho y a la Pantera repartirse un gran pastel.  
La Pantera comió cortezas, migas y carne,  
mientras el Búho, tuvo por plato, la fuente.  
Acabado todo el pastel, al Búho por gran favor  
amablemente permitieron quedarse con la cuchara  
mientras gruñendo la Pantera recibía cuchillo y tenedor, y así el banquete acabó.<sup>[6]</sup>*

—¿De qué sirve recitar toda esa cháchara —interrumpió la Tortuga Artificial—, si no explicas lo que vas diciendo? Es la cosa más confusa que nunca he oído en mi vida.

—Sí, creo que es mejor que lo dejes —dijo el Grifo. Y Alicia quedó encantada haciéndolo.

—¿Por qué no probamos a bailar otra figura de la Contradanza del Bogavante? —continuó el Grifo—. ¿O prefieres que la Tortuga Artificial te cante una canción?

—Sí, sí, una canción, por favor, si la Tortuga Artificial es tan amable —contestó Alicia con tal ansiedad que el Grifo dijo en tono algo ofendido:

—¡Hummm! Es cuestión de gustos. ¿Qué te parece si le cantas *Sopa de Tortuga*, vieja?

La Tortuga Artificial suspiró profundamente y empezó a cantar con voz entrecortada a veces por sollozos:

*¡Hermosa sopa, tan rica y verde  
Que espera en la olla caliente!  
¿Quién por tal manjar no moriría?  
¡Sopa de la noche, hermosa Sopa!  
¡Sopa de la noche, hermosa Sopa!*

*¡Hermooooosa Soooo-pa!  
¡Hermooooosa Soooo-pa!  
¡Soooo-pa deeeeeee la noooooche!  
¡Hermosa, hermosa Sopa!*

*Hermosa Sopa, ¿quién quiere pescado,  
ave o cualquier otro bocado?  
¿Quién todo no daría por dos cucharadas  
sólo de Hermosa Sopa?  
¿Sólo de Hermosa Sopa?*

*¡Hermooooosa Soooooopa!  
¡Hermooooosa Soooooopa!  
¡Sooooopa deeeeeee la Noooooche!  
¡Hermosa, hermosa Sopa!<sup>17</sup>*

—A repetir el estribillo —chilló el Grifo, y no había hecho la Tortuga Artificial más que empezar a repetirlo cuando a lo lejos se oyó el grito de «Comienza el juicio».

—Vamos —gritó el Grifo, y cogiendo a Alicia de la mano echó a correr sin aguardar al final de la canción.

—¿Qué juicio es ése? —jadeó Alicia mientras corría. Pero el Grifo sólo contestó:

—Vamos —y corrió más deprisa todavía, mientras, cada vez con menos fuerza, les llegaban, traídas por la brisa que los seguía, las melancólicas palabras:

*¡Sooooopa deeeeeee la Noooooche!  
¡Hermosa, hermosa Sopa!*

# Capítulo XI

## ¿Quién robó las Tartas?



Cuando el Grifo y Alicia llegaron, el Rey y la Reina de Corazones estaban sentados en su trono, rodeados por una gran multitud formada en torno suyo: toda clase de pajarillos y animalejos, así como un mazo completo de cartas: la Sota estaba de pie ante ellos, encadenada, con un soldado a cada lado custodiándola; y junto al Rey estaba el Conejo Blanco, con una trompeta en una mano y un rollo de pergamino en la otra. En el centro mismo de la sala del Tribunal había una mesa, con una gran fuente de tartas: parecían tan ricas que con sólo mirarlas a Alicia se le hizo la boca agua. «A ver si acaba pronto el juicio —pensó— y pasan al refrigerio». Pero no parecía demasiado probable, así que se puso a mirar lo que había a su alrededor para matar el tiempo.

Nunca hasta entonces había estado Alicia en un tribunal de justicia, pero había leído cosas sobre ellos en los libros, y se sentía muy contenta al comprobar que conocía el nombre de cada cosa: «El juez es ése —se dijo— porque lleva esa peluca tan larga».

El juez, dicho sea de paso, era el Rey. Como se había puesto la corona encima de la peluca (mirad el dibujo del frontispicio si queréis ver cómo la llevaba), no parecía sentirse demasiado cómodo, y desde luego no le sentaba bien.

«Y eso es el estrado del jurado —pensó Alicia—, y esas doce criaturas (se veía obligada a llamarlas “criaturas”, porque unos eran animales, y otros pájaros), supongo que son los jurados». Se repitió esta última palabra para sus adentros, llena de orgullo, porque pensó, y con sobrada razón, que pocas niñas de su edad conocían el significado de todo aquello. Aunque quizá le hubiera bastado con decir «jueces».

Los doce jurados estaban escribiendo muy atareados en sus pizarras.

—¿Qué están haciendo? —le susurró Alicia al Grifo—. Antes de que el juicio empiece no deben tener nada que anotar.

—Están apuntando sus nombres —le contestó también en un susurro el Grifo—, por miedo a que se les olviden antes de que acabe el juicio.

—¡Qué estúpidos! —empezó a decir Alicia en voz alta, muy indignada, pero se detuvo inmediatamente porque el Conejo Blanco chilló:

—¡Silencio en la sala! —y el Rey se puso las gafas y miró ansiosamente a todas partes para descubrir quién estaba hablando.

Alicia pudo ver, tan bien como si estuviese mirando por encima de sus hombros, que todos los jurados escribían: «¡Qué estúpidos!» en sus pizarras; e incluso pudo darse cuenta de que no sabían cómo escribir «estúpido» y tenían que pedir al vecino que se lo dijera: «¡Vaya lío que van a armar en las pizarras antes de que acabe el juicio!» —pensó Alicia.

Uno de los jurados escribía con un pizarrín que rechinaba. Alicia, por supuesto, *no* podía soportarlo, de modo que dio la vuelta a la sala y se colocó detrás de él; no tardó en encontrar ocasión para quitárselo. Y lo hizo con tal rapidez que el pobrecito jurado (era Bill, el Lagarto) no pudo imaginar siquiera qué había sido de él; por eso, después de buscar por todas partes, tuvo que escribir con un dedo el resto del día; pero no le sirvió de nada, porque el dedo no dejó ninguna marca en la pizarra.

—¡Heraldo! ¡Lee la acusación! —dijo el Rey.



Entonces el Conejo Blanco dio tres toques de trompeta, y luego desenrolló el pergamino leyendo lo siguiente:

*La Reina de Corazones hizo unas tartas  
Todo un día de verano.*

*La Sota de Corazones ha cogido las tartas  
Y se las ha llevado.<sup>[1]</sup>*

—¡Considerad vuestro veredicto! —dijo el Rey al jurado.

—¡Aún no! ¡Aún no! —le interrumpió apresuradamente el Conejo—.  
Falta mucho para llegar al veredicto.

—Llamad al primer testigo —dijo el Rey, y el Conejo Blanco lanzó  
tres toques de trompeta y gritó:

—¡Primer testigo!

El primer testigo era el Sombrerero. Llegó con una taza de té en la  
mano y una rebanada de pan con mantequilla en la otra.

—Pido perdón a Vuestra Majestad —empezó diciendo— por venir con  
esto; pero no había terminado de tomar el té cuando fueron a buscarme.



—Deberías haber terminado —dijo el Rey—. ¿Cuándo empezaste?  
El Sombrerero miró a la Liebre de Marzo, que le había seguido hasta el  
tribunal del brazo del Lirón.

—Creo que fue el catorce de marzo —respondió.

—El quince —dijo la Liebre de Marzo.

—El dieciséis —dijo el Lirón.

—Anotad eso —dijo el Rey al jurado; y el jurado se apresuró a escribir las tres fechas en sus pizarras, luego a sumarlas y a reducir el total a chelines y peniques.

—Quítate el sombrero —le dijo el Rey al Sombrerero.

—No es mío —dijo el Sombrerero.

—¡*Robado!* —exclamó el Rey volviéndose hacia el jurado, que anotó inmediatamente el hecho.

—Los tengo para venderlos —añadió el Sombrerero a modo de explicación—. Ninguno es de mi propiedad. Soy sombrerero.

En ese momento la Reina se puso las gafas y empezó a mirar fijamente al Sombrerero, que se puso pálido y empezó a temblar.

—Haz tu declaración —dijo el Rey—, y no te pongas nervioso, o mando que te ejecuten en un santiamén.

No parecieron animar mucho al testigo estas palabras: se balanceaba descansando el cuerpo tanto en un pie como en otro y mirando intranquilo a la Reina; en medio de su confusión le dio un buen mordisco a la taza de té en vez de morder el pan con mantequilla.

Precisamente en ese momento Alicia sintió una extraña sensación que la mantuvo aturdida un buen rato, hasta que comprendió lo que ocurría: estaba empezando a crecer de nuevo; al principio pensó que lo mejor sería levantarse y abandonar la sala, pero le pareció mejor quedarse donde estaba mientras cupiese en la habitación.

—A ver si no empujas tanto —le dijo el Lirón, que estaba sentado a su lado—. Casi no puedo respirar.

—No puedo remediarlo —dijo Alicia muy modosa—. Estoy creciendo.

—No tienes derecho a crecer *aquí* —dijo el Lirón.

—No digas tonterías —replicó Alicia con mayor audacia—, sabes de sobra que también tú estás creciendo.

—Sí, pero yo crezco a un ritmo razonable —dijo el Lirón—, y no de esa manera ridícula —y, levantándose enfurruñado, cruzó al otro lado de la sala.

Durante todo este tiempo la Reina no había dejado de mirar al Sombrerero, y, precisamente en el momento en que el Lirón cruzaba la sala, le dijo a uno de los oficiales del tribunal:

—¡Tráeme la lista de los cantantes del último concierto! —ante lo cual el desventurado Sombrerero empezó a temblar de tal modo que los pies se

le salieron de los zapatos.

—Haz tu declaración —repitió irritado el Rey—, o haré que te ejecuten, estés nervioso o no.

—Soy un pobre hombre, Majestad —empezó a decir el Sombrerero con voz temblorosa—, y aún no había empezado a tomar mi té..., hace una semana poco más o menos..., y como las rebanadas de pan con mantequilla son tan delgadas... y las titilaciones<sup>[2]</sup> del té...

—¿Las titilaciones de *qué*? —dijo el Rey.

—Eso empezaba con té —replicó el Sombrerero.

—Por supuesto que titilaciones empieza con T —dijo el Rey en tono muy severo—. ¿Me tomas acaso por imbécil? ¡Sigue!

—Soy un pobre hombre —prosiguió el Sombrerero—, y muchas cosas titilaban después de que... sólo que la Liebre de Marzo dijo...

—Yo no dije —se apresuró a interrumpir la Liebre de Marzo.

—Sí dijiste —dijo el Sombrerero.

—Lo niego —dijo la Liebre de Marzo.

—Lo niega —dijo el Rey—, que no conste.

—Bueno, en cualquier caso, el Lirón dijo... —prosiguió el Sombrerero mirando preocupado en torno suyo para ver si también el Lirón negaba; pero el Lirón no negó nada, porque se había quedado profundamente dormido.

—Después —continuó el Sombrerero—, corté un poco más de pan con mantequilla.

—Pero ¿qué dijo el Lirón? —preguntó uno del jurado.

—Eso no puedo recordarlo —respondió el Sombrerero.

—*Debes* recordar —observó el Rey—, o haré que te ejecuten.

El desventurado Sombrerero dejó caer su taza de té y la rebanada y puso una rodilla en tierra.

—Soy un pobre hombre, Majestad —empezó a decir.

—Lo que sí eres es un pobrísimo orador —dijo el Rey.

En ese momento uno de los conejillos de Indias aplaudió e inmediatamente fue acallado por los ujieres del tribunal. (Como la palabra acallar es bastante fuerte, os explicaré cómo lo hicieron: llevaban una gran bolsa de lona, cuya boca se cerraba con una cuerda; metieron en ella de cabeza al conejillo de Indias y luego se sentaron encima).

«Cuánto me alegro de haberlo visto —pensó Alicia—. He leído con mucha frecuencia en los periódicos, al final de los juicios: “Hubo algunos

intentos de aplausos que inmediatamente fueron acallados por los ujieres del tribunal”, pero hasta ahora nunca comprendí lo que significaba».

—Si eso es todo lo que sabes del asunto, puedes bajar —continuó el Rey.

—No puedo bajar más —dijo el Sombrerero—, ya estoy con los pies en el suelo.

—Entonces puedes *sentarte* —replicó el Rey.

En ese momento, otro conejillo de Indias aplaudió, y fue acallado.

«Vaya, con eso se acaban los conejillos de Indias —pensó Alicia—. Así estaremos mejor».

—Me gustaría terminar mi té —dijo el Sombrerero, con una inquieta mirada hacia la Reina, que estaba leyendo la lista de cantantes.

—Puedes irte —dijo el Rey, y el Sombrerero se apresuró a irse a toda prisa de la sala, sin entretenerse siquiera en ponerse sus zapatos.



—... Y al salir que le corten la cabeza —añadió la Reina dirigiéndose a uno de los ujieres; pero el Sombrerero ya se había perdido de vista antes de que el oficial pudiese alcanzar la puerta.

—Llamad al siguiente testigo —dijo el Rey.

El siguiente testigo era la cocinera de la Duquesa. Llevaba el bote de la pimienta en la mano, y Alicia adivinó quién era antes de que entrara en la

sala por la forma en que empezaron a estornudar todos los que se encontraban junto a la puerta.

—Presta declaración —dijo el Rey.

—No quiero —dijo la cocinera.

El Rey miró preocupado hacia el Conejo Blanco, que dijo en voz baja:

—Su Majestad debe hacer un interrogatorio a este testigo.

—Bueno, si hay que hacerlo, lo haré —dijo el Rey en tono melancólico; y después de cruzarse de brazos y fruncir el ceño hasta que sus ojos apenas se veían, dijo con voz profunda—: ¿De qué están hechas las tartas?

—De pimienta sobre todo —dijo la cocinera.

—De melaza —dijo una voz soñolienta a su espalda.

—Detened a ese Lirón —chilló la reina—. ¡Decapitad a ese Lirón! ¡Que saquen al Lirón de la sala! ¡Que lo supriman! ¡Que le pellizquen! ¡Que le corten los bigotes!

Durante unos minutos reinó la confusión por toda la sala, mientras intentaban echar al Lirón; y cuando todos volvieron a sentarse en sus puestos, la cocinera había desaparecido.

—¡No importa! —dijo el Rey con aire de gran alivio—. ¡Llamad al siguiente testigo! —y añadió, en voz baja, para la Reina—: Realmente, querida, eres *tú* quien debe interrogar al siguiente testigo. A mí estas cosas me dan dolor de cabeza.

Alicia observó al Conejo Blanco mientras éste buscaba en su lista, y sintió gran curiosidad por ver quién sería el siguiente testigo..., «porque *hasta ahora*, no son muchas las pruebas que han conseguido», se dijo. Imaginad su sorpresa cuando el Conejo Blanco, alzando cuanto pudo su vocecita chillona, leyó el nombre de «¡Alicia!».

# Capítulo XII

## El Testimonio de Alicia

—¡Presente! —gritó Alicia olvidándose por completo, en la agitación del momento, de lo mucho que había crecido en los últimos minutos; se levantó de una manera tan brusca que con el borde de su falda derribó todo el estrado del jurado, volcando a los jueces de cabeza sobre el público que había debajo y que empezó a agitarse desesperadamente; por el modo en que se movían, Alicia recordó la pecera de peces de colores que la semana anterior ella misma había derribado accidentalmente.

—¡Ay! Les ruego que me perdonen —exclamó en tono de gran consternación; y se puso a recogerlos con la mayor rapidez que pudo, porque el accidente de los peces de colores seguía dando vueltas en su cabeza, y tenía la vaga idea de que había que recogerlos cuanto antes y ponerlos de nuevo en el estrado, o si no se morirían.



—El juicio no puede continuar —dijo el Rey con voz severísima— hasta que los jueces estén en sus puestos..., *todos* —repitió con gran énfasis, clavando los ojos con dureza en Alicia mientras lo decía.

Alicia miró al estrado y vio que, en su prisa, había puesto al Lagarto boca abajo, y que el pobre animal agitaba melancólicamente la cola porque era incapaz de moverse por sus propios medios. Lo sacó de allí y lo puso derecho: «No es que importe mucho —pensó para sus adentros—, porque, de pies o de cabeza, no creo que sea de mucha utilidad en el juicio».

Tan pronto como el jurado se recuperó algo del susto, y después de que fueran encontradas y se les entregaran sus pizarras y pizarrines se pusieron a trabajar afanosamente para escribir la historia del accidente; todos, salvo

el Lagarto, que parecía demasiado aturdido para hacer otra cosa que no fuera estar sentado, boquiabierto y con los ojos clavados en el techo de la sala.

—¿Qué sabes de este asunto? —le preguntó el Rey a Alicia.

—Nada —dijo Alicia.

—¿Nada de *nada*? —insistió el Rey.

—Nada de nada —contestó Alicia.

—Eso es muy importante —dijo el Rey volviéndose hacia el jurado, que estaba empezando a escribir esa frase en sus pizarras cuando el Conejo les interrumpió:

—Inimportante es lo que Su Majestad ha querido decir, naturalmente —dijo en tono respetuoso pero frunciendo el ceño y haciendo muecas mientras hablaba.

—Inimportante, por supuesto, eso es lo que he querido decir —afirmó el Rey acto seguido, y continuó para sus adentros en voz baja: «Importante... inimportante... inimportante... importante...», como si estuviera probando qué sonaba mejor.

Algunos jurados apuntaron importante, otros inimportante. Alicia podía verlo porque estaban lo bastante cerca para mirar sus pizarras: «Pero a mí me importa un bledo» —pensó.

En este momento, el Rey, que había estado ocupadísimo escribiendo en su libreta de notas, gritó:

—¡Silencio! —y leyó lo que había escrito en su libro—: Regla 42: *Toda persona que mida más de una milla de alto deberá abandonar la sala.*

Todos miraron a Alicia.

—Yo no *mido* una milla de alto —dijo Alicia.

—Sí la mides —dijo el Rey.

—Casi dos millas —añadió la Reina.

—Bueno, de cualquier modo no me iré —dijo Alicia—; además, esa regla no vale, acaba de inventársela.

—Es la regla más antigua del libro —dijo el Rey.

—Entonces tendría que ser la Número Uno —dijo Alicia.

El Rey se puso pálido y cerró a todo correr su libreta de notas:

—Considerad vuestro veredicto —dijo al jurado con voz temblorosa.

—Todavía quedan más pruebas, con la venia de Su Majestad —dijo el Conejo Blanco dando un brinco—: acabamos de descubrir este papel.

—¿Qué es? —dijo la Reina.

—Aún no lo he abierto —dijo el Conejo Blanco—, pero parece una carta escrita por el prisionero a... a alguien.

—Eso debe ser... —dijo el Rey—, a menos que la hayan escrito a nadie, cosa que no suele hacerse, como todos saben de sobra.

—¿A quién va dirigida? —dijo uno de los jueces

—No lleva dirección —dijo el Conejo Blanco—. De hecho, por fuera no hay nada escrito. —Desdobló el papel mientras hablaba, y añadió—: Pero no es una carta; son versos.

—¿Son de puño y letra del acusado? —preguntó otro de los jueces.

—No, no lo son —dijo el Conejo Blanco— y eso es lo más sospechoso. (El jurado pareció quedar desconcertado).

—Debe haber imitado la letra de alguna otra persona —dijo el Rey. (El jurado pareció iluminado por un rayo de inteligencia).

—Con la venia de Su Majestad —dijo la Sota—, yo no he escrito eso y nadie puede probar que lo haya escrito: no hay ninguna firma al final.

—Si no lo has firmado —dijo el Rey—, eso no hace sino empeorar tu situación. *Debes* tener alguna intención malvada, porque, de lo contrario, habrías firmado con tu nombre, como hacen las personas honradas.

Entonces se produjo un aplauso general: eran las primeras palabras inteligentes que el Rey había dicho en el día.

—Eso *prueba* su culpabilidad —dijo la Reina—, por lo tanto que le corten...

—Eso no prueba nada de nada —dijo Alicia—. ¡Si ni siquiera sabemos qué dicen los versos!

—¡Que los lean! —dijo el Rey.

El Conejo Blanco se puso sus gafas:

—Con la venia de Su Majestad, ¿por dónde empiezo? —preguntó.

—Empieza por el empiece —dijo el Rey muy serio—; luego sigues hasta el final, y entonces te paras.

Hubo en la sala un silencio de muerte mientras el Conejo Blanco leía estos versos:

*Me dijeron que con ella estuviste  
y que le hablaste de mí.*

*Le gustaba mi carácter aunque dijo  
que no me puedo zambullir.*

*Que yo no fui, les mandó a decir  
(Sabemos que es verdad).  
Si ella hubiera insistido,  
¿qué sería de ti?*

*Ellos dos, yo una le di,  
tú nos diste tres o más.  
Todas volvieron de él a ti,  
aunque antes fueran de mi propiedad.*

*Y si en este caso por un casual  
yo o ella estuviéramos envueltos,  
confía en ti para conseguir,  
como antes, en libertad quedar.*

*Me parece que tú fuiste  
antes del ataque de ella  
un obstáculo interpuesto  
entre él, nosotros y esto.*

*Que nunca sepa él que ella las quiere,  
pues siempre será así:  
Que el secreto entre nosotros quede,  
De ti para mí.<sup>[1]</sup>*

—Es la prueba más importante que hemos escuchado —dijo el Rey frotándose las manos—; ahora les toca a los jurados.

—Si alguno de ellos consigue explicarlo —dijo Alicia (en los últimos minutos había crecido tanto que no temía que nadie la interrumpiese)—, le daré seis peniques. Yo no creo que haya una pizca de sentido en eso.

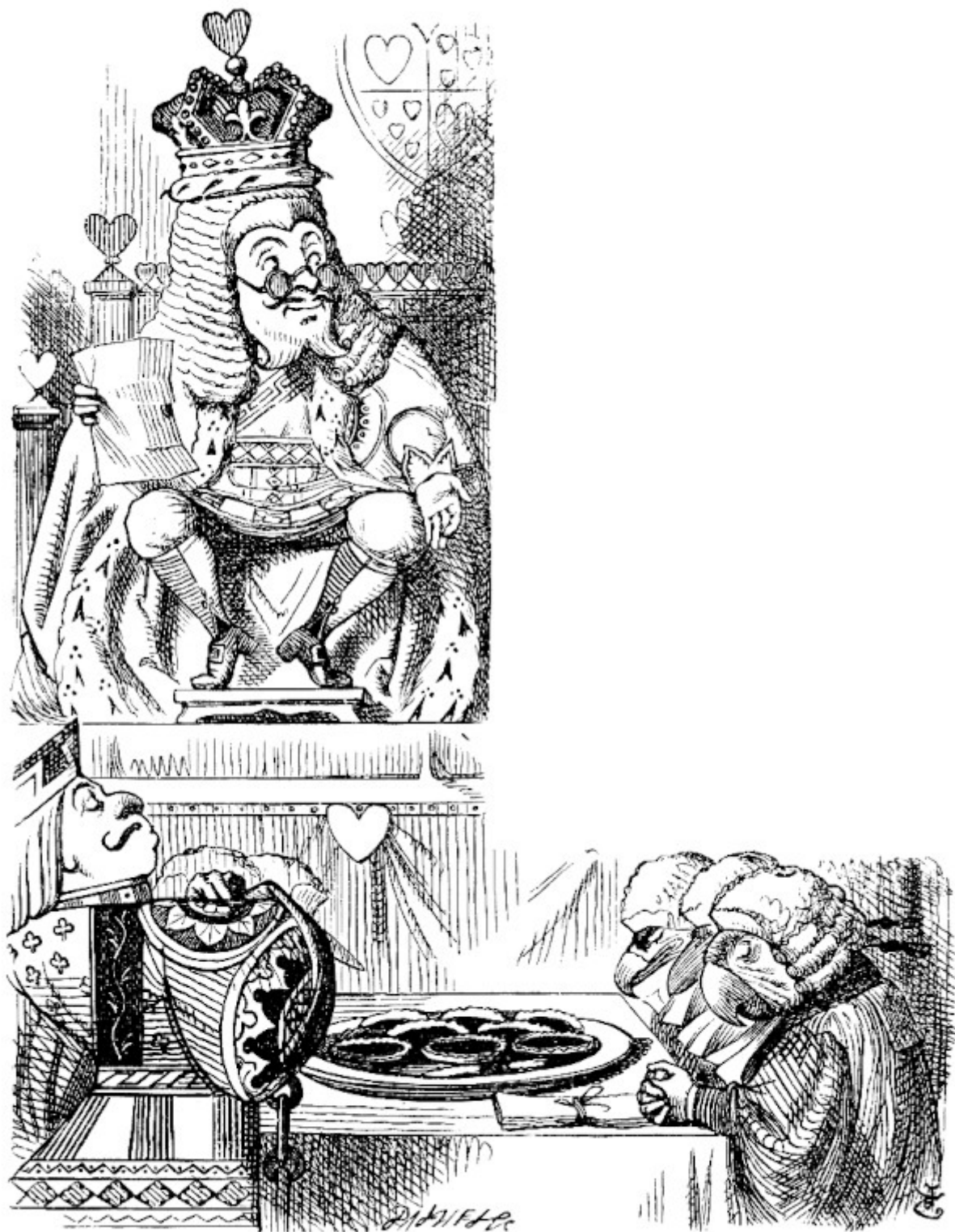
El jurado escribió en sus pizarras: «Ella no cree que haya una pizca de sentido en eso», pero ninguno intentó explicar los versos.

—Si no tiene ningún sentido —dijo el Rey—, nos ahorraremos muchas molestias, ¿no os parece?, porque entonces no hay necesidad de que se lo busquemos. Y sin embargo, no sé... —continuó, extendiendo el papel de los versos sobre sus rodillas y mirándolos con un ojo cerrado—, me parece que, después de todo, algún sentido tienen... «dijo que no me puedo zambullir»... ¿Puedes zambullirte y nadar? —añadió volviéndose hacia la Sota.

La Sota movió muy triste la cabeza:

—¿Parece que puedo?

Desde luego no lo parecía, porque estaba hecha por completo de cartulina.



—Bueno, todo va aclarándose —dijo el Rey, y siguió murmurando los versos para sí—: «*Sabemos que es verdad...*». Esto se refiere al jurado, naturalmente... «*Si ella hubiera insistido*», debe tratarse de la Reina. «*¿Qué sería de ti?*», eso mismo es lo que yo me pregunto. «*Ellos dos, yo una le di*», debe referirse a lo que hizo con las tartas, ¿no os parece?

—Pero termina diciendo: «*Todas volvieron de él a ti*» —dijo Alicia.

—¡Claro! ¡Y ahí están! —dijo el Rey en son triunfante, señalando las tartas que había encima de la mesa—. Está todo absolutamente claro. Sigamos. «*Antes del ataque de ella*»... Querida, creo que tú nunca has tenido ataques —le dijo a la Reina.

—Nunca —chilló la Reina furiosa, lanzando un tintero al Lagarto mientras hablaba. (El desventurado y pequeño Bill había dejado de escribir en su pizarra con el dedo al ver que no dejaba ninguna señal; pero en ese momento empezó a escribir a toda prisa utilizando la tinta que le chorreaba por la cara antes de que se quedara seca).

—Entonces las palabras no *te atacan* a ti!<sup>[2]</sup> —dijo el Rey mirando a la sala con una sonrisa. Había un silencio de muerte.

—He hecho un juego de palabras —añadió el Rey ofendido, y todos se echaron a reír—. Dejemos que el jurado siga con su veredicto —dijo el Rey por vigésima vez por lo menos en el día.

—No, no —dijo la Reina—, la sentencia primero... Luego el veredicto.

—Absurdo e insensato —dijo Alicia en voz alta—. ¿A quién se le puede ocurrir dar la sentencia primero?

—¡Cierra el pico! —dijo la Reina enrojeciendo de ira.

—No quiero —dijo Alicia.

—¡Que le corten la cabeza! —chilló a más no poder la Reina. No se movió nadie.

—¿Quién os va a tener miedo? (Mientras tanto, había recuperado su estatura normal). ¡Pero si no sois más que un mazo de cartas!

Y entonces, el mazo entero de cartas se elevó por los aires y se precipitó volando sobre ella. Alicia dio un gritito medio de miedo, medio de enfado, e intentó rechazarlas; de pronto se encontró tumbada a la orilla del río, con la cabeza en el regazo de su hermana, que dulcemente le apartaba unas hojas secas que le habían caído desde los árboles sobre la cara.



—Despierta, Alicia querida —le dijo su hermana—. ¡Vaya, cuánto rato has dormido!

—¡Ay, qué sueño tan curioso! —dijo Alicia; y le contó a su hermana todo lo que pudo recordar de las extrañas Aventuras que acabamos de leer; y cuando terminó, su hermana le dio un beso y le dijo:

—Cierto que ha sido un sueño muy curioso, cariño; pero ahora corre a tomar el té, que llegas tarde.

Alicia se levantó y echó a correr recordando, mientras corría, lo maravilloso que había sido su sueño.

Pero su hermana permaneció sentada en la misma actitud en que Alicia la había dejado, con la cabeza en la mano, mirando el sol poniente y

pensando en la pequeña Alicia y en todas sus maravillosas Aventuras, hasta que también ella empezó a soñar a su manera; y éste fue su sueño:

Primero soñó con la pequeña Alicia, y una vez más las pequeñas manitas estaban cruzadas sobre sus rodillas, y los brillantes y vivos ojos de la niña miraban los suyos..., llegó a oír incluso los diversos tonos de su voz, y a ver su peculiar gesto de cabeza para apartarse de los ojos unos cabellos errabundos que *siempre* se le venían encima..., y mientras la oía o creía oír, todo el lugar en torno suyo cobró vida con las extrañas criaturas del sueño de su hermanita.

La alta hierba murmuraba a sus pies mientras el Conejo Blanco corría por ella, el asustado Ratón chapoteaba al cruzar por el estanque vecino..., podía oír el tintineo de las tazas de té cuando la Liebre de Marzo y sus amigos compartían su merienda-de-nunca-acabar, y la voz chillona de la Reina ordenando la ejecución de sus desdichados invitados... una vez más el bebé cerdito estornudaba en las rodillas de la Duquesa, mientras fuentes y platos se estrellaban a su alrededor..., y una vez más el graznido del Grifo, el chirrido del pizarrín del Lagarto y el ruido producido por los conejillos de Indias suprimidos al ser acallados llenaron el aire, mezclándose con los lejanos sollozos de la lamentable Tortuga Artificial.

Sentada así, con los ojos cerrados, se creía casi en el País de las Maravillas, aunque sabía que bastaba con abrirlos de nuevo para que todo volviera a la sosa realidad; la hierba susurraría sólo por culpa del viento, y la charca sólo se ondularía con el movimiento de los juncos, el tintineo de las tazas de té se convertiría en el de las esquilas de las ovejas, y los agudos gritos de la Reina en la llamada del pastorcillo..., y los estornudos del bebé, el graznido del Grifo y los demás ruidos extraños se convertirían (estaba segura) en el confuso clamor del laborioso corral de la granja, mientras a lo lejos el mugido de los bueyes sustituiría a los apesadumbrados sollozos de la Tortuga Artificial.

Finalmente imaginó cómo sería aquella hermanita suya con el tiempo, cuando fuera mujer; y cómo conservaría, a lo largo de sus años maduros, el sencillo y cariñoso corazón de su infancia; y cómo reuniría a otros pequeños a su alrededor, y haría que *sus* ojos brillaran y resplandecieran con cuentos extraños, quizá con aquel mismo sueño del País de las Maravillas de tanto tiempo atrás; y cómo sentiría ella las sencillas penas de esos niños, y cómo se alegraría con sus sencillas alegrías, recordando su propia infancia y los felices días del verano.

# Álbum de ilustraciones

El presente álbum recoge algunas de las ilustraciones que han acompañado a lo largo del tiempo a las diferentes ediciones de los libros de Alicia, y sólo pretende ser una muestra curiosa. Agradecemos a Alfonso Álvarez Lorencio por poner a nuestra disposición su excelente colección de Alicia.





Arthur Rackham






Arthur Rackham





The 






My  Ina,

Though  don't give  
birthday presents, still 

<sup>April</sup>  
... write a birthday  .

<sup>June</sup>  
 came 2 your  2

wish U many happy returns  
of the day,  the  met  
me,  took me for a ,

 hunted me  and   
till  could hardly 

However somehow  got  
into the ,  there  
a  met me,  took me  
for  a , and pelted me

Carta jeroglífico de Lewis Carroll a su amiguita  
Georgina Watson.



Lewis Carroll caricaturizándose a sí mismo



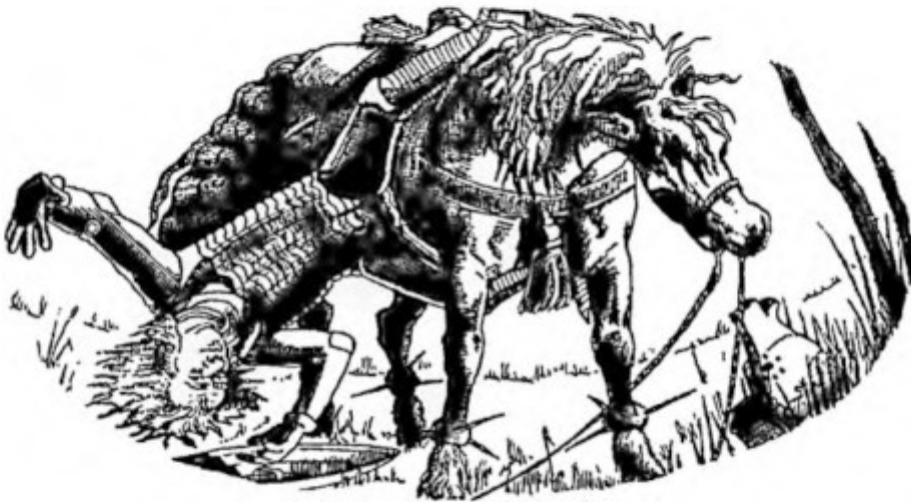
Ilustraciones de Mervyn Peake



Ilustración de Oswaldo Storni para una edición brasileña de Alicia



Ilustración de Oswaldo Storni para una edición brasileña de Alicia



Ilustraciones de Julia Christie para Octopus Books

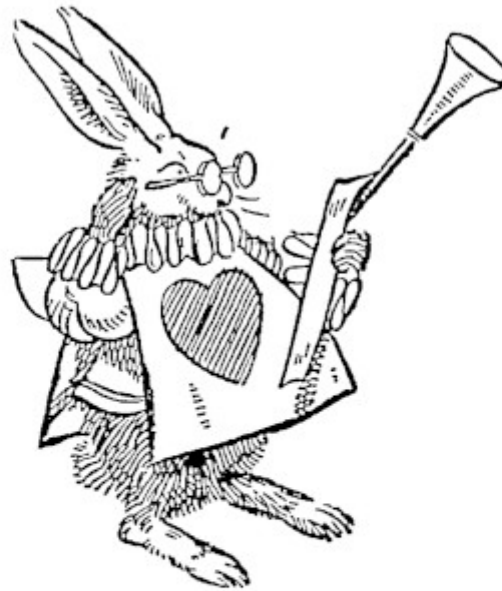


Ilustraciones de  
Carol Tarrant para  
Longman Group





Ilustraciones de Lola Anglada para Editorial Juventud



Ilustraciones de Helen Monro para Alexander Classic Library

of her own little sister. So the boat wound slowly along, beneath the bright summer-day, with its merry crew and its music of voices and laughter, till it passed round one of the many turnings of the stream, and she saw it no more.

Then she thought, (in a dream within the dream, as it were,) how this same little Alice would, in the after-time, be herself a grown woman: and how she would keep, through her riper years, the simple and loving heart of her childhood: and how she would gather around her other little children, and make their eyes bright and eager with many a wonderful tale, perhaps even with these very adventures of the little Alice of long-ago: and how she would feel with all their simple sorrows, and find a pleasure in all their simple joys, remembering her own child-life, and the happy summer-days. days.



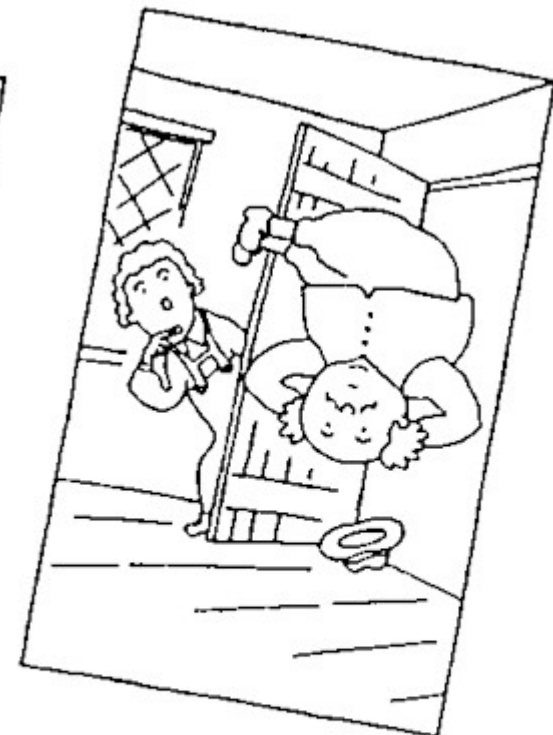
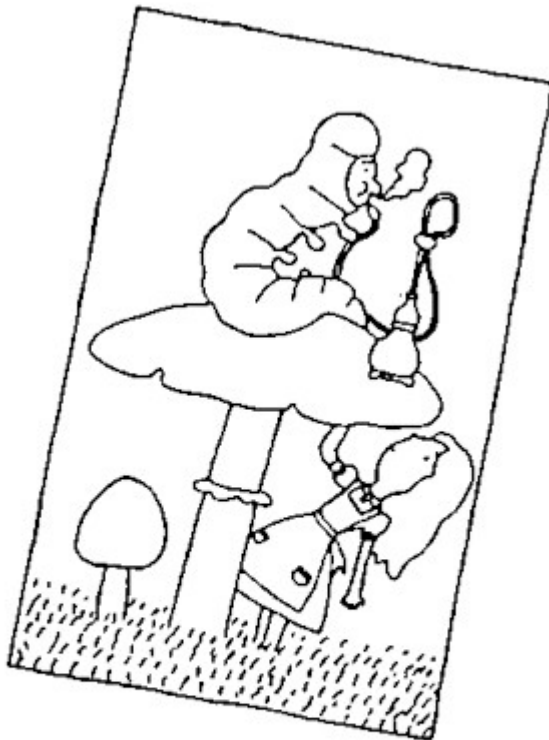
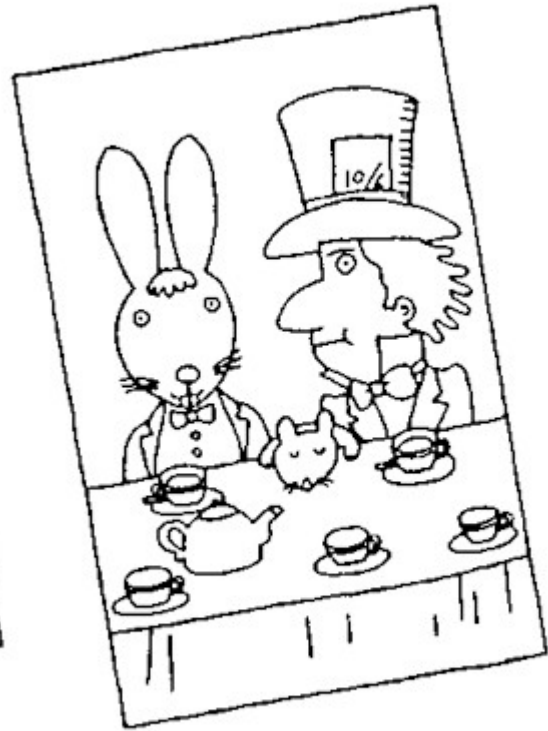
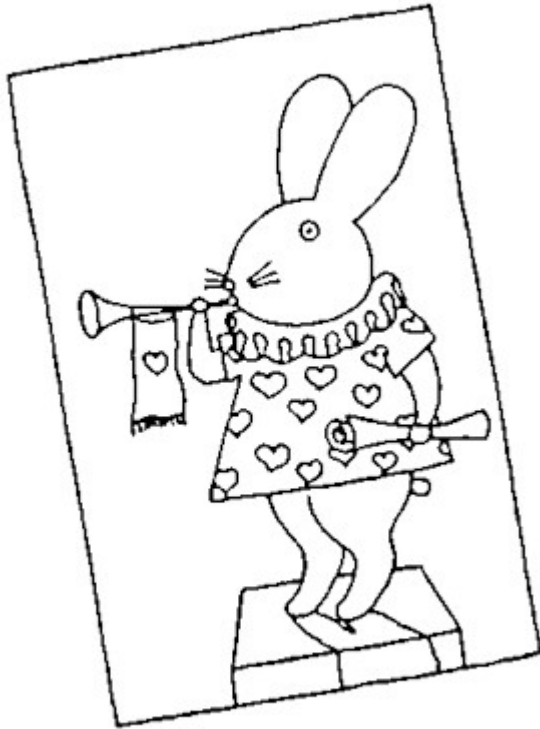
Última página del manuscrito *Alice's Adventures Under Ground* de Lewis Carroll (dos versiones)

of her own little sister. So the boat wound slowly along, beneath the bright summer-day, with its merry crew and its music of voices and laughter, till it passed round one of the many turnings of the stream, and she saw it no more.

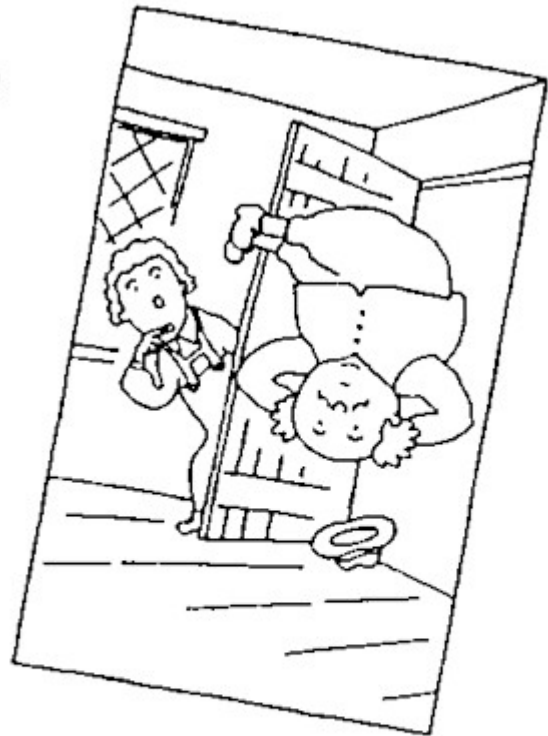
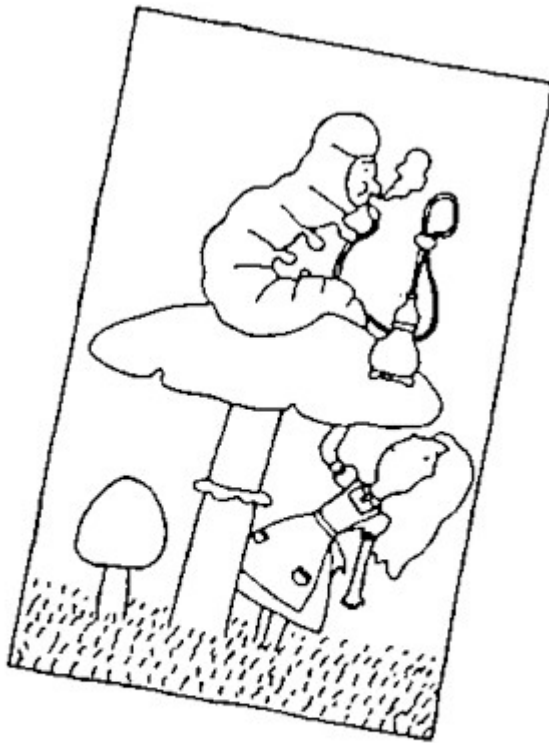
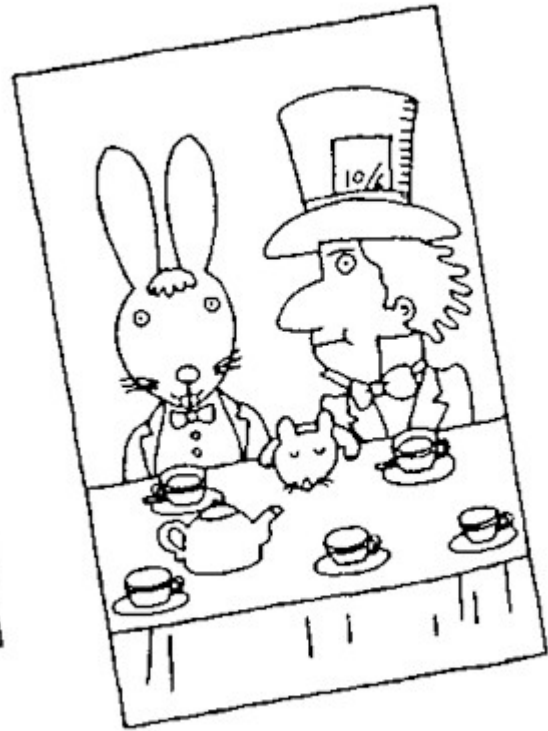
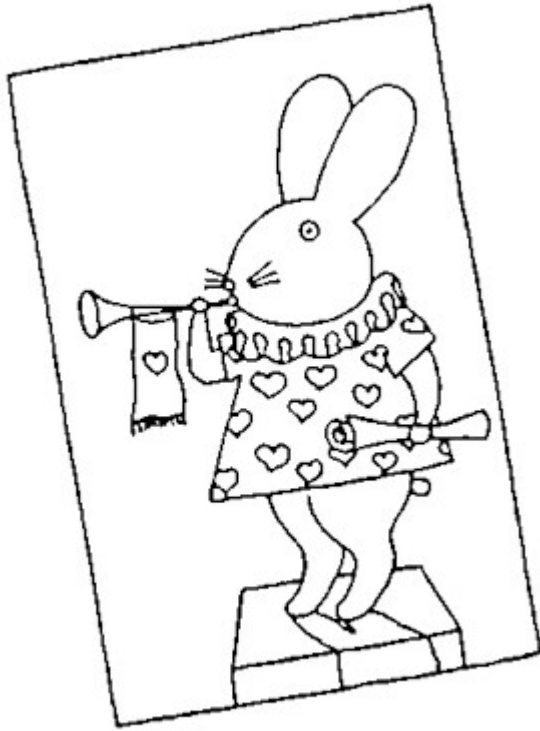
Then she thought, (in a dream within the dream, as it were,) how this same little Alice would, in the after-time, be herself a grown woman: and how she would keep, through her riper years, the simple and loving heart of her childhood; and how she would gather around her other little children, and make their eyes bright and eager with many a wonderful tale, perhaps even with these very adventures of the little Alice of long-ago: and how she would feel with all their simple sorrows, and find a pleasure in all their simple joys, remembering her own child-life and the happy summer



Última página del manuscrito *Alice's Adventures Under Ground* de Lewis Carroll (dos versiones)



Ilustraciones de una edición japonesa de Alicia



Ilustraciones de una edición japonesa de Alicia



Edición húngara de Alicia. Ilustraciones de Tamás Rajzaival



Edición húngara de Alicia.  
Ilustraciones de Tamás Rajzaival

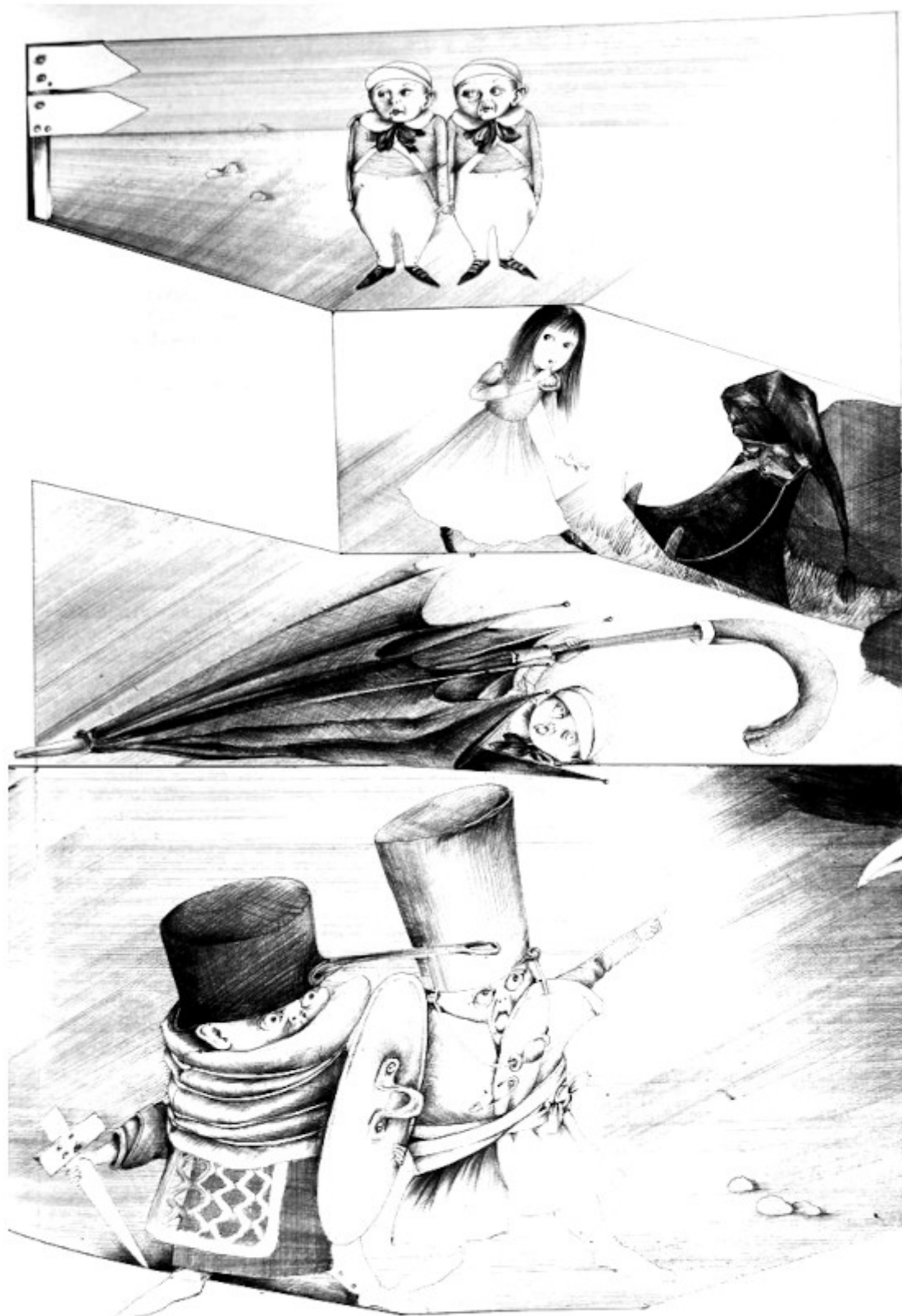


Ilustración de Markéta Prachatická, para la edición checa de la editorial Albatros



Ilustración de Markéta Prachatická, para la edición checa de la editorial Albatros



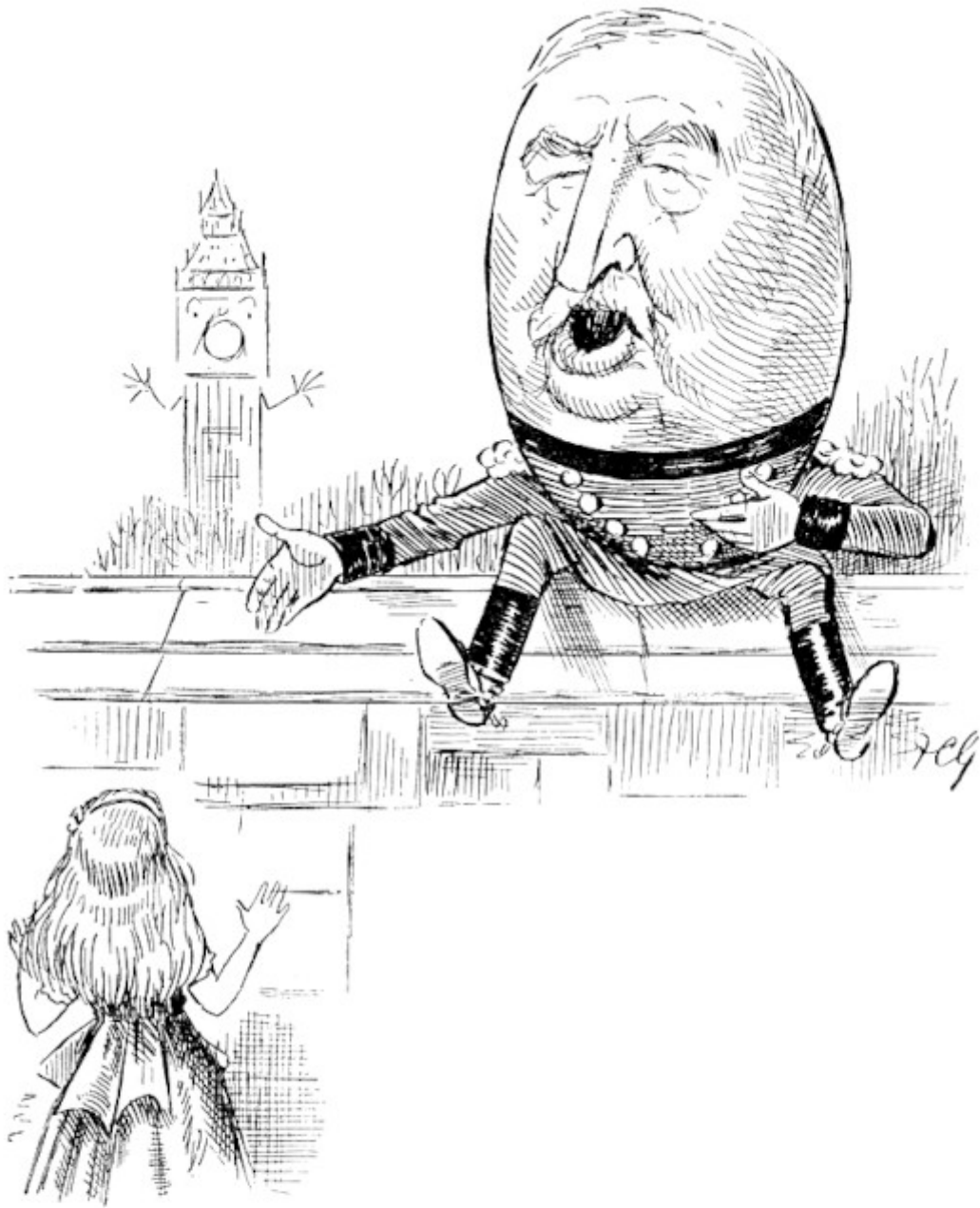
Ilustraciones de una edición rusa de Alicia



Ilustraciones de una edición rusa de Alicia



Ilustraciones de F. Carruthers Gould para la sátira  
de Saki *The Westminster Alice*



Ilustraciones de F. Carruthers Gould para la sátira  
de Saki *The Westminster Alice*



Ilustraciones de F. Carruthers Gould para la sátira  
de Saki *The Westminster Alice*



Ilustraciones de Jenny Thorne para el «pastiche»  
*Alice Through the Needles Eye*, de Gilbert Adair



Ilustraciones de Jenny Thorne para el «pastiche»  
*Alice Through the Needles Eye*, de Gilbert Adair



Adaptación de las ilustraciones de Tenniel extraídas de *Alice Through the Pillar-box* (a Philatelic Phantasy), de Gerald M. King

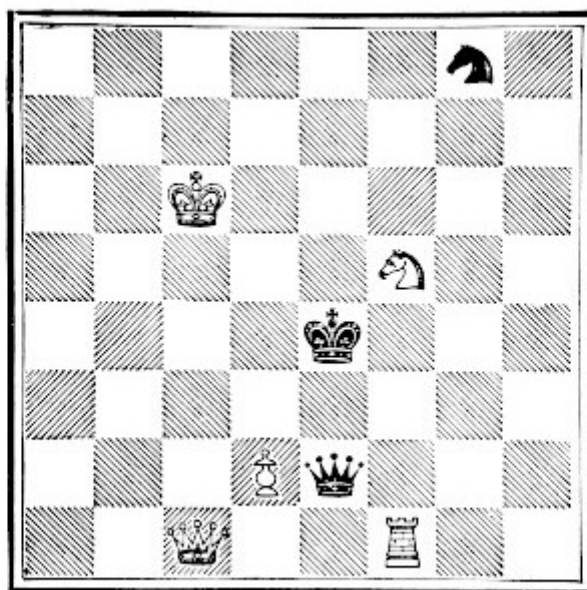
**A**l otro lado  
del **E**spejo  
y lo que **A**licia  
encontró **A**llí

## Prefacio del Autor

Dado que el problema de ajedrez descrito en la página siguiente ha desconcertado a más de un lector, conviene precisar sin duda que está correctamente resuelto por lo que se refiere a las *jugadas*. Puede que no se produzca la *alternancia* de Rojas y de Blancas con la regularidad que cabría desear, y puede que, cuando se habla de «enrocar» a propósito de las tres Reinas, simplemente se quiere decir que han entrado en palacio. Pero quien se tome la molestia de colocar las piezas y hacer los movimientos tal como se indica habrá de admitir que el «jaque» al Rey Blanco en la sexta jugada, la captura del Caballero<sup>[1]</sup> Rojo en la séptima y el «jaque mate» del Rey Rojo están plenamente conformes con las reglas del juego<sup>[2]</sup>.

*Navidad de 1896*

ROJAS



BLANCAS

*Juega el Peón Blanco (Alicia) y gana en once movimientos*

- |                                                                                                                                      |                                                                                                                |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| 1 Alicia se encuentra con la Reina Roja.                                                                                             | 1 La Reina Roja va a la 4. <sup>a</sup> casilla de la Torre del Rey.                                           |
| 2 Alicia pasa ( <i>en tren</i> ) por la 3. <sup>a</sup> casilla de la Reina y llega a la 4. <sup>a</sup> ( <i>Tarará y Tararí</i> ). | 2 La Reina Blanca ( <i>que corre tras su chal</i> ) va a la 4. <sup>a</sup> casilla del Alfil de la Reina.     |
| 3 Alicia se encuentra con la Reina Blanca ( <i>y con su mantón</i> ).                                                                | 3 La Reina Blanca ( <i>que se convierte en oveja</i> ) va a la 5. <sup>a</sup> casilla del Alfil de la Reina.  |
| 4 Alicia va a la 5. <sup>a</sup> casilla de la Reina ( <i>tienda, río, tienda</i> ).                                                 | 4 La Reina Blanca ( <i>dejando el huevo en el estante</i> ) va a la 8. <sup>a</sup> casilla del Alfil del Rey. |
| 5 Alicia va a la 6. <sup>a</sup> casilla de la Reina ( <i>Tentetieso</i> ).                                                          | 5 La Reina Blanca ( <i>huyendo del Caballo Rojo</i> ) va a la 8. <sup>a</sup> casilla del Alfil de la Reina.   |
| 6 Alicia va a la 7. <sup>a</sup> casilla de la Reina ( <i>bosque</i> ).                                                              | 6 El Caballo rojo va a la 2. <sup>a</sup> casilla del Rey ( <i>jaque</i> ).                                    |
| 7 El Caballo Blanco captura al Caballo Rojo.                                                                                         | 7 El Caballo Blanco va a la 5. <sup>a</sup> casilla del Alfil del Rey.                                         |
| 8 Alicia en la casilla 8. <sup>a</sup> de la Reina ( <i>coronación</i> ).                                                            | 8 La Reina Roja va a la casilla del Rey ( <i>examen</i> ).                                                     |
| 9 Alicia se convierte en Reina.                                                                                                      | 9 Las Reinas se enrocan.                                                                                       |
| 10 Alicia se enroca ( <i>banquete</i> ).                                                                                             | 10 La Reina Blanca va a la 6. <sup>a</sup> casilla de la Torre de la Reina ( <i>sopa</i> ).                    |
| 11 Alicia captura a la Reina Roja y gana.                                                                                            |                                                                                                                |

*Niña de frente pura cual un cielo sin nubes,  
y ojos maravillados por los sueños,  
aunque la ley del tiempo quiera que por siempre  
a los dos nos separe la mitad de una vida,  
tu tierna sonrisa acogerá sin duda  
la ofrenda de este cuento.*

*Ya no veo tu mirada radiante  
ni oigo el estallido de tu risa argentina;  
porque, en tu joven vida, ninguna imagen mía  
habrá de perdurar,  
basta, por ahora, que quieras escuchar  
el cuento de maravilla que te cuento.*

*Un cuento en días felices comenzado,  
cuando brillaban los soles del verano  
y una sencilla canción marcaba  
el tranquilo ritmo de los remos,  
cuyo eco suena todavía en mi memoria  
aunque los años envidiosos nos digan que olvidemos.*

*Ven y escucha antes de que la implacable  
voz del miedo, cargada de tormentas,  
llame a una melancólica muchacha  
a la aborrecida cama.  
No somos sino niños grandes,  
inquietos porque saben que es hora de dormir.*

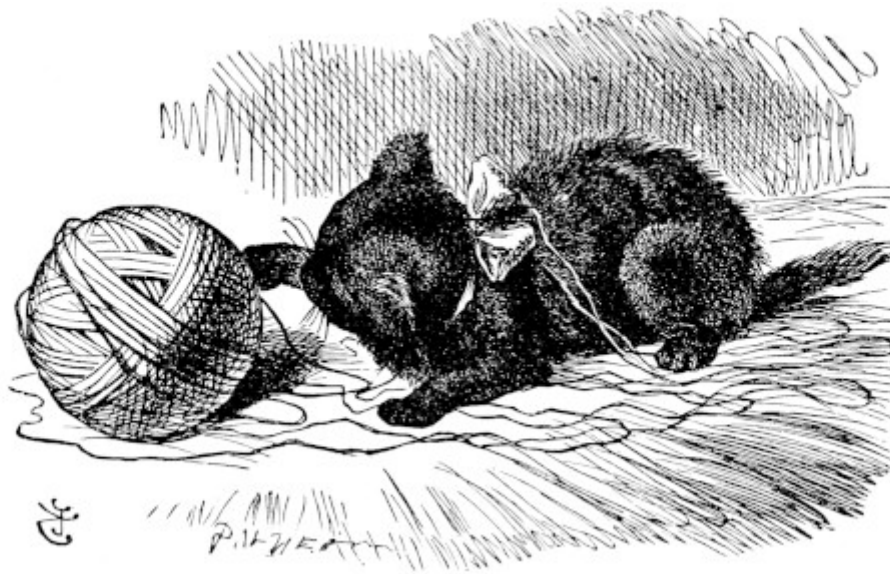
*Fuera está el frío, la nieve cegadora,  
el silbido loco y ceñudo del viento huracanado;  
dentro, el fuego del hogar ardiendo entre destellos,  
y el dulce nido de la infancia que canta.  
Mas gracias a las mágicas palabras que te encantan,  
las ráfagas del viento ya no te asustarán.*

*Aunque, sin duda, la sombra de un suspiro  
por los felices días de un verano ido,  
y su esplendor glorioso ya apagado,  
no ha de turbar, con su doloroso soplo,  
la gracia de este cuento que te cuento.*

# Capítulo I

## La casa del Espejo





Una cosa era segura: que la gatita *blanca* no tuvo nada que ver con aquello: toda la culpa fue de la gatita negra. Porque, durante el último cuarto de hora, la vieja gata había sometido a la cara de la gatita blanca a un lavado (que ésta, en honor a la verdad, había soportado bastante bien); por eso, como veis, *no pudo* participar para nada en la travesura.

El modo en que Dinah lavaba la cara de sus crías era el siguiente: primero sujetaba al pobre animalillo por la oreja con una pata, y luego con la otra le frotaba a contrapelo toda la cara, empezando por la punta de la nariz; y precisamente en ese momento, como acabo de decir, se hallaba entregada con todas sus fuerzas a esa tarea sobre la gatita blanca, que permanecía tumbada, completamente inmóvil y tratando de ronronear, comprendiendo sin duda que todo aquello era por su bien.

Pero el lavado de la gatita negra lo había terminado a primera hora de la tarde, y por eso, mientras Alicia se había arrebujado en una esquina del sillón grande, medio hablando consigo misma y medio adormilada, la gatita se dedicó a divertirse con el ovillo de lana que Alicia había intentado devanar, y lo echó a rodar por todas partes hasta dejarlo completamente deshecho; y allí estaba ahora la lana, toda desparramada encima de la alfombra y llena de nudos y marañas, mientras la gatita, en el centro, corría detrás de su propia cola.



—¡Ay, qué mala, pero qué mala eres! —le gritó Alicia cogiendo a la gatita y dándole un besito para hacerle comprender que había caído en desgracia—. ¡La verdad es que Dinah debería haberte enseñado mejores modales! Sí, Dinah, *deberías*, ¡sabes que deberías! —añadió, lanzando una mirada de reproche a la vieja gata y dirigiéndose a ella en el tono de voz más enfadado que pudo poner; luego, cogiendo la gatita y la lana, se arrebujó de nuevo en el sillón y se puso a rehacer el ovillo. Pero no adelantaba demasiado porque seguía hablando todo el tiempo, unas veces a la gatita y otras consigo misma. Kitty estaba muy modosa en sus rodillas, fingiendo observar los progresos del devanado; de vez en cuando extendía una pata y tocaba suavemente el ovillo, como queriendo decir que le encantaría ayudar si pudiese.

—¿Sabes qué día es mañana, Kitty<sup>[1]</sup>? —empezó Alicia—. Lo habrías adivinado si te hubieras asomado conmigo a la ventana, pero como Dinah te estaba arreglando... pues no has podido. He visto a los chicos recoger

leña para la fogata... ¡Y cuánta leña se necesita, Kitty! Pero ha empezado a hacer tanto frío y nevaba tanto que han tenido que dejarlo. No importa, Kitty, mañana iremos a ver la fogata.

Y Alicia enrolló dos o tres vueltas de lana en el cuello de la gata, simplemente para ver qué tal le quedaba; pero, al hacerlo, provocó una pelea en la que el ovillo rodó por el suelo, y metros y metros de hilo de lana volvieron a devanarse.

—¿Sabes una cosa, Kitty? Me enfadé tanto —continuó Alicia en cuanto ambas volvieron a estar cómodamente sentadas— cuando vi todo el estropicio que estabas haciendo que a punto he estado de abrir la ventana y echarte fuera, a la nieve. ¡Y bien que lo habrías merecido, traviesilla! ¿Qué puedes decir en tu defensa? ¡No, ahora no me interrumpas! —continuó levantando un dedo—. Voy a decirte todas las faltas que has cometido. Primera: esta mañana has chillado dos veces mientras Dinah te lavaba la cara. Y es inútil que lo niegues, Kitty: ¡te he oído! ¿Cómo? ¿Qué dices? (fingiendo que la gatita estaba hablando). ¿Que te ha metido una pata en el ojo? Bueno, es culpa tuya por tener los ojos abiertos; si los hubieras cerrado bien, no habría pasado. Nada, no busques más excusas y atiende. Segunda: has echado a Campanilla, tirándola por la cola cuando yo le he puesto delante el platillo de leche. ¿Cómo? ¿Que tenías sed? ¿Y cómo sabes que ella no estaba también sedienta? Y, tercera, has deshecho todo el ovillo de lana aprovechando que yo no te miraba.

»Eso son tres faltas, Kitty, y todavía no has recibido castigo por ninguna. Ya sabes que te guardo todos los castigos para el próximo miércoles... ¿Y si también *a mí* me guardaran todos mis castigos? —prosiguió, hablando para sus adentros más que para la gata—. ¿Qué *podrían* hacerme al final del año? Supongo que ese día me llevarían a la cárcel. O... vamos a ver, supongamos que el castigo fuese irse a la cama sin cenar; entonces, cuando llegue ese miserable día, tendría que irme a la cama sin cincuenta cenas seguidas. Bueno, tampoco *eso* me importaría mucho. Prefiero quedarme sin ellas a tener que comérmelas.

»¿Oyes golpear la nieve contra los cristales de la ventana, Kitty? ¡Qué ruido tan agradable y suave hace! Como si alguien, desde fuera, estuviera cubriéndola de besos. Me pregunto si la nieve *quiere* a los árboles y a los campos, y por eso los besa con tanta delicadeza. Y luego, ya lo ves, los abraza calentitos con un manto blanco, y tal vez les diga: “Ahora a dormir, pequeños, hasta que vuelva el verano”. Y cuando en verano despiertan,

Kitty, ellos mismos se visten todo de verde y se ponen a hablar, siempre que sopla el viento, ¡ay, qué bonito! —exclamó Alicia soltando el ovillo de lana para batir palmas—. ¡Cómo me *gustaría* que fuese verdad! Seguro que los bosques parecen dormidos en otoño, cuando las hojas se doran de marrón.

»Kitty, ¿sabes jugar al ajedrez? Venga, no sonrías, querida, que te lo pregunto en serio. Porque hace un momento, cuando estábamos jugando, seguías la partida con los ojos como si la entendieras; y, cuando yo dije “Jaque”, te pusiste a ronronear. De veras, Kitty, *ha sido* un jaque precioso, y podría haber ganado de no haber sido por ese asqueroso caballo que consiguió colarse entre mis piezas. Kitty, cariño, hagamos como si...

Y aquí me gustaría poder contaros la mitad de las cosas que Alicia solía decir y que empezaban con su frase favorita: «¡Hagamos como que...!». Precisamente la víspera había tenido una larga discusión con su hermana, y todo porque Alicia había empezado a decir: «Hagamos como que somos reyes y reinas», y su hermana, a la que le gustaba ser muy exacta, había contestado que era imposible, porque sólo eran dos; y al final Alicia se había visto obligada a decir: «Bueno, tú puedes ser una de las reinas, y yo todas las demás, y también los reyes». En cierta ocasión había asustado realmente a su vieja nodriza gritándole de repente en el oído: «¡Aya! Hagamos como que yo soy una hiena hambrienta y tú un hueso».

Pero esto nos llevaría lejos de lo que Alicia le decía a la gatita:

—Hagamos como que tú eres la Reina Roja, Kitty. Mira, creo que si te pones derecha y te cruzas de brazos, te parecerás exactamente a ella. Inténtalo para darme gusto. Y Alicia cogió la Reina Roja de la mesa y la puso delante de la gatita, para que le sirviese de modelo; pero el intento fracasó, sobre todo, según Alicia, porque la gatita no quería cruzar los brazos como está mandado. Así que, para castigarla, la sostuvo delante del Espejo para que viese lo enfadada que estaba.

»Y si no te portas bien ahora mismo —añadió—, te meto en la casa del Espejo. ¿Te gustaría?

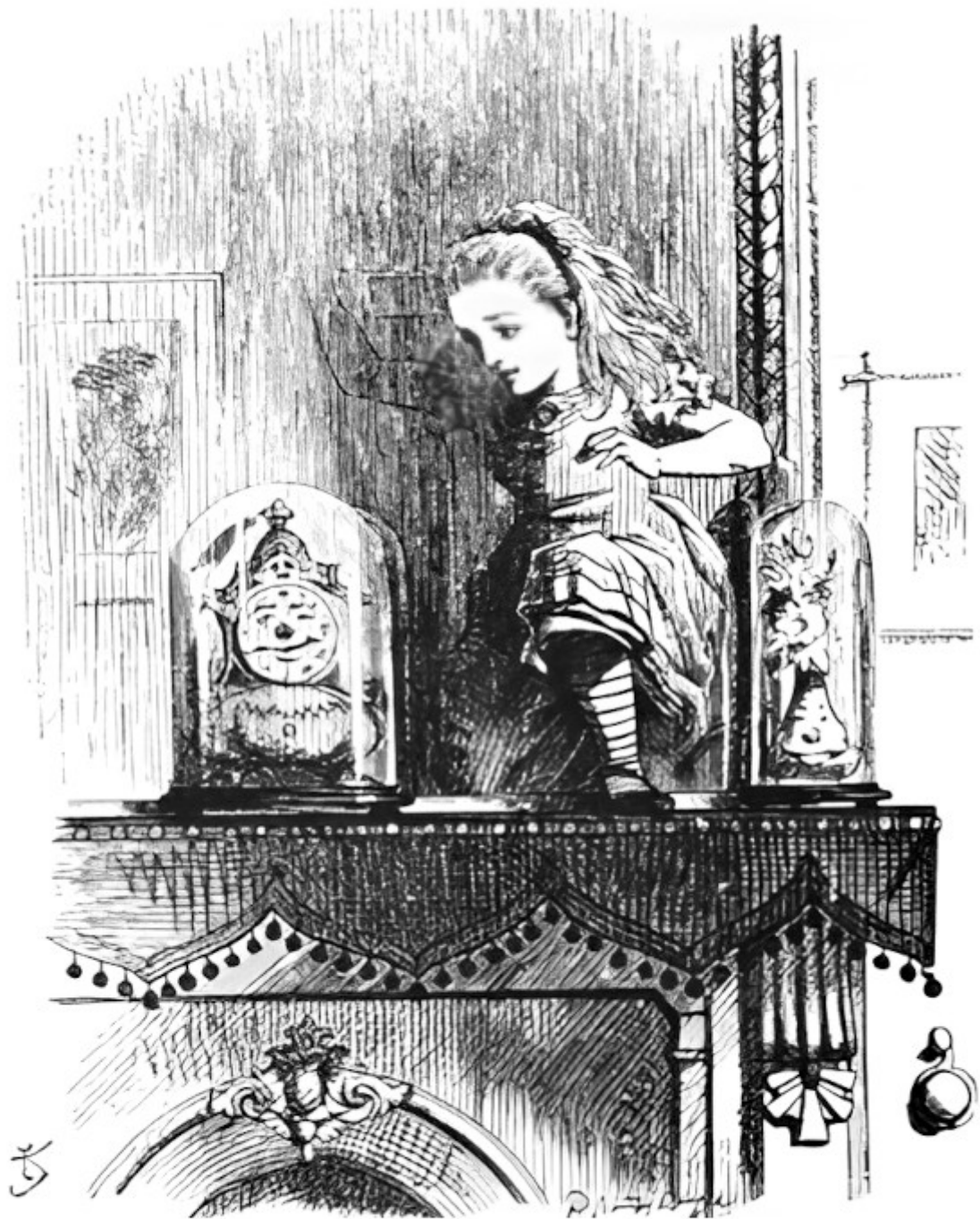
»Ahora, Kitty, si me escuchas con atención y dejas de hablar tanto, te contaré todo lo que pienso sobre la Casa del Espejo. Primero está el cuarto que puedes ver en el espejo; es exactamente igual que nuestro salón, sólo que las cosas están para el otro lado. Puedo ver el cuarto entero si me subo a una silla, menos el pedacito que está justo detrás de la chimenea. ¡Ay, cómo me gustaría poder ver *ese* pedacito! Me gustaría tanto saber si hacen

lumbre en invierno; porque eso es algo que nunca *puedes* saber, a no ser que nuestra lumbre empiece a echar humo, y que el humo suba entonces por el otro cuarto... pero puede que sólo se trate de una apariencia inventada precisamente para hacer como que tienen lumbre. Sin embargo, los libros son como los nuestros, sólo que tienen escritas las palabras al revés; *estoy* completamente segura porque puse uno de nuestros libros delante del espejo, y ellos pusieron otro en el otro cuarto.

»¿Te gustaría vivir en la Casa del Espejo, Kitty? Me pregunto si te darían leche. Tal vez la leche del Espejo no sea buena para beber. Pero, mira, Kitty, ahora estamos en el pasillo. Hasta podemos echar una *ojeadita* al pasillo de la Casa del Espejo si dejamos abierta la puerta de nuestro salón; y lo que puede verse se parece mucho a nuestro pasillo, sólo que más allá puede ser completamente distinto. ¡Oh, Kitty, qué maravilloso sería conseguir entrar en la Casa del Espejo! ¡Estoy segura de que está llena de cosas preciosas! ¡Hagamos como que hay un modo de entrar, Kitty! Hagamos como que el cristal es blando como la gasa, y como que podemos atravesarlo. ¡Anda, ahora está transformándose en una especie de niebla! ¡Atravesarlo será bastante fácil!

Mientras decía esto, Alicia se vio encima de la repisa de la chimenea, aunque no sabía cómo había ido a parar allí. Y era cierto, el espejo *empezaba* a disolverse, como si fuera una niebla brillante y plateada.





Un instante después, Alicia atravesaba el cristal y saltaba con agilidad a la habitación del Espejo. La primerísima idea que se le ocurrió fue mirar si había lumbre en la chimenea, y quedó encantada al comprobar que había un fuego de verdad, ardiendo con tanta fuerza como el que había dejado a sus espaldas. «Así estaré tan calentita aquí como en la otra habitación —pensó Alicia—, más calentita incluso, porque no habrá nadie que me regañe por acercarme al fuego. ¡Ay, qué divertido cuando me vean aquí al otro lado del espejo y no puedan cogerme!».

Luego empezó a mirar a su alrededor y advirtió que lo que podía verse desde la vieja habitación era bastante corriente y poco interesante, pero que todo lo demás era distinto a más no poder. Por ejemplo, los cuadros de la pared contigua a la chimenea parecían estar vivos, y hasta el reloj de la repisa —como sabéis, en el Espejo sólo se ve la parte de atrás— tenía la cara de un viejecito que miraba a Alicia son una sonrisa.

«No tienen esta habitación tan arreglada como la otra» —pensó Alicia para sus adentros, al observar varias piezas de ajedrez caídas en el hogar, entre las cenizas; pero al momento siguiente, con un breve «¡Oh!» de sorpresa, se ponía a gatas para mirarlas mejor. ¡Las piezas de ajedrez deambulaban de acá para allá de dos en dos!

—Ahí están el Rey Rojo y la Reina Roja —dijo Alicia (en voz muy baja, no fueran a asustarse)—, y allí el Rey Blanco y la Reina Blanca sentados en el borde de la pala..., y allá dos torres paseándose de bracete... No creo que puedan oírme —prosiguió bajando un poco más la cabeza—, y estoy casi segura de que no pueden verme. En cierto modo tengo la impresión de estar volviéndome invisible...



En ese instante, detrás de Alicia empezó a chirriar algo en la mesa, así que volvió la cabeza justo a tiempo para ver que uno de los Peones blancos rodaba patas arriba y se ponía a patalear; lo contempló llena de curiosidad para ver en qué paraba todo aquello.

—¡Es la voz de mi niña! —gritó la Reina Blanca abalanzándose por delante del Rey con tanta violencia que lo tiró en medio de las cenizas—. ¡Ay, querida Lily! ¡Mi gatita imperial! —y empezó a trepar desesperada la pared del guardafuegos.

—¡Bobadas imperiales! —dijo el Rey frotándose la nariz, en la que se había hecho daño al caer. Tenía motivos para estar *un poco* enfadado con la Reina, porque estaba cubierto de ceniza de pies a cabeza.

Alicia deseaba ser de alguna ayuda, y, como la pobre Lily chillaba como si fuera a darle un ataque, cogió de prisa y corriendo a la Reina y la puso sobre la mesa, junto a su escandalosa hijita.

La Reina respiraba muy sofocada, y acabó por sentarse: el rápido viaje por los aires la había dejado sin aliento, y durante uno o dos minutos no pudo hacer otra cosa que abrazar a la pequeña Lily en silencio. Tan pronto como se le pasó algo el sofoco, le gritó al Rey Blanco, que estaba sentado con cara de malhumor en medio de las cenizas:

—¡Cuidado con el volcán!

—¿Qué volcán? —dijo el Rey mirando con aire preocupado el fuego, como si pensara que ése era el lugar más adecuado para encontrar uno.

—Me... ha... tirado... al aire —dijo jadeando la Reina, que aún estaba sin aliento—. Procura subir... de manera normal... no vuelas.

Alicia observó al Rey Blanco, que trepaba lentamente de barra en barra, y terminó diciendo: «¡Bueno, a ese paso tardará usted horas y horas en alcanzar la mesa! Será mejor que le ayude, ¿no?». Pero el Rey no hizo caso de la pregunta: estaba completamente claro que no podía ver ni oír a la niña.

Por eso, Alicia lo cogió con mucha delicadeza y, para no dejarle sin aliento, lo levantó más despacio que a la Reina; pero antes de depositarlo en la mesa pensó que convenía quitarle un poco el polvo, porque estaba cubierto de ceniza.



Más tarde contaría que nunca había visto en toda su vida una cara como la que puso el Rey cuando se vio suspendido en el aire por una mano invisible, y desempolvado. Estaba demasiado asustado para gritar, pero sus ojos y la boca fueron haciéndose más grandes cada vez y cada vez más

redondos, porque la mano de Alicia le daba tales meneos, de tanta risa como a la niña le causaba, que a punto estuvo de dejárselo caer al suelo.

—¡*Por favor*, no pongas esa cara, querido! —exclamó ella olvidando por completo que el Rey no podía oírla—. Me das tanta risa que casi no me quedan fuerzas para sostenerte. ¡Y no abras tanto la boca, que se te va a meter la ceniza!... Ea, creo que ya estás algo más limpio —añadió mientras le alisaba el pelo y lo ponía sobre la mesa al lado de la Reina.

El rey cayó al instante de espaldas y se quedó completamente inmóvil; Alicia se alarmó un poco por lo que había hecho y dio una vuelta por la habitación para ver si encontraba un poco de agua para rociarle con ella. Pero lo único que pudo encontrar fue un frasco de tinta, y cuando volvió con él vio que el Rey ya se había recuperado, y que la Reina y el Rey hablaban en voz baja y asustada, tan baja que a Alicia le costó mucho oír lo que decían.

El Rey estaba diciendo:

—Te aseguro, querida, que se me han helado hasta las puntas de las patillas.

A lo que la Reina replicó:

—¡Pero si no tienes patillas!

—Nunca, nunca se me olvidará el horror de ese momento —prosiguió el Rey.

—Pues se te olvidará —dijo la Reina— si no lo escribes en una nota.

Muy interesada, Alicia vio al Rey sacar un enorme cuaderno de su bolsillo y empezar a escribir. De pronto se le ocurrió una idea: agarró el extremo del lápiz, que sobresalía un poco por encima del hombro del Rey, y empezó a guiar lo que el otro escribía.

El pobre Rey parecía perplejo y compungido, y durante un rato luchó con su lápiz sin decir nada; pero Alicia era demasiado fuerte para él, y al final terminó gritando entre jadeos.

—¡Querida, tengo que encontrar como sea un lápiz más fino! Éste no puedo manejarlo: escribe toda clase de cosas que yo no quiero...

—¿Qué clase de cosas? —dijo la Reina mirando el cuaderno de notas (en el que Alicia había puesto: *El Caballo Blanco se desliza por el atizador. Su equilibrio es muy malo*)—. ¡Eso no es un comentario de tus sentimientos!



Sobre la mesa, junto a Alicia había un libro, y mientras, seguía sentada observando al Rey Blanco (porque todavía estaba algo preocupada por él, y tenía lista la tinta para echársela encima en caso de que volviera a desmayarse), pasaba las hojas para encontrar algún pasaje que pudiera leer; «... porque está todo en una lengua que no sé», se dijo para sus adentros.

Era esto<sup>[2]</sup>:

## ERIGÓNDRJ

Cocillpa el dia y las tovas aglimosas  
groscoqpan y parreupan en el tarde.  
Todos qberiples estasn los purgoves  
y silpampan las sacas rastas.

Se devanó los sesos un rato mirándolo, hasta que al final se le ocurrió una idea brillante: «¡Claro, es un libro en el Espejo! Y si lo pongo delante de un espejo, las palabras volverán a ponerse del derecho».

Ésta es la poesía que Alicia leyó:

## JERIGÓNDOR<sup>[3]</sup>

Cocillaba el día y las tovas agilimosas  
giroscopaban y barrenaban en el tarde.  
Todos debirables estaban los burgovos,  
y silbramaban las alecas rastas.

«¡Cuídate, hijo mío, del Jerigóndor,  
que sus dientes muerden y sus garras agarran!  
¡Cuídate del pájaro Jubjub, y huye  
del frumioso zumbabadanas!».

Echó mano a su espada vorpal;  
buscó largo tiempo al manxomo enemigo,  
descansó junto al árbol Tumtum,  
y permaneció tiempo y tiempo meditando.

Y, estando sumido en irribumdos pensamientos,  
¡surgió, con ojos de fuego,  
bafeando, el Jerigóndor del túlgido bosque,  
y burbulló al llegar!

¡Zis, zas! ¡Zis, zas! ¡Una y otra vez  
tajó y hendió la hoja vorpal!  
Cayó sin vida, y con su cabeza,  
emprendió galofante su regreso.

«¿Has matado al Jerigóndor?  
Ven a mis brazos, sonrillante chiquillo.  
¡Ah, frazoso día! ¡Calós! ¡Calay!»,  
mientras él resorreía de gozo.

Cocillaba el día, las tovas agilimosas  
giroscopaban y barrenaban en el tarde.  
Todos debirables estaban los burgovos,  
y silbramaban las alecas rastas.



—Parece muy bonita —dijo cuando hubo acabado de leerla—, pero es *algo* difícil de entender. (Como veis, no le gustaba confesar, ni siquiera para sus adentros, que no había entendido ni palabra). Parece como si me llenase la cabeza de ideas... ¡sólo que no sé exactamente qué ideas son! Sin embargo, *alguien* ha matado *algo*, por lo menos eso sí que está claro...

«Pero, ay —pensó Alicia poniéndose en pie de un brinco—, si no me doy prisa tendré que volver y cruzar el Espejo sin haber visto el resto de la casa. Echemos primero un vistazo al jardín». No tardó un instante siquiera en salir de la habitación y correr escaleras abajo... aunque, para ser más precisos, no era exactamente correr sino un nuevo invento para bajar de modo rápido y fácil las escaleras, como Alicia se decía a sí misma. Se limitó a poner la punta de los dedos sobre la barandilla y se deslizó suavemente hacia abajo sin tocar siquiera los peldaños con los pies; luego, como si estuviera flotando, cruzó el vestíbulo, y habría salido directamente por la puerta de la misma forma de no haberse agarrado en el último momento y desesperadamente a la jamba. De tanto flotar en el aire empezaba a sentirse algo mareada; por eso la puso muy contenta encontrarse andando de nuevo de modo natural.

# Capítulo II

## El jardín de las flores vivas

«Vería el jardín mucho mejor —se dijo Alicia— si pudiera llegar a la cima de esa colina: y aquí hay un caminito que va derecho a ella... aunque derecho... muy derecho no va —dijo después de haber avanzado unas pocas yardas y tomar varias curvas cerradas—, aunque supongo que terminará llevándome allí. ¡Qué forma tan rara de retorcerse! Parece más un sacacorchos que un camino. Bueno, supongo que *esta* curva me lleva a la colina... ¡no, no va hacia allí! ¡Vuelve directamente a la casa! Probaré entonces en la dirección contraria».

Y eso fue lo que hizo: caminar de aquí para allá y probar una curva tras otra, pero por más que intentó, siempre volvía hacia la casa. Una vez, incluso, al tomar una revuelta más de prisa de lo normal, terminó chocando contra la fachada antes de que pudiera detenerse.

—Es inútil insistir —dijo Alicia mirando la casa y haciendo como que discutía con ella—. Todavía *no* voy a entrar. Sé que tendré que cruzar otra vez el Espejo, y regresar a la vieja habitación, ¡y eso sería el final de todas mis aventuras!

Así que, dando decididamente la espalda a la casa, se adentró una vez más por el sendero, decidida a seguir caminando todo derecho hasta llegar a lo alto de la colina. Resultó bien durante unos minutos, y estaba diciéndose: «Esta vez voy a conseguirlo», cuando el camino se retorció de pronto (así lo describiría más tarde), y un momento después se encontraba franqueando el umbral de la puerta.

—¡Ay, qué horror! —exclamó—. Nunca he visto una casa que se interponga de esta forma en el camino. ¡Nunca!

Sin embargo, como la colina estaba allí mismo, a la vista, no le quedaba más remedio que empezar de nuevo. Esta vez llegó ante un amplio macizo de flores, con un arriate de margaritas y un sauce plantado en el centro.



—¡Oh Tigridia<sup>[1]</sup>! —dijo Alicia dirigiéndose a una que se balanceaba graciosamente al viento—. ¡Cómo *me gustaría* que pudieses hablar!

—Nosotras *podemos* hablar —dijo la Tigridia— cuando hay alguien con quien merece la pena.

Alicia se quedó tan atónita que durante un minuto no pudo decir ni palabra: era como si se hubiese quedado sin respiración. Por fin, como lo único que la Tigridia hacía era balancearse, volvió a dirigirse a ella con voz tímida, casi en un susurro:

—¿Y pueden hablar *todas* las flores?

—Tan bien como *tú* —dijo la Tigridia—. Y con una voz mucho más fuerte.

—Los buenos modales nos impiden ser las primeras en hablar —dijo la Rosa—, y, la verdad, ya me estaba preguntando cuándo te decidirías. Me decía: «¡Su aspecto parece *algo* sensato, aunque no dé la impresión de

ser lo que se dice lista!». De todos modos, tienes el color adecuado, y eso es muy importante.

—A mí no me importa el color —observó la Tigridia—; si se le rizasen un poco más los pétalos, sería perfecta.

Como no le gustaba nada que la criticasen, Alicia empezó a hacer preguntas:

—¿No os da miedo estar plantadas aquí fuera, sin nadie que se preocupe por vosotras?

—Hay un árbol en el medio —dijo la Rosa—. ¿Para qué crees que sirve?

—¿Qué podría hacer él en caso de peligro? —preguntó Alicia.

—Podría ahuyentarlos —dijo la Rosa.

—Ladraría así: «¡Ram-ram-ram!»<sup>[2]</sup> —exclamó una Margarita—. Por eso se llaman ramas sus brazos.

—¿No sabías *eso*? —exclamó otra Margarita. Y entonces todas empezaron a gritar, hasta que el aire pareció llenarse de vocecitas chillonas.

—¡Silencio, a callarse todas! —gritó la Tigridia, balanceándose con furia de un lado para otro y temblando de rabia—. Saben que no puedo cogerlas —añadió jadeante, inclinando su cabeza temblorosa hacia Alicia—. ¡De lo contrario, no se atreverían!

—¡Qué más da! —dijo Alicia en tono conciliador; inclinándose luego hacia las margaritas, que empezaban otra vez a gritar, les susurró—: ¡Si no cerráis el pico de una vez, os arranco!

Inmediatamente se hizo el silencio y varias margaritas de color rosa se pusieron blancas.

—¡Muy bien! —dijo la Tigridia—. Las margaritas son las peores de todas. Habla una y todas las demás se ponen a parlotear al mismo tiempo; basta con oírlas para que cualquiera se marchite.

—¿Cómo es que podéis hablar todas tan bien? —dijo Alicia, que esperaba poner a la Tigridia de mejor humor con un cumplido—. He estado en muchos jardines, y en ninguno podían hablar las flores.

—Pon la mano en el suelo y toca la tierra —dijo la Tigridia—. Así sabrás por qué.

Alicia lo hizo:

—Está muy dura —dijo—; pero no veo qué tiene que ver.

—En la mayoría de los jardines —dijo la Tigridia— los lechos son demasiado blandos, y por eso las flores están siempre dormidas.

Parecía una razón excelente, y Alicia quedó encantada de saberlo.

—Hasta ahora nunca se me había ocurrido pensarlo —dijo.

—*Mi opinión es que nunca piensas en nada* —dijo la Rosa en tono bastante severo.

—En mi vida he visto a nadie que parezca tan estúpida —dijo una Violeta<sup>[3]</sup> de forma tan brusca que Alicia dio un auténtico brinco, porque la flor no había abierto la boca hasta entonces.

—¡Cierra el pico! —gritó la Tigridia—. ¡Como si *tú* hubieras visto a alguien alguna vez! Con la cabeza debajo de las hojas, pasas el día roncando, y te enteras menos de lo que pasa en el mundo que si fueras un capullo.

—¿Hay, aparte de mí, más personas en el jardín? —dijo Alicia, sin darse por enterada del último comentario de la Rosa.

—En el jardín hay otra flor que puede desplazarse igual que tú —dijo la Rosa—. Me pregunto cómo podéis hacerlo («Tú siempre estás preguntándote algo», dijo la Tigridia), pero ella es más frondosa que tú.

—¿Se parece a mí? —preguntó Alicia impaciente, porque acababa de cruzar su cabeza la idea de que había otra niña en alguna parte del jardín.

—Bueno, tiene la misma forma desgarrada que tú —dijo la Rosa—, pero es más roja y creo que sus pétalos son más cortos que los tuyos.

—Los tiene para arriba y tiesos, como una dalia —dijo la Tigridia—, y no caídos como los tuyos.

—Pero eso no es culpa *tuya* —añadió la Rosa muy amable—. Ya ves que estás empezando a marchitarte, y por eso es imposible evitar que los pétalos se le desordenen a una un poquito.

A Alicia no le hizo ninguna gracia aquella idea: así que, para cambiar de tema de conversación, preguntó:

—¿Viene alguna vez por aquí?

—No tardarás en verla —dijo la Rosa—. Es de esas que tienen nueve espinas.

—¿Y dónde las lleva? —preguntó Alicia no sin cierta curiosidad.

—Pues alrededor de la cabeza, naturalmente —respondió la Rosa—. Estaba preguntándome por qué no las tienes también *tú*. Creía que era la norma.

—¡Ahí llega! —exclamó la Espuela de Caballero—. Estoy oyendo sus pasos: pam, pam, por el paseo de gravilla.

Alicia miró a su alrededor llena de ansiedad y descubrió que era la Reina Roja:

—¡Cuánto ha crecido! —fue su primera observación. Y era cierto: cuando Alicia la conoció entre las cenizas, sólo medía unos siete centímetros, y ahora resulta que le sacaba media cabeza a la misma Alicia.

—Es por el aire fresco —dijo la Rosa—, el maravilloso aire fresco que aquí se respira.

—Me parece que voy a salir a su encuentro —dijo Alicia, porque, aunque las flores eran bastante interesantes le parecía mucho más atractivo mantener una conversación con una Reina de verdad.

—No te será posible —dijo la Rosa—: Yo te aconsejaría que vayas en la dirección contraria.

A Alicia aquello le pareció una tontería: no dijo nada, pero avanzó derecha al encuentro de la Reina Roja. Para su sorpresa, en un instante la había perdido de vista y se encontró a sí misma entrando de nuevo por la puerta de la casa.

Algo irritada, dio media vuelta y, después de mirar por todas partes en busca de la Reina (terminó divisándola a lo lejos), decidió probar en la dirección contraria.

El resultado fue estupendo. No llevaba andado ni un minuto cuando topó cara a cara con la Reina Roja y a un paso de la colina que estaba buscando hacía tanto rato.



—¿De dónde vienes? —dijo la Reina Roja—. ¿Y adónde vas? Levanta la cabeza, habla con educación y deja de jugar con los dedos todo el tiempo.

Alicia obedeció todas esas indicaciones y explicó lo mejor que pudo que había perdido su camino.

—No sé qué quieres decir con eso de *tu* camino —dijo la Reina—: todos los caminos que hay aquí son *míos*... De cualquier modo, ¿por qué has venido? —añadió en un tono más amable—. Mientras piensas la contestación, hazme la reverencia. Así ganamos tiempo.

Alicia quedó algo sorprendida al oír aquello, pero tenía demasiado miedo a la Reina para sentir desconfianza: «Lo intentaré cuando vuelva a casa —se dijo—, la próxima vez que llegue un poco tarde a cenar».

—Ya es hora de que contestes —dijo la Reina mirando su reloj—: abre un *poco* más la boca al hablar y di siempre «Su Majestad».

—Sólo quería ver cómo era el Jardín, Su Majestad.

—Muy bien —dijo la Reina dándole unas palmaditas en la cabeza, cosa que a Alicia no le gustó nada de nada—: pero, cuando dices «jardín»... Comparado con algunos jardines que *yo he visto*, éste sería un desierto.

Alicia no se atrevió a discutir este punto, pero continuó:

—... Y pensaba que podría encontrar el camino para llegar a lo alto de esa colina.

—Dices «colina» —la interrumpió la Reina—, pero yo podría enseñarte colinas a cuyo lado llamarías a ésta valle.

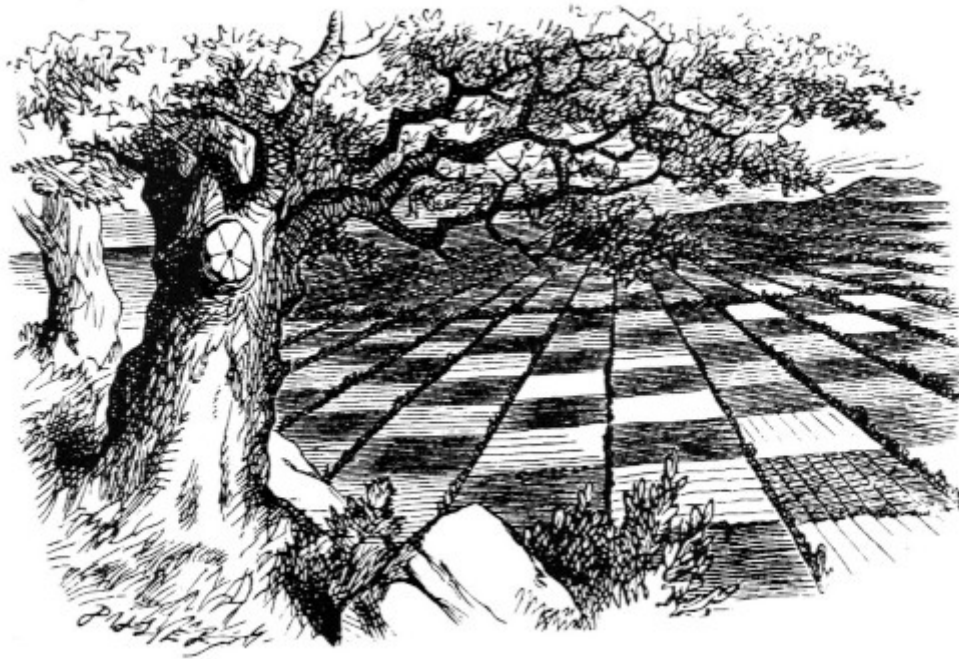
—No, no lo haría —dijo Alicia, que se sorprendió por llevarle al fin la contraria—: una colina *no puede* ser un valle, ya ves. Sería un disparate...

La Reina Roja negó con la cabeza.

—Puedes llamarlo «disparate» si quieres —dijo—, pero *yo he oído* disparates a cuyo lado esto tendría tanto sentido como un diccionario.

Alicia hizo otra reverencia, porque por el tono de la Reina temía que estuviera un *poco* ofendida: y siguieron andando en silencio hasta que llegaron a lo alto de la pequeña colina.

Durante unos momentos Alicia permaneció callada, paseando en todas direcciones su mirada por el campo; ¡y qué curioso era aquel campo! Había un gran número de pequeños arroyuelos que lo recorrían de un extremo al otro, y el terreno que había entre ellos estaba dividido en cuadros por un gran número de pequeños setos verdes, que iban de un arroyo a otro.

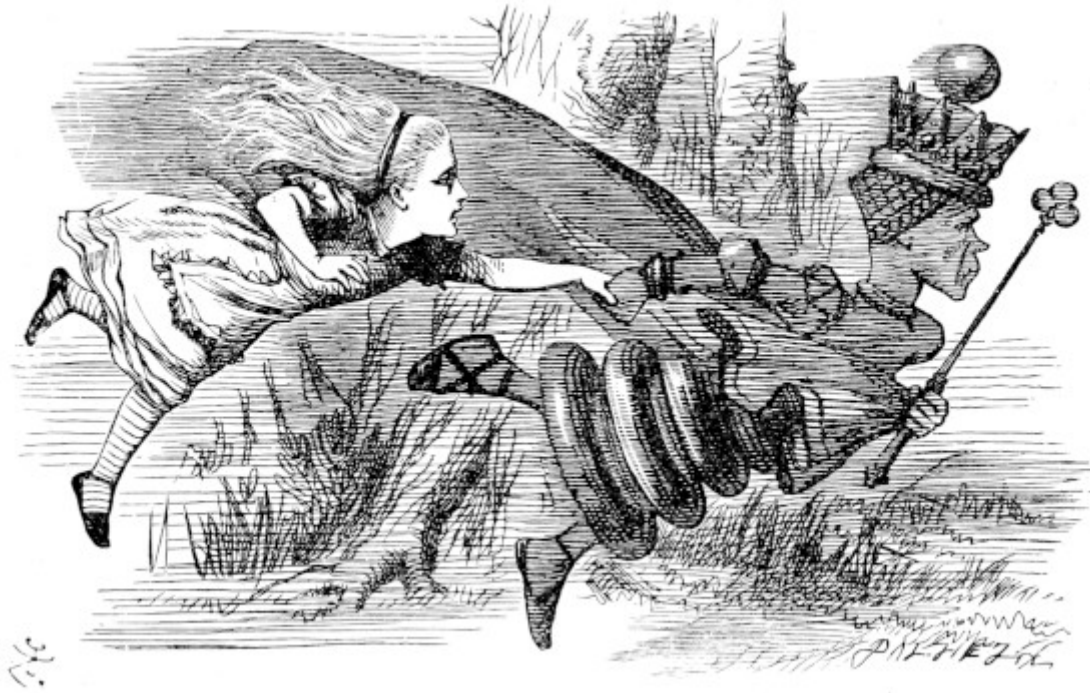


—¡Pero si es igualito que un tablero de ajedrez! —terminó diciendo Alicia—. Debería haber figuras desplazándose de acá para allá... ¡y las hay! —añadió llena de alborozo, mientras su corazón se ponía a latir cada vez más deprisa por la excitación, y proseguía—: ¡Es una grandísima partida de ajedrez lo que están jugando!... ¡Pero si abarca todo el mundo... si es que realmente es el mundo! ¡Ah, qué divertido! ¡Cómo me *gustaría* ser una pieza! ¡Me daría igual ser un simple Peón, con tal de participar en el juego!..., aunque naturalmente me gustaría más ser una Reina.

Y al decir esto, miraba con cierta timidez a la verdadera Reina; su compañera se limitó a sonreírle amablemente y a decir:

—Ése es un deseo fácil de satisfacer. Si quieres, puedes ser el Peón de la Reina Blanca porque Lily es demasiado joven para jugar; ahora, puedes ponerte en la Segunda Casilla, y cuando llegues a la Octava Casilla te convertirás en Reina...

Justo en ese momento, sin saber muy bien por qué, echaron a correr las dos.



Cuando más tarde pensó en ello, Alicia nunca consiguió entender muy bien cómo habían empezado: de lo único que se acordaba era de que corrían cogidas de la mano, y de que la Reina iba tan deprisa que la niña a duras penas podía seguirla; y también recordaba que la Reina seguía gritándole: «¡Más deprisa! ¡Más deprisa!». Alicia notaba que *no podía* ir más deprisa, aunque no tuviera aliento siquiera para decirlo.

Lo más curioso de todo era que los árboles y demás objetos que había a su alrededor no cambiaban de lugar; por más deprisa que corriesen, daba la impresión de que nunca adelantaban a nada. «Me pregunto si todas las cosas se mueven a la vez que nosotras» —pensó la pobre Alicia desconcertada. La Reina pareció adivinar sus pensamientos, porque gritó:

—¡Más deprisa! ¡No intentes hablar!

Por la cabeza de Alicia no había pasado la idea de hacerlo. Tenía la impresión de que nunca volvería a ser capaz de pronunciar una palabra, porque estaban sin aliento; la Reina seguía gritando: «¡Más deprisa! ¡Más deprisa!», mientras continuaba tirando de ella.

—¿Ya estamos cerca? —logró preguntar por fin, sofocada, Alicia.

—¿Cerca? —repitió la Reina—. ¡Pero si hace diez minutos que hemos pasado cerca! ¡Más deprisa!

Y siguieron corriendo durante un rato en silencio; el viento silbaba en los oídos de Alicia, y parecía como si estuviera a punto de arrancarle el pelo de la cabeza.

—¡Vamos! ¡Vamos! —chillaba la Reina—. ¡Más deprisa! ¡Más deprisa! —Y corrían tan rápido que al final parecían volar por los aires, casi sin pisar el suelo, hasta que de repente, justo cuando Alicia se sentía totalmente exhausta, las dos pararon en seco; Alicia se encontró sentada en tierra, sin aliento y mareada.

La Reina la apoyó contra un árbol y le dijo con mucha amabilidad:

—Ahora puedes descansar un poco.

Alicia miró con gran sorpresa a su alrededor.

—Vaya, me da la impresión de haber permanecido todo el tiempo debajo de este árbol. ¡Todo está igual que antes!

—Por supuesto que todo está igual —dijo la Reina—. ¿Qué te creías?

—Bueno, en *nuestro* país —dijo Alicia, jadeando todavía un poco— cuando corres muy deprisa mucho tiempo, como hemos hecho nosotras, por regla general se termina llegando a otro sitio.

—¡Qué país tan lento! —dijo la Reina—. Como puedes ver, *aquí* tienes que correr a toda velocidad para quedarte en el mismo sitio. Si quieres llegar a otra parte tienes que correr por lo menos dos veces más deprisa.

—¡Prefiero no intentarlo, por favor! —dijo Alicia—. Aquí estoy muy a gusto... aunque *tengo* mucho calor y mucha sed.

—¡Ya sé lo que *te* gustaría! —dijo la Reina en tono afable, sacando del bolsillo una cajita—. ¿Quieres una galleta?

Alicia pensó que no sería de buena educación rechazarlo, aunque no fuera una galleta precisamente lo que le apetecía. Así pues, cogió la galleta y se esforzó por comérsela; estaba *horriblemente seca*, y pensó que, en toda su vida, nunca había estado tan cerca de atragantarse.

—Mientras te refrescas —dijo la Reina—, aprovecharé para tomar medidas. —Y sacando del bolsillo una cinta métrica empezó a medir el terreno, clavando aquí y allá pequeñas estaquitas.

—Cuando llegue a las dos yardas —dijo la Reina colocando una estaca para señalar esa distancia—, te daré instrucciones. ¿Quieres otra galleta?

—¡No, gracias —dijo Alicia—, una es *más* que suficiente!

—Espero que se te haya pasado la sed —dijo la Reina.

Alicia no sabía qué replicar; por suerte, la Reina no esperaba respuesta, porque continuó:

—Cuando llegue a las *tres* yardas, las repetiré... no vaya a ser que las olvides. Cuando llegue a las *cuatro*, te diré adiós. ¡Cuando llegue a las

*cinco*, me iré!

Mientras, había ido clavando todas las estacas y, con mucho interés, Alicia la vio volver al árbol y luego empezar a caminar muy despacio junto a la hilera que había marcado.

Al llegar a la estaca de las dos yardas, se volvió y dijo:

—Un peón avanza dos casillas cuando mueve por primera vez, ya sabes. Así que cruzarás *muy* deprisa la Tercera Casilla (supongo que en tren), y te encontrarás en la Cuarta al momento. Bueno, esa Cuarta Casilla pertenece a Tarará y Tararí; la Quinta casi no tiene más que agua; la Sexta pertenece a Tentetieso... Pero ¿no tienes que hacer algún comentario?

—Yo... yo no sabía que tuviera que hacer ninguno... al menos por ahora —balbuceó Alicia.

—Pues *debías* haberme dicho: «Es muy amable de su parte contarme todo esto» —continuó la Reina en tono de severa reprimenda—; pero supondremos que lo has dicho; la Séptima Casilla es todo bosque; sin embargo, uno de los Caballeros te mostrará el camino; y en la Octava Casilla estaremos juntas las Reinas, ¡y todo será juerga y comilona!

Alicia se levantó, hizo una reverencia y volvió a sentarse.

En la estaca siguiente, la Reina se volvió de nuevo y esta vez dijo:

—Habla en francés cuando no puedas recordar el inglés para alguna cosa... si caminas, separa las puntas de los pies... ¡y recuerda quién eres! —En esta ocasión, no esperó a que Alicia le hiciese la reverencia y continuó andando muy deprisa hasta la siguiente estaca; entonces se volvió un momento para decir: «Adiós», y acto seguido se dirigió corriendo hasta la última estaca.

Nunca supo Alicia cómo ocurrió, pero en el momento preciso en que llegaba a la última estaca, la Reina desapareció. Si se esfumó en el aire, o si se adentró corriendo en el bosque («¡y qué deprisa *puede* correr!», pensó Alicia), le resultó imposible adivinarlo; lo cierto es que había desaparecido, y Alicia empezó a recordar que era un Peón y que no tardaría mucho en tener que desplazarse.

# Capítulo III

## Insectos del Espejo

Desde luego, lo primero era hacer un reconocimiento a fondo del campo que tenía que recorrer. «Se parece mucho a estudiar geografía», pensó Alicia poniéndose de puntillas con la esperanza de ver un poco más allá. «Ríos principales... no *hay* ninguno. Montes principales... estoy sobre el único que existe, pero no creo que tenga nombre. Ciudades principales... anda, ¿qué bichos *son* esos que están haciendo miel allá abajo? Abejas no pueden ser... nadie ha visto nunca abejas a una milla de distancia...», y durante un rato se quedó callada observando una de aquellas criaturas que bullía entre las flores metiendo su trompa en ellas «como haría una abeja común», pensó Alicia.

Sin embargo, era cualquier cosa menos una abeja normal: de hecho era un elefante, como Alicia descubrió enseguida, aunque esta idea la dejó al principio sin aliento. «¡Y qué enormes deben de ser esas flores! —fue su siguiente idea—. Deben de ser como cabañas a las que les hubieran quitado el tejado y colocado sobre un tallo... ¡Y qué cantidad de miel deben de producir! Creo que voy a bajar... no, *todavía* no voy a ir», prosiguió conteniéndose en el momento preciso en que se disponía a correr colina abajo, y tratando de encontrar alguna excusa a su repentino temor. «No es lógico bajar sin una vara buena y larga para espantar a esos bichos... ¡Qué divertido cuando me pregunten si he paseado a gusto! Les diré: “¡Oh, sí, un paseo excelente!...” (en este punto hizo su movimiento de cabeza favorito), sólo que *hacía* mucho polvo, mucho calor, ¡y daban tanta lata los elefantes!».

—Creo que voy a bajar por el otro lado —dijo tras una pausa—, y tal vez visite a los elefantes un poco más tarde. Además ¡*tengo* tantas ganas de entrar en la Tercera Casilla!

Así que, con esta excusa, bajó corriendo la colina y de un salto cruzó el primero de los seis arroyuelos.



—¡Billetes, por favor! —dijo el Revisor asomando la cabeza por la ventanilla. En un momento todos le presentaron los billetes, que eran poco más o menos del mismo tamaño que la gente y que parecían llenar por completo el vagón.

—¡Vamos! ¡A ver, niña, enséñame tu billete! —continuó el Revisor mirando enfadado a Alicia. Y un gran número de voces dijeron al unísono («como el coro de una canción», pensó Alicia): «No le hagas esperar, niña. ¡Venga, que su tiempo vale más de mil libras por minuto!».

—Mucho me temo que no he sacado billete —dijo Alicia en tono asustado—; no había ventanilla de billetes en el sitio de donde vengo.

Y otra vez se oyó el coro de voces: «En el sitio de donde viene no había sitio para una ventanilla. Allí el terreno cuesta más de mil libras la pulgada».

—No me vengas con excusas —dijo el Revisor—; deberías haber pedido uno al maquinista. Y otra vez las voces se pusieron a cantar: «Es el hombre que conduce la locomotora. Vamos, si sólo el humo vale mil libras cada bocanada».

Alicia pensó para sus adentros: «En estas condiciones es completamente inútil hablar». Pero como Alicia no había hablado, las voces no dijeron nada *esta vez*; para gran sorpresa suya, todas se pusieron a *pensar* a coro (espero que entendáis lo que quiere decir *pensar a coro*, aunque confieso que *yo* no lo entiendo): «Mejor no decir nada de nada. ¡El lenguaje vale a mil libras la palabra!».

«¡Esta noche voy a soñar con mil libras, estoy absolutamente segura!», pensó Alicia.

Durante todo este tiempo el Revisor no había dejado de observarla, al principio con un telescopio, y luego con unos gemelos de teatro. Por último dijo:

—¡Viajas en la mala dirección! —y cerró la ventanilla y se alejó.



—Una niña tan pequeña —dijo un señor sentado frente a ella (iba vestido de papel blanco)—, debería saber en qué dirección va, ¡incluso aunque no sepa ni su propio nombre!

Un Chivo sentado al lado del señor vestido de blanco cerró los ojos y dijo en voz alta:

—Por lo menos debería saber el camino de la ventanilla, incluso aunque no sepa el alfabeto.

Había un Escarabajo sentado junto al Chivo (¡vaya raros que eran los viajeros que llenaban el vagón!), y, como parecía que la norma consistía en hablar uno tras otro por turno, fue *él* quien intervino entonces:

—¡Habrás que devolverla desde aquí como única maleta!

Alicia no podía ver quién estaba sentado al otro lado del Escarabajo, pero una voz ronca añadió a continuación:

—Cambio de máquina..., —dijo antes de sufrir un ahogo y tener que quedarse callado.

«Hace el mismo ruido que un caballo», pensó Alicia para sus adentros. Y una vocecita pequeñísima cerca de su oído, dijo:

—Podrías hacer un chiste con eso... con «caballo» y «callado»<sup>[1]</sup>, ¿no te parece?

Luego una voz muy suave dijo desde lejos:

—Tendremos que ponerle la etiqueta de «Niña, frágil», ¿verdad?

Y después se dejaron oír otras voces («¡Qué cantidad de gente hay en el vagón!», pensó Alicia) diciendo: «Hay que remitirla por correo, porque tiene cabeza de sello». «Hay que expedirla como si fuera un telegrama»... «Que remolque el tren el resto del viaje»..., etcétera, etcétera.

Pero el caballero vestido de papel blanco se inclinó hacia ella y le susurró al oído:

—No hagas caso de lo que todos estos digan, querida, y saca un billete de ida y vuelta cada vez que pare el tren.

—¡Por supuesto que no lo haré! —dijo Alicia en tono bastante impaciente—. ¡No tengo nada que ver con este viaje en tren! ¡Estaba en el bosque hace un momento y lo que más querría es volver allí!

—Podrías hacer un juego de palabras con *eso* —dijo la vocecita pegada a su oreja—: algo así como *querrías o podrías*, ¿no te parece?<sup>[2]</sup>

—¡Deja de dar la lata! —dijo Alicia paseando inútilmente su mirada por todas partes para averiguar de dónde venía la voz—. Si tantas ganas tienes de oír un juego de palabras, ¿por qué no los haces tú mismo?

La vocecita lanzó un profundo suspiro. Evidentemente era *muy* desgraciada, y Alicia habría dicho algo compasivo para consolarla «si al menos suspirase como todo el mundo», pensó. Pero aquel suspiro había sido tan prodigiosamente pequeño que no habría podido oírlo de no ser porque lo lanzó *completamente* pegado a su oído. El resultado fue que le hizo muchísimas cosquillas en la oreja y apartó sus pensamientos de la desgracia de la pobre criaturita.

—Sé que eres amiga —continuó la vocecilla—, una amiga querida y una vieja amiga. Y que no me harás daño, aunque *sea* un insecto.

—¿Qué clase de insecto? —preguntó Alicia algo inquieta. Porque lo que realmente quería saber era si picaba o no picaba; pero pensó que no sería muy correcto preguntárselo.

—¿Cómo, tú no...? —empezaba a decir la vocecita cuando se vio ahogada por un estridente silbido de la locomotora, y todos —Alicia la primera— daban un brinco alarmados.

El Caballo, que había asomado la cabeza por la ventana, volvió a meterla tranquilamente diciendo:

—Bah, sólo es un arroyo que vamos a tener que saltar.

Todos parecieron tranquilizarse con estas palabras, aunque Alicia se puso algo nerviosa ante la idea de que los trenes saltasen: «De cualquier

modo, éste nos llevará hasta la Cuarta Casilla, ¡y eso sí que es un consuelo!», se dijo para sí. Un instante después sintió que el vagón saltaba directamente por los aires, y muy aterrorizada se agarró al primer objeto que encontró a mano y que resultó ser la barba del Chivo.

\*                    \*                    \*                    \*                    \*  
                  \*                    \*                    \*                    \*  
\*                    \*                    \*                    \*                    \*

Pero la barba pareció volatilizarse cuando la agarraba, y Alicia se encontró tranquilamente sentada debajo de un árbol... mientras el Mosquito (porque eso era el insecto con el que había estado hablando) se balanceaba en una ramita justo encima de su cabeza y la abanicaba con sus alas.

Era, desde luego, un Mosquito *grandísimo*, «del tamaño de un pollo», pensó Alicia. Sin embargo, después de la larguísima conversación que habían mantenido, no tenía motivos para sentir la menor preocupación.

—... ¿o sea que no te gustan *todos* los insectos? —continuó el Mosquito, tan tranquilo como si no hubiera pasado nada.

—Me gustan cuando pueden hablar —dijo Alicia—. Pero en el sitio de donde yo vengo, no habla ninguno.

—¿Y qué clase de insectos te gustan del sitio de donde *tú* vienes? —preguntó el Mosquito.

—No me *gustan* para nada los insectos —le explicó Alicia—, porque me dan un poco de miedo... por lo menos los grandes. Pero puedo decirte los nombres de algunos.

—¿Es que contestan a sus nombres? —observó el Mosquito con indiferencia.

—Nunca he oído decir que lo hagan.

—Entonces ¿de qué les sirve tener nombres —dijo el Mosquito— si no responden a ellos?

—A *ellos* no les sirve de nada —dijo Alicia—; pero supongo que sí sirve a la gente que les pone esos nombres. Si no, ¿por qué iban a tener nombres las cosas?

—No puedo saberlo —replicó el Mosquito—. En aquel bosque de allí abajo, no lo tienen..., bueno, sigue con tu lista de insectos, que estás perdiendo tiempo.

—De acuerdo, hay uno que es el Tábano<sup>[3]</sup> —empezó a decir Alicia, contando los nombres con los dedos.

—Bueno —dijo el Mosquito—. Si miras atentamente, en medio de ese arbusto de ahí podrás ver un Caballito-balancín. Está hecho de madera y se desplaza balanceándose de rama en rama.



—¿De qué se alimenta? —preguntó Alicia, llena de curiosidad.

—De savia y serrín —dijo el Mosquito—. Sigue con la lista.

Alicia examinó el Caballito-balancín muy interesada, y quedó convencida de que acababan de repintarlo por su aspecto brillante y pegajoso; luego continuó:

—También está el Caballito del Diablo.

—Mira en la rama que tienes encima de tu cabeza —dijo el Mosquito—, y encontrarás un Boca de Dragón. Tiene el cuerpo hecho de budín de ciruelas, las alas de hojas de acebo y su cabeza es una pasa flambeada con coñac.



—¿Y de qué se alimenta? —preguntó Alicia como antes.

—De mazapán y pastel de frutas —respondió el Mosquito—. Y tiene el nido en una caja de turrón.

—Y luego está la Mariposa —continuó Alicia, después de haber examinado bien al insecto de cabeza llameante y pensar para sus adentros: «Me pregunto si es por esta razón por lo que son tan aficionados los insectos a revolotear entre las velas... porque quieren convertirse en Bocas de Dragón».

—Arrastrándose a tus pies —dijo el Mosquito (Alicia retiró al punto los pies algo asustada), puedes ver a una Pan con mantequilla voladora. Sus alas son finas rebanadas de pan con mantequilla, su cuerpo es de corteza y su cabeza un terrón de azúcar.



—¿Y de qué se alimentan?

—De té poco cargado y leche.

A Alicia se le ocurrió una dificultad nueva.

—Supongamos que no lo encuentran —sugirió.

—Entonces se moriría.

—Pues debe de ocurrir muy a menudo —observó Alicia muy pensativa.

—Ocurre siempre —dijo el Mosquito.

Tras esto, Alicia permaneció callada un minuto o dos, cavilando. Mientras, el Mosquito se entretenía dando vueltas y zumbando alrededor de su cabeza, para terminar posándose de nuevo y decir:

—Supongo que tú no querrás perder tu nombre, ¿verdad?

—No, claro que no —dijo Alicia algo preocupada.

—De todas formas, no sé —prosiguió el Mosquito sin darle demasiada importancia—; suponte lo cómodo que sería si pudieses volver a casa sin él. Por ejemplo, si tu institutriz tuviera que llamarte para que dieras la lección, te diría: «Ven aquí...», y luego se quedaría cortada porque no tendría ningún nombre que añadir; y entonces no tendrías que ir a dar la lección, ¿no te parece?

—Estoy segura de que las cosas no terminarían así —dijo Alicia—; no por eso me libraría la institutriz de mis lecciones. Si no pudiese recordar mi nombre, me llamaría: «Señorita», como hacen las criadas.

—Bueno, si dice «señorita» y no añade nada más —señaló el Mosquito—, podrías ahorrarte la lección. Es un juego de palabras<sup>[4]</sup>. Me habría gustado que lo hubieses hecho *tú*.

—¿Por qué te habría gustado que lo hubiera hecho yo? —preguntó Alicia—. Es muy malo.

Pero el Mosquito se limitó a lanzar un profundo suspiro mientras dos gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas.

—No deberías hacer juegos de palabras —le dijo Alicia—, porque te entristece demasiado...

Entonces se oyó otro de sus suspiritos melancólicos, y esta vez dio la impresión de que el pobre Mosquito se había desvanecido en el aire con su suspiro, porque cuando Alicia alzó los ojos hacia la rama no había nada que pudiera ser visto; como empezaba a quedarse fría de estar tanto tiempo sentada sin moverse, se levantó y echó a andar de nuevo.

No tardó en llegar a un campo abierto, que tenía un bosque al fondo: parecía mucho más oscuro que el anterior, y Alicia sintió *cierto* miedo ante la idea de entrar en él. Sin embargo, después de pensárselo, decidió seguir avanzando «porque desde luego no voy a volver *atrás*», pensó para sus adentros; era además el único camino para llegar a la Octava Casilla.

«Éste debe ser el bosque —se dijo en sus cavilaciones— donde las cosas no tienen nombres. Me pregunto qué le pasará a *mi* nombre cuando entre en él. No me gustaría nada de nada perderlo, porque entonces tendrían que ponerme otro, y casi seguro que sería feo. Sin embargo, ¡qué divertido encontrarme con la persona que llevase mi nombre antiguo! Sería lo mismo que los anuncios cuando la gente pierde sus perros: “*Responde al nombre de Flecha, lleva un collar de latón*”... Imagínate qué divertido estar llamando a todos los animales que te encuentres “Alicia”, hasta que uno te conteste. Además, a poco listos que fueran, no contestarían».

Iba divagando de este modo cuando llegó a orillas del bosque: parecía muy frío y sombrío. «Bueno, de cualquier modo es un gran alivio —se dijo mientras avanzaba bajo los árboles—, después de pasar tanto calor entrar ahora en el... en el... ¿en *qué*? —continuó, muy sorprendida de no ser capaz de encontrar la palabra—. Quiero decir entrar bajo el... bajo el... bajo *esto*, ¿verdad? —dijo poniendo la mano en el tronco del árbol—. Me pregunto cómo se llama. Creo que no tiene nombre... ¡claro que no lo tiene!».

Se quedó callada un minuto, pensando; y de pronto continuó: «Después de todo, ha terminado ocurriendo. Y ahora, ¿quién soy yo? *Quiero* recordarlo, si es que puedo. ¡Estoy decidida a hacerlo!». Pero estar decidida no le sirvió de gran cosa, y lo único que pudo decir, después de haberse estrujado los sesos, fue: «¡L, sé que empieza por L!».

En ese preciso momento se acercó por allí un Cervatillo que miró a Alicia con sus grandes ojos tiernos, pero que no pareció asustarse para nada.

—¡Ven! ¡Ven aquí! —dijo Alicia, tendiendo la mano y tratando de acariciarle; el Cervatillo se limitó a retroceder para luego quedarse mirándola.

—¿Cómo te llamas? —terminó diciendo el Cervatillo. ¡Qué voz tan dulce y blanda tenía!

«¡Es lo que a mí me gustaría saber!» —pensó la pobre Alicia, que contestó, bastante triste:

—Por ahora, nada.

—Piensa otra vez —dijo el Cervatillo—; eso es imposible.

Alicia pensó, pero no consiguió nada.

—¿Podrías decirme, por favor, cómo te llamas *tú*? —dijo con timidez—. Tal vez me ayude un poco saberlo.

—Te lo diré si me acompañas un ratito —respondió el Cervatillo—. *Aquí* no puedo acordarme.

Así pues, se pusieron a caminar juntos por el bosque, Alicia rodeando cariñosamente con los brazos el blando cuello del Cervatillo, hasta que llegaron a otro descampado, y allí el Cervatillo dio de pronto un brinco en el aire, librándose del brazo de Alicia.



—¡Soy un Cervatillo! —chilló con voz complacida—. ¡Y tú, por desgracia, eres una niña humana!

Una súbita expresión de miedo cruzó sus hermosos ojos marrones, y al momento siguiente empezó a huir a toda velocidad.

Alicia se quedó mirándole, dispuesta casi a llorar de despecho por haber perdido a su querido y pequeño compañero de viaje de forma tan repentina.

—Por lo menos, ahora sé mi nombre —dijo—, y eso es *un* alivio. Alicia... Alicia... que no se me vuelva a olvidar. Ahora, me pregunto cuál de estos postes indicadores debo seguir.

No era cosa muy difícil de responder, porque sólo había un camino que se adentraba en el bosque y porque los dos postes indicadores apuntaban en la misma dirección. «Lo decidiré —se dijo Alicia— cuando el camino se divida y los postes señalen caminos diferentes».

Pero no parecía que eso fuera a ocurrir. Siguió andando un buen rato, pero cada vez que el camino se bifurcaba, siempre había dos postes

indicadores señalando la misma dirección: uno decía

A LA CASA DE TARARÁ 

y el otro

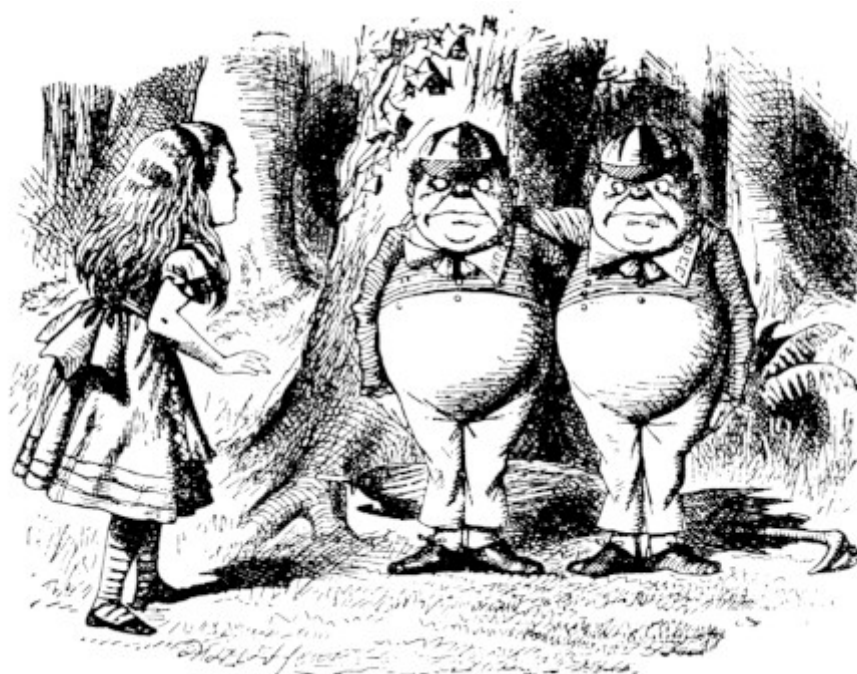
A LA CASA DE TARARÍ 

«Creo que los dos viven en la misma casa —terminó por decirse Alicia—. ¡Cómo no se me ha ocurrido antes!... Pero no podré entretenerme mucho tiempo. Sólo el tiempo de llamar y decir: “¿Qué tal estáis?”, y preguntarles el camino para salir del bosque. ¡Si pudiese llegar a la Octava Casilla antes de que caiga la noche!». Así pues, siguió andando y hablando consigo misma mientras caminaba hasta que, al salir de un recodo muy cerrado, topó con dos hombrecillos regordetes de forma tan repentina que no pudo evitar dar un brinco hacia atrás; pero se repuso al momento, totalmente convencida de que los hombrecillos tenían que ser

# Capítulo IV

## Tarará y Tararí<sup>[1]</sup>

Estaban los dos de pie debajo de un árbol, y ambos pasaban uno de sus brazos por el cuello del otro; Alicia supo identificarlos inmediatamente porque el uno llevaba la palabra RÁ bordada sobre el cuello de su camisa, y el otro la palabra RÍ. «Supongo que los dos llevan la palabra TARA en la parte de atrás del cuello», se dijo Alicia.



Estaban tan inmóviles que a la niña se le olvidó que fueran seres vivos, y ya se disponía a dar la vuelta para comprobar si tenían la palabra «TARA» en la parte trasera de sus cuellos cuando la sobresaltó una voz que procedía del que llevaba «RÁ».

—Si nos tomas por figuras de cera —dijo él— tendrías que pagar la entrada, ¿no te parece? Las figuras de cera no están hechas para verlas gratis. ¡Ni hablar!

—Y, al revés —añadió el que llevaba «RÍ»—, si crees que estamos vivos, deberías hablarnos.

—¡Ay, cuánto lo siento! —fue lo único que pudo decir Alicia; porque en su cabeza sonaban, como el tic-tac de un reloj, las palabras de la vieja canción, y que no pudo evitar recitarla en voz alta:

*Tarará y Tararí  
pensaron batirse en duelo;  
Tarará acusaba a Tararí  
de haberle roto su cascabel nuevo.*

*Sobre ellos cayó entonces un horrible cuervo,  
negro cual barril de alquitrán,  
que asustó tanto a los dos héroes  
que al punto se negaron a luchar.*

—Sé lo que estás pensando —dijo Tarará—, pero no es así para nada.

—Al revés —continuó Tararí—, si fuera así, podría ser; y si así fuera, sería; pero como no lo es, en pura lógica no es.

—Estaba yo pensando —dijo Alicia con mucha cortesía— cuál sería el mejor camino para salir de este bosque: empieza a ponerse oscuro. ¿Podrías decírmelo, por favor?

Pero los dos rechonchos hombrecillos se limitaron a mirarse y a sonreír con aire bonachón.

Eran tan parecidos a una pareja de colegiales grandullones que Alicia no pudo evitar señalar con el dedo a Tarará y decir:

—¡A ver, tú primero!

—¡Ni hablar! —chilló con energía Tarará, y su boca se cerró bruscamente con un chasquido.

—¡El siguiente! —dijo Alicia, pasando a Tararí, aunque estaba completamente segura de que no harían otra cosa que chillar: «¡Al revés!», que fue lo que hizo.

—¡Mal has empezado! —gritó Tarará—. Lo primero que hay que hacer cuando uno va de visita es decir: «¿Cómo está usted?» y dar la mano.

Y entonces los dos hermanos se dieron mutuamente un abrazo, mientras tendían la mano que les quedaba libre para estrechar la de Alicia.

Alicia no se decidía a estrechar antes la mano del uno por temor a herir los sentimientos del otro; y por eso, para salir del paso del mejor modo posible, cogió al mismo tiempo las manos de los dos; al instante los tres estaban bailando en corro. A ella le pareció completamente natural (según recordaba después), y no le sorprendió siquiera oír una música que, al

parecer, procedía del árbol bajo el que estaban bailando, y que producía (por lo que pudo deducir) el roce de unas ramas contra otras, como si fueran violines y arcos.

«Pero *era* muy divertido —dijo Alicia más tarde, cuando estaba contándole a su hermana la historia de su aventura— encontrarme a mí misma cantando *Al corro de la patata*<sup>[1]</sup>. ¡No sé cuándo empecé, pero en cualquier caso tuve la sensación de que estaba cantando hacía mucho, muchísimo rato!».

Como los otros dos bailarines eran gordos, no tardaron en quedarse sin aliento.

—Cuatro vueltas bastan para un baile, —dijo Tarará sofocado, y dejaron de bailar de forma tan repentina como habían empezado; en ese mismo momento cesó la música.

Soltaron entonces las manos de Alicia y se quedaron mirándola un momento: el silencio resultaba bastante incómodo, porque Alicia no sabía cómo empezar una conversación con unas personas con la que no había hecho más que bailar: «*Ahora* ya no sería correcto decirles: “¿Cómo están ustedes?” —pensó—. En esta situación, parece que eso ya lo hemos dejado atrás».

—Espero que no estéis muy cansados —terminó diciendo.

—De ningún modo. Y *muchísimas* gracias por preguntar —dijo Tarará.

—Y estamos *muchísimo* agradecidos —añadió Tarará—. ¿Te gusta la poesía?

—Sí, bueno, bastante... *algunas* poesías —dijo Alicia no muy convencida—. ¿Podrías decirme qué debo tomar para salir del bosque?

—¿Qué puedo recitarle? —dijo Tarará volviéndose hacia Tarará, abriendo mucho los ojos con solemnidad y sin prestar atención a la pregunta de Alicia.

—*La Morsa y el Carpintero* es la más larga<sup>[2]</sup> —replicó Tarará, dando a su hermano un afectuoso abrazo.

Tará empezó al momento:

*Lucía sobre el mar el sol...*

Entonces Alicia se decidió a interrumpirle:

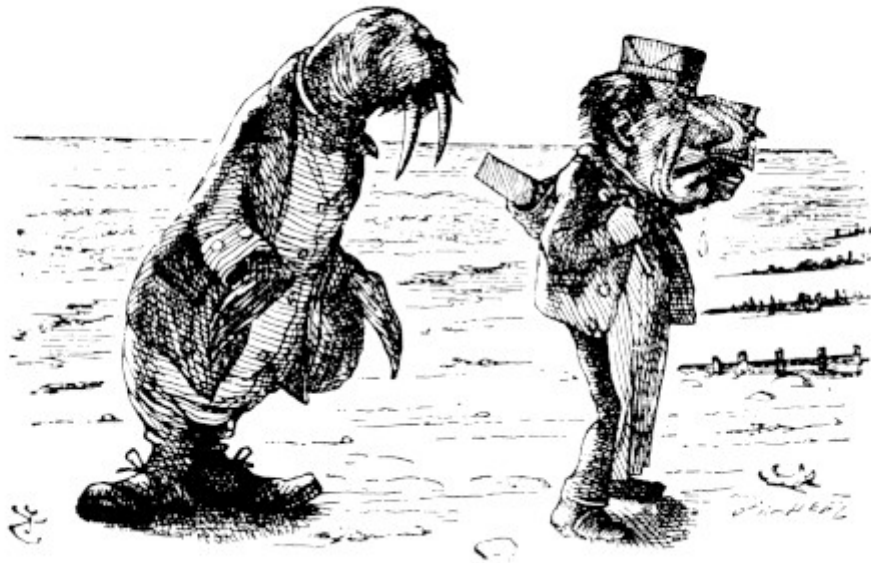
—Si es *muy* larga —dijo con la mayor cortesía posible—, te pediría que primero me digas qué camino...

Tará sonrió muy amable, y empezó otra vez:

*Lucía sobre el sol el mar  
brillando con gran esplendor  
y haciendo cuanto podía  
por pulir y abrillantar las olas...  
Cosa extraña desde luego,  
porque medianoche era.*

*Brillaba la luna mohína,  
porque pensaba que el sol  
no debía estar allí  
por haber acabado el día...  
«¡Qué falta de cortesía  
venir a fastidiar la fiesta!».*

*El mar estaba mojado,  
y seca seca la arena.  
Ni una nube se veía,  
porque ni una nube había.  
Ni pájaros sobrevolaban  
porque volando pájaros no había.*



*La Morsa y el Carpintero  
de la mano paseaban  
llorando hasta lo indecible  
al ver tan gran cantidad de arena.  
«¡Qué formidable!, dijeron  
si la limpiaran al menos».*

*Siete criadas con escobas  
medio año tardarían.*

«¿Supones —dijo la Morsa—,  
que la limpiarían?».  
«Lo dudo» —dijo el Carpintero  
y una lágrima de sus ojos le caía.

«¡Venid, Ostras amigas, al paseo!»  
—la Morsa les suplicaba.  
«A un paseo y a charlar  
por esta salobre playa.  
Pero sólo a cuatro llevaremos  
porque más manos nos faltan».

La Ostra más vieja miraba  
sin decir una palabra;  
no tardó en guiñar un ojo  
y mover su cabeza pesada...  
dando a entender que no quería  
seguir estando en su casa.

Mas cuatro jovencitas deseosas  
de jarana luego a correr echaron:  
el vestido nuevecito, lavada la cara  
y muy limpios los zapatos:  
¡qué raro!, porque todo el mundo sabe  
que, sin pies, las ostras no usan zapatos.

Otras cuatro las siguieron,  
y luego otras cuatro más;  
y en tropel luego acudieron  
más ostras y muchas más...  
brincando entre olas de espuma  
y deseando a la playa llegar.



*La Morsa y el Carpintero  
como una legua anduvieron;  
tumbados en una roca  
desde donde estaban vieron  
cómo las Ostras pequeñas  
de pie y en fila esperaban.*

*«Ya es hora —dijo la Morsa—  
de hablar de muchas cosas:  
de zapatos, barcos y lacre,  
de repollos y de reyes,  
de por qué está hirviendo el mar  
y por qué no pueden los cerdos volar».*

*«¡Un momentito —gritaron las Ostras,  
antes de empezar a hablar—:  
porque algunas estamos asfixiadas  
y las gordas mucho más!».  
«No hay prisa» —el Carpintero dijo.  
Le dieron las gracias por su amabilidad.*

*«Un poco de pan —dijo la Morsa—,  
es lo que necesitamos más:  
pimienta con vinagre  
buenos son al paladar.  
Y si dispuestas estáis, a comer,  
Ostras amigas, a empezar».*

*«¡Pero a nosotras no! —las Ostras gritaron  
empezando a azulear—.*

Tras de tanta cortesía,  
muy grande maldad sería».  
«¡Deliciosa noche! —la Morsa  
dijo—, no tiene igual».

«¡Qué amables sois por venir!  
¡Y qué exquisitas estáis!».  
Sólo dijo el Carpintero:  
«Dame otro trozo de pan,  
y no te hagas la sorda...  
¡que dos veces lo he dicho ya!».



«¡Qué pena —dijo la Morsa—,  
hacerles tal jugarreta  
tras traerlas hasta aquí  
y haberlas hecho correr!».  
Sólo el Carpintero dijo:  
«¡Cuánta manteca!, ¿por qué?».

«¡Qué pena! —dijo la Morsa—,  
lo siento de corazón».  
Y entre lágrimas y llantos  
las más gordas se buscó,  
mientras con un pañolito  
las lágrimas se secó.

«¡Ostras —dijo el Carpintero—,  
qué buen paseo habéis dado!  
¿Volvemos ahora trotando?».  
Pero respuesta no ha encontrado,

*cosa lo más natural,  
pues todas se han devorado.*

—Yo me quedaría con la Morsa —dijo Alicia—, porque sentía un *poco* de pena por las pobres ostras.

—Pues comió más que el Carpintero —dijo Tararí—. Verás, puso delante un pañuelo para que el Carpintero no pudiese contar las que comía; así que es lo contrario de lo que dices.

—¡Qué canallada! —exclamó Alicia llena de indignación—. Pues prefiero al Carpintero, si es cierto que no comió tantas como la Morsa.

—Pero comió todas las que pudo coger —dijo Tararí.

Aquello era un lío. Después de una pausa, Alicia empezó a decir:

—Bueno, los *dos* eran tipos muy desagradables...

Y se detuvo en seco, algo inquieta, porque en el bosque cercano había oído algo parecido al soplido de una gran locomotora de vapor, aunque también pensó que podía ser una bestia salvaje.

—¿Hay leones o tigres por aquí? —preguntó muerta de miedo.

—No es más que el Rey Rojo, que está roncando —dijo Tararí.

—¡Ven a verle! —chillaron los hermanos cogiendo cada uno por una mano a Alicia para llevarla hasta donde el Rey dormía.

—¿No es una visión *deliciosa*? —dijo Tararí



Francamente, Alicia no podía decir que lo fuera. El rey llevaba en la cabeza un gran gorro de dormir rojo con una borla; y estaba acurrucado como si fuera un ovillo informe, y emitía unos sonoros ronquidos, «apropiados para dejarle turulata la cabeza», como Tarará señaló.

—Temo que coja frío si se queda tumbado sobre la hierba húmeda —dijo Alicia, que era una chiquilla muy previsora.

—Ahora está soñando —dijo Tararí—. ¿Con qué crees que sueña?

Alicia contestó:

—Eso no se puede adivinar.

—¡Claro que sí! ¡*Contigo!* —exclamó Tararí, palmoteando con aire de triunfo—. Si dejara de soñar contigo, ¿dónde crees que estarías?

—Donde estoy ahora, desde luego —dijo Alicia.

—¡Ni hablar! —replicó Tararí en tono despectivo—. No estarías en ninguna parte, porque tú no eres más que una especie de cosa que aparece en su sueño.

—Si el Rey aquí presente se despertara —añadió Tarará—, ¡plaff!, te apagarías como una vela.

—¡Eso no es cierto! —exclamó indignada Alicia—. Además, si yo sólo soy una especie de cosa de su sueño, me gustaría saber qué sois vosotros.

—Ídem —dijo Tarará.

—¡Ídem de ídem! —chilló Tararí.

Y le gritó tan alto que Alicia no pudo evitar decir:

—¡Chist!, si haces tanto ruido temo que lo despiertes.

—No sé por qué hablas de despertarle —dijo Tarará—, cuando tú sólo eres una de las cosas de su sueño. Sabes de sobra que no eres real.

—¡Sí que soy real! —dijo Alicia, y se echó a llorar.

—No creas que llorando te vas a volver un poquito más real —señaló Tararí—; no hay motivos para llorar.

—Si no fuera real —dijo Alicia casi riendo entre las lágrimas, porque todo aquello le parecía ridículo—, no sería capaz de llorar.

—No creerás que esas lágrimas son *reales* —la interrumpió Tarará en tono de profundo desdén.

«Sé que están diciendo tonterías —pensó Alicia para sus adentros—, y que es una bobada llorar por esto». Se secó entonces las lágrimas y prosiguió en el tono más alegre que pudo:

—En cualquier caso, lo mejor sería salir del bosque, porque realmente empieza a ponerse muy oscuro. ¿Creéis que va a llover?

Tará abrió un paraguas enorme encima de su cabeza y de la de su hermano, y levantó los ojos:

—No, no creo que llueva, —dijo—, por lo menos *aquí* debajo, no. De ningún modo.

—Pero ¿puede llover *fuera*?

—Puede llover... si le da la gana de llover —dijo Tará—; nosotros no vemos ningún inconveniente. Todo lo contrario.

«¡Qué egoístas!» —pensó Alicia, y ya se disponía a decirles «Buenas noches» y a marcharse, cuando Tará saltó de debajo del paraguas y la agarró por la muñeca.

—¿Ves *esto*? —le dijo en un tono ahogado por la indignación, mientras los ojos se le dilataban y se le ponían completamente amarillos en un momento, a la vez que señalaba con un tembloroso dedo una pequeña cosa blanca que yacía al pie del árbol.

—No es más que un cascabel —dijo Alicia, tras haber examinado cuidadosamente la pequeña cosa blanda—. No *una cascabel*, ¿entiendes? —se apresuró a añadir, temiendo que el otro se asustara—: no es más que un viejo cascabel... completamente viejo y roto<sup>[3]</sup>.

—¡Ya lo sabía! —gritó Tará, poniéndose a patlear y a arrancarse los cabellos—. ¡Y desde luego que está roto! —Y fulminó con la mirada a Tará, que al punto se sentó en el suelo tratando de esconderse debajo del paraguas.



Alicia le puso la mano en el brazo y en tono tranquilizador le dijo:

—No necesitas enfadarte tanto por un cascabel viejo.

—¡Es que *no es* viejo! —chilló Tarará, más furioso todavía que antes—. Es *nuevo*, te digo que es nuevo... lo compré ayer... ¡mi precioso CASCABEL NUEVO! —y su voz subió hasta convertirse en un completo chillido.

Durante todo este tiempo, Tarará hacía lo posible por cerrar el paraguas, pero con él dentro: era una cosa tan extraordinariamente difícil que apartó la atención de Alicia del irascible hermano. No consiguió plenamente su intento y terminó por caer rodando al suelo, empaquetado en el paraguas; sólo asomaba la cabeza, y se quedó allí abriendo y cerrando la boca y sus enormes ojos, «más parecido a un pez que a cualquier otra cosa», pensó Alicia.

—Espero que estés listo para un duelo —dijo Tarará en tono tranquilo.

—Claro que sí —replicó el otro en tono enfadado, saliendo a cuatro patas del paraguas—, pero *ella* tendrá que ayudarnos a vestirnos, ¿no crees?

Y ambos hermanos penetraron en el bosque cogidos de la mano para salir un minuto más tarde con los brazos llenos de cosas, como cabezales, mantas, alfombrillas, manteles, tapaderas y cubos de carbón.

—Espero que tengas buena mano para hacer nudos y prender alfileres —observó Tarará—. Cada una de estas cosas tiene que ajustarse a

nosotros, de una forma o de otra.

Alicia declaró más tarde que nunca en su vida había visto armar tanto alboroto por nada; la forma en que aquellos dos iban de acá para allá, la cantidad de cosas que se pusieron y el trabajo que dieron a la niña para que les anudara los cordones y les abrochara los botones... «La verdad es que, cuando estén listos, más que otra cosa van a parecer dos bultos de ropa vieja», pensó para sus adentros, mientras ponía un cabezal alrededor del cuello de Tararí, «para evitar que me corten la cabeza», como él dijo.

—Verás —añadió muy serio—, que a uno le corten la cabeza es una de las cosas más graves que pueden ocurrirle en una batalla.

Alicia se echó a reír de forma estruendosa, pero se las arregló para convertir la risa en tos, y así no herir los sentimientos de Tararí.

—¿No estoy demasiado pálido? —dijo Tarará, acercándose para que Alicia le anudara el casco. (Él lo llamaba casco, aunque se parecía mucho más a una cacerola).



—Bueno... sí... *un poco* —contestó Alicia muy amable.

—Por lo general, soy muy valiente —prosiguió él en voz baja—; pero resulta que hoy tengo dolor de cabeza.

—¡Y *yo tengo* dolor de muelas! —dijo Tararí, que había oído el comentario—. ¡Yo estoy mucho peor que tú!

—Entonces será mejor que no luchéis hoy —dijo Alicia pensando que era un buen pretexto para hacer las paces.

—¡*Tenemos* que luchar un poquito, no me importa que sea sólo un rato! —dijo Tarará—. ¿Qué hora es ahora?

Tará miró su reloj y dijo:

—Las cuatro y media.

—Entonces luchamos hasta las seis y luego nos vamos a cenar —dijo Tarará.

—Muy bien —dijo el otro bastante triste—, y *ella* puede mirarnos... pero no te acerques *demasiado* —añadió—: por lo general, arremeto contra todo lo que veo cuando estoy realmente entusiasmado.

—Y yo arremeto contra todo lo que está a mi alcance —chilló Tarará—, lo mismo si lo veo que si no lo veo.

Alicia se echó a reír:

—Pues supongo que, entonces, habréis cargado contra los *árboles* muy a menudo —dijo ella.

Tará miró a su alrededor con una sonrisa satisfecha:

—No creo que quede un solo árbol en pie a nuestro alrededor cuando hayamos terminado —dijo.

—¡Y todo por un cascabel! —exclamó Alicia, que todavía esperaba que se sintieran *un poco* avergonzados de luchar por semejante nadería.

—No me lo habría tomado tan a pecho —dijo Tarará— si el cascabel no fuera nuevo.

«¡Ojalá venga el cuervo monstruoso!» —pensó Alicia.

—Sólo hay una espada, ya lo ves —le dijo Tarará a su hermano—, pero *tú* puedes utilizar el paraguas... es igual de puntiagudo que la espada. Venga, hay que empezar enseguida. Está oscureciendo demasiado.

—Y más que va a oscurecer —dijo Tarará.

Oscurecía tan deprisa que Alicia pensó que se preparaba una tormenta.

—¡Vaya nubarrón negro que llega! —exclamó—. ¡Y qué deprisa viene! ¡Puf, se diría que tiene alas!

—¡Es el cuervo! —gritó Tarará dando un chillido de alarma; y ambos hermanos echaron a correr con toda la velocidad que les permitían sus piernas, y en un abrir y cerrar de ojos habían desaparecido.

Alicia corrió para adentrarse un poco en el bosque y se detuvo bajo un gran árbol. «*Aquí* no puede pillarme —pensó—; es demasiado grande para abrirse paso entre los árboles. Pero me gustaría que no diera tantos

aletazos... casi levanta en el bosque un auténtico huracán... ¡Vaya, ahí va el mantón de alguien arrastrado por el viento!».

# Capítulo V

## Lana y agua

Alicia cogió el mantón mientras hablaba y buscó con los ojos a su propietaria: un instante después llegaba la Reina Blanca corriendo como una loca por el bosque, con los dos brazos completamente abiertos, como si estuviera volando, y Alicia, con mucha cortesía, salió a su encuentro con el mantón.

—Me alegro mucho de haber estado aquí en el momento oportuno —dijo Alicia ayudándole a ponerse de nuevo el mantón.

La Reina Blanca se limitó a mirarla con aire desamparado y temeroso, mientras repetía para sus adentros, en una especie de susurro algo parecido a: «Pan y mantequilla, pan y mantequilla», y Alicia comprendió que, si quería mantener algún tipo de conversación, tendría que arreglárselas por sí sola. Por eso empezó, en tono bastante tímido:

—¿Tengo el insigne honor de dirigirme a la Reina Blanca?

—Bueno, sí, si tú llamas a esto *insignia* —contestó la Reina—. Aunque no es ésa la idea que yo tengo<sup>[1]</sup>.

Alicia pensó que no era muy apropiado empezar con una disputa, así que sonrió y dijo:

—Si Vuestra Majestad quisiera decirme cómo debo empezar a dirigirme a ella, haré lo que pueda para contentarla.

—Pero si yo no quiero nada de nada —gimió la pobre Reina—. Me he pasado las dos últimas horas poniéndome insignias con imperdibles.

Alicia pensó que habría sido mucho mejor tener una persona para ponérselas y vestirla, porque iba hecha un adefesio. «Lo lleva todo manga por hombro —pensó Alicia para sus adentros— ¡y encima va cosida de alfileres!»...

—¿Me permite ponerle bien el mantón? —añadió en voz alta.

—¡No sé qué le pasa a este mantón! —dijo la Reina en tono melancólico—. Creo que está de mal humor. Le he puesto un imperdible aquí, le he puesto otro imperdible allá, pero no hay medio de que esté contento.

—Mire, no *puede* quedar bien si prende los dos imperdibles en el mismo lado —dijo Alicia mientras se lo ponía bien con mucha amabilidad—. ¡Vaya forma de llevar el pelo!

—¡Es que el cepillo se me ha enredado dentro! —dijo la Reina lanzando un suspiro—. Y ayer perdí el peine.

Alicia le desenredó con mucho cuidado el cepillo, e hizo cuanto pudo para poner un poco de orden en la melena.



—¡Bueno, ahora ya tiene mejor aspecto! —dijo después de cambiar de sitio la mayoría de los imperdibles—. Pero la verdad es que necesita usted una doncella.

—*Te cogería a mi servicio encantada* —dijo la Reina—: dos peniques a la semana y mermelada los demás días.

Alicia no pudo contener la risa mientras contestaba:

—No deseo que me contrate, y además no me gusta la mermelada.

—Pues es una mermelada buenísima —dijo la Reina.

—Bueno, en cualquier caso *hoy* no la quiero de ninguna manera.

—De todos modos, hoy no la tendrías, aunque la quisieras, —contestó la Reina—. La regla dice: mermelada mañana y mermelada ayer, pero

nunca mermelada *hoy*.

—De vez en cuando habrá «mermelada hoy» —le objetó Alicia.

—No, eso no puede ser —dijo la Reina—. La mermelada *otro* día; hoy no es *otro* día, ¿comprendes?

—No, no lo comprendo —contestó Alicia—. ¡Es horriblemente confuso!

—Es lo que pasa cuando se vive para atrás —dijo la Reina con voz algo amable—: al principio siempre marea un poco.

—¡Vivir para atrás! —repitió Alicia muy asombrada—: ¡Nunca había oído nada semejante!

—... pues presenta una gran ventaja, porque la memoria trabaja en las dos direcciones.

—Estoy segura de que *la mía* sólo trabaja en una —observó Alicia—. No puedo recordar cosas antes de que hayan ocurrido.

—¡Qué memoria tan mala si sólo trabaja hacia atrás! —observó la Reina.

—¿Qué clase de cosas recuerda *usted* mejor? —se aventuró a preguntar Alicia.



—Pues las cosas que sucedieron dentro de quince días —replicó la Reina en tono despreocupado—. Por ejemplo, en este momento —continuó mientras se ponía un ancho emplasto de gasa en un dedo mientras hablaba—, en el caso del Mensajero del Rey<sup>[2]</sup>. Ahora está en la cárcel, porque le han condenado; sin embargo, el juicio no debe empezar hasta el próximo miércoles; como es lógico, su crimen será lo último que ocurra.

—¿Y si resulta que nunca cometió el crimen? —dijo Alicia.

—Entonces todo sería mejor, ¿no te parece? —dijo la Reina, mientras sujetaba el emplasto alrededor de su dedo con el extremo de una cinta.

Alicia comprendió que nadie podía negar *aquello*:

—Claro, eso sería lo mejor —dijo—, pero entonces no sería lo mejor haberle castigado.

—*Ahí* te equivocas punto por punto —dijo la Reina—. ¿Te han castigado *a ti* alguna vez?

—Sólo por pequeñas faltas —dijo Alicia.

—¿Y a que te sentó muy bien? —dijo la Reina en tono triunfal.

—Sí, pero había *cometido* realmente las faltas por las que me castigaban —dijo Alicia—: y eso es muy distinto.

—Pero si realmente no las *hubieras* cometido —dijo la Reina— habría sido mucho mejor: ¡mejor, y mejor que mejor!

Cada vez que decía «mejor», su tono subía para terminar convirtiéndose en un chillido al final.

Alicia estaba a punto de empezar a decir: «En alguna parte hay un error...», cuando la Reina empezó a chillar de forma tan estridente que tuvo que dejar la frase sin concluir.

—¡Ay, ay, ay! —gritaba la Reina, sacudiendo la mano como si quisiera echarla del brazo—. ¡Mi dedo está sangrando! ¡Ay, ay, ay!

Sus chillidos se parecían tanto al silbido de una locomotora que Alicia tuvo que ponerse las dos manos sobre las orejas.

—¿Qué *pasa*? —dijo la niña, tan pronto como pensó que tenía una posibilidad de hacerse oír—. ¿Se ha pinchado el dedo?

—*Todavía* no me lo he pinchado —dijo la Reina—, pero no tardaré en pinchármelo, ¡ay, ay, ay!

—¿Cuándo espera hacerlo? —preguntó Alicia, que apenas podía contener la risa.

—Cuando vuelva a sujetarme el mantón —gimió la pobre Reina—: el broche se abrirá solo. ¡Ay, ay!

Mientras decía estas palabras, se abrió por sí solo el broche, y la Reina lo cogió con gesto furioso y trató de volver a cerrarlo.

—¡Cuidado! —gritó Alicia—. ¡Lo está cogiendo al revés! —Y ella misma trató de hacerse con el broche; pero era demasiado tarde: la aguja del broche se le había escapado y la Reina se había pinchado el dedo.

—¿Comprendes ahora por qué estaba sangrando yo hace un momento? —le dijo a Alicia con una sonrisa—. ¿Comprendes ahora cómo pasan aquí las cosas?

—Pero ¿por qué no grita *ahora*? —preguntó Alicia levantando las manos y dispuesta a ponérselas otra vez en las orejas.

—Pues porque ya he gritado todo lo que tenía que gritar —dijo la Reina—. ¿De qué serviría empezar otra vez?

En ese momento volvía a clarear.

—Creo que el cuervo ha levantado el vuelo —dijo Alicia—. Me alegra mucho que se haya ido. Por un momento creí que estaba anocheciendo.

—También *a mí* me gustaría estar contenta —dijo la Reina—. Pero nunca puedo acordarme de aplicar la regla. Debes de ser muy feliz viviendo en este bosque y alegrándote a capricho.

—¡Pero si aquí estoy *muy* sola! —dijo Alicia con voz melancólica; y ante la idea de su soledad dos gruesos lagrimones rodaron por sus mejillas.

—Bueno, deja de llorar, por favor —gritó la pobre Reina retorciéndose las manos desesperada—. Piensa que ya eres una niña mayor. Piensa en el largo camino que has recorrido hoy. Piensa en la hora que es. Piensa en cualquier cosa, ¡pero no llores!

Alicia no pudo dejar de echarse a reír, incluso mientras lloraba.

—¿Es *usted* capaz de dejar de llorar pensando en otras cosas? —preguntó.

—Así es como se hace —respondió muy decidida la Reina—, ya sabes que nadie puede hacer dos cosas al mismo tiempo. Veamos tu edad para empezar: ¿cuántos años tienes?

—Siete y medio exactamente.

—No es necesario que digas «exactamente»<sup>[3]</sup> —señaló la Reina—. Puedo creerlo sin que lo digas. Ahora voy a proponerte algo para que lo creas. Yo acabo de cumplir ciento un años, cinco meses y un día.

—¡*Eso* no me lo puedo creer! —dijo Alicia.

—¿Que no puedes? —dijo la Reina en tono lastimero—. Inténtalo otra vez; aspira profundamente y cierra los ojos.

Alicia se echó a reír:

—Es inútil intentarlo —dijo—: las cosas imposibles no se *pueden* creer.

—Me parece a mí que no tienes mucha práctica —dijo la Reina—. Cuando yo tenía tu edad, todos los días le dedicaba media hora. Y mira, en alguna ocasión, antes del desayuno, ya me había creído hasta seis cosas imposibles. ¡Otra vez se me escapa el mantón!

El broche se había soltado mientras hablaba, y una repentina ráfaga de viento había arrastrado el mantón de la Reina al otro lado de un riachuelo.

La Reina volvió a extender los brazos, y echó a volar en su persecución: esta vez consiguió atraparlo por ella misma.

—¡Ya lo tengo! —gritó en tono triunfal—. Ahora me lo voy a sujetar yo sola, vas a verlo.

—Espero, en tal caso, que su dedo salga mejor parado —dijo Alicia muy cortés, mientras cruzaba el pequeño arroyo siguiendo a la Reina.



—¡Oh, mucho mejor! —exclamó la Reina, cuya voz iba elevándose de tono a medida que hablaba hasta convertirse en grito—. ¡Mucho meeejor! ¡Meeejor! ¡Meeeeejor! ¡Meee! —La última palabra derivó en un largo balido, tan parecido al de una oveja que Alicia dio un respingo.

Miró a la Reina, que de pronto le pareció totalmente cubierta de lana. Alicia se restregó los ojos y volvió a mirar. No lograba explicarse lo que había sucedido. ¿Estaba en una tienda? ¿Y era realmente... era realmente una *oveja* lo que estaba sentado detrás del mostrador? Por más que se restregase y volviera a frotarse los ojos, no conseguía ver más: se encontraba en una tiendecita oscura, de codos sobre el mostrador, y frente a ella había una vieja Oveja que, sentada en un sillón, hacía punto, y de vez en cuando lo interrumpía para mirarla a través de un enorme par de antiparras.

—¿Qué quieres comprar? —terminó por decir la Oveja, levantando los ojos un momento de su labor.

—Todavía no estoy *muy* decidida —dijo Alicia en tono amable—. Antes me gustaría echar un vistazo alrededor, si puedo.

—Puedes mirar si lo deseas delante de ti y a ambos lados —dijo la Oveja—, pero no a *todo* tu alrededor, a menos que tengas ojos en la nuca.

Resultaba que Alicia no los tenía: por eso se contentó con dar vueltas y mirar los anaqueles a medida que se acercaba a ellos.



La tienda parecía estar atestada de toda suerte de objetos curiosos... pero lo más extraño era que, cada vez que se detenía en un estante para ver con detalle el contenido, ese estante en concreto estaba completamente vacío, mientras los de su alrededor se hallaban abarrotados hasta arriba.

—Aquí los objetos vuelan —terminó diciendo en tono lastimero, después de haber perdido un minuto, por lo menos, persiguiendo un enorme y brillante objeto que unas veces tenía apariencia de muñeca y otras de costurero, y que siempre se encontraba en el anaquel contiguo, encima del anaquel que estaba mirando—. Y éste es el más exasperante de todos... pero ahora verás... —añadió mientras se le ocurría una idea repentina—. Voy a seguirlo hasta el último estante. ¡Vaya sorpresa que va a llevarse cuando tenga que atravesar el techo!

Pero también esta tentativa fracasó: el «objeto» atravesó el techo de la forma más natural del mundo, como si estuviera acostumbrado a hacerlo.

—¿Eres una niña o una peonza? —le dijo la Oveja mientras cogía otro par de agujas—. Terminarás mareándome con tantas vueltas como das.

Ahora trabajaba con catorce pares de agujas a la vez, y Alicia no pudo dejar de mirarla estupefacta.

«¿Cómo *puede* hacer punto con tantas agujas? —pensó para sus adentros la niña muy intrigada—. A cada minuto que pasa tiene más, como un puercoespín».

—¿Sabes remar? —preguntó la Oveja, pasándole un par de agujas mientras hablaba.

—Sí, un poco... pero no en tierra firme... y tampoco con agujas —empezaba a decir Alicia cuando, de pronto, las agujas se convirtieron en remos en sus manos, y se dio cuenta de que ambas estaban en una barquita, deslizándose entre dos orillas: de modo que no podía hacer otra cosa que remar lo mejor posible.

—¡Levanta! ¡Levanta!<sup>[4]</sup> —gritó la Oveja mientras cogía otro par de agujas.

No parecía que esta observación requiriese respuesta, por lo que Alicia se mantuvo callada, aunque siguió remando. Tenía, sin embargo, la impresión de que algo raro pasaba en el agua, porque de vez en cuando los remos se quedaban como enganchados en ella y le costaba mucho sacarlos.

—¡Levanta! ¡Levanta! —gritó otra vez la Oveja, cogiendo más agujas—. Sigue, si no pronto cogerás un cangrejo<sup>[5]</sup>.

«¡Un cangrejito delicioso! —pensó Alicia—. ¡Cómo me gustaría!».

—¿No me has oído decir «¡levanta!»? —chilló la Oveja furiosa, mientras cogía un manojo de agujas.

—Claro que lo he oído —dijo Alicia—, los ha dicho varias veces... y en voz muy alta. Dígame, por favor, ¿dónde *están* los cangrejos?

—En el agua, ¿dónde habían de estar? —dijo la Oveja, prendiéndole en el pelo unas agujas que ya no le cabían en las manos—. ¡Levanta, te digo!

—¿*Por qué* dices «levanta» tantas veces? —terminó por preguntar Alicia, bastante contrariada—. ¡No soy un pájaro!

—¡Claro que lo eres! —dijo la Oveja—: eres una gansa.

Estas palabras ofendieron algo a Alicia, y durante uno o dos minutos la conversación quedó interrumpida mientras la barca seguía deslizándose despacio, unas veces entre bancos de hierbas acuáticas (por eso los remos quedaban trabados más que nunca bajo el agua), y otras bajo árboles, pero siempre con las mismas escarpadas riberas del río amenazando sobre sus cabezas.

—¡Oh, por favor! ¡Pero si hay juncos muy olorosos! —exclamó Alicia en un repentino arrebató de júbilo—. Son de verdad... ¡y *qué* bonitos!

—No necesitas decirme «por favor» para referirte a los juncos —dijo la Oveja, sin apartar los ojos de su labor—. Ni fui yo quien los puso ahí, y no seré yo quien los quite.

—No, lo que yo quería decir es: por favor, ¿podemos pararnos y recoger unos pocos? —rogó Alicia—. ¿Te importaría parar la barca un ratito?

—¿Cómo quieres que yo la pare? —dijo la Oveja—. Si dejas de remar, se parará sola.

Así que Alicia dejó que la barca siguiera río abajo, llevada por la corriente, hasta que terminó por deslizarse muy despacio entre los juncos mecidos por el viento. Se arremangó entonces con cuidado, y los bracitos de la niña se sumergieron en el agua hasta el codo para agarrar los juncos lo más abajo posible antes de arrancarlos... Por un momento Alicia se olvidó completamente de la Oveja y su labor de punto, mientras se inclinaba por la borda, con las puntas de su enmarañado pelo metidas en el agua, y con los ojos brillantes de codicia cogía manojo tras manojo de adorables juncos olorosos.

«¡Lo único que espero es que la barca no se vaya a pique! —pensó para sus adentros—. ¡Oh, *qué* bonito aquel de allí! ¡Lástima, no he podido alcanzarlo!». Y desde luego era irritante («ni que me lo hicieran adrede», pensó) que, aunque conseguía arrancar muchos juncos hermosísimos al paso de la barca, siempre había uno, el más bonito, que estaba fuera de su alcance.

—¡Los más bonitos siempre están demasiado lejos! —terminó diciendo con un suspiro, al ver que los juncos se empeñaban en crecer tan lejos. Luego, con las mejillas encendidas y las manos y el pelo chorreando agua, volvió gateando a su banqueta y se puso a ordenar los tesoros que había encontrado.

¿Qué le importaba entonces que los juncos hubieran empezado a marchitarse, y a perder su fragancia y belleza, desde el mismo momento en que los había arrancado? Ya sabéis que los auténticos juncos olorosos no duran más que un momento... y éstos, que eran juncos soñados, se derretían casi como nieve amontonados a sus pies; pero Alicia no se daba cuenta, porque tenía muchas otras cosas curiosas en qué pensar.



No habían avanzado mucho cuando uno de los remos se enredó en el agua y *no quiso* volver a salir (así lo explicaría Alicia más tarde); por eso la empuñadura del remo la golpeó por debajo de la barbilla y, a pesar de una serie de grititos como «¡Oh, oh, oh!» que la pobre Alicia lanzó, se vio barrida del asiento y lanzada entre los manojos de juncos.

Pero, como no se hizo el menor daño, no tardó en levantarse. Mientras tanto, la Oveja seguía con su labor, como si nada hubiera ocurrido.

—¡Qué cangrejo tan bonito has cogido! —le dijo mientras Alicia volvía a su sitio, contenta de encontrarse todavía en el bote.

—¿De veras? No lo he visto —dijo Alicia mirando con muchas precauciones por encima de la borda las oscuras aguas del río—. ¡Qué pena haberlo dejado escapar!... ¡Me gustaría tanto llevar a casa un cangrejito!

Pero la Oveja se limitó a reír con aire desdeñoso, y siguió con su labor.

—¿Hay muchos cangrejos por aquí? —preguntó Alicia.

—Cangrejos y toda clase de cosas —respondió la Oveja—, hay para todos los gustos, pero tienes que elegir. A ver, ¿qué es lo que quieres comprar?

—¡Comprar! —repitió Alicia en un tono a medias atónito y a medias temeroso, porque los remos, la barca y el río se habían desvanecido en un instante, y de nuevo se encontraban en la tiendecita oscura.

—Me gustaría comprar un huevo, por favor —dijo muy tímida—. ¿Cuánto cuestan?

—Uno, cinco peniques y cuarto... y dos, dos peniques —contestó la Oveja.

—Entonces ¿dos cuestan menos que uno? —dijo Alicia sorprendida, sacando del bolso su monederito.

—Sí, pero si compras dos, *tienes* que comerte los dos —dijo la Oveja.

—Entonces llevaré *uno*, por favor —dijo Alicia al tiempo que depositaba el dinero en el mostrador. Porque pensó para sus adentros: «Vete a saber si están buenos».

La Oveja recogió el dinero y lo metió en una caja; luego dijo:

—Nunca pongo los artículos en manos de la gente... no sería correcto... Tendrás que cogerlo tú misma.

Y tras decir esto, se fue al otro extremo de la tienda y puso el huevo derecho sobre un estante.

«Me pregunto *por qué* no tiene que ser correcto —pensó Alicia abriéndose camino a tientas entre las mesas y las sillas, porque el fondo de la tienda estaba muy oscuro—. A medida que avanzo diría que el huevo se aleja cada vez más. Pero ¿qué es esto, una silla? ¡Anda, si tiene ramas, palabra! ¡Qué raro encontrar árboles aquí! ¡Pero si resulta que aquí hay un arroyo! ¡Bueno, es la tienda más rara que he visto en mi vida!».

\*                    \*                    \*                    \*                    \*  
\*                    \*                    \*                    \*                    \*  
\*                    \*                    \*                    \*                    \*

Así pues, siguió avanzando de sorpresa en sorpresa, porque todas las cosas se transformaban en árboles en el instante mismo en que ella se acercaba; estaba totalmente segura de que con el huevo le ocurriría lo mismo.

# Capítulo VI

## Tentetieso<sup>[1]</sup>

Sin embargo, el huevo se limitó a crecer y crecer, y a volverse cada vez más humano: cuando la niña se acercó a unos pocos pasos, vio que tenía ojos, nariz y boca; y cuando se acercó más todavía, vio claramente que se trataba del mismísimo TENTETIESO. «No podía ser otro —se dijo para sus adentros—. ¡Estoy tan segura como si llevase el nombre escrito en medio de la cara!».

Fácilmente hubiera podido escribirlo cien veces en aquella enorme cara. Con las piernas cruzadas al estilo turco, Tentetieso estaba sentado encima de una alta tapia (y tan estrecha que Alicia se maravilló de que pudiera mantener el equilibrio) y, como sus ojos estaban fijos en la dirección contraria, y no parecía prestarle el menor caso, pensó que, después de todo, tal vez fuera un muñeco de peluche.

—¡Es exactamente igual que un huevo! —dijo en voz alta, mientras extendía las manos para cogerlo, segura de que iba a caerse de un momento a otro.

—Es *una* lata —dijo Tentetieso tras un largo silencio y sin mirar a Alicia para nada— que a uno le llamen huevo... ¡*una lata!*

—Señor, yo he dicho que *parecía* un huevo —le explicó Alicia muy amable—. Y, como bien sabe, hay huevos preciosísimos —añadió con la esperanza de convertir su observación en una especie de cumplido.

—Hay gente —dijo Tentetieso, que seguía apartando la mirada— que tiene menos sentido común que un bebé.

Alicia no supo qué contestar a esas palabras; pensó que aquello no podía ser una conversación, porque el otro nunca se dirigía a *ella*; de hecho, su última frase iba dirigida evidentemente a un árbol... así que se quedó allí plantada, recitando en voz baja para sí misma:

*Tentetieso sentado en una tapia:*

*Tentetieso se rompió la crisma.*

*Los caballos y los hombres del Rey*

*no pudieron ponerlo de nuevo en su sitio.*

—Este verso es demasiado largo para la poesía —añadió casi en voz alta, olvidando que Tentetieso podía oírla.

—A ver si dejas de hablar entre dientes —dijo Tentetieso, mirándola por primera vez—, y cuéntame tu nombre y lo que haces.

—Mi *nombre* es Alicia, pero...

—¡Vaya nombre más idiota! —la interrumpió Tentetieso, lleno de impaciencia—. ¿Qué significa?

—¿*Tiene* que significar algo un nombre? —preguntó Alicia en tono dubitativo.

—Por supuesto que sí —dijo Tentetieso soltando una risa breve—, *mi* nombre significa exactamente la forma que tengo, y que además es una forma muy bonita. Con un nombre como el tuyo, casi da igual la forma que tengas.

—¿Por qué está sentado ahí arriba y tan solo? —dijo Alicia, que no tenía ganas de empezar a discutir.

—¡Pues porque no hay nadie conmigo! —exclamó Tentetieso—. ¿Pensabas que no sabría contestar a *eso*? Sigue preguntando.

—¿No crees que estarías más seguro en el suelo? —continuó Alicia, sin la menor intención de proponer otro acertijo, sólo movida por la inquietud que a su buen corazón le inspiraba la extraña criatura—. ¡La tapia es tan *estrechísima*!

—¡Qué extravagantemente fáciles son las adivinanzas que propones! —gruñó Tentetieso—. Por supuesto que no lo creo. Porque si alguna vez llegara a *caerme*..., cosa imposible, desde luego... pero en *caso de que* ocurriera... —Y entonces frunció los labios y adoptó un aire tan solemne y pomposo que Alicia apenas podía contener la risa—... *si* llegara a caerme —prosiguió—, *el Rey me ha prometido*... ¡ah, pásmate si quieres! No esperabas que te dijese esto, ¿verdad?... *El Rey me ha prometido, de su propia boca*... que... que...

—Que enviará todos sus caballos y todos sus caballeros —le interrumpió Alicia de forma bastante imprudente.

—¡Vaya, lo que me faltaba por oír! —exclamó Tentetieso, presa de una furia repentina—. ¡Has tenido que estar escuchando detrás de las puertas... y detrás de los árboles... y por los tubos de las chimeneas!... porque si no, ¡no lo sabrías!

—¡Yo no he hecho eso! —dijo Alicia muy amable—. Está en un libro.

—Ah, bueno. Es cierto que pueden escribirse cosas como ésas en un *libro*... —dijo Tentetieso en tono algo más tranquilo—. Es lo que se llama Historia de Inglaterra, ¿no es cierto? Ahora mírame bien. Delante de ti tienes a uno que ha hablado con el Rey: soy yo; tal vez nunca más veas a otro; y para demostrarte que no soy orgulloso, te permito que me estreches la mano. —Y puso una sonrisa casi de oreja a oreja, a la vez que se inclinaba hacia adelante (tanto que le faltó un pelo para caerse de la tapia), y tendía la mano a Alicia, que se la cogió observándole con cierta inquietud. «Si sonriese un poco más, podrían juntársele por detrás las comisuras de la boca —pensó la niña—, y en tal caso me pregunto qué le pasaría a la cabeza. ¡Mucho me temo que se le desprendería!».



—Sí, todos sus caballos y todos sus caballeros —continuó Tentetieso—. Seguro que me recogerían en el acto, *seguro*. Pero esta conversación va demasiado deprisa: volvamos a la penúltima frase.

—Me temo que no la recuerdo demasiado bien —dijo Alicia con mucha cortesía.

—En ese caso, empecemos otra vez —dijo Tentetieso—, y ahora me toca a mí elegir un tema («¡Habla como si se tratase de un juego!», pensó Alicia). La siguiente pregunta es: ¿cuántos años has dicho que tienes?

Alicia hizo un breve cálculo, y dijo:

—Siete años y seis meses.

—¡Está mal! —exclamó triunfalmente Tentetieso—. Antes no habías dicho ni palabra sobre los años.

—Creía que usted quería decir: «¿Cuántos años tienes?».

—Si hubiese querido decir eso, lo habría dicho —replicó Tentetieso.

Alicia no tenía ganas de empezar otra discusión, y por eso no dijo ni palabra.

—¡Siete años y seis meses! —repitió pensativo Tentetieso—. ¡Qué edad tan incómoda! Si me hubieras pedido *mi* opinión, te habría dicho: «¡Déjalo en siete!»... pero ahora es demasiado tarde.

—Nunca pido opinión a nadie para crecer —dijo Alicia indignada.

—¿Conque orgullosa, eh? —preguntó el otro.

Alicia se sintió más indignada todavía por esa insinuación.

—Quiero decir —replicó— que una no puede evitar crecer.

—*Una*, tal vez no —dijo Tentetieso—, pero *dos* sí pueden. Con la ayuda necesaria, habrías podido detenerte en los siete.

—¡Qué cinturón tan precioso llevas! —observó Alicia de repente. (Pensó que ya habían hablado más que de sobra de la edad; y si iban a escoger los temas de conversación por turno, ahora le tocaba *a ella*)—. Por lo menos —rectificó después de pensárselo—, qué bonita corbata... bueno, no, he querido decir cinturón... perdóneme... —añadió consternada, porque Tentetieso parecía profundamente ofendido, y ella empezaba a estar arrepentida de haber abordado ese tema de conversación—. «¡Ojalá supiera —pensó para sus adentros— cuál es su cuello y cuál su cintura!».

Evidentemente Tentetieso estaba muy furioso, aunque no dijo nada durante uno o dos minutos. Cuando de nuevo *quiso* hacer uso de la palabra, se oyó una especie de gruñido ronco.

—No hay nada *más... irritante...* —terminó diciendo— que una persona no sepa distinguir una corbata de un cinturón.

—Confieso que es ignorancia de mi parte —dijo Alicia en tono tan humilde que Tentetieso se calmó un poco.

—Esto es una corbata, niña, y una corbata muy bonita, como tú misma has dicho. ¡Es un regalo del Rey Blanco y la Reina Blanca! ¿Qué te parece?

—¿De veras? —dijo Alicia, encantada de *haber* escogido, por fin, un buen tema de conversación.

—Me la dieron —continuó pensativo Tentetieso cruzando una pierna sobre otra y cogiéndose con las dos manos una de las rodillas—, me la dieron... como regalo de no-cumpleaños.

—Perdóneme, pero... —dijo Alicia con aire intrigado.

—No me has ofendido —dijo Tentetieso.

—Quiero decir, ¿qué es un regalo de no-cumpleaños?

—Un regalo que te dan cuando no es tu cumpleaños, naturalmente.

Alicia caviló un poco.

—Prefiero los regalos de cumpleaños —dijo por último.

—¡No sabes de qué estás hablando! —exclamó Tentetieso—: ¿Cuántos días tiene un año?

—Trescientos sesenta y cinco —respondió Alicia.

—¿Y cuántos cumpleaños tienes tú?

—Uno.

—Y si a trescientos sesenta y cinco le quitas uno, ¿cuánto queda?

—Trescientos sesenta y cuatro, por supuesto.

Tentetieso la miró con aire dubitativo.

—Preferiría verlo escrito —dijo.

Alicia no pudo contener una sonrisa mientras sacaba del bolsillo su cuadernillo de notas, y le hacía la cuenta:

$$\begin{array}{r} 365 \\ -1 \\ \hline 364 \end{array}$$

Tentetieso cogió el cuaderno y lo examinó atentamente.

—Parece que está bien... —empezó a decir.

—Pero si lo está mirando al revés —le interrumpió Alicia.

—¡Anda, tienes razón! —dijo muy divertido Tentetieso, mientras ella ponía derecho el cuaderno—. Ya me parecía un poco raro. Como te iba diciendo, *parece* que está bien... aunque ahora no tengo tiempo de comprobarla de arriba abajo... lo cual demuestra que hay trescientos sesenta y cuatro días en los que puedes recibir regalos de no-cumpleaños.

—Claro —dijo Alicia.

—Y que sólo hay *uno* para los regalos de cumpleaños. ¡Te has cubierto de gloria!

—No sé lo que quiere decir con eso de «cubrirse de gloria» —dijo Alicia.

Tentetieso sonrió con aire desdeñoso:

—Claro que no... hasta que yo no te lo diga. Quería decir: ¡vaya razonamiento más demoledor en tu contra!

—Pero «gloria» no significa «razonamiento más demoledor» —objetó Alicia.

—Cuando *yo* uso una palabra —dijo Tentetieso en tono bastante despectivo— significa exactamente lo que yo quiero que signifique... ni más ni menos.

—La cuestión es —dijo Alicia—, si *puede* hacer que las palabras signifiquen tantas cosas diferentes.

—La cuestión es quién manda —respondió Tentetieso—; y punto.

Alicia quedó demasiado desconcertada para decir cualquier cosa; por eso, al cabo de un minuto, Tentetieso añadió:

—Tienen su carácter, me refiero a algunas... sobre todo los verbos; son los más orgullosos... con los adjetivos puedes hacer lo que te dé la gana, pero con los verbos no... sin embargo, *yo* sí puedo meter en cintura a todas ellas. ¡Impenetrabilidad! Es lo que *yo* digo.

—Puedes decirme, por favor —dijo Alicia—, ¿qué quiere decir eso?

—Ahora sí que hablas como una niña sensata —dijo Tentetieso, que parecía muy satisfecho—. Por «impenetrabilidad» quiero decir que ya hemos hablado suficiente sobre este tema, y que sería mejor que me dijese qué pretendes hacer ahora, porque supongo que no vas a quedarte ahí el resto de tu vida.

—Eso sí que es hacer que una sola palabra signifique muchas cosas —dijo Alicia en tono reflexivo.

—Cuando exijo de una palabra un esfuerzo tan grande —dijo Tentetieso— siempre le doy paga extra.

—¡Oh! —dijo Alicia, que estaba demasiado atónita para hacer cualquier otro comentario.

—¡Ay! —prosiguió Tentetieso, moviendo gravemente la cabeza—, ¡cuánto me gustaría que vieras cómo se reúnen a mi alrededor las palabras los sábados por la tarde... para cobrar su paga, como puedes suponer.

(Alicia no se atrevió a preguntarle con qué las pagaba, y por eso no os lo puedo decir).

—Parece usted muy listo explicando palabras, señor —dijo Alicia—. ¿Sería tan amable de decirme el significado del poema titulado *Jerigóndor*?

—Oigámoslo —dijo Tentetieso—. Puedo explicar todos los poemas que se han inventado desde siempre... y muchos de los que todavía no se han inventado.

Aquello parecía muy prometedor, así que Alicia repitió la primera estrofa:

*Cocillaba el día y las tovas agilimosas  
giroscopaban y barrenaban en el tarde.  
Todos debirables estaban los burgovos,  
y silbramaban las alecas rastas.*

—Con eso basta para empezar —dijo Tentetieso interrumpiéndola—. Está lleno de palabras difíciles. *Cocillaba el día* quiere decir las cuatro de la tarde... la hora en que se empieza a *cocer* para la cena.

—Está muy bien visto —dijo Alicia—; ¿y *agilimosas*?

—Bueno, *agilimosas* significa ágil y activo. Ágil es lo mismo que activo. Mira, eso como una maleta<sup>[1]</sup>: hay dos significados dentro de una sola palabra.

—¡Ah, ya lo entiendo! —respondió Alicia pensativa—. ¿Y qué son *tovas*?

—Bueno, *tovas* son algo así como tejonos... algo así como lagartos... y algo así como sacacorchos.

—Deben de ser entonces unos bichos curiosísimos.

—Lo son —dijo Tentetieso—; además hacen sus nidos debajo de los relojes de sol... y se alimentan de queso.

—¿Y qué quieren decir *giroscopar* y *barrenar*?

—*Giroscopar* es dar vueltas y más vueltas como un giróscopo. Y *barrenar* es hacer agujeros como un barreno.

—Y *el larde* supongo que es la alameda alrededor del reloj de sol —dijo Alicia, estupefacta ante su propio ingenio.

—Así es. Como sabes, se llama *larde* porque se estira por delante y por detrás del reloj de sol...

—Y también por los dos lados —añadió Alicia.

—Exactamente. En cuanto a *debirables*, quiere decir «frívolo y miserable» (ahí tienes otra maleta). El *burgovo* es un pájaro muy esquelético, que tiene una pinta lamentable, con las plumas erizadas en todos los sentidos: algo así como un fregasuelos viviente.

—¿Y las *alecas rastas*? —dijo Alicia—. No sabe cuánto lamento darle tanto la lata.

—Bueno, *rasta* es una especie de cerdo verde; pero de *alecas* no estoy del todo seguro. Creo que es un resumen de *alejadas de casa*... que quiere decir que se han perdido.

—¿Y qué quiere decir *silbramaban*?

—Bueno, *silbramaban* es algo así como entre bramar y silbar, con una especie de estornudo en medio; además, puede ser que lo oigas en ese bosque de allá, y en cuanto lo hayas oído una vez, quedarás *más que* satisfecha. Pero ¿quién ha podido recitarte esos versos tan difíciles?



—Los he leído en un libro —dijo Alicia—. Pero también me *han* recitado muchos otros más fáciles... creo que ha sido Tararí.

—Como sabrás, eso de recitar versos —dijo Tentetieso tendiendo una de sus grandes manazas— puedo hacerlo tan bien como cualquiera, si llega el caso.

—¡Oh, no, no llega el caso! —se apresuró a decir Alicia, con la esperanza de que no se lanzara a recitar.

—La poesía que voy a declamarte —continuó Tentetieso haciendo caso omiso de ese comentario— fue escrita para que te guste.

Alicia pensó que, en ese caso, realmente no *había* más remedio que escuchar; así que se sentó y dijo «gracias» con aire bastante resignado.

*En invierno, cuando los campos están blancos,  
para entretenerte esta canción te canto...*

—... aunque en realidad no la canto —añadió a modo de explicación.

—Ya lo veo —dijo Alicia.

—Si eres capaz de *ver* si canto o no canto, tienes mejor vista que la mayoría —comentó Tentetieso en tono severo. Alicia se quedó callada.

*En primavera, cuando los bosques verdean  
Intento aclararte el sentido:*

—Muchas gracias —dijo Alicia.

*En verano, cuando los días son largos,  
quizá entiendas la canción.*

*En otoño, si amarillean las hojas,  
coge pluma y tinta, y píntalo.*

—No dejaré de hacerlo si, después de tanto tiempo, sigo acordándome —dijo Alicia.

—No hace falta que hagas tantos comentarios de este tipo —dijo Tentetieso—: no tienen ni pies ni cabeza y me confunden.

*Un recado envié a los peces  
diciéndoles: «Esto deseo».*

*Los pececillos del mar  
su respuesta me enviaron:*

*Los pececillos decían:  
«No podemos, señor, porque...».*

—Mucho me temo que no lo comprendo demasiado bien —dijo Alicia.

—Lo que viene ahora es más fácil —replicó Tentetieso.

*Volví a mandarles decir  
que sería lo mejor obedecer.*

*Contestaron los peces sonrientes:  
«¡Vaya mal genio que tienes!».*

*Se lo dije una vez, se lo dije dos:  
pero no quisieron atender.*

*Cogí una olla ancha y nueva,  
para mi idea apropiada.*

*Mi corazón palpitaba:  
y así la olla se llenó.*

*Luego alguien vino a decirme:  
«Duermen ya los pececillos».*

*Y yo le dije muy clarito  
«¿Por qué a despertarlos no vas?».*

*Muy clarito y en voz alta.  
Fui y se lo grité en la oreja.*



La voz de Tentetieso casi se convertía en grito cuando recitó este verso, y Alicia, temblando, pensó: «*Por nada del mundo me hubiera gustado ser el mensajero*».

*Mas el otro dijo tieso:  
«No hace falta gritar tanto».*

*Y el otro dijo orgulloso  
«Yo podría despertarles...».*

*Y cogiendo un sacacorchos  
yo mismo fui a despertarles.*

*Y al ver la puerta cerrada  
tiré, empujé y golpeé.*

*Como seguía cerrada  
luego giré el picaporte...*

Hubo una larga pausa.

—¿Ya está? —preguntó Alicia con voz tímida.

—Ya está —dijo Tentetieso—. Y adiós.

Vaya unos modales tan bruscos, pensó Alicia; pero, después de una indicación *tan* clara de que debía retirarse, pensó que no sería de buena educación seguir allí. Así que se levantó y le dio la mano.

—Adiós, hasta la vista —dijo en el tono más alegre que pudo.

—Si volvemos a encontrarnos, no te reconocería —replicó Tentetieso en tono enfadado, y ofreciéndole un solo dedo para que se lo estrechase—, porque eres exactamente igual que todo el mundo.

—Por lo general, a la gente se la distingue por la cara —observó Alicia en tono pensativo.

—De eso precisamente me quejo —dijo Tentetieso—. Tu cara no se distingue nada de la de todo el mundo: dos ojos así (y con el pulgar los colocaba en el aire), la nariz en medio y la boca debajo. Siempre lo mismo. En cambio, si tuvieras los dos ojos en el mismo lado de la nariz, por ejemplo, o la boca en la frente... de *algo* me serviría.

—No quedaría bonito —objetó Alicia.

Pero Tentetieso se limitó a cerrar los ojos y a decir:

—Espera a probarlo.

Alicia aguardó un minuto para ver si Tentetieso continuaba hablando, pero, como seguía sin abrir los ojos y no parecía fijarse en ella, dijo: «¡Adiós!» una vez más, y, al no obtener respuesta, se marchó tranquilamente; pero no pudo evitar decirse a sí misma mientras se iba: «De todas las personas insatisfactorias —(y repitió esto en voz alta, como si le fuera de gran alivio pronunciar una palabra tan larga)—, de todas las personas insatisfactorias que he conocido *en toda mi vida...*». No consiguió terminar la frase, porque en ese momento un formidable estruendo sacudió el bosque de arriba abajo.

# Capítulo VII

## El León y el Unicornio

Un momento más tarde empezaron a llegar soldados corriendo por el bosque, primero en grupos de dos y de tres, luego de diez o de veinte, y al final en pelotones tan grandes que parecía que iban a llenar el bosque entero. Alicia se refugió detrás de un árbol por miedo a ser atropellada, y se limitó a verlos pasar.

Pensó que nunca en su vida había visto soldados tan poco seguros sobre sus pies: no hacían más que tropezar ante cualquier obstáculo, y cuando uno daba un traspiés otros le caían encima, de suerte que no tardó el suelo en quedar cubierto de montoncitos de hombres.



Luego llegaron los caballos. Como tenían cuatro patas, se las arreglaban bastante mejor que los soldados; pero, de todos modos, también tropezaban de vez en cuando; y parecía una regla obligada: cada vez que tropezaba un caballo, el jinete caía en el acto. La confusión crecía por instantes, y Alicia, que estaba contentísima de haber llegado a un claro del bosque, se encontró con el Rey Blanco que, sentado en el suelo, escribía con ahínco en su cuadernillo de notas.

—¡He mandado a todos allá! —gritó el Rey en tono complacido cuando vio a Alicia—. ¿No te habrás encontrado por casualidad con unos soldados cuando venías por el bosque, querida?

—Sí, los he encontrado —dijo Alicia—: me ha parecido que eran muchos miles.

—Cuatro mil doscientos siete, ése es su número exacto —dijo el Rey, consultando su cuadernillo—. No he podido enviar todos los caballos, ¿sabes?, porque se necesitan dos para la partida. Y tampoco he mandado a los dos mensajeros. Han ido a la ciudad. Mira al camino y dime si ves alguno.

—No veo a nadie en el camino —dijo Alicia.

—¡Cuánto daría yo por tener unos ojos como los tuyos! —observó el Rey en tono quejumbroso—. ¡Ser capaz de ver a Nadie! ¡Y a esa distancia además! ¡Porque, con esta luz, lo único de que yo soy capaz es de ver a las personas reales!

Pero Alicia no oyó una palabra, porque seguía mirando atentamente el camino, con una mano a modo de visera sobre los ojos.

—¡Ahora sí que veo a alguien! —dijo de pronto—. Alguien que viene muy despacio... ¡y qué cosas más raras hace! (porque el Mensajero venía dando brincos y retorciéndose como una anguila, con las manazas extendidas a ambos lados como abanicos).

—¡Nada de raras! —dijo el Rey—. Es un mensajero anglosajón, y esas contorsiones son anglosajonas. Sólo las hace cuando está contento. Se llama Alado. (Y pronunció ese nombre como si quisiera hacerlo rimar con «Lado»).

—A mi amor amo con una A —empezó a decir Alicia sin poder contenerse<sup>[1]</sup>— porque es Alegre. Le odio con A porque es antipático. Le alimento con... con... con Alubias y Alfalfa. Se llama Alado y vive...

—Vive en el Alto —comentó sencillamente el Rey sin darse cuenta de que, así, se sumaba al juego, mientras Alicia seguía buscando un nombre

de ciudad que empezase por A—. El otro mensajero se llama Aprisa. Verás, debo tener dos... para la ida y la vuelta. Uno para ir, y otro para volver.

—¿Tengo que pedirle perdón? —dijo Alicia.

—Pedir no es de buena crianza —dijo el Rey.

—Sólo quería decir que no entiendo nada —replicó Alicia—. ¿Por qué uno para ir y otro para volver?

—¿No te lo estoy contando? —exclamó el Rey lleno de impaciencia—. Tengo que tener *dos*... para llevar y traer. Uno para llevar, y otro para traer.

En ese momento llegaba el Mensajero, demasiado extenuado para poder hablar; sólo agitaba las manos y le hacía al pobre Rey las muecas más espantosas.

—Esta damisela te ama con A —dijo el Rey, presentándole a Alicia con la esperanza de apartar de él la atención del Mensajero; pero no le sirvió de nada porque las contorsiones anglosajonas eran cada vez más extravagantes, y sus grandes ojos extraviados giraban dentro de las órbitas de un lado para otro.

—¡Estás asustándome! —dijo el Rey—. Me mareo... Dame un emparedado de asadura.

Entonces el Mensajero, con mucho regocijo por parte de Alicia, abrió un bolso que traía colgado del cuello, y tendió al Rey un emparedado que éste devoró con avidez.



—¡Otro emparedado! —dijo el Rey.

—Ya sólo queda uno de acacia —dijo el Mensajero, mirando dentro del bolso.

—Acacia entonces —murmuró el Rey con un susurro apagado.

Alicia estaba contenta viendo que la acacia parecía darle nueva vida.

—No hay nada como la acacia cuando uno se siente débil —le dijo el Rey a Alicia mientras masticaba.

—Yo creía que, en estos casos, lo mejor era un poco de agua fría —sugirió Alicia—, o aspirar sales.

—Yo no he dicho que no haya nada *mejor* —replicó el Rey—, he dicho que no hay nada *como* esto.

Alicia no se atrevió a contradecirle.

—¿A quién has adelantado en el camino? —prosiguió el Rey, tendiendo su mano al Mensajero y pidiéndole más acacia.

—A nadie —dijo el Mensajero.

—Exacto —dijo el Rey—: esta damisela también le ha visto. Es decir, que Nadie anda más despacio que tú.

—Todo lo contrario —dijo el Mensajero en tono agrio—. ¡Estoy seguro de que nadie camina más rápido que yo!

—No puede ser —dijo el Rey—, porque en ese caso habría llegado antes que tú. De cualquier modo, ahora que has recobrado el aliento, cuéntame qué ha pasado en la ciudad.

—Lo diré en voz muy baja —contestó el Mensajero poniéndose las manos sobre la boca a modo de bocina e inclinándose para pegarla a la oreja del Rey. Alicia lo lamentó mucho, porque también ella quería oír las noticias. Sin embargo, en lugar de susurrarlas, el mensajero gritó con todas sus fuerzas—: ¡Otra vez están pegándose!

—¿A eso llamas tú susurrar? —exclamó el pobre Rey dando un brinco y sobresaltado—. ¡Si vuelves a gritar, mando que te fríen en mantequilla! ¡Tu grito ha cruzado por mi cabeza como un terremoto!

«¡Muy pequeño habrá sido el terremoto!» —pensó Alicia.

—¿Quiénes están pegándose otra vez? —se atrevió a preguntar.

—Pues el León y el Unicornio, ¿quién va a ser? —dijo el Rey.

—¿Luchan por la corona?

—Claro —dijo el Rey—, y lo más divertido es que siempre se trata de *mi* corona. Vamos corriendo a verlos —y se pusieron a trotar. Mientras corría, Alicia recitaba para sus adentros las palabras de la vieja canción:

*El León y el Unicornio luchaban por la corona,  
Por toda la ciudad iba el León pegando al Unicornio.  
Unos les dieron pan blanco, otros moreno les dieron:  
y de la ciudad otros más los excluyeron...*

—Y entonces... el que... gana... ¿se queda con la corona? —preguntó Alicia lo mejor que pudo, porque se había quedado sin aliento de tanto correr.

—Ni hablar, eso nunca —dijo el Rey—. ¡Vaya ocurrencia!

—¿Sería... lo bastante amable... —logró decir Alicia después de correr otro rato— de parar un minuto... sólo para... recuperar el aliento?...

—Soy lo bastante *amable* —dijo el Rey—, pero no lo bastante *fuerte*. Como sabes, un minuto pasa terriblemente deprisa. ¡Sería como intentar parar a un Zampatortas!

Alicia se había quedado sin aliento para hablar, así que siguieron trotando en silencio hasta llegar a la vista de un gran gentío, en cuyo centro luchaban el León y el Unicornio. Había tal nube de polvo que al principio Alicia no pudo distinguir quién era quién; pero pronto se las arregló para reconocer al Unicornio por su cuerno.

Se colocaron junto a Aprisa, el otro mensajero, que contemplaba de pie la pelea, con una taza de té en una mano y una rebanada de pan con mantequilla en la otra.

—Acaba de salir de la cárcel, y no tuvo tiempo de terminar su té cuando lo encerraron —le susurró Alado a Alicia—; y como allí sólo les dan conchas de ostras... Por eso tiene tanta hambre y tanta sed. ¿Cómo estás, querido? —continuó, pasando afectuosamente el brazo por el cuello de Aprisa.

Aprisa se volvió, hizo un gesto con la cabeza y siguió con su rebanada de pan y mantequilla.

—¿Lo has pasado bien en la cárcel, querido? —dijo Alado.

Aprisa volvió a mirar a su alrededor, y esta vez una o dos lágrimas rodaron por sus mejillas; pero no dijo ni palabra.

—Di algo, por favor —gritó Alado impaciente. Pero Aprisa siguió masticando tranquilamente y bebió un poco más de té.

—¡Habla de una vez! —gritó el Rey—. ¿Cómo va la pelea?



Aprisa hizo un esfuerzo desesperado y se tragó un gran bocado de pan y mantequilla.

—Muy bien —dijo ahogándose casi—: cada uno de ellos ha caído unas ochenta y siete veces.

—Supongo que entonces no tardarán en llevarles el pan blanco y el moreno —se atrevió a observar Alicia.

—El pan ya les está esperando —dijo Aprisa—; yo estoy comiéndome uno de los trozos.

Justo en ese momento hubo un descanso en la lucha, y el León y el Unicornio se sentaron, jadeantes, mientras el Rey anunciaba:

—¡Diez minutos para refrescos!

Inmediatamente, Alado y Aprisa se dedicaron a pasar bandejas de pan blanco y de pan moreno por todas partes. Alicia cogió un cachito para probarlo, pero le pareció *muy* seco.

—No creo que hoy sigan combatiendo —le dijo el Rey a Aprisa—; vete a ordenar que empiecen los tambores.

Y Aprisa se fue dando brincos como un saltamontes.

Durante uno o dos minutos Alicia guardó silencio, observándoles. De repente, su rostro se iluminó:

—¡Mirad! ¡Mirad! —exclamó apuntando ansiosamente a lo lejos—: ¡Es la Reina Blanca que cruza el campo a todo correr! Acaba de salir de aquel bosque de allá abajo... ¡Qué de prisa *pueden* correr estas Reinas!

—No hay duda de que tendrá algún enemigo en los talones —dijo el Rey sin molestarse siquiera en mirar—. Ese bosque está lleno.

—¿Pero no va a correr en su ayuda? —preguntó Alicia muy sorprendida al ver que se lo tomaba con tanta tranquilidad.

—¡Es inútil, inútil! —respondió el Rey—. Corre a una velocidad tremenda. Sería lo mismo que intentar atrapar a Zampatortas. Pero lo anotaré en mi cuaderno, si quieres. Es una criatura encantadora —dijo en voz baja para sus adentros mientras abría su cuadernillo de notas—. ¿«Criatura» se escribe con *e* o con *i*?

En ese momento el Unicornio se acercó a ellos muy despacio y con las manos en los bolsillos.

—Esta vez he sido el mejor, ¿verdad? —le dijo al Rey, lanzándole una breve mirada al pasar.

—Un poquito... un poquitín mejor... —replicó el Rey, algo nervioso—. Aunque me parece que no debías haberle traspasado con el cuerno.

—¡No le hice daño! —dijo el Unicornio en tono desenvuelto. E iba a alejarse cuando sus ojos tropezaron por casualidad con Alicia: se volvió inmediatamente y se la quedó mirando con aire de profundo disgusto.

—¿Qué... es... esto? —terminó por decir.

—¡Esto es una niña! —contestó Alado al punto, poniéndose delante de Alicia para presentársela, y extendiendo sus dos manos hacia ella en actitud perfectamente anglosajona—. Hoy mismo la hemos encontrado. Es tan grande como las de verdad, y dos veces más natural.

—¡Siempre creí que eran monstruos de fábula! —dijo el Unicornio—. ¿Está viva?

—Y puede hablar —dijo Alado solemne.

El Unicornio miró a Alicia con aire ensimismado, y dijo:

—¡Habla, niña!

Alicia no pudo evitar que sus labios esbozasen una sonrisa mientras empezaba:

—¿Sabes una cosa? También yo creía que los Unicornios eran monstruos de fábula. ¡Nunca había visto uno vivo hasta ahora!

—Bueno, ahora que por fin nos *hemos* visto —dijo el Unicornio—, si tú crees en mí, yo creeré en ti. ¿Trato hecho?

—Si tú quieres... —dijo Alicia.

—¡Venga, viejo, pásanos el pastel de ciruela! —continuó el Unicornio, volviéndose hacia el Rey—. ¡Y el pan moreno, conmigo, ni lo mientes!

—¡Por supuesto... por supuesto! —balbuceó el Rey, que hizo una seña a Alado—. ¡Abre el saco! —susurró—. ¡Deprisa! ¡Ése no: está lleno de acacia!

Alado sacó del saco un gran pastel que le pasó a Alicia para que se lo sostuviera mientras él sacaba un plato y un trinchante. Alicia no podía imaginar que del saco salieran tantas cosas, y pensó que era como un juego de manos.



Mientras tanto, se les había unido el León: parecía muy cansado y soñoliento, y tenía los ojos semicerrados.

—¿Pero esto qué es? —dijo mirando perezosamente a Alicia y hablando en un tono bajo y profundo que sonó como el tañido de una gran campana.

—¿A que no sabes qué es? —gritaba el Unicornio impaciente—. ¡No lo adivinarás nunca! Yo no he podido.

El León miraba a Alicia con aire cansado:

—¿Eres animal... o vegetal... o mineral? —dijo, bostezando tras pronunciar cada una de esas palabras.

—¡Es un monstruo fabuloso! —chilló el Unicornio, antes de que Alicia tuviera tiempo de responder.

—Entonces, pásame el pastel de ciruelas, Monstruo —dijo el León, tumbándose y apoyando la barbilla en sus patas delanteras—. Y vosotros dos, sentaos (la orden era para el Rey y el Unicornio): porque no quiero trampas con el pastel.

Evidentemente el Rey se sentía muy incómodo por tener que sentarse entre aquellos dos grandes animales, pero era el único sitio que quedaba.

—¡Qué buena pelea podríamos hacer *ahora* por la corona! —dijo el Unicornio mirando con el rabillo del ojo la corona, que estaba a punto de

caérsele al pobre Rey de la cabeza, de lo mucho que temblaba.

—Me resulta muy fácil ganar —dijo el León.

—No estaría yo tan seguro —replicó el Unicornio.

—¡Venga ya, si he estado zurrándote por toda la ciudad, gallina!  
—contestó el León enfadado, mientras se incorporaba a medias.

En ese momento intervino el Rey para evitar que siguiese la pelea: estaba muy nervioso y le temblaba la voz:

—¿Por toda la ciudad? —dijo—. Eso es mucho trecho. ¿Habéis pasado por el puente viejo o por la plaza del mercado? La mejor vista es la del puente viejo.

—Yo no tengo ni idea —gruñó el León echándose de nuevo—. Había demasiado polvo para poder ver nada. ¡Cuánto tarda el Monstruo en cortar ese pastel!

Alicia se había sentado a la orilla de un riachuelo, con la bandeja en las rodillas, y muy animada estaba serrando el pastel con el cuchillo.

—¡Es muy irritante! —dijo a modo de respuesta para el León (estaba acostumbrándose a que la llamaran «el Monstruo»). He cortado varias rebanadas, ¡pero se vuelven a juntar!

—Es que no sabes apañártelas con los pasteles del Espejo —observó el Unicornio—. Primero haz que circule el pastel y luego córtalo.

Parecía absurdo, pero Alicia, obediente, se levantó, hizo circular la bandeja y el pastel se dividió por sí mismo en tres trozos.

—*Ahora* córtalo —dijo el León mientras ella volvía a su sitio con la bandeja vacía.

—¡Afirmo que esto no es justo! —gritó el Unicornio cuando Alicia se sentaba con el cuchillo en la mano, tan desconcertada que no sabía cómo salir del apuro—. ¡El Monstruo le ha dado al León el doble que a mí!

—En última instancia, ella no se ha quedado con ningún trozo —dijo el León—. ¿Te gusta el pastel de ciruela, Monstruo?

Pero antes de que Alicia tuviera tiempo de contestar, empezaron a sonar los tambores.

No acertaba a saber de dónde procedía el ruido, que parecía llenar el aire y que cruzó de parte a parte su cabeza hasta dejarla completamente ensordecida. Se levantó de un brinco y aterrorizada saltó

\*            \*            \*            \*            \*  
         \*            \*            \*            \*            \*  
\*            \*            \*            \*            \*

el pequeño arroyo, justo a tiempo de ver levantarse al León y al Unicornio, furiosos de que alguien interrumpiera su comida, antes de caer de rodillas y taparse los oídos, para tratar de protegerse en vano del terrible estruendo.

«Si esto no consigue echarlos de la ciudad —pensó para sí misma—, nada conseguirá hacerlo».



# Capítulo VIII

## «De mi cosecha»

Al cabo de un momento, el ruido pareció ir apagándose poco a poco, hasta que se hizo un silencio mortal y Alicia levantó la cabeza algo inquieta. No se veía a nadie, y al principio pensó que había estado soñando con el León, el Unicornio y aquellos extraños Mensajeros anglosajones. Sin embargo, a sus pies seguía la gran bandeja sobre la que había intentado cortar el pastel de ciruelas. «Eso quiere decir que, al fin y al cabo, no estaba soñando —se dijo para sí misma— a menos... a menos que todos fuésemos parte del mismo sueño. En ese caso, espero que se trate de *mi* sueño, y no el sueño del Rey Rojo. No me gustaría pertenecer al sueño de otra persona —prosiguió en un tono bastante lastimero—. ¡Me dan ganas de ir a despertarle a ver qué pasa!».

En ese instante sus cavilaciones fueron interrumpidas por un fuerte grito: «¡Eh, eh! ¡Jaque!», y un Caballero<sup>[1]</sup>, vestido con una armadura carmesí, se precipitó al galope contra ella blandiendo una enorme maza. En el preciso momento en que la alcanzaba, el caballo se detuvo en seco: «¡Eres mi prisionera!», exclamó el Caballero al tiempo que se desplomaba bruscamente del caballo.

A pesar del susto, en ese momento Alicia sintió más miedo por el caballero que por ella misma, y no sin inquietud contempló cómo subía de nuevo a su montura. Tan pronto como se instaló cómodamente en la silla, empezó a decir: «¡Eres mi...!», pero le interrumpió otra voz que gritaba: «¡Eh, eh! ¡Jaque!», y Alicia, algo sorprendida, se volvió hacia el nuevo enemigo.

En esta ocasión se trataba de un Caballero Blanco. Llegó a la altura de Alicia, y también se desplomó bruscamente del caballo, igual que había hecho el Caballero Rojo: luego volvió a montar, y los dos Caballeros permanecieron mirándose uno a otro sin decir palabra. Alicia los miraba también algo desconcertada.



—¡No olvides que es mi prisionera! —dijo por fin el Caballero Rojo.

—¡Sí, pero luego he llegado yo a rescatarla! —replicó el Caballero Blanco.

—Bueno, entonces tendremos que batirnos —dijo el Caballero Rojo cogiendo su casco (que colgaba de la silla y tenía forma algo así como de cabeza de caballo) y poniéndoselo.

—Doy por supuesto que respetarás las Reglas del Combate —advirtió el Caballero Blanco, poniéndose también el casco.

—Siempre lo hago —dijo el Caballero Rojo; y ambos empezaron a golpearse con tal furia que Alicia hubo de refugiarse detrás de un árbol para quedar fuera del alcance de los golpes.

«Me pregunto qué Reglas del Combate son ésas —se dijo para sí, mientras contemplaba la lucha, lanzando tímidas ojeadas desde su escondite—. Una debe de ser que, si un Caballero golpea al otro, lo derriba del caballo; y, si falla, entonces el que cae es él; y otra parece consistir en

que deben sujetar las mazas entre los brazos, como si fueran muñecos de Polichinela... ¡Qué ruido arman cuando caen! Lo mismo que si los hierros de la chimenea cayesen sobre la pantalla. ¡Y qué tranquilos están los caballos! ¡Les dejan montar y caerse como si fuesen de madera!».

Otra Regla del Combate, en la que Alicia no había reparado, parecía exigir que cayesen siempre de cabeza; y el combate terminó cuando ambos cayeron de ese modo, el uno al lado del otro. Cuando de nuevo se levantaron, se dieron la mano, y, luego, el Caballero Rojo montó y partió al galope.

—Ha sido una victoria gloriosa, ¿verdad? —dijo el Caballero Blanco, que se acercó a Alicia jadeando.

—No lo sé —respondió Alicia llena de dudas—. En cualquier caso no quiero ser prisionera de nadie. Quiero ser Reina.

—Lo serás cuando hayas cruzado el siguiente arroyo —dijo el Caballero Blanco—. Me haré cargo de tu seguridad hasta que termine el bosque... entonces tendré que volverme, como sabes. Ahí acaba mi jugada.

—Muchas gracias —dijo Alicia—. ¿Puedo ayudarle a quitarse el casco? —Era evidente que él solo no era capaz de hacerlo; y Alicia lo consiguió al fin tras varias sacudidas.

—Ahora puedo respirar mucho mejor —dijo el Caballero, alisándose el abundante pelo hacia atrás con ambas manos y volviendo hacia Alicia un rostro muy bondadoso con dos grandes ojos llenos de dulzura. La niña pensó que nunca había visto un soldado de aspecto tan extraño.

Iba vestido con una armadura de hojalata que parecía sentarle francamente mal, y llevaba sujeta a la espalda, y boca abajo, entre los hombros, una extraña cajita de madera blanca, con la tapa abierta. Alicia la examinó llena de curiosidad.

—Ya veo que te sorprende mi cajita —dijo en tono amistoso el Caballero—. Es de mi propia cosecha... para guardar la ropa y los bocadillos. Como ves, la llevo boca abajo para que no le entre la lluvia.

—Pero entonces las cosas pueden *Salirse* —observó muy amable Alicia—. ¿Sabe que lleva la tapa abierta?

—No lo sabía —respondió el Caballero, por cuya cara pasó una sombra de contrariedad—. ¡Se me habrán caído todas las cosas! Y sin las cosas, la cajita no sirve para nada. —Mientras así hablaba la desató, y ya se disponía a tirarla entre los matorrales, cuando una súbita idea pareció

sorprenderle, y la colgó con sumo cuidado de un árbol—. ¿Adivinas por qué lo hago? —le preguntó a Alicia.

Alicia negó con la cabeza.

—Con la esperanza de que las abejas hagan su nido en ella... así recogeré la miel.

—Pero si ya lleva una colmena... o algo parecido... sujeto a la silla —dijo Alicia.

—Sí, y es una colmena buenísima —dijo el Caballero en tono descontento—, una colmena de la mejor calidad. Pero, hasta ahora, no se ha acercado ni una sola abeja. Y esta otra cosa es una ratonera. Supongo que son los ratones los que ahuyentan a las abejas... o las abejas ahuyentan a los ratones, no sé muy bien.

—Estaba a punto de preguntarme para qué podía servir la ratonera —dijo Alicia—. No parece muy probable encontrar ratones en el lomo de un caballo.

—Tal vez no sea probable —dijo el Caballero—, pero, si vienen, no me gustaría que anduvieran correteando por todas partes... Ya ves —prosiguió después de una pausa—, siempre conviene tener *todo* previsto. Por eso lleva el caballo alrededor de las patas todos estos brazaletes de hierro.

—Y ¿para qué son? —preguntó Alicia llena de curiosidad.

—Para protegerlo de mordeduras de tiburones —respondió el Caballero—. Es de mi cosecha. Y ahora, ayúdame a montar en la silla. Iré contigo hasta el final del bosque... ¿para qué es esa bandeja?

—Para un pastel de ciruelas —dijo Alicia.

—Deberíamos llevárnosla —dijo el Caballero—. Nos servirá si por casualidad encontramos un pastel de ciruela. Ayúdame a meterla en este saco.

Hacerlo les llevó bastante tiempo, aunque Alicia mantenía bien abierto el saco; pero el Caballero resultaba francamente *torpísimo* para introducir la bandeja; las dos o tres primeras veces que lo intentó, fue él quien cayó de cabeza dentro del saco.

—Es que está algo lleno —dijo cuando por fin lo consiguieron—. Hay tantos candelabros en el saco.

Y lo colgó de la silla, que ya estaba cargada con manojos de zanahorias, útiles de chimeneas y muchas más cosas.

—Espero que lleves el pelo bien sujeto —continuó mientras se ponían en camino.

—Sólo lo normal —dijo Alicia sonriendo.

—Pues no es suficiente —respondió el Caballero, preocupado—. Ya ves que aquí el viento es *terriblemente* fuerte. Es tan fuerte como una sopa.

—¿No ha inventado usted un sistema para impedir que el viento se lleve el pelo? —preguntó Alicia.

—Todavía no —dijo el Caballero—. Pero ya tengo un plan para impedir que se *caiga*.

—Me gustaría muchísimo oírlo,

—Primero coges un palo muy derecho —dijo el Caballero—. Luego haces que el pelo trepe por él como si fuera un árbol frutal. En la actualidad, la razón por la que se cae el pelo es porque cuelga *hacia abajo*... ya sabes que las cosas nunca se caen *hacia arriba*. El método también es de mi cosecha. Puedes probarlo si quieres.

No parecía muy cómodo el plan, pensó Alicia, y durante unos minutos caminó en silencio, desconcertada ante la idea, parándose de vez en cuando para ayudar al pobre Caballero, que desde luego no parecía ser muy buen jinete.



Cada vez que su caballo se detenía (cosa que ocurría con mucha frecuencia), el Caballero caía por la parte delantera; y cada vez que arrancaba de nuevo (cosa que por regla general hacía de forma bastante brusca), se caía por la parte de detrás. Excepto en esos dos momentos, se mantenía bastante bien en la silla, salvo la costumbre de caerse por los costados de vez en cuando; y, como generalmente lo hacía del lado por donde iba caminando Alicia, la niña comprendió enseguida que más valía no caminar *demasiado* cerca del caballo.

—Me temo que no tiene usted mucha práctica en montar a caballo —se aventuró a decir mientras le ayudaba a incorporarse de su quinta caída.

Pareció sorprenderse mucho el caballero, y algo ofendido por ese comentario.

—¿Por qué lo dices? —preguntó mientras volvía a montar en la silla agarrándose con una mano al pelo de Alicia para no caerse por el otro lado.

—Porque la gente no se cae tan a menudo cuando tiene mucha práctica.

—Pues yo tengo práctica para dar y tomar —dijo el Caballero en tono muy grave—. ¡Para dar y tomar!

A Alicia no se le ocurrió nada mejor que decir: «¿De veras?», aunque lo pronunció de la forma más cordial que pudo. Luego, continuaron en silencio durante un rato, el Caballero con los ojos cerrados y murmurando para sus adentros, y Alicia esperando inquieta su siguiente caída.

—El gran arte de la equitación —empezó a decir de pronto el Caballero en voz alta, y haciendo grandes gestos con el brazo derecho mientras hablaba— consiste en mantenerse...

Ahí acabó la frase de forma tan repentina como había empezado, porque el Caballero dio con todo su peso de cabeza sobre el sendero por donde caminaba Alicia. Esta vez se asustó mucho, y le dijo en tono preocupado, mientras lo levantaba:

—Espero que no se haya roto ningún hueso.

—Ninguno que merezca la pena mencionar —dijo el Caballero, como si para él careciese de importancia romperse dos o tres—. El gran arte de la equitación, como iba diciendo, consiste... en mantener el equilibrio limpiamente. Mira, así...

Soltó las riendas y extendió ambos brazos para mostrar a Alicia lo que quería decir, y esta vez cayó de espaldas, justo debajo de las patas del caballo.

—Práctica para dar y tomar —seguía repitiendo, mientras Alicia volvía a incorporarle de nuevo—. ¡Para dar y tomar!

—¡Es demasiado ridículo! —exclamó Alicia que en esta ocasión había perdido la paciencia—. Usted debería tener un caballo de madera con ruedas, ¡eso es lo que debería tener!

—¿Avanzan esos caballos sin dar brincos? —preguntó el Caballero en tono muy interesado, agarrándose al cuello de su montura mientras hablaba, justo a tiempo de evitar una nueva caída.

—Mucho más que un caballo de verdad —dijo Alicia, dejando escapar un estallido de risa, a pesar de sus esfuerzos por contenerla.

—Conseguiré uno —dijo el Caballero cavilando para sí mismo—. Uno o dos... varios.

Tras esto se produjo un breve silencio, y luego el Caballero prosiguió de nuevo:

—Soy muy hábil inventando cosas. Mira, probablemente la última vez que me has levantado habrás visto que estaba bastante pensativo.

—Sí, *estaba* usted algo serio —dijo Alicia.

—Bueno, pues justo en ese momento estaba inventando un nuevo método para pasar por encima de una cerca... ¿quieres conocerlo?

—Muchísimo, desde luego —dijo Alicia muy cortés.

—Te contaré cómo se me ha ocurrido —dijo el Caballero—. Verás, me he dicho a mí mismo: «La única dificultad está en los pies: la *cabeza* ya está bastante arriba». Así pues, lo primero que hago es poner la cabeza en lo alto de la cerca... y entonces la cabeza está suficientemente alta... luego me empino sobre la cabeza... y así los pies suben y quedan bastante altos, ¿no te parece?... entonces paso la barrera.

—Sí, estoy segura de que pasará cuando haga todo eso —dijo Alicia pensativa—, pero ¿no le parece que es bastante difícil?

—Todavía no lo he intentado —dijo el Caballero muy serio—; por eso no puedo asegurártelo... pero me temo que sí, que es algo difícil.

Pareció tan contrariado ante esta idea que Alicia cambió inmediatamente de tema de conversación.

—¡Qué casco tan curioso tiene usted! —dijo muy animada—. ¿También es de su cosecha?

El Caballero, muy orgulloso, bajó la mirada hacia el casco que colgaba de la silla.

—Sí —dijo—, pero he inventado otro mejor que éste... en forma de pan de azúcar. Cuando lo llevaba puesto, si me caía del caballo el casco tocaba el suelo inmediatamente, y de este modo el trayecto de mi caída era *pequeñísimo*... Aunque, claro, también *estaba* el peligro de caer *dentro* de él. Me pasó una vez... y lo peor fue que, antes de conseguir salir, el otro Caballero Blanco llegó y se lo puso creyendo que era su propio casco.

El caballero había adoptado un aire tan solemne para contar esto que Alicia no se atrevió a reírse.

—Mucho me temo que le haría bastante daño —dijo la niña con voz temblorosa— al ponerse usted encima de su cabeza.

—Tuve que darle unas cuantas patadas, por supuesto —dijo el Caballero muy serio—. Y entonces se quitó el casco... pero necesitó horas y horas para sacarme, porque estaba muy prendido a él... como si hubiera echado raíces.

—Pero sería una clase diferente de raíces —objetó Alicia<sup>[2]</sup>.

El Caballero negó con la cabeza y dijo:

—¡Tenía toda clase de raíces, te lo aseguro! —Alzó muy excitado las manos al decir esto, y al momento rodó de la silla y volvió a caerse de cabeza en una profunda zanja.

Alicia corrió al borde de la zanja para ver lo que le había pasado. Esta caída la asustó mucho, porque el Caballero se había mantenido muy bien en la silla durante un rato, y la niña temía que esta vez *se hubiera* hecho daño de verdad. Sin embargo, aunque sólo podía verle las plantas de los pies, sintió gran alivio al oírle decir en su tono de siempre:

—Toda clase de raíces —repetía—, pero era un descuido de su parte ponerse el casco de otro... ¡y encima con el dueño dentro!

—¿Cómo *puede* seguir hablando tan tranquilo cabeza abajo? —preguntó Alicia mientras le tiraba de los pies y lo dejaba hecho un ovillo al borde de la zanja.



El Caballero pareció sorprenderse por la pregunta:

—¿Qué importa la posición en que esté mi cuerpo? —dijo—. Mi mente sigue trabajando lo mismo. En efecto, cuanto más cabeza abajo estoy, más cosas nuevas invento. Y la cosa más inteligente que he hecho —continuó tras una pausa— ha sido inventar un nuevo budín mientras estábamos en el plato de carne.

—¿A tiempo para cocinarlo como plato siguiente? —preguntó Alicia—. ¡Estupendo, eso sí que *fue* trabajar deprisa!

—Bueno, como plato *siguiente* no —dijo el Caballero en tono pausado y ensoñador—, no, como *plato* siguiente desde luego que no.

—Entonces debió de ser para el día siguiente. Supongo que no iban a poner dos platos de budín en una misma comida.

—Bueno, para el día *siguiente* tampoco —repitió el Caballero como antes—. No, para el *día* siguiente desde luego que no. De hecho —continuó con la cabeza gacha y bajando cada vez más la voz—, no creo que *hayan* preparado nunca ese budín. De hecho, ¡no creo que ese budín *haya* sido preparado nunca! Y sin embargo ese budín es la cosa más inteligente que he inventado.

—¿Con qué ingredientes habría que hacerlo? —preguntó Alicia, con la esperanza de animarle, porque el pobre Caballero parecía muy abatido por el asunto del budín.

—Había que empezar con papel secante —contestó el Caballero lanzando un gemido.

—No creo que fuera muy sabroso. Me temo...

—No estaría sabroso *sólo* con eso —la interrumpió el Caballero con vivacidad—, pero no puedes ni imaginar qué diferencia si se mezcla con otras cosas... por ejemplo pólvora o cera de lacrar. Y aquí tengo que dejarte. —Acababan de llegar al final del bosque.

Lo único que Alicia pudo hacer fue poner cara de asombro: estaba pensando en el budín.

—Estás triste —le dijo el Caballero en tono preocupado—: déjame cantarte una canción para animarte.

—¿Es muy larga? —preguntó Alicia, porque aquel día ya había oído muchas poesías.

—Sí, es larga —dijo el Caballero—, pero es muy, pero que *muy* bonita. A todos los que me la oyen cantar... o les vienen las lágrimas a los ojos, o...

—¿O qué? —dijo Alicia, porque el Caballero había hecho de golpe una pausa repentina.

—O no les vienen, evidentemente. El nombre de la canción es *Ojos de bacalao*.

—¡Ah! ¿O sea que ése es el nombre de la canción? —dijo Alicia, fingiendo interés.

—No, no lo entiendes —dijo el Caballero mirándola algo ofendido—. Ése es el nombre con el que la *llaman*. Su nombre real es *El Viejo muy viejo*.

—O sea, que yo debería haber dicho: «Así es como se llama la *canción*» —dijo Alicia corrigiéndose a sí misma.

—No, no es eso; es algo muy distinto. La *canción* se llama *Modos y Maneras*; pero es sólo la forma como *se llama*, ¿comprendes?

—Bueno, entonces ¿cuál es la canción? —dijo Alicia, que ya estaba totalmente desconcertada.

—A eso voy —dijo el Caballero—. En realidad la canción es «*Sentado en una cerca*»; y la melodía es de mi cosecha.

Y así diciendo, detuvo el caballo y dejó caer las riendas sobre el cuello; luego, marcando lentamente el compás con una mano y poniendo una cara dulce y algo tonta, iluminada por una leve sonrisa, como si le alegrase la música de su canción, empezó.

De todas las cosas extrañas que Alicia vio durante su viaje «Al otro lado del Espejo», ésta fue la que siempre recordó con más claridad. Años más tarde, aún podía evocar toda la escena como si hubiera ocurrido la víspera: los ojos dulces y azules y la sonrisa cariñosa del Caballero..., el sol poniente brillando entre su pelo y centelleando en su armadura con una llamarada de fulgor deslumbrante..., el caballo que se mecía suavemente, con las riendas colgadas del cuello y mordisqueando la hierba a sus pies... y las oscuras sombras del bosque detrás de ellos... Retuvo en su memoria todo esto como si fuese un cuadro, mientras, con una mano sobre los ojos para protegerlos del sol, se apoyaba contra un árbol observando a la extraña pareja, y escuchando, en una especie de sueño, la melancólica música de la canción.

«Pero la melodía *no es* de su cosecha —se dijo para sus adentros—: es la de *Todo te lo doy, y más no puedo*<sup>[3]</sup>». Se dispuso a escuchar muy atenta, pero las lágrimas no acudieron a sus ojos.

*Te contaré lo que pueda,  
aunque poco hay que contar.  
A un viejo muy viejo vi  
sentado en una cerca.  
«¿Quién es usted, viejo? —dije—.  
¿Y qué hace para vivir?».  
Su respuesta cruzó mi cabeza  
como el agua por un tamiz.*

*Dijo: «Mariposas busco  
que duermen entre los trigos;  
las hago pastel de cordero  
que en las calles vendo luego.  
Y se los vendo a los hombres  
que infernales mares surcan;  
y así me gano mi pan...  
Deme algo, caballero».*

*Pero pensaba yo un plan  
para teñirme el bigote  
y llevar un abanico  
y ocultarlo a todos siempre.  
Por no tener qué decir  
a lo que el viejo afirmaba,  
grité: «¡Venga, cómo vive!»  
dándole un buen bofetón.*

*Con dulce acento él siguió:  
«Voy vagando los caminos,  
y cuando encuentro un arroyo  
al punto le prendo fuego  
para hacer con él aceite  
de Rowland's Macassar.  
Mas dos peniques es todo  
lo que por mi labor dan».*

*Estaba pensando yo el modo  
de comer sólo batidos,  
y así un día tras de otro  
para estar algo más gordo.  
Con fuerza sacudí al viejo,  
morada estaba su cara:  
«Vamos, dime cómo vives,  
¡y qué haces!» —le grité.*



*«Ojos de bacalao pesco  
entre brillantes brezales  
y los convierto en botones  
de la noche en el silencio.  
Y no los vendo por oro  
ni por moneda de plata,  
sino por medio penique,  
sin regatear por nada.*

*O cavo buscando pan,  
pesco con liga cangrejos;  
o rebusco en basureros  
ruedas de viejas calesas.  
Y así (me hizo entonces un guiño)  
voy buscándome la vida...  
y brindo muy satisfecho  
a su salud, Señoría».*

*Entonces sí que le oí,  
y ya me había hecho un plan:  
limpiar el puente de Menai<sup>[4]</sup>  
hirviéndolo en vino seco.  
Le di gracias por contarme  
cómo buscaba su vida,  
y también por su deseo  
de beber a mi salud.*

*Y ahora si por azar pongo  
mis dedos en pegamento,*

*o si meto mi pie izquierdo  
en mi zapato derecho,  
o si sobre mis pies cae  
alguna cosa de peso,  
lloro aún porque me acuerdo  
del viejo que conocí...  
de aspecto dulce y voz suave,  
de pelo blanco de nieve,  
de rostro cual el de un cuervo  
y ojos bellos cual tizones,  
que parecía apenado,  
balanceaba su cuerpo  
y murmuraba entre dientes  
cual si estuviera su boca,  
que como un búfalo mugía...  
llena... un verano lejano  
sentado sobre una cerca.*

Mientras el Caballero cantaba las últimas palabras de la tonada, recuperó las riendas y volvió la cabeza del caballo hacia el camino por donde habían venido.

—No tienes más que andar unas yardas —dijo—, bajar la colina y pasar aquel arroyuelo, entonces serás Reina—... Pero, ¿podrías quedarte ahí mientras me voy? —añadió cuando Alicia se volvió con mirada impaciente en la dirección que el Caballero le mostraba—. No te retendré mucho. Espera a que llegue al recodo del camino, y entonces dime adiós con tu pañuelo. Verás cómo eso me anima, estoy seguro.

—Claro que espero aquí —dijo Alicia—: y muchísimas gracias por haberme acompañado tan lejos... y por la canción... me ha gustado mucho.

—Eso espero —dijo el Caballero algo dubitativo—, pero no has llorado tanto como yo esperaba.

Así pues, se dieron la mano, y luego el Caballero se internó lentamente en el bosque.

«Supongo que no tardaré mucho en *perderle* de vista —se dijo Alicia viéndole alejarse—. ¡Allá va! ¡Derecho de cabeza, como siempre! Sin embargo, vuelve a montarse en la silla con bastante facilidad... Debe de ser por la cantidad de cosas que cuelgan alrededor del caballo...». Así seguía hablando consigo misma mientras contemplaba al caballo avanzar plácidamente por el camino y al Caballero cayéndose, primero hacia un lado, luego hacia el otro. Después de la cuarta o quinta caída, llegó al

recodo, y entonces la niña agitó el pañuelo y aguardó a que desapareciese de su vista.

—Espero haberle dado ánimos —dijo dando media vuelta para descender la colina—, y ahora, ¡a por el último arroyo y a ser Reina! ¡Qué bien suena!

Unos pocos pasos la llevaron hasta la orilla del arroyo<sup>[5]</sup>.

—¡Por fin la Octava Casilla! —exclamó cruzándolo de un salto

\*            \*            \*            \*            \*

         \*            \*            \*            \*

\*            \*            \*            \*            \*

y dejándose caer para descansar sobre un prado tan blando como musgo, salpicado aquí y allá por pequeños macizos de flores.

—¡Ay, qué contenta estoy de haber llegado! Pero ¿qué es esto que tengo en la cabeza? —exclamó consternada y llevándose las manos a un objeto muy pesado que ceñía muy apretado su frente—. Pero ¿cómo *puede* haber llegado aquí sin que me haya dado cuenta? —se dijo a sí misma, mientras se lo quitaba y lo ponía sobre sus rodillas para ver lo que era.

Y era una corona de oro.



# Capítulo IX

## Alicia Reina

—¡Esto sí que es magnífico, de veras! —dijo Alicia—. Nunca supuse que sería Reina tan pronto... y si puedo decir una cosa a Su Majestad —prosiguió en tono severo (era algo aficionada a reñirse a sí misma un poquitín)—: ¡no me parece apropiado eso de andar tumbada en la hierba de esa manera! ¡Las Reinas han de comportarse con dignidad!

Así pues, se levantó y se puso a caminar... bastante tiesa al principio, porque tenía miedo a que se le cayese la corona; pero se animó ante la idea de que allí no había nadie para verla, «y si realmente soy una Reina —dijo sentándose otra vez—, con el tiempo terminaré aprendiendo a comportarme».

Todo lo que le ocurría era tan raro que no le sorprendió ni poco ni mucho encontrarse sentada entre la Reina Roja y la Reina Blanca, una a cada lado. Sintió ganas de preguntarles cómo habían llegado allí, pero tuvo miedo de que no fuera de buena educación. En cambio, pensó que no podía haber incorrección alguna en preguntarles si había terminado la partida.

—Por favor, podría decirme... —empezó, mirando tímidamente a la Reina Roja.

—¡No hables si no te dirigen la palabra! —le interrumpió bruscamente la Reina.

—Pues si todo el mundo respetara esa regla —dijo Alicia, siempre dispuesta a discutir un poco—, y si una hablara sólo cuando le dirigen la palabra, y la otra persona siempre está esperando a que empiece, nadie diría nunca nada, así que...

—¡Ridículo! —exclamó la Reina—. Vamos a ver, niña, no comprendes... —y se calló frunciendo el ceño; después de cavilar durante un minuto, cambió repentinamente de tema de conversación—. ¿Qué has querido decir con eso de «si realmente soy una Reina»? ¿Con qué derecho te atribuyes ese título? No puedes ser Reina, entérate bien, mientras no pases el examen correspondiente. Y cuanto antes empecemos, mejor.

—¡Yo sólo he dicho «si»! —se disculpó la pobre Alicia en tono lastimero.

Las dos Reinas se miraron, y la Roja, presa de un ligero estremecimiento, contestó:

—*Dice* que sólo ha dicho «si»...

—¡Pero si ha dicho mucho más! —protestó la Reina Blanca retorciéndose las manos—. ¡Claro que ha dicho mucho más!

—Así ha sido, y lo sabes de sobra —le dijo la Reina Roja a Alicia—. Di siempre la verdad... piensa antes de hablar... y luego ponlo por escrito.

—Estoy segura de que no quise decir eso —empezaba a replicar Alicia, pero la Reina Roja la interrumpió en tono impaciente.



—¡De eso precisamente me quejo! ¡*Deberías* haber intentado decir algo! ¿Para qué supones que puede servir una niña que no quiere decir nada? Hasta un chiste tiene que decir algo... y yo creo que una niña es más importante que un chiste. Y eso sí que no lo puedes negar, ni aunque lo intentes con ayuda de las dos manos.

—Yo no niego las cosas con las *manos* —replicó Alicia.

—Nadie ha dicho que lo hagas —contestó la Reina Roja—. Sólo digo que no podrías aunque lo intentes.

—Se encuentra en un estado mental —dijo la Reina Blanca— que necesita negar *lo que sea...*, lo que pasa es que no sabe qué.

—¡Tiene un genio desagradable y malo! —observó la Reina Roja; luego se produjo un penoso silencio de uno o dos minutos.

Lo rompió la Reina Roja diciéndole a la Reina Blanca:

—Te invito a la cena que da Alicia esta noche.

La Reina Blanca sonrió levemente y dijo:

—Y yo *te* invito a ti.

—No tenía ni idea de que yo voy a dar una cena esta noche —dijo Alicia—, pero si la doy, creo que soy yo quien debe invitar a mis invitados.

—Te hemos dado oportunidad de hacerlo —observó la Reina Roja—, pero me da la impresión de que aún no has recibido suficientes lecciones de buenos modales.

—Los buenos modales no se aprenden con lecciones —dijo Alicia—. Las lecciones te enseñan a hacer cuentas y cosas así.

—¿Sabes Adición? —preguntó la Reina Blanca—. ¿Cuántos son uno más uno más uno más uno más uno más uno más uno más uno más uno?

—No lo sé —dijo Alicia—, he perdido la cuenta.

—No sabe Adición —le interrumpió la Reina Roja—. ¿Sabes Substracción? Resta nueve de ocho.

—No se pueden restar nueve de ocho —replicó Alicia sin vacilar—, pero...

—No sabe Substracción —dijo la Reina Roja—. ¿Sabes División? Divide un pan con un cuchillo... ¿qué resulta de *eso*?

—Supongo... —empezaba a decir Alicia; pero la Reina Roja contestó por ella:

—Pan con mantequilla, evidentemente. Trata de hacer otra substracción. Quítale un hueso a un perro, ¿qué queda?

Alicia se puso a cavilar:

—El hueso no quedaría, naturalmente, si se lo quito... y el perro tampoco quedaría, porque intentaría morderme... y estoy segura de que tampoco yo quedaría.

—Entonces ¿crees que no quedaría nada? —dijo la Reina Roja.

—Creo que ésa es la respuesta.

—Mal, como de costumbre —dijo la Reina Roja—: quedaría la paciencia del perro.

—Pues no veo cómo...

—¡Escucha entonces! —gritó la Reina Roja—: el perro perdería la paciencia, ¿no es así?

—Tal vez —replicó Alicia estremando la cautela.

—Luego si el perro se marcha, ¿quedaría la paciencia! —exclamó triunfalmente la Reina.

Alicia dijo con la mayor seriedad que pudo:

—Puede que se fueran por distintos caminos.

Pero no pudo dejar de pensar para sus adentros: «¡Qué tonterías más espantosas *estamos* diciendo!».

—¡No tiene la *menor* idea de operaciones! —dijeron las Reinas a la vez, con gran énfasis.

—¿Y usted sabe hacerlas? —dijo Alicia, volviéndose de pronto hacia la Reina Roja, porque empezaba a estar harta de que la criticasen tanto.

La Reina se quedó boquiabierta y cerró los ojos:

—Sé sumar —dijo—, si me dejan tiempo..., pero no puedo hacer substracciones en *ninguna* circunstancia.

—Sabrás desde luego el abecedario, ¿verdad? —dijo la Reina Roja.

—Naturalmente que lo sé —respondió Alicia.

—Y yo también —murmuró la Reina Blanca—; de vez en cuando lo repasaremos juntas, querida. Y te contaré un secreto: ¡soy capaz de leer palabras de una sola letra! ¿No es magnífico? Pero no te desanimes. Con el tiempo, también tú lo conseguirás.

En este punto la Reina Roja empezó de nuevo:

—¿Y cómo andas de lecciones prácticas? —dijo—. ¿Cómo se hace el pan?

—¡Eso sí lo sé! —se apresuró a responder Alicia—. Se coge un poco de flor de harina...

—¿Y dónde coges la flor? —preguntó la Reina Blanca—. ¿En un jardín o una tapia?

—Bueno, no hay que *cogerla* para nada —le corrigió Alicia—, primero hay que molerla.

—¿Y por qué hay que molerla a palos<sup>[1]</sup>? —dijo la Reina Blanca—. Te saltas muchas explicaciones que son necesarias.

—¡Abanícale la cabeza! —le interrumpió muy preocupada la Reina Roja—. De tanto pensar le va a subir la fiebre.

Así que ambas se pusieron a abanicarla con manojos de hojas, hasta que les pidió por favor que lo dejaran, porque el aire le revolvió el pelo.

—Ahora ya vuelve a estar bien —dijo la Reina Roja—. ¿Sabes idiomas? ¿Cómo se dice en francés tururú?

—Tururú no es inglés —replicó Alicia muy seria.

—¿Quién te ha dicho que lo fuese? —dijo la Reina Roja.

Alicia pensó que estaba vez sí tenía medio de salir del apuro.

—Si me decís de qué lengua es «tururú», podré deciros cómo es en francés —exclamó triunfalmente.

Pero la Reina Roja, poniéndose muy tiesa, dijo:

—Las Reinas nunca hacen tratos.

«Ojalá tampoco hicieran preguntas» —pensó Alicia para sí.

—Dejemos de discutir —dijo la Reina Blanca en tono preocupado—. ¿Cuál es la causa del relámpago?

—La causa del relámpago —empezó a decir Alicia muy decidida, porque estaba completamente segura de saberlo— es el trueno... ¡no, no! —rectificó corriendo—. Quería decir lo contrario.

—Demasiado tarde para rectificar —dijo la Reina Roja—; cuando se dice una cosa, dicha está, y hay que atenerse a las consecuencias.

—Eso me recuerda —dijo la Reina Blanca, bajando los ojos y enlazando y soltando las manos muy nerviosa— la *terrible* tormenta que tuvimos el martes pasado... es decir uno de los últimos grupos de martes, ¿entiendes?

Alicia estaba atónita.

—En *nuestro* país —observó— sólo tenemos un día a la vez.

La Reina Roja dijo:

—¡Qué forma tan miserable de hacer las cosas! *Aquí* en cambio, la mayoría de las veces los días y las noches van de dos en dos, o de tres en tres, y muchas veces, en invierno, tenemos hasta cinco noches juntas... para estar más calentitos.

—Entonces ¿son más calientes cinco noches que una? —se atrevió a preguntar Alicia.

—Cinco veces más, por supuesto.

—Pues por esa misma regla deberían ser cinco veces más *frías*.

—¡Exacto! —exclamó la Reina Roja—. ¡Cinco veces más calientes y *también* cinco veces más frías!... ¡Igual que yo soy cinco veces más rica que tú y *también* cinco veces más lista!

Alicia lanzó un suspiro y renunció a seguir discutiendo: «¡Es lo mismo que un acertijo sin solución!», pensó.

—También Tentetieso vio la tormenta —prosiguió la Reina Blanca en voz baja, como si hablase para sí misma—. Llegó hasta la puerta con un sacacorchos en la mano.

—¿Qué pretendía hacer? —dijo la Reina Roja.

—Dijo que *tenía* que entrar —continuó la Reina Blanca—, porque estaba buscando un hipopótamo. Pero ocurrió que aquella mañana no había ningún hipopótamo en la casa.

—¿Los hay habitualmente? —preguntó Alicia asombrada.

—Bueno, sólo los jueves —respondió la Reina.

—Ya sé yo para qué fue —dijo Alicia—; pretendía castigar al pez, porque<sup>[2]</sup>...

En este punto la Reina Blanca empezó de nuevo:

—¡Qué tormenta tan terrible tuvimos, no te lo puedes ni imaginar! («Ella sí que *nunca* podría», dijo la Reina Roja). Y parte del tejado voló, y entraron tantos truenos... que rodaban como grandes masas por la habitación... y derribaban mesas y cosas... ¡tenía tanto miedo que no me acordaba siquiera de mi nombre!

Alicia pensó para sus adentros: «¡A mí nunca se me *ocurriría* recordar mi nombre en medio de una catástrofe! ¿De qué serviría?», pero no lo dijo en voz alta por miedo a herir los sentimientos de la pobre Reina.

—Su Majestad debe excusarla —dijo Alicia a la Reina Roja tomando entre las suyas una mano de la Reina Blanca y acariciándola suavemente—, sus intenciones son buenas, pero por regla general no puede dejar de decir tonterías.

La Reina Blanca miró tímidamente a Alicia, quien comprendió que *debía* decir algo amable, pero, la verdad, en ese momento no se le ocurrió nada.

—En realidad, no recibió una buena educación —prosiguió la Reina Roja—, ¡pero es maravilloso el carácter tan dulce que tiene! ¡Dale palmaditas en la cabeza y verás lo contenta que se pone!

Pero Alicia no tenía valor para hacerlo.

—Un poco de amabilidad... y que le hagan los papillotes... con eso se puede hacer con ella lo que se quiera.

La Reina Blanca lanzó un profundo suspiro y reclinó la cabeza en el hombro de Alicia:

—¡*Tengo* tanto sueño!

—¡Está cansada, la pobre! —dijo la Reina Roja—. Alísale el pelo... préstale tu gorro de dormir... y cántale una nana.

—No tengo aquí el gorro de dormir —dijo Alicia, que trataba de hacer caso a la primera de esas indicaciones—; y no sé ninguna nana.

—Entonces, se la cantaré yo... —dijo la Reina Roja, y empezó:

*¡Ea, niñita, ea, en brazos de Alicia  
una siestecita hemos de echar!  
Y cuando la fiesta acabe bailaremos  
la Reina Roja, la Blanca, Alicia y los demás.*

—Y ahora que ya sabes la letra —añadió reclinando la cabeza en el otro hombro de Alicia—, cántamela entera. Porque también empieza a entrarme sueño.

Un momento después las dos Reinas estaban dormidas como troncos y roncaban con gran estrépito.



—¿Y qué *hago* yo ahora? —exclamó Alicia mirando en torno suyo muy perpleja, y viendo que, primero una cabeza, y luego la otra, rodaban desde los hombros para caer como pesados fardos en su regazo—. No creo que a nadie le haya pasado *nunca* tener que cuidar de dos Reinas dormidas al mismo tiempo. ¡No, nunca, en toda la Historia de Inglaterra!... Además de que no podría ser, porque nunca ha habido más de una Reina al mismo tiempo. ¡Despertad, dormilonas! —prosiguió con cierta impaciencia; pero

no recibió otra respuesta que un suave ronquido, que fue creciendo y creciendo hasta parecerse a la melodía de una canción; hasta que, por último, Alicia pudo distinguir algunas palabras; se puso a escucharlas con tanto interés que, cuando las dos grandes cabezas se desvanecieron repentinamente de su regazo, apenas se dio cuenta.

Ahora se encontraba ante un pórtico sobre cuyo arco estaban escritas las palabras: «REINA ALICIA» en grandes caracteres, y a cada lado del arco había un tirador de campanilla: en uno decía: «Visitas» y en otro «Servicio».

«Esperaré a que termine la canción —pensó Alicia—, y luego tiraré de la... la... ¿de qué campanilla debo tirar? —continuó, desconcertada por aquellos rótulos—. No soy una visita, y tampoco un criado. *Debería* haber una donde dijera “Reina”».

En ese preciso instante, se entreabrió la puerta y una criatura de largo pico asomó un momento la cabeza y dijo:

—Prohibido entrar hasta la semana después de la siguiente —y volvió a cerrar de un portazo.

Alicia golpeó la puerta y tiró de la campanilla inútilmente durante un buen rato; por fin, un viejísimo Sapo que estaba sentado debajo de un árbol, se levantó y se acercó cojeando: llevaba un brillante vestido amarillo y unas enormes botas en los pies.

—¿Qué es lo que pasa ahora? —dijo el Sapo con un susurro grave y ronco.

Alicia se volvió dispuesta a buscar pelea a quien fuese:

—¿Dónde está el criado encargado de atender la puerta? —empezó a decir furiosa.

—¿Qué puerta? —dijo el Sapo.

Alicia tuvo que contenerse para no dar una patada de impaciencia ante la forma tan lenta de hablar del Sapo:

—¡*Esta puerta!*, ¿cuál si no?



El Sapo miró la puerta con sus grandes ojos apagados durante un minuto; luego se acercó y la frotó con el pulgar, como si tratara de comprobar que la pintura no se desprendía: luego miró a Alicia.

—¿Atender la puerta? —dijo—. ¿Qué ha preguntado?

Su voz era tan ronca que Alicia apenas consiguió entenderle.

—No sé qué quiere decir —dijo la niña.

—Hablo inglés, ¿no? —prosiguió el Sapo—. ¿O estás sorda? ¿Qué es lo que te ha preguntado?

—¡Nada! —dijo Alicia impaciente—. Estoy llamando desde hace un rato.

—No deberías haberlo hecho..., no deberías haberlo hecho —murmuró el Sapo—. Es que la molesta.

Y acto seguido se acercó a la puerta para golpearla con uno de sus grandes pies.

—Deja la puerta tranquila —dijo el Sapo jadeando, mientras volvía cojeando a su árbol—, y ella te dejará tranquila a ti.

En ese momento se abrió de par en par la puerta, y se oyó una voz chillona que cantaba<sup>[3]</sup>:

*Al mundo del Espejo esto le dijo Alicia:  
En la mano tengo el cetro, la corona en la cabeza.  
Que sin excepción todos los animales del Espejo,  
a cenar vengan con la Reina Roja, la Blanca y conmigo.*

Y cientos de voces se unieron a coro:

*Sin pérdida de tiempo las copas llenad,  
esparcid por la mesa botones y salvado,  
en el café echad gatos, ratones en el té...  
¡Bienvenida la Reina Alicia treinta veces tres!*

A continuación se oyó un confuso griterío de aclamaciones, y Alicia pensó: «Treinta veces tres son noventa. ¿Habrà alguien que lleve la cuenta?». Un minuto más tarde se hizo de nuevo el silencio, y la misma voz chillona entonó otra estrofa:

*«¡Criaturas del Espejo —dijo Alicia—, acercaos!  
Verme es un honor y oírme es un placer.  
¡Y un alto privilegio cenar y beber  
Con la Reina Roja, la Blanca y conmigo!».*

Y el coro arrancó de nuevo:

*Llenad los vasos de melaza y tinta,  
o de otra bebida excelente:  
mezclad lana con vino y arena con sidra.  
¡Bienvenida Alicia noventa veces nueve!*

—¡Noventa veces nueve! —repitió Alicia desesperada—: ¡Así no acabarán nunca! Mejor será que entre cuanto antes...

Así pues, entró, y en ese momento se hizo un silencio mortal.

Mientras cruzaba la gran sala, Alicia lanzó una mirada nerviosa a lo largo de la mesa, y advirtió que había unos cincuenta invitados de todas clases: algunos eran mamíferos, otros pájaros, y había incluso algunas flores. «Me alegro de que hayan venido sin esperar mi invitación —pensó—, nunca habría sabido a quién debía invitar».

Había tres sillas a la cabecera de la mesa: las Reinas Roja y Blanca ya ocupaban las suyas, pero la del centro estaba vacía. Alicia se sentó en ella, algo apurada por el silencio, y deseando con impaciencia que alguien tomase la palabra.

Al final fue la Reina Roja la que empezó:

—Te has perdido la sopa y el pescado —dijo—. ¡Que traigan el asado!

Y los criados depositaron una pierna de cordero delante de Alicia, que la miraba muy preocupada porque nunca hasta entonces había trinchado una pierna de cordero.

—Pareces algo cohibida; permíteme que te presente esta pierna de cordero —dijo la Reina Roja—: Alicia..., Cordero; Cordero, Alicia...

La pierna de cordero se incorporó sobre la bandeja e hizo una ligera inclinación a Alicia; y Alicia le devolvió el saludo, preguntándose si tenía que asustarse o echarse a reír.

—¿Me permiten que les sirva un trozo? —dijo Alicia cogiendo cuchillo y tenedor, y mirando primero a una de las Reinas y luego a la otra.

—Por supuesto que no —dijo la Reina Roja en tono decidido—: no es de buena crianza cortar a alguien que nos acaban de presentar. ¡Que retiren el asado!

Y los criados se lo llevaron, para poner en su lugar un enorme budín de ciruelas.

—No quiero que me presenten al budín, por favor —se apresuró a decir Alicia—: porque si no, nos quedamos sin cenar. ¿Me permiten que les sirva un poco?

Pero la Reina Roja puso una cara mohína y gruñó:

—Budín... Alicia; Alicia... Budín. ¡Que se lleven el budín! —y los criados se lo llevaron tan deprisa que Alicia no tuvo tiempo de devolverle el saludo.

Sin embargo, no entendía por qué tenía que ser la Reina Roja la única que allí daba órdenes; así que decidió probar también ella, y gritó: «¡Camarero! ¡Traiga de nuevo el budín!», y al instante, como por arte de magia, estaba de vuelta. Era tan enorme que, en su presencia, no pudo



evitar sentirse *algo* intimidada, como se había sentido con el cordero; sin embargo, logró vencer su vergüenza haciendo un gran esfuerzo, y cortó un trozo que ofreció a la Reina Roja.

—¡Qué impertinencia! —dijo el Budín—. ¿Te gustaría que a ti *te* cortasen un trozo, desgraciada?

Hablaba con un tipo de voz espesa y sebosa, y Alicia, sin saber qué responderle, no pudo hacer otra cosa que quedarse sentada mirándole boquiabierta.

—Di algo —dijo la Reina Roja—, es ridículo dejar que todo el peso de la conversación recaiga sobre el budín.

—¿Sabes una cosa? Hoy me han recitado tantas poesías —empezó Alicia, algo asustada al comprobar que, en el momento en que abrió los labios, se había hecho un silencio mortal y que todos los ojos estaban clavados en ella—; y lo más curioso, a mi entender, es que en todas las poesías se hablaba en cierto modo de peces. ¿Sabes por qué aprecian por aquí tanto a los peces?

Se dirigía a la Reina Roja, pero su respuesta se apartó bastante de la cuestión:

—A propósito de peces —contestó en tono muy lento y solemne, acercando su boca a la oreja de Alicia—: Su Blanca Majestad sabe un acertijo precioso... todo en verso... y todo de peces. ¿Quieres que te lo recite?

—Su Roja Majestad es muy amable mencionándolo —murmuró la Reina Blanca en la otra oreja de Alicia, con voz parecida al arrullo de una paloma—. ¡Me gustaría tanto! ¿Puedo recitarlo?

—No faltaría más —respondió muy cortés Alicia.

La Reina Blanca rió muy contenta y dio una palmada en la mejilla de Alicia. Luego empezó:

*«Ante todo, hay que pescar el pez.  
Cosa muy fácil que un niño podría.  
Y luego el pez hay que comprar.  
Muy fácil, un penique bastará».*

*«¡Prepárame ahora el pescado!».  
«Muy fácil es, un minuto a más tardar».  
«¡Ponlo luego en un plato!».  
«Más fácil todavía, ya está».*

*«¡Tráelo aquí! ¡Quiero la cena!».*  
*«Fácil es poner la fuente en la mesa».*  
*«¡Ahora la tapadera has de quitar!».*  
*«¡Ay, qué difícil de lograr!».*

*Parece que tiene cola...*  
*la tapa en la fuente, y el pescado dentro.*  
*¿Qué te parece más sencillo?*  
*¿Destapar el pez, o acertar el acertijo<sup>[4]</sup>?».*

—Tienes un minuto para pensar, y luego habrás de adivinarlo —dijo la Reina Roja—. Mientras, brindemos a tu salud: ¡A la salud de la Reina Alicia! —gritó con todas sus fuerzas, y el resto de los invitados empezó a beber inmediatamente y de manera muy extraña: unos ponían las copas del revés sobre la cabeza como si fuesen apagavelas, y se bebían lo que les chorreaba por la cara... otros volcaban las jarras y bebían el vino que corría por los bordes de la mesa... y tres de ellos (que eran como canguros) se metieron en la fuente del cordero y empezaron a lamer ansiosamente la salsa, «¡como cerdos en un comedero!», pensó Alicia.

—Deberías dar las gracias pronunciando un discurso primoroso —dijo la Reina Roja, frunciendo el ceño mientras se dirigía a Alicia.

—Ya sabes que nosotras te apoyamos —le susurró la Reina Blanca, mientras Alicia se levantaba para hacerlo, muy obediente, pero algo asustada.

—Muchísimas gracias —murmuró a modo de réplica—, pero puedo apañármelas sin apoyo de nadie.

—Imposible —dijo la Reina Roja en tono muy decidido; así que Alicia procuró poner la mejor cara que pudo.

«¡Y no te puedes imaginar cómo empujaban! —dijo más tarde, cuando le contó a su hermana la historia del banquete—. ¡Cualquiera habría dicho que lo que querían era aplastarme!».

De hecho, le costaba mucho seguir en su sitio mientras pronunciaba el discurso: las dos Reinas la apretujaban de tal modo, cada una por su lado, que a punto estuvieron de levantarla en el aire: «Me levanto para dar las gracias...» —empezó a decir Alicia, y realmente se encontró levantada unas cuantas pulgadas cuando empezó a hablar; pero se agarró al borde de la mesa y consiguió mantenerse en contacto con el suelo.

—¡Ten cuidado! —gritó la Reina Blanca cogiéndola del pelo con las dos manos—. ¡Seguro que va a ocurrir algo!

Y entonces (como más tarde contaría Alicia) empezó a ocurrir toda clase de cosas. Las velas crecieron hasta el techo y parecían una especie de macizo de juncos rematados por fuegos artificiales. En cuanto a las botellas, cada una se apoderó de un par de platos, se los ajustó corriendo a modo de alas, y acto seguido, con los tenedores por patas, echaron a volar en todas direcciones: «¡Cómo se parecen a pájaros!», pensó Alicia para sus adentros, en la medida en que se lo permitía la terrible confusión reinante.



En ese momento se dejó oír una ronca carcajada a su lado, y se volvió para ver qué le pasaba a la Reina Blanca; pero, en vez de la Reina, lo que allí había era la pierna de cordero sentada en la silla. «¡Estoy aquí!» —exclamó una voz dentro de la sopera, y Alicia se volvió de nuevo, justo a tiempo de ver la cara ancha y afable de la Reina sonriéndole un instante por encima del reborde de la sopera, y antes de desaparecer en la sopa.

No había un momento que perder. Muchos de los invitados se habían tumbado boca abajo en las fuentes, y el cucharón caminaba por la mesa en dirección a la silla de Alicia, haciéndole gestos impacientes para que le dejase paso libre.

—¡No puedo soportarlo por más tiempo! —exclamó Alicia dando un salto y agarrando el mantel con las dos manos; un buen tirón, y platos, fuentes, invitados y velas cayeron con estrépito al suelo para formar allí un confuso montón.



—En cuanto a *usted*... —prosiguió volviéndose furiosa hacia la Reina Roja, a la que consideraba causa de todo aquel desastre; pero la Reina ya no estaba a su lado..., había menguado de forma repentina hasta quedar reducida al tamaño de una muñeca, y ahora estaba encima de la mesa, corriendo en círculos concéntricos y persiguiendo su mantón, que arrastraba tras de sí.

En cualquier otro momento, Alicia habría quedado sorprendida, pero *ahora* estaba demasiado excitada para sorprenderse por nada.

—En cuanto a *ti* —repitió agarrando a la pequeña criatura en el preciso instante en que saltaba sobre una botella recién aterrizada a la mesa—, voy a sacudirte hasta que te conviertas en un gatito, ya verás.

# Capítulo X

## Sacudida

Y, mientras hablaba, la levantó de la mesa y la sacudió hacia delante y hacia atrás con todas sus fuerzas.

La Reina Roja no opuso la menor resistencia; pero su cara empezó a menguar, y sus ojos a ponerse verdes y a crecer; luego, mientras Alicia seguía sacudiéndola, continuó haciéndose más y más pequeña... y más y más gorda... y más y más suave... y más y más redonda... y...

# Capítulo XI

## El despertar

... y al final, resultó *ser* realmente una gatita.



# Capítulo XII

## ¿Quién lo ha soñado?

—Su Roja Majestad no debería ronronear tan fuerte —dijo Alicia frotándose los ojos y dirigiéndose a la gatita con respeto pero con cierta severidad—. ¡Acabas de sacarme del sueño más bonito! Y tú has estado conmigo todo el tiempo, Kitty... por todo el mundo del Espejo. ¿Lo sabías, querida?

Los gatitos tienen una costumbre muy mala (Alicia ya lo había observado antes), y es que, a cualquier cosa que les digas, *siempre* ronronean. «¡Y si por lo menos ronroneasen para decir sí, y maullasen para decir no, o si obedeciesen a cualquier otra regla por el estilo —había dicho la niña—, de modo y manera que pudiera entablarse con ellos una conversación!... Pero ¿cómo *se puede* hablar con una persona que *siempre* dice lo mismo?».

En esta ocasión, la gatita no hizo más que ronronear; y fue imposible adivinar si quería decir «sí» o «no».

Por eso, Alicia se puso a buscar entre las piezas de ajedrez que había sobre la mesa, hasta que encontró a la Reina Roja; entonces se arrodilló en la alfombrilla de la chimenea y puso a la gatita y a la Reina frente a frente.

—¡Vamos, Kitty! —exclamó batiendo palmas triunfalmente—. ¡Confiesa que te habías transformado en la Reina!

(«Pero no la quiso ni mirar —dijo Alicia cuando más tarde le explicó el episodio a su hermana—; volvía la cabeza hacia otro lado y fingía que no la veía; pero parecía estar *algo* avergonzada de sí misma, y por eso creo que *debió* de ser ella la Reina Roja»).

—¡Ponte un poco más derecha, querida! —le gritó Alicia alegremente—. Y haz una reverencia mientras piensas lo que... lo que vas a ronronear. ¡Recuerda que así ganas tiempo!

Y la levantó y le dio un besito «para felicitarte por haber sido una Reina Roja».

—¡Flor de nieve, chiquitina! —continuó mirando por encima del hombro a la Gatita Blanca, que seguía soportando con paciencia la operación de su aseo—. Me gustaría saber cuándo va a terminar Dinah con

tu Blanca Majestad. Quizá por esa razón ibas tan sucia en mi sueño... ¡Dinah! ¿Sabes que estás restregando a una Reina Blanca? La verdad, qué falta de respeto...



»Y ¿en qué se había transformado Dinah, me pregunto? —siguió diciendo mientras se tumbaba cómodamente, con un codo puesto en la alfombra y la barbilla en la mano para observar a las gatitas—. Dime, Dinah, ¿no te habrás transformado en Tentetieso? *Creo* que fue lo que hiciste... pero será mejor que por ahora no se lo digas a tus amigas, porque no estoy totalmente segura.

»A propósito, Kitty, si de veras hubieses estado conmigo en el sueño, te *habría* gustado una cosa... ¡Me han recitado un montón de poesías, y todas de peces! Mañana por la mañana recibirás un trato regio. Todo el tiempo que dure tu desayuno, te recitaré “La Morsa y el Carpintero”; y así podrás imaginar que son ostras lo que estás comiendo, querida.

»Ahora, Kitty, pensemos en quién ha soñado todo esto. Es un asunto muy serio, querida, y no *deberías* seguir lamiéndote la pata de ese modo... ¡Como si Dinah no te hubiese lavado esta mañana! Mira, Kitty, *ha tenido* que ser o yo o el Rey Rojo, que formaba parte de mi sueño, por supuesto... pero por otro lado ¡también yo formaba parte de su sueño!

¿Fue el Rey Rojo, Kitty? Tú eras su esposa, querida, y deberías saberlo...  
¡Kitty, ayúdame a aclararlo! ¡Estoy segura de que tu pata puede esperar!

Pero la traviesa gatita se dedicó a lamerse la otra pata, como si no hubiese oído la pregunta.

¿Quién creéis *vosotros* que fue?

*Bajo un cielo brillante un bote<sup>[1]</sup>  
navegaba tranquilo y soñoliento  
una tarde de julio...*

*Tres niñas sentadas juntas  
con ojo alerta y oído atento  
se disponen a oír un cuento.*

*Ha mucho que se apagó aquel brillante cielo:  
ecos apagados y recuerdos muertos;  
rocíos otoñales han matado julio.*

*Sin embargo, como un espectro,  
aún vaga Alicia bajo el cielo,  
invisible para ojos despiertos.*

*Los niños, para oír el cuento,  
con ojo alerta y oído atento,  
se sentarán muy juntos.*

*En un mundo de Maravilla viven,  
soñando mientras pasan los días,  
soñando mientras muere el verano:*

*dejándose llevar por la corriente,  
lentamente, bajo los dorados rayos.  
¿Es algo más la vida que un sueño?*



LEWIS CARROLL (Daresbury, Inglaterra, 27/01/1832 - Guilford, Inglaterra, 14/01/1898). Su verdadero nombre era Charles Lutwidge Dodgson, con el que publicó numerosos tratados de matemáticas y lógica. En todo caso, es principalmente conocido por sus obras literarias y, en menor medida, por ser uno de los principales fotógrafos de la época victoriana.

Tras estudiar en Richmond y en el Rugby School, pasó al Christ Church College de la Universidad de Oxford, en el que tras terminar sus estudios quedó como profesor durante un cuarto de siglo.

Empezó publicando poemas y cuentos de corte humorístico y/o satírico en pequeñas publicaciones locales. Tras adoptar su seudónimo, y después de un paseo en barca por el Támesis junto a las hijas pequeñas de un compañero del Christ Church College, escribió *Alice's Adventures in Wonderland* (*Alicia en el País de las Maravillas*, escrito en 1862 y publicado finalmente en 1865 con ilustraciones de sir John Tenniel) basado en las historias que les contó ese día, improvisando, a las niñas. La obra tuvo una gran acogida, lo que motivó la publicación de una segunda parte titulada *Through the Looking-Glass and what Alice Found There* (*Alicia a través del espejo*, 1872). Otra obra imprescindible en la bibliografía del inmortal autor inglés es el poema paródico *The Hunting of*

*the Snark* (*La caza del Snark*, 1876), emparentado con el mucho más corto (y famoso) Jabberwocky, incluido en *Alicia a través del espejo*.

# Notas

[1] Todas las ilustraciones que Lewis Carroll realizó para las *Aventuras subterráneas de Alicia* figuran con el nombre de Carroll al pie de la ilustración. <<

[1] *Antipathes* se pronuncia en inglés de forma casi idéntica a *antipodes* (antípodas). <<

[2] Dinah era el nombre de una gata de Alicia Liddell. <<

[3] En inglés la frase *Do cat eat bats* tiene una sonoridad semejante a *Do bat eat cats*, que posibilita la sustitución fácil de una por otra. Además, resulta imposible traducir el ritmo monótono, casi hipnótico ha llegado a decirse, de esos monosílabos. <<

[1] Alicia comete un error de lengua, al decir, en lugar de *more and more curious*, un barbarismo como *Curioser and curioser*: añade una terminación de comparativo a un adjetivo que no la admite. El matiz resulta imposible de trasladar, y lo traduzco jugando con una transposición de orden de la oración admirativa. <<

[2] Carroll se dedica a parodiar, en la mayoría de los poemas incluidos en *Alicia en el País de las Maravillas* y en *Al otro lado del espejo*, poemas, estribillos y cancioncillas muy populares en la época. En este caso, el poema parodiado es *Against Idleness and Mischief* (Contra la ociosidad y la maldad), de Isaac Watts, que empieza «Ved a la laboriosa abeja», citado más adelante de pasada. <<

[3] *Bathing machines*: casetas o cabinas con ruedas que, arrastradas por caballos, se adentraban en aquella época en el mar, a corta distancia de la orilla, para bañarse sin ser visto, dado que un quitasol se interponía entre la playa y el bañista, que utilizaba una puertecita orientada hacia alta mar. También aparecen, maltratadas y vilipendiadas, en el poema de Carroll *La caza del Snark*. Por las Cartas y el *Diario* conocemos la alergia de Carroll al mar. A un amigo americano le escribe: «Cuando la gente está harta de la vida y no puede encontrar la felicidad ni en las ciudades ni en los libros, entonces corren hacia las playas, a fin de ver qué pueden hacer por ellos las cabinas de baños». <<

[4] En el manuscrito, Carroll anota detalles sobre estos animales, que encarnaban a cuatro personas relacionadas con el grupo familiar y los niños, y que habían participado en dos paseos por barca que se inscriben como origen del relato, según lo cuenta el poema inicial. Tuvieron lugar en el verano de 1862, en junio y julio (el paseo en barca definitivo será el 4 de julio), según el diario de Carroll: el Pato (*Duck*) era el reverendo Duckworth, que asistió al relato original de Alicia. El Dodo es el propio Carroll, que pronunciaba su apellido Dodgson tartamudeando. El Lory remite a Lorina (la mayor de las hermanas Liddell), y el Aguilucho a su hermana Edith.

El Lory es un pájaro australiano, perteneciente a la familia de los loros. <<

[1] Carroll fue al parecer el primero en emplear la expresión *a caucus race*; *caucus* significa normalmente «comité político», aunque también tiene el sentido peyorativo de «camarilla política». Hay, además, en este título un juego de palabras si enlazamos el término *tale* = historia, con el juego explicado en la nota siguiente. <<

[1] El ratón dice: *Mine is a long and sale tale*; Alicia, contempla la cola de su interlocutor, por lo que responde: *It is certainly a long tail*. Tale=historia, y *tail*=cola, se pronuncian en inglés exactamente igual. <<

[1] La disposición tipográfica del original trata de evocar la figura de una cola de ratón, que va menguando, curvándose y afilándose a medida que termina. Cuando algo más adelante Alicia diga: «creo que ya ha llegado usted a la quinta curva», se refiere a las curvas del dibujo. <<

[1] Nuevo juego de palabras en inglés; el ratón dice: *I had not!* («Nada de eso»), y Alicia «coge» una pronunciación parecida: *I had a knot* («Tengo un nudo»). <<

[1] En el título inglés de este capítulo, *The Rabbit sends in a little Bill*, hay ya un calambur, cuya traducción directa puede significar: «El conejo hacer intervenir a un pequeño personaje llamado Bill» o «a un tal Bill», y también «El Conejo envía una pequeña factura». <<

[1] En el original, *caterpillar* es una oruga masculina; de ahí que Alicia le llame (en tres ocasiones en el texto inglés) *sir* (señor). Podía traducirse por «gusano de seda», que entraría en flagrante contradicción con los dibujos de Tenniel. <<

[1] En inglés: *explain yourself*, que tiene dos posibles sentidos: «explícate», y también «explícate tú a ti misma». De ahí la respuesta de Alicia: *I can't explain myself, I'm afraid, sir, because I'm not myself, you see*: «Me temo, señor, que no puedo explicarme a mí misma, porque ya ve usted que no soy yo misma». <<

[2] Parodia de un poema de Robert Southey, *The Old Mans comforts and How he gained Them*, cuyo primer verso empieza: «Es usted viejo, padre William, exclamó el joven, / y las pocas mechas que os quedan están grises...». <<

[1] Carroll juega con *axis*=eje, y *axes*=hacha, de pronunciación homofónica en inglés, permitiendo el equívoco de la Duquesa. <<

[2] Parodia de un poema de paternidad discutida, titulado *Speak gently*. <<

[3] Carroll utiliza dos expresiones inglesas populares de la época: *mad as a hatter* (loco como un sombrerero) y *mad as a march hare* (loco como una liebre de marzo, o en marzo). En el caso de la liebre, en marzo entran las liebres en celo, lo que las hace correr y ser vistas con mayor frecuencia por los campos. En cuanto al sombrerero, algunos estudiosos aseguran que esos artesanos terminaban realmente locos en el siglo pasado por el mercurio que empleaban para tratar la felpa. <<

[4] Nuevo juego aprovechando la cercana homofonía de *pig*=cerdo, lechón, y *fig*=higo. <<

[1] «Y desde luego estaba en inglés», dice textualmente del texto. <<

[2] En la reedición de 1896, última hecha en vida del autor, aparece el siguiente texto de Carroll sobre la adivinanza: «Me han preguntado tan a menudo si no podría imaginarse alguna solución a la adivinanza del Sombrero que haré bien consignando por escrito lo que me parece una respuesta apropiada; a saber: “En que pueden producir algunas notas, aunque sean poco claras, y en que nunca los ponen mirando hacia atrás”. De cualquier modo, no es más que una reflexión posterior. La adivinanza, tal como la inventé originariamente, no tenía solución». <<

[3] *Time* —que Carroll cuida de poner con mayúscula cuando pone la palabra en labios del Sombrerero— significa «tiempo», y «medida, compás». En el original: *I know I have to beat Time when I learn music* («Sé que en mi clase de música tengo que llevar el compás»). A lo que responde el Sombrerero: *Ah! that accounts for it. He won't stand beating* («Ah, eso lo explica todo. No soporta que le peguen»). También se emplea en castellano «marcar el tiempo, marcar los tiempos o llevar el compás», que me facilita construir un juego de palabras semejante al de Carroll. Al utilizar «marcar» obligado por el juego para traducir *to beat time* añado «como si fuera ganado». <<

[4] Parodia de un poema de John Taylor (1783-1824) titulado *Twinkle, twinkle, little star*, que empieza: «Brilla, brilla, estrellita». <<

[5] Nombres familiares, el primero y el último, de las dos hermanas de Alicia; el primero de Lorina Charlotte, el tercero de Edith, a la que conocían en familia por Matilda; *Lacie* es anagrama de Alice. Juega además Carroll con la homofonía de *little* y el apellido *Liddell*. <<

[6] *They were learning to draw: to draw* tiene dos sentidos: «sacar, extraer agua de un pozo» y, además, «dibujar», que aparecerá líneas más adelante en sustitución del primer sentido, cuando el Lirón repita la frase. Igualmente he adaptado los objetos que dibujaban, y que comienzan por M. <<

[7] En inglés, Carroll juega con el doble sentido de *well*, a un tiempo «bien» y «pozo». <<

[8] Sigo, para la versión de este juego de palabras, la traducción de Ojeda.

<<

[1] En el párrafo, Carroll juega con dos términos: *club* significa «garrote, maza» y también, en el juego de cartas, «as de trébol». Y *diamond* puede significar «diamante» y, en el juego de cartas, «as de diamantes». <<

[2] Carroll utiliza una expresión ambigua: *to be gone*, de modo que los soldados responden a la pregunta de la reina con una elusión, cuando ella cree en una respuesta afirmativa. <<

[3] *A cat may look at a king*: proverbio que pone de manifiesto la dignidad y los derechos de todo ciudadano ante la autoridad y la justicia. <<

[1] Alusión a la *mock turtle soup*, «sopa de tortuga artificial», famosa en la época de Carroll y que nada tenía que ver con la tortuga. Se trataba de una especie de mermelada o jarabe hecho de caldos de cabeza de vaca que se diluía en agua o se untaba (y se unta en la actualidad) en las tostadas. De ahí el dibujo de la Tortuga en este mismo capítulo. <<

[1] Pasta de azúcar cocida y estirada en barras muy delgadas y retorcidas.

<<

[2] *The more there is of mine, the less there is of yours* («Cuanto más hay de lo mío —o de la mina— menos hay de lo tuyo»). Juego basado en *mine*, que en inglés es el posesivo «mío» además de «mina». <<

[3] Los juegos de palabras utilizados aquí por Carroll tienen varias direcciones: *tortoise*, «tortuga vulgar, de tierra, de agua dulce», tiene en inglés pronunciación homofónica con *taught us*, «nos enseñaba». *Turtle* es la tortuga marina; tuerzo su traducción por «galápago» para que aflore la frase castellana «saber más que un galápago». <<

[4] La solución a los homónimos y sonidos semejantes de los términos ingleses es bastante desalentadora, pero imposible para mí de mejorar de modo satisfactorio: *Reeling* y *writhing* («arte de bambolearse y contorsionarse»), suenan de modo semejante a *reading*, «lectura», y *writing*, «escritura». La aritmética se divide en las cuatro conocidas ramas, que se prestan mejor a los juegos en inglés: *addition* / *ambition*; *subtraction* / *distraction*; *multiplication* / *uglification* (formado sobre *ugly*, «feo»: de ahí «feificación»), y *division* / *irrision*. Lo mismo ocurre con las demás asignaturas: *Mystery* (que convierto en Histeria), es equívoco por *History*; *Seaography* (que convierto en Mareografía) está por *Geography*; *Drawling*, «pronunciar las palabras arrastrando las vocales», sustituye a *drawing*, «dibujar», *Strechting*, «estirarse», a *sketching*, «hacer esbozos, croquis», y *Fainting oils*, «pintar al óleo», donde he atendido a alteraciones fonéticas. Siguiendo con el juego me he permitido un neologismo absurdo, «bonitificar», que traduce el correcto término inglés *beautify*: «embellecer». <<

[5] *Laughing*, «hilaridad, risa», está por *latin*, «latín», y *grief*, «pesar, pena», por *greek*, «griego». <<

[6] *Lessons*: «lecciones», y *lessen*, «acortar, abreviar», son términos homofónicos en inglés. *That's the reason they're called lessons: because the lessens from day to day*, cuya traducción textual es: «Por esa razón se las llama lecciones, porque disminuyen de día en día». <<

[1] Creo que ha sido Francisco Torres Oliver el primero en traducir *lobster* por «bogavante», deshaciendo un error que veníamos arrastrando los traductores de Carroll. El dibujo de Tenniel, donde el crustáceo tiene pinzas —frente a la langosta, que no las posee—, dilucida con toda nitidez el error. <<

[1] La parodia que aquí hace Carroll arranca del primer verso de un poema de Mary Howitt, *The Spider and the Fly* («La araña y la mosca»), cuyo primer verso empieza así: «Dijo la araña a la mosca: ¿le gustaría entrar en mi salón?». Los constantes juegos de palabras de Carroll en este capítulo han alterado la traducción de algunos nombres de peces. <<

[2] *Whiting* (opuesto a *blacking*: «betún, negro de betún»), además de «pescadilla», significa en inglés «blanco de España», que explica el juego de Carroll. <<

[3] *Soles and eels*: nuevo equívoco; *sole*, además de «lenguado» significa «suela»; *eel*, «anguila», se pronuncia, sin la aspiración de la *h* de modo semejante a *heel*, «talón». Valga la nota para esa imposible traducción resuelta mediante la versión literal, que aquí quiere oficiar de disparate. <<

[4] Nuevo juego gracias a la homofonía de *porpoise*, «marsopa» (que aquí, y en el poema anterior, traduzco por «delfín») con *purpose*, «fin, objetivo». <<

[5] Parodia del poema de Isaac Watts *Tis the voice of the sluggard* («Es la voz del haragán»), popular en la época, que comienza: «Es la voz del haragán; quejarse le oigo yo». <<

[6] El texto inglés: *While the Panter received knife and fork with a growl, / And concluded the banquet by...*, deja abierta una posibilidad que el propio Carroll cerró en el texto que hizo para la comedia musical de Savile Clark en 1886: ... *eating the Owl*: «comiéndose al Búho». <<

[7] Parodia del poema de James M. Sayles, autor de letra y música, titulado *Star of the Evening* («Estrella de la noche»), que comienza: «Bella estrella que brilla en los cielos». <<

[1] Carroll se limita a reproducir, sin parodia ninguna, una cantinela popular de la época. <<

[2] *The twinkling of the tea*: traduzco por «titilaciones» para facilitar el juego de palabras siguiente, aunque la versión textual diría «irisaciones».

<<

[1] Según el *Diario* de Carroll, compuso la primera versión de este poema en 1855; lo publicó en septiembre de ese año, con una nótula introductoria, en *The Comic Times*, bajo el título «She's all my Fancy painted Him» («Ella es como mi imaginación se la pintó»); para incluirlo en las *Aventuras de Alicia*, Carroll lo reescribió. El primer verso imita un poema de William Mee, *Alice Gray*, popular en su época. <<

[2] El escaso juego de palabras del Rey, tan soso que nadie se entera, está basado en el término *fit*, «ataque, crisis de nervios», y el verbo *to fit*, que significa «convenir a, aplicarse a»; literalmente el Rey dice: «las palabras no te conciernen». <<

[1] En inglés, el «caballo» del juego del ajedrez recibe el nombre de *knight*, que significa «caballero». Téngase en cuenta esta ambivalencia a lo largo de la obra. <<

[2] El prólogo contiene un segundo párrafo, en el que Carroll da instrucciones para la pronunciación de términos como *slithy*, *gyre*, *gymble* y *rath*, del poema *Jerigóndor* del capítulo primero. <<

[1] El día es el 4 de noviembre, víspera del Guy Fawkes Day; un católico converso, Guy Fawkes, organizó un complot para asesinar al rey Jacobo I e incendiar el Parlamento inglés el 5 de noviembre de 1605. Su descubrimiento en el último instante se conmemora todos los años: los niños encienden en las calles hogueras rematadas por un muñeco de trapos llamado «Guy», mientras piden «una moneda para el Guy».

Alicia Liddell había nacido un 4 de mayo de 1852; las aventuras de *Alicia en el País de las Maravillas* ocurren en un solo día, el 4 de mayo, en el momento en que cumple 7 años; de ahí que en el capítulo V de esta segunda parte, Alicia le diga a la Reina Blanca que tiene siete años y medio justos. <<

[2] Se trata de la primera estrofa del *Jerigóndor*, invertida. La primera idea de Carroll fue publicar el poema completo invertido. <<

[3] Famoso poema, quizá el más celebrado del género extravagante o de «nonsense», a base de palabras inventadas o «palabras-maleta». La primera estrofa la publicó en su juventud, en 1855, en la revista *Misch-Masch*, que Carroll escribía para entretenimiento de sus hermanos. El título original, *Jabberwocky*, se basa en el verbo «*to jabber*», que significa «hablar de forma incoherente». A través de Tentetieso, el autor explicará en el capítulo VI, el sentido de la primera estrofa. De las distintas traducciones imposibles del *Jerigóndor*, utilizo la que ofrece Francisco Torres Oliver; para quien se interese por la «lógica» de su significado, si es que la tiene, remito a las páginas 179-184 de su edición, citada en mi Prólogo. <<

[1] Flor del género *lilium*; se trata de una especie de azucena, también llamada azucena atigrada por su flor amarilla con manchas oscuras. <<

[2] Según el original, en caso de peligro el árbol podría ladrar. Y la Margarita añade: «*It says “Bough-Wough”: that’s why its branches are called boughs*». Literalmente: «Hace: “guau, guau”: por eso sus ramas se llaman brazos», con juego homofónico entre *boughs* (ramas) y *bough-wough* (guau, guau). <<

[3] Las dos hermanas menores de Alicia se llamaban Rhoda (Rosa) y Violeta. No participaron en el viaje en barca con que arranca *Alicia en el País de las Maravillas*. <<

[1] El juego de palabras inglés confunde, por su pronunciación idéntica, *horse* (caballo) con *hoarse* (ronco). <<

[2] Juego homofónico en inglés: *wood* (bosque), que Alicia enuncia en la frase anterior, y *I would* (yo querría): «*something about “you would if you could”*». <<

[3] Los juegos que Carroll hace con los nombres de insectos han sido adaptados, con las inevitables secuelas en la traducción. Los términos ingleses son: *horsefly* (tábano; literalmente «mosca de caballos»); *dragon-fly* (caballito del diablo; literalmente «mosca dragón»; parece aludir al *snapdragon*, un juego navideño consistente en llenar una fuente de coñac de pasas y prenderle fuego, para luego sacar las pasas encendidas); *butter-fly* (mariposa; literalmente: mosca de mantequilla). El Mosquito replica a esos nombres con otros de insectos fantásticos: la *rocking-horse-fly* (literalmente, la mosca de caballo de báscula); la *snap-dragon-fly* (mosca de dragón del ponche) y la *bread-and-butter-fly* (mosca del pan con mantequilla). <<

[4] Consiste en el término inglés *miss*: «señorita»; pero también, verbo *to miss*, «faltar» (a clase); de ahí el «ahorrarte las lecciones». <<

[1] En inglés, Tweedledum y Tweedledee, onomatopeyas que utiliza una antigua canción infantil que habla del enfrentamiento y rivalidad entre iguales. Para Martin Gardner, su origen pudo deberse —según una sátira de John Byron— a la rivalidad entre dos compositores de principios del siglo XVIII, Haendel y Bonocini, en la corte inglesa. <<

[1] Alude a una canción que se baila y canta al corro, titulada en inglés *Here we go round the mulberry bush* (Alrededor del moral), aquí traducida por la canción infantil «Al corro de la patata». <<

[2] Carroll utilizó la métrica de una balada inglesa de Thomas Hood titulada *The Dram of Eugen Aram* («El sueño de Eugen Aram»), para crear otro de sus poemas absurdos y extravagantes. <<

[3] El juego de palabras inglés se basa en la diferencia entre *rattle* (cascabel) y *rattle snake* (serpiente de cascabel). <<

[1] En inglés, el juego de palabras —trasladado a otros términos en la traducción— se basa en la homofonía entre *addressing* (de *to address*, dirigirse) y *a-dressing* (de *to a-dress*, vestir). La traducción literal sería: «Bueno, sí, si tú llamas a esto vestirme». <<

[2] La ilustración de Tenniel demuestra que el Mensajero del Rey es el Sombreroero que aparecía en la primera parte de *Alicia*. <<

[3] El castellano responde al juego de palabras en inglés: *exactly* y *exactlyly*. <<

[4] El texto inglés dice: *Feather!*; entre marineros indica poner los remos en forma horizontal y al hilo del agua para que la resistencia al aire sea mínima, como «una pluma». <<

[5] La expresión inglesa *to catch a crab* (coger un cangrejo) significa meter los remos profundamente en el agua, hasta el punto de desequilibrar el bote y de que la empuñadura de los remos golpee la barbilla del remero. Le ocurrirá párrafos más adelante a Alicia. <<

[1] Humpty Dumpty (en la traducción «Tentetieso») es un personaje de las canciones infantiles que sirve a Carroll para satirizar a los profesores de lingüística; el apodo inglés para los profesores sabihondos y orgullosos era *egg-heads* (cabezas de huevo): de ahí la insistencia de Tenniel y de Alicia en esa apariencia. <<

[1] *Portmanteau word*: las palabras-maleta, que tanto juego iban a dar en la literatura posterior, entre los surrealistas y James Joyce, por ejemplo. Para la explicación de la primera estrofa del *Jerigóndor* me someto a la traducción hecha por Torres Oliver en su citada edición. <<

[1] El juego a que se entrega Alicia y el Rey es un popular entretenimiento infantil difundido por toda Europa, que consiste en elegir un personaje para cuya definición se inventan nuevas palabras a partir de la letra inicial de su nombre o de otra elegida al azar. <<

[1] El caballo del juego del ajedrez es en inglés *knight* (caballero). <<

[2] Hay un juego de palabras en inglés, basado en el doble sentido del término *fast*, que significa «rápido» y «sólidamente fijado, o prendido». El Caballero dice: «*I was as fast as —as lightning...*» (literalmente: «estaba tan sólidamente prendido (o: era tan rápido) como el relámpago»); a lo que Alicia replica substantivando el adjetivo: «*But that's a different kind of fastness*» (literalmente: «Pero entonces se trata de una especie de *fastness* distinta»). El Caballero replica: «*It was all kinds of fastness with me*» (literalmente: «Para mí era toda clase de *fastness*»). <<

[3] Parodia de un poema de William Wordsworth, *Resolution and Independence* (Resolución e Independencia), en el que el poeta topa en un monte con un viejo que vive buscando sanguijuelas, alejado del mundo e independiente de todos, por lo que encarna a ojos de Wordsworth un modelo de dignidad humana. <<

[4] Puente colgante ubicado en el País de Gales, construido en 1826. <<

[5] En 1974 se subastaron en la galería Sotheby's de Londres unas páginas manuscritas por el propio Carroll; el pasaje, incluido aquí en principio, fue suprimido por el autor, tal vez a instancias de Tenniel, a quien le habría resultado difícil dibujar una avispa, que protagoniza el pasaje eliminado, con peluca. <<

[1] Hay dos juegos de palabras en el texto inglés basados, el primero en la homofonía de *flour* (harina) y *flower* (flor); y el segundo en la de *ground* (moler) y *ground* (terreno): «“*Well, it isn’t picked at all*”, *Alice explained: “it’s ground”...*». / «—“*How many acres of ground*”, *said the White Queen*»: (literal: «Bueno, no hay que cogerla para nada; se muele». / —«¿Cuántos acres de terreno», dijo la Reina Blanca). <<

[2] Alicia alude a la canción de Tentetieso en el capítulo VI, donde se habla de perseguir a los peces con un sacacorchos. <<

[3] Se trata de una parodia de «Bony Dundee», canción incluida en la obra teatral de Walter Scott *The Doom of Devorgoil*, en la que se celebra a John Graham of Claverhouse, primer vizconde Dundee, apodado «Bony Dundee», héroe de la resistencia escocesa frente a Guillermo de Orange.  
<<

[4] Hay un juego a base de palabras-maleta en el último verso: «*Un-dish-cover the fish, or discover the riddle?*», donde el juego radica en el término *discover* (descubrir), que puede descomponerse en *dish* (plato) y *cover* (cubrir). Por otro lado, la solución del acertijo es: la ostra. <<

[1] Este poema, en el que Carroll recuerda el paseo en barca por el Támesis con que se abría *Alicia en el País de las Maravillas*, es, en el original, un acróstico. Las palabras iniciales de cada verso forman el nombre Alice Pleasance Lidell. <<